
3 1761 08695788 3

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS

NOVELISTAS



OBRAS

DEL

LIC. RAFAEL CENICEROS
Y VILLARREAL.

TOMO II.

CUENTOS CORTOS.

MEXICO

IMP. DE V. AGUEROS, EDITOR.
Primera Calle de Mesones No. 18.

1909.



EN TERRENO VEDADO

I

Corrían para la patria los calamitosos tiempos en que la exaltación de los partidos llamaba Razón de Estado á las mayores injusticias y heróicos triunfos, á hecatombes de valientes víctimas. Ilustres hombres de firme fe en sus ideas, militaban en uno y otro bando, y en ambos encontrábanse también no pocos que iban en busca de su propia conveniencia y del logro de personales intereses y ambiciones.

Probado hecho es que los más sublimes ideales han sido algunas veces máscara tras de la cual oculta la perversidad sus abyectos fines.

En cuanto al pueblo, afiliábase en este ó aquel partido, ora por instinto y sin que

á su decisión precediese el raciocinio; ora por el sugestivo influjo de las circunstancias que le rodeaban; ora como ilota que iba al matadero, fuese cual fuese el partido que á él le llevaba: fascinados muchos, engañados algunos y convencidos otros, contribuían todos á mantener viva la enorme hoguera de la guerra civil.

Facundo Rivera, gañán hablador y paparrabias, era un jacobino de tomo y lomo, capaz de echar votos á la sola vista de una sotana; pero á pesar de su exaltado jacobinismo, conservaba, entre otras antiguallas, la de bautizar á sus hijos, y no así como quiera, sino con la solemnidad y ceremonias establecidas por la Iglesia Católica.

Para honra y gloria de la familia jacobina había nacido el séptimo vástago de "ñor" Facundo, como le decían sus camaradas, y por no haber sacerdote en el lugar donde vivía, vióse obligado á ocurrir á la cabecera del Partido con el retoño y los padrinos, dos gandules, masculino y femenino, de algún dinero, pero de muy escaso meollo.

—El cura López, decía á Facundo su futuro compadre, es muy exigente, le creo capaz de que, antes de bautizar á mi ahijado, nos examine á todos de doctrina cristiana.

—Y seremos unos bárbaros si le contes-

tamos. Yo soy liberal, le diré, á su obligación, y nada más.

—Y si te pregunta ¿qué es ser liberal?

—Pues, hombre, le contestaré.... le contestaré... Facundo tragó saliva, miró al cielo, á la tierra; después llevóse pensativo el índice de la diestra mano á la frente, en la cual se daba golpecitos, y por último, dijo:

—Yo sabré bien lo que le he de contestar.

A buena hora llegaron á la cabecera del Partido, alojáronse en el único destartalado mesón, donde había abundancia de chinches y polilla. Mientras la futura comadre desarrugaba sus trapos domingueros y el compadre iba á la barbería del más acreditado barbero. Facundo, preocupado, salió en busca del Jefe Político, del Juez letrado, del médico sin título y de algunos otros prohombres, muy amigos suyos, con el objeto de prepararse para pegar soberano chasco al cura López, por si acaso tenía la humorada de preguntarle qué cosa era ser liberal.

Al primero que encontró, fué al señor Jefe Político, cacique feroz, de los que con exuberancia producía la revolución, y la raza de los cuales no ha logrado extinguir la sólida paz y el buen gobierno.

—Amigo, díjole después de saludarle, sírvase decirme ¿qué es ser liberal?

—Hombre, don Facundo, ¿y que me haga usted esa pregunta? Liberal quiere decir lo más grande, lo más sublime. lo más.... En fin, todo lo mejor que hay en el mundo.

El lugareño escuchóle boquiabierto, despidióse y fuese luego al juzgado.

Departió un rato con el licenciado y ya para despedirse preguntóle qué era ser liberal. El señor Juez, sorprendido por lo intempestivo de la pregunta, guardó silencio y miró á su interlocutor, pero repuesto luego, respondióle:

—Ser liberal, es levantar tantos postes cuantos frailes hay para colgarlos á todos.

Facundo rascóse la oreja izquierda y nada replicó, mas seguramente no quedó satisfecho, pues aprovechando una salida del juez, dirigió al escribano la consabida pregunta.

—Ser liberal, contestóle el cartulario con mucha prosopopeya, es profesar el credo liberal.

Facundo, repitiendo para sí: "credo," "credo," fuése á prisa en casa del curandero.

—¿Qué es ser liberal? preguntóle casi sin saludarle.

—Hacer uno lo que le dé la gana, contestó al momento el mata-enfermos y enferma-sanos.

Aquellas respuestas no despejaban la incógnita, y el lugareño, nervioso ya, hizo la misma pregunta á varios transeuntes de los que encontró al paso y pareciéronle más caracterizadas. He aquí las contestaciones:

—El liberal es el progreso en persona.

—Liberal es el que no cree en nada.

—Ser liberal es enterrar el catecismo de Ripalda donde nadie lo vuelva á ver.

—El liberal, es el que piensa con su cabeza.

—El liberal, es el que no oye sermones, ni va á misa, ni bautiza á sus hijos.

Facundo acabó por reírse. Ea, se dijo, estos hombres están como yo, no saben de la misa la media. No obstante, soy liberal, pese á quien pesare; el liberalismo no se define, se siente, y yo lo siento, aquí, en el corazón.

II

Acababa el señor cura de cerrar el breviario, cuando entró "ñor" Facundo.

—Padre, le dijo, vengo á bautizar un hijo.

—¿Te dió el notario la cédula?

—¿Cuál cédula?

—La de que entregaste los diez y ocho reales de los derechos.

—¡Esas tenemos! Yo no pago nada. ¡Si

estará creyendo su merced que todos los tiempos son unos! La libertad acabó con todos los impuestos y nada doy por lo que usted tiene obligación de hacer.

—Pues hijo, repuso el cura fijando una penetrante mirada en el erguido gañán, no bautizo á tu hijo.

—¡Qué no lo bautiza usted! Vamos a verlo. Y echando chispas fuése casi á carrera abierta á casa del Jefe Político.

—¿Qué tiene usted, don Facundo, que viene jadeante y casi sin aliento?

—Qué he de tener, que el cura López no quiere bautizar á mi hijo.

—¡Hola! El curita se subleva. Yo le meteré en cintura. Y en presencia del quejoso redactó al secretario la siguiente orden:

"Sin excusa ni pretexto alguno, bautizará usted en el acto al hijo de don Facundo Mireles."

Volvió el jacobino triunfante al curato. y altivo, subiendo el habitual tono de voz, dijo al cura:

—Aquí tiene usted esta orden.

Leyóla el señor cura sin alterarse, acostumbrado sin duda á los gatuperios de las autoridades y repuso:

—Bueno, hijo, bueno, obedeceré. Mandó que entraran los compadres con el niño, rióse con socarronería, tomó un vaso

de agua y derramándola en la cabeza del nene, dijo, sin pisca de unción:

—José, yo te bautizo en el nombre del Jefe Político.

Los compadres abrieron la boca, el niño chilló con todas sus fuerzas y el jacobino profirió una imprecación.

—Eso no sirve, señor cura, bautiza usted bien á mi hijo ó la autoridad sabrá hacerse respetar.

—Los derechos del bautismo que tú quieres valen diez y ocho reales, el que acabo de hacer no tiene derechos, es gratis.

Furioso salió Facundo á quejarse de nuevo con el Jefe Político.

Apenas había salido, el cura dictó al sacristán lo siguiente

"Señor Jefe Político:

Sin excusa ni pretexto alguno, de orden del cura López, pondrá usted inmediatamente en libertad á los hermanos Bartolo y José Peña, reos de homicidio calificado.

—Vete corriendo y da esa orden al Jefe Político, en propia mano.

El sacristán quedóse azorado, pero no se atrevió á replicar.

Estaba "ñor" Facundo hablando con el Jefe, cuando el sacristán entregó el oficio del cura López.

¡Oh Dios! ¡Y los aspavientos que hizo el cacique! Aquello era una burla, una sangrienta burla. Incontinenti montó á caballo seguido de dos matones, á quienes llamaban "cuicos," y sin quitarse el sombrero ni las espuelas, se coló de rondón en la casa parroquial.

Con centelleantes ojos y cerrados los puños, gritó al cura:

—¿Con qué derecho me mandó usted esta irrespetuosa y atrevida orden? Mi jurisdicción es terreno vedado para usted.

—Con el mismo derecho, contestó el cura, que me ha mandado usted esta otra. y mostró al encolerizado Jefe la que había traído "ñor" Facundo, agregando lentamente y con retintín: Es terreno vedado para usted.

Suavizóse un tanto el ceño del cacique, y, sea que reflexionase, sea que temiese al cura, que era hombre de fibra y muy sagaz, montó á caballo y, sin decir ni una palabra, volvióse por donde había venido.

Facundo le esperaba en la Jefatura, seguro de que habría dado al cura una reprimenda que cortara sus bríos, pero vióle apearse del mejor caballo de los mostrencos, cariacontecido, y luego encarándose con él amostazado:

—Mire usted, don Facundo, eso de los bautismos no es cosa mía, arréglelo usted con el cura como pueda.

Volvió el terco gañán á la casa parroquial, y el cura, en sus trece. Los padrinos querían volverse á su casa, el niño, empapado y mal oliente, se desgañitaba; "ñor" Facundo estirábase los pelos, y el cura sonreía apaciblemente.

No hubo remedio, fastidiado "ñor" Facundo, que ante todo quería que su hijo no se quedase hereje, entregó al notario los diez y ocho reales, sacó la cédula, y verificóse el bautismo según las prescripciones de la Iglesia Católica.



EL VALS DEL DIABLO

I

Celia, desde el mirador de su casita, que es una de las mejores de la hacienda de "El Capulín," contemplaba el campo iluminado por la luna. La satisfacción de los anhelos cumplidos imprime al rostro de la joven, suave alegría. Va á casarse con don Germán Reveles, el dueño de la hacienda que, aunque viejo ya, es rico, muy rico. Ella será la soberana de aquella hermosa comarca, y no trueca tal dicha por la de vivir con Daniel, su novio, que, aunque joven y honrado, no le ofrece el porvenir que el millonario don Germán.

La brisa de la noche perfumada por las madreselvas que en exuberantes guías trepan al mirador, agita la blonda guedeja de Celia, cuya cabeza es de oro por dentro y por fuera.

De repente crujen las ramas del corpulento fresno que se eleva frente al mirador. La niña se estremece.

—¿Quién está allí? pregunta.

—Soy yo, Daniel, contestó un joven de alta y despejada frente, de afable sonrisa y de ojos cafés de tierno y hondo mirar.

—Pero ¿quién te ha traído aquí? ¿Qué quieres?

—Trájome mi amor, que es más grande que el cielo, más profundo que el mar, más firme que la virtud. Quiero que me digas si no me han engañado, si es verdad que vendes á don Germán tu hermosura y tu corazón.

—¡No me ofendas, Daniel!

—¡Ah! bien lo decía yo: te obligan á ese criminal enlace.

—Te engañas, me caso con él por mi voluntad.

—¿Qué dices?

—Que el vínculo que nos unía se ha roto para siempre.

—Pero, ¿es verdad lo que oigo?

—No insistas más, no me molestes, pues de lo contrario me veré obligada á pedir auxilio para que te arrojen de mi presencia.

—¡Ah, perjura! repuso Daniel con reconcentrado furor. ¡Dios se encargará de tu castigo! No se juega impunemente con los corazones sinceros.

En ese momento oyéronse al pie del mirador los primeros compaces de un vals; empezaba suave, melancólico, traía recuerdos de perdida ventura; pero, al entrar la primera parte, aquella tristeza trocábase en apasionamiento, y Celia vió en su imaginación la cuna de la dicha mecida por un ángel del cielo. Dentro de aquella cuna estaba ella deslumbrante de belleza y de joyas.

Daniel, con espantados ojos contempló á su amada y díjole con voz profunda y solemne:

—La serenata que te da don Germán empieza con el vals del diablo; le he visto allí, entre las sombras. A él encomiendo mi venganza.

Dijo, y bajando rápidamente del fresno, fuese corriendo, impelido por el terror.

Celia tuvo miedo y tembló.

—El vals del diablo, repetía.

Mas repuesta luego, rióse de su temor y exclamó:

—¡Ah, Daniel está loco!

II

Han pasado quince días de holgorio en la hacienda de "El Capulín." Don Germán ha echado la casa por la ventana antes de la boda, ¿qué será después?

Esta pregunta se hacen los invitados, que son muchos y de los más distinguidos de la cercana ciudad. Aun el elemento artístico ha dado muy buen contingente, á tal grado, que en los quince días transcurridos se ha ensayado nada menos que una ópera y no una ópera cualquiera, sino Fausto, la inmortal obra de Gounod, la cual se cantará esta noche.

En uno de los extensos bodegones de la casa de don Germán, se ha improvisado un teatro. Los primeros profesores de la ciudad han sido llamados para formar la orquesta. Entre los actores está Giovani, un maestro de baile que ha aprovechado bien el tiempo, pues Celia empeñóse en que le diera algunas lecciones y la niña ha adelantado notablemente. Ya no tiene aquel cursi encogimiento para bailar; su postura es artística y su estudiado donaire parece el más natural del mundo.

Algunos cuentan que el tal maestro de baile es un aventurero, y que formó parte de una compañía de ópera, pero hasta hoy sus amigos nada tienen que echarle en cara. Unos dicen que es vasco, otros que portugués, pero él afirma que es italiano.

Ha tratado á Celia con toda clase de consideraciones; pero la mira mucho, mucho, sin duda más de lo que un maestro debe mirar á sus discípulas. Sólo una vez le dió la lección sin hablar ni una palabra.

sin siquiera saludarle ni despedirse, cosa muy extraña en el maestro. Y durante la lección tuvo la mirada fija como de loco, y estaba intensamente pálido.

III

Llegó por fin el suspirado día de la boda. En la casa grande hubo un festín en comparación del cual las bodas de Camacho no valieron un comino. Don Germán sacó á relucir la valiosa vajilla de plata y la champaña y los añejos vinos corrieron en desbordante raudal por las gargantas de los comensales.

En la tarde acordóse por aclamación, ir á bailar al campo. Se eligió un lugar pintoresco á orillas de la quebrada. Formaban ésta la meseta donde estaba el casco de la hacienda y una montaña situada al frente, desde donde por una angosta cañería sostenida por postes, venía el agua para regar las huertas.

Celia, vestida de blanca gasa y con una rosa también blanca prendida en el peinado, estaba deslumbrante de belleza, y D. Germán loco de alegría.

Todos bailaron hasta quedar rendidos.

Sonaban las primeras notas de la última pieza, y Celia se estremeció de miedo. Era el vals aquél que había oído Daniel.

Los bailadores, más ó menos alegres, hallábanse en animada conversación, cuando un caballero, vestido de Mefistófeles, mezclóse entre las señoras, estrechó la cintura de la novia, púsose en actitud de bailar y con maestría dió los primeros pasos del vals. Celia parecía paralizada por el pavor, inclinó la cabeza sobre el hombro de Mefistófeles y maquinalmente bailaba también.

Los convidados, mudos por la sorpresa, abrieron paso á la pareja que bailaba ya vertiginosamente; pero lanzaron un grito de espanto cuando se dirigió hacia la quebrada. Corrieron tras ella, pero era tarde; la pareja, guardando perfectamente el equilibrio, bailaba sobre la frágil cañería.

De repente la viga cruje, quiébrase y Celia y Mefistófeles, todavía moviendo los pies en el aire al compás del vals, caen en el fondo del abismo.

IV

Pocos días después, un periódico de la ciudad publicaba la siguiente noticia: "Trágica muerte del maestro Giovani. El apreciable maestro murió el jueves próximo pasado en la hacienda de "El Capulín;" la muerte del inteligente profesor

y de la estimable señorita Celia Romero, fué verdaderamente trágica. La víspera, el maestro Giovani había hecho el papel de Mefistófeles en la ópera "Fausto;" llegó á su casa á la madrugada, recostóse en el lecho y se durmió sin haberse desnudado. Todos sabemos que Giovani era sonámbulo, y dormido se levantó por la tarde y fuése al baile campestre con que se celebraba la boda del honorable capitalista Don Germán Reveles con la encantadora señorita Romero. Sin que los concurrentes se diesen cuenta del estado del maestro, éste se presentó de improviso vestido aún de Mefistófeles y púsose á bailar un vals con la novia, á quien condujo á un precipicio donde cayeron ambos, muriendo casi instantáneamente. El señor Reveles está inconsolable y los rancheros atribuyen el trágico suceso á diabólica intervención, y hasta los niños, cuando se les pregunta qué fué de Celia, responden: Se la llevó el diablo. Los vecinos de "El Capulín" llaman ya á la cañada donde se verificó el terrible suceso: "La quebrada de Mefistófeles."

———



CADENAS DE ORO

I

—Vamos, Padre, el caso es grave y no hay tiempo que perder, decía un muchacho, muy despabilado, á un fraile dominico en la sacristía de Santo Domingo, al obscurecer de un día en que los aguaceros torrenciales habían semiinundado la ciudad de México.

—El coche le espera á la puerta del templo; creo que dentro de treinta minutos estará de vuelta su paternidad.

Fr. Martín veía al muchacho de pies á cabeza, temeroso quizás de un chasco, y por fin le preguntó:

—¿A quién voy á confesar?

—No lo sé: el señor que está en el coche me encargó llamara á usted y díjome lo que acabo de exponer á su paternidad.

Debe de ser rico, pues me dió buena propina.

—Pero ¿te dijo que me llamaras á mí?

—No; me dijo que á un dominico, porque la enferma pedía que perteneciese á esa orden, y fué á su paternidad á quien primero encontré.

Con esto, el fraile pareció tranquilizarse y dijo resueltamente:

—Vamos.

Fr. Martín salió de la sacristía acompañado del muchacho, y ya en la calle, éste le dijo señalando un cupé.

—Mire usted, aquel es el coche.

Un hombre embozado en luenga capa española esperaba en pie, cerca del vehículo. Apenas divisó al sacerdote, abrió la portezuela y díjole:

—Pase usted, Padre, pase usted.

El Padre no pudo ver el rostro de su interlocutor, porque lo cubría el embozo, y sólo miró dos chispeantes ojos que brillaban en la obscuridad.

Aquel hombre subió al cupé tras del fraile y dijo al cochero:

—A buen paso y á la calle que te indiqué.

Dentro del coche hallábase otro caballero, y apenas entró el fraile asióle por un brazo mientras el que le había invitado á subir le asía por el otro. El buen fraile

tuvo miedo y creyóse víctima de un secuestro.

—¿Qué van ustedes á hacer conmigo?

—Nada tema su paternidad, contestóle uno de los caballeros. Necesitamos tomar nuestras precauciones, esto es todo. Docilidad, Padre, es lo único que necesita usted. Debe ser ciego por un rato y lo será por bien ó por fuerza.

En seguida vendaron los ojos de Fr. Martín con un pañuelo de seda.

El sacerdote nada contestó. Estaba en poder de aquellos hombres y toda resistençia hubiera sido inútil. Un grito de socorro le habría perdido. Resignóse, pues con su suerte, y púsose á rezar el rosario contando las Avemarías en los dedos de las manos.

Uno de los secuestradores del sacerdote bajó las cortinillas de las portezuelas, precaución tomada quizás, contra los indiscretos ojos de los transeuntes, pues el Padre nada podía ver.

Los densos nublados habían anticipado la noche y el continuo relampaguear anunciaba que el cielo derramaría aún sobre la ciudad, el agua en abundancia.

Fr. Martín serenóse cuanto pudo y procuró fijar la atención en saber el punto á donde le conducían. Contaba las cuadras calculándolas con la exactitud que le era posible; pero al pasar tres, según el

cálculo del Padre, el vehículo dió vuelta á la derecha para recorrer por tres veces la misma manzana, luego volteó á la izquierda é hizo lo mismo, hasta que á Fr. Martín, del todo desorientado, le fué imposible saber el punto donde se encontraba. Notó entonces que por llevar la cuenta de las calles no había llevado la de los misterios y había rezado una tras otra quién sabe cuántas Avemarías. Dejó, pues, la cuenta por la imposibilidad de seguirla y empezó el rosario esforzándose por recoger el espíritu; pero aún no concluía el primer misterio, cuando el coche se detuvo.

—Hemos llegado, dijo uno de los caballeros.

—Ayudemos al Padre á bajar, repuso el otro.

Y el dominico fué bajado casi en peso por los dos desconocidos, é introducido, á remolque y vendado, á una casa que debía de ser de acaudalada persona, á juzgar por los peldaños de la escalera, que eran de mármol, si no se engañaba el tacto de Fr. Martín.

El fraile contó los escalones hasta el amplio descanso, de donde, sin duda, partían dos tramos, uno á la derecha y otro á la izquierda. Por este último fué conducido el dominico sin que sus secuestradores le soltasen ni por un momento. Con-

cluída la escalera, comprendió Fr. Martín que caminaba por un corredor, pues empezaba á llover, sentía el viento fresco y no caía sobre él la lluvia En aquel corredor había sin duda, muchas plantas, pues aspiraba el suave olor de rosas y flores.

De pronto los desconocidos detuviéronse, uno de ellos abrió una puerta é hicieron al Padre cruzar por varias piezas alfombradas con gruesas alfombras, donde se hundían los pies sin producir el menor ruido. Siguieron luego por un pasadizo estrecho y detuviéronse de nuevo para abrir otra puerta. Introdujeron á Fr. Martín en una alcoba, sentáronle en muelle poltrona, y cuando hubo descansado algunos momentos, quitáronle la venda.

Fr. Martín lo primero que hizo, fué clavar la vista en sus secuestradores, pero éstos estaban embozados hasta las narices con capas negras, y antifaces, negros también, cubrían la parte superior del rostro. En el cuarto no había más muebles que un catre de fierro, la silla en que se sentó el fraile y los cuadros de las paredes, que estaban volteados al revés. El cuarto, además de la puerta que sirvió de entrada, tenía otras dos perfectamente cerradas; una que supuso el Padre que era de balcón que daba á la calle, y otra que supuso también, que conducía á interiores habitaciones.

—¿Y el enfermo? preguntó Fr. Martín después de desahogar su temor en un hondo y prolongado suspiro.

—No es enfermo, sino enferma, y voy á traerla al momento, contestó uno de los encapotados. Procure usted abreviar, Padre, porque á esa enferma le queda muy poco de vida. Y dicho esto salió de la estancia por la puerta que Fr. Martín había supuesto que guiaba á otras habitaciones, mientras que el otro encapotado daba vueltas en la alcoba.

Fr. Martín tuvo miedo y empezó á rezar el Magnificat.

Hubo un rato de espectación en el que en la estancia sólo se oían los pasos del encapotado y fuera de ella el agua que caía impetuosa y golpeaba los cristales del balcón. De vez en cuando, por las rendijas de las puertas, entraba á la pieza, escasamente iluminada por una bujía, la viva luz del relámpago, y un trueno ronco y prolongado, retumbaba imponente.

Fr. Martín volvía con zozobra la vista hacia la puerta por donde había salido uno de los caballeros y por donde esperaba verle aparecer de nuevo. De improviso, el dominico se quedó estupefacto y sintió que una onda fría bañaba todo su cuerpo.

Una mujer de soberana hermosura, en la flor de la juventud, apareció en el umbral de la puerta, casi arrastrada por el

secuestrador. Estaba vestida de blanco un ramillete de azahares destacábase sobre el rubio cabello primorosamente peinado; algunos ramos de la misma simbólica flor estaban artísticamente prendidos en el delantero del magnífico traje. Parecía que aquella encantadora mujer había sido violentamente arrancada del altar en el momento mismo en que iba á pronunciar sus juramentos de eterno amor. Los rasgados ojos de un azul profundo, estaban aún húmedos por el llanto, el ovalado rostro de inmaculada blancura, tenía dolorosa expresión, y la diminuta boca dejaba escapar el aliento como en extremo fatigada; la perfilada nariz armonizaba tan bien con todas las facciones del rostro que imprimía en él un sello de singualr belleza realzada aún más por el dolor.

—Aquí tiene usted á la enferma, dijo el conductor de la joven al dominico; voy á cerrar la puerta. Ea, despache usted pronto. Y tú, agregó volviéndose á su compañero, quédate aquí de guardia. Dijo, y fuése cerrando la puerta por donde acababa de entrar.

El otro desconocido retiróse á uno de los ángulos de la pieza y dijo al dominico:

—Aquí nada oigo, pueden ustedes empezar.

La joven arrodillóse á los pies del sacerdote, hizo la señal de la cruz, persignó-

se y empezó la confesión tan en secreto que al mismo confesor costaba trabajo oírla.

En el rincón brillaban con siniestro fuego los ojos del negro encapotado, pendientes del Padre y de la penitente, y fuera la tempestad rugía con furioso estrépito.

Quince minutos después, el venerable sacerdote, en cuyo semblante pintábase el más hondo sufrimiento, alzaba la diestra mano para absolver á la joven. Inmediatamente el que había quedado de guardia avanzó hacia la puerta por donde había salido su compañero, dió tres golpes en aquélla, abrióse y se presentó el otro enmascarado. Abalanzóse hacia la joven y con extraordinaria rapidez clavó un puñal en su corazón. La víctima dió un gemido y cayó al suelo agonizante. Fr. Martín sintió empapada su mano derecha en la caliente sangre de la moribunda. Quiso hablar, quiso gritar, pero los asesinos tapáronle la boca con las manos, luego vendáronle otra vez, le asieron de los brazos y condujéronle por piezas distintas á aquellas por las cuales le habían traído. Al salir á la calle, Fr. Martín comprendió que no salía por la misma puerta que había entrado, fingió tropezarse desasiéndose por un momento de los que le sujetaban, tiempo que fué suficiente para estampar en el

muro de la puerta la ensangrentada mano, y volvió á caer en las garras de sus secuestradores. Subiéronle al coche y con los mismos rodeos y precauciones que al traerle, lleváronle á Santo Domingo, hasta dejarle en la puerta del templo.

II

Fr. Martín no pudo conciliar el sueño: los acontecimientos del día habíanle impresionado hondamente.

¡Dios mío! exclamaba, esta joven no me dijo ni su nombre, ni el de sus verdugos, ni en qué casa se encontraba. A mis preguntas respondió: Temo por la vida de usted, Padre, si le digo una sola palabra de esto. Haya una víctima y no dos, pues á mí me matarán irremisiblemente, hable ó calle. Me mandaron callar y callaré; bajo esta condición me concedieron la gracia de confesarme. ¡Infames!

Y Fr. Martín se revolvía en su lecho, sin saber qué determinación tomar.

Mas ya no puedo, no debo ser encubridor de iniquidad semejante, exclamó por fin, incorporándose. Ea, voy á decir misa, y en seguida á buscar á los asesinos.

Una hora después, el dominico cruzaba el centro de la ciudad fijándose en los marcos de todas las puertas, sin que en ellos encontrase nada de particular. Después de

cuatro horas de incesante andar, estaba fatigado, jadeante. Tiempo perdido, se dijo, no pueda más, y siguió andando á la ventura resuelto á ocupar el primer coche que encontrara y volverse á Santo Domingo.

Habría caminado Fr. Martín dos cuadras, cuando casi al fin de la segunda, detúvose estupefacto y boquiabierto: en el marco de una puerta acaba de ver la huella que estampó una mano ensangrentada.

Vuelto de su estupor, se dijo: Por esa puerta salí anoche. Dirigió la vista en derredor para cerciorarse del lugar y de la calle donde se encontraba. Frente á la puerta marcada con sangre estaba una barbería.

Estos rapabarbas, pensó el dominico, son, por lo general, sabedores de ajenas vidas, muy locuaces é indiscretos; descansaré un poco y procuraré averiguar algo. Y encaminóse á la barbería.

Un viejecito de caricaturesco rostro que movía á risa con sólo verle, estaba dando tijeretazos sobre la abundante melena de un indio.

—Pase su paternidad, dijo el barbero, viendo entrar al dominico.

—¿Me permite usted descansar un poco?

—Su paternidad está en su casa, repuso el barbero señalando un asiento.

El viejecito daba rienda suelta al torrente de su locuacidad, mientras cortaba el pelo al indio: referíale anécdotas, sucesos de la conquista y hasta echó su párrafo de político palique, viendo de soslayo



al Padre para observar en la faz de éste el efecto que le causaba aquella desbordante elocuencia.

El indio callaba, ó se sonreía, ó contestaba con monosílabos.

Concluído que hubo su tarea, volvió el barbero el halagüeño rostro al fraile, y gozoso de habérselas con un hombre que suponía instruído, comenzó á hablar de cuanto se le venía á las mientes. El Padre con sagacidad y suma discreción, hizo recaer la plática en los honorables vecinos que habitaban aquella calle. La intemperante lengua del barbero desatóse más filosa que la navaja con que afeitaba, y allí supo Fr. Martín cosas de los vecinos iguales ó parecidas á las que muchas veces había oído en el confesonario.

—Aquella puerta, dijo el barbero señalando la que el Padre había mirado con tanta atención....

—¿Cuál, le interrumpió Fr. Martín, la que tiene pintada, al parecer con sangre, una mano en el marco?

—¡Calle! pues no había observado. En efecto, es una mano de hombre.

—Y bien ¿esa puerta?

Es una de las puertas del palacio de.... Y el barbero pronunció con voz clara y pausada el nombre de un personaje tan elevado en el mundo del dinero y de la política, que Fr. Martín se sintió desvanecer.

—Y el hermano del señor—aquí el barbero volvió á pronunciar el nombre del acaudalado político—salió para el extranjero esta mañana.

—¿A dónde va?

—Dicen que á Francia, me parece que á París, á traer el cadáver del hermano mayor que falleció allá hace poco. Y ¡qué fortuna les ha quedado, Padre, qué fortuna! dicen que es de muchos millones. Ya se ve, como era soltero no tenía otros herederos. Es verdad que fué un trapasista, y tengo para mí, y todo el mundo que le conoció tiene para sí, que ha de haber hecho muchas víctimas en sus amorosos trapicheos. Yo conocí á una hija del difunto. ¡Pobre huérfana! Era bella como la gracia de Dios, blanca, esbelta, rubia, de ojos de cielo y su hechicero semblante brillaba con la luz que parecía sobrenatural Padre, sáqueme usted de esta duda, ¿Pueden los demonios engendrar ángeles?

El dominico nada contestó, estaba absorto. El barbero acababa de describir á la joven asesinada la víspera por los encapotados.

Fr. Martín, muy preocupado, despidióse del barbero, tomó un coche y se volvió á Santo Domingo. Sabía lo suficiente, pero ¡ay! aquellos hombres eran muy poderosos.

Al llegar á su celda exclamó juntando las manos y elevando la vista al cielo: ¡Nada puedo contra ellos, cúmplase la voluntad de Dios!

III

Quince años después, en pleno día, Fr. Martín en una elegante carretela iba á una confesión. Habíasele llamado con urgencia y el tronco de magníficos frisones á largo trote, atravesaba por las principales avenidas de la ciudad de los palacios A la memoria del fraile vino la terrible escena que hacía justamente quince años conmovió fuertemente su corazón, y aquella escena se reprodujo en toda su viveza ante la imaginación del dominico al detenerse el vehículo precisamente en la casa en la cual, según Fr. Martín, se verificaron los sucesos que he narrado.

El sacerdote subió pensativo la amplia escalera de mármol que conducía al piso alto, y sería preocupación ó realidad, creyó haber seguido por aquella casa exactamente el mismo camino por donde hacía quince años le condujeron. Llegó por fin al cuarto en el cual, á su parecer, había pasado la horrible tragedia que circunstanciadamente quedó grabada en la memoria de Fr. Martín. Allí, sobre blando y rico lecho, á uno y otro lado del cual caían de lujoso baldaquín finísimas cortinas, hallábase un anciano mortalmente herido por terrible neumonía. El médico, á la cabecera del enfermo, le contemplaba estudian-

do el avance de una enfermedad que la ciencia era ya impotente para vencer. El dominico saludó al médico y preguntóle si el enfermo se hallaba en su entero conocimiento para poder confesarse.

—Sí, Padre, contestó el doctor, está en su pleno conocimiento; pero la muerte avanza con celeridad. Dése usted prisa, le dejo solo.

Salió el médico en el instante mismo en que el paciente abría los ojos y se fijaba en el fraile. El estupor dibujóse en el rostro de aquél.

—¡Justicia de Dios, exclamó, es el mismo!

—No represento, dijo el dominico con solemnidad y unción, la Justicia, sino la misericordia. Vengo en nombre de Dios á abrir á usted las puertas del cielo.

—¿Será posible? balbució el enfermo con débil voz.

—Dios es todo poderoso. Vamos, empiece usted; poco trabajo le costará abrir el corazón á quien conoce un terrible episodio de la vida de usted.

—Sí, Padre, fuí un criminal. Mi hermano mayor al partir para Europa, entregóme su testamento cerrado. Te nombro albacea, me dijo, y á mi hija Blanca, única heredera de toda mi fortuna, no la he reconocido antes como hija mía, pero en este testamento la reconozco, cuida de ella

como si fuera tuya. Cuando supimos la muerte de mi hermano, el menor y yo nos pusimos de acuerdo, rompimos el testamento, trajimos con engaño á Blanca á nuestra casa, y...... ya sabe usted lo demás. Antes del sangriento drama nos pidió de rodillas la gracia de confesarse, la cual le concedimos con la condición de que sólo hablara de sus culpas. ¡Cuán bueno es Dios, pues hoy me otorga á mí la misma gracia! Vistiose de desposada, nos dijo que era Virgen, que iba á desposarse con Dios. Y caminó al suplicio con la entereza que usted presenció. El paciente se detuvo y de sus ojos brotaron raudales de lágrimas.

—Continúe usted, continúe usted; no es el juez, sino el Padre quien está cerca del lecho de muerte del pecador.

—Mi hermano mayor y yo estábamos arruinados y era indispensable conservar á todo trance la encumbrada posición en que habíamos nacido y vivido, y no vacilamos ante el crimen, y ¡oh Dios! después ..... después.... Los sollozos ahogaron la voz del moribundo.

—Después ¿qué? preguntó Fr. Martín

—Después.... pero ha de saber usted Padre, que he amado el oro con frenesí: todas las ilusiones de mi niñez eran por la riqueza, con ella soñaba en mi juventud y los afanes de mi edad viril fueron siem-

pre por acumular oro, mucho oro. En contemplar mis tesoros gozaba inefables deleites.

—Pero, ¿y después?

—Después, para quedarme único dueño de inmensa fortuna....

—¿Mató usted á su hermano?

—Sí, señor..... un veneno.....

—Adelante, hijo mío, repuso el dominico sin inmutarse. Nada tema usted; mayor que su malicia es la bondad de Dios, infinitamente mayor.

El enfermo siguió confesando todas sus culpas y al parecer estaba contrito y humillado.

El fraile le oyó hasta el fin sin alterarse en lo más mínimo y alentándole con palabras de consuelo y esperanza.

Cuando el enfermo hubo concluído su confesión díjole Fr. Martín:

—Hijo, antes de absolver á usted necesita restituir. Cuanto posee no es suyo; quizás la dueña de ese caudal dejó herederos á quienes legítimamente pertenecen los bienes que usted ha poseído y disfrutado. Yo me encargaré de buscarlos. Usted no tiene herederos, ¿verdad?

—Creo que no.

—Y aun cuando los tuviese, lo que posee no es suyo.

—Pero, Padre, dijo el paciente con doloroso acento, ¿tengo que restituir todo?

—Sí, hijo, todo.
—¿Y si vivo?
—Usted no vivirá.
—Pero suponga usted que vivo.
—Bien, si vive usted, me obligo, como representante de Dios, á dejarle á usted la mitad de su fortuna.

—Pero, Padre, tengo una posición encumbrada, muy encumbrada. Para sostenerla necesito dinero, mucho dinero.

—La posición de usted no le autoriza para quedarse con lo ajeno.

Aquí empezó una terrible lucha entre confesor y penitente; éste regateando talega por talega, aquel cediendo poco á poco por el ardiente celo de salvar una alma.

El paciente convino, por último en entregar á Fr. Martín cien mil pesos para los herederos de Blanca, si los tenía, ó para obras de caridad si no existían ningunos parientes de ella.

Para absolver á usted necesito la seguridad de que se me entregará esa suma.

—Voy á darla á usted, Padre, sírvase sacar del cajón de ese buró un bloque de papel y un lápiz tinta.

El Padre atendió inmediatamente el ruego del enfermo. Este, incorporóse y tomó el bloque y el lápiz que le presentó Fr. Martín. Luego, en actitud de escribir quedóse un rato pensativo y dos lágrimas

brotaron de los hundidos ojos del moribundo. De vez en cuando movía la cabeza: parecía sostener vehemente lucha interior.

—¡Cien mil pesos! exclamó con voz vibrante, como si al pronunciar aquella frase hubiese reunido con supremo esfuerzo todo el vigor que le quedaba. ¡Oh, no, no; esto es muchísimo dinero! No firmaré, dijo, arrojó el lápiz sobre el lecho y expiró.

—¡Malditas cadenas de oro, gritó angustiado Fr. Martín, las más difíciles de romper, cuántas almas habéis perdido!



EL AMIGO VERDADERO

I

Juan acaba de llegar de la labor, y encuentra aterrorizados á los vecinos de la estancia de "Las Cuevas:" los indios habían avanzado hasta cerca de la muralla que circunda la ranchería, y como nadie los esperaba, sorprendieron fuera de ella á varios rancheros enteramente desprevenidos. Algunos pudieron huir, otros, entre ellos el caporal, fueron asesinados por los salvajes. Cuando los rancheros, pasada la sorpresa, se armaron y corrieron á combatir, los indios huían por la cercana serranía. No fué esto lo peor, sino que se raptaron á la más guapa muchacha del rancho, á Toña, la novia de Juan, la que, en esa misma semana, iba á ceñir la corona de desposada.

Ardió el novio en ira al recibir la tremenda noticia, pero no perdió el tiempo en inútiles lamentaciones. Fuése luego á casa del comisario, y en seguida á la residencia de los principales vecinos; invitólos á perseguir á los bárbaros sin ninguna demora, pero todo fué en vano.

—Cuidaremos á todos y responderemos de sus vidas dentro de la muralla, le dijeron, pero no fuera de ella: somos pocos, los indios muchos; si salimos al campo moriremos y no habrá quien defienda nuestros hogares.

El comisario lo más que llegó á ofrecer fué buscar un hombre audaz y resuelto que fuese á Sombrerete, cabecera del Partido, á pedir auxilio.

Viendo Juan que su insistencia era inútil, fuése á su casa pensativo y con el corazón hecho pedazos. Su madre Candelaria, ó Candela, como la llamaban en el rancho, nada sabía del rapto de Toña; acababan de darle la noticia de que los indios se habían acercado mucho á la muralla y herido mortalmente al caporal. Por evitarle penas ocultáronle la otra noticia que tan de cerca le tocaba.

—Por Dios, hijo, estaba muerta de cuidado, dijo la anciana á Juan, tú en la labor y los indios á las puertas del rancho ¿No los has visto, no te hicieron algún daño?

—Los ví, madre, eran unos cuantos que huyeron tan luego como se les persiguió; desgraciadamente sorprendieron al caporal y le mataron, pero, ahora, no hay temor de que vuelvan.

Candela respiró como si le hubieran quitado enorme peso del pecho.

—Tan verdad es que no hay peligro prosiguió Juan, que me vuelvo á la labor, los animales le hacen mucho daño y es necesario sorprenderlos esta noche.

Candela volvió á alarmarse, pero su hijo tenía el poder de convencerla siempre y hoy también la convenció.

—Ea, madre, le dijo al despedirse, deme su bendición, pero con toda su alma, como si fuera la última que de usted recibiré en el mundo.

Arrodillóse aquel ranchero joven moreno de enérgica fisonomía y penetrante mirada, y con amoroso respeto recibió la maternal bendición. Besó la mano que le tendió su madre, luego la rugosa frente de la anciana, y disimulando la emoción díjole al parecer sereno:

—Hasta mañana, madre.

—Hasta mañana, hijo, Dios te acompañe.

II

Allí está, á la puerta de la casa, todavía ensillado y enfrenado el potro alazán,

que por su brío y ligereza hace raya entre los del rancho. Conoce á Juan á maravilla y relincha al sentir sus pasos. Al dirigirse el joven al noble bruto, oye la voz de Cornelio—íntimo amigo del cuitado mancebo—que se le interpone como para impedirle el paso.

—¿A dónde vas, Juan? le pregunta.

—Iba en busca tuya para suplicarte que me prestes por esta noche tu rifle, el mío es malo, pero el tuyo es mejor y lo necesito.

—¿Para qué lo quieres?

—Voy á la labor y es bueno ir bien armado; no creo que los indios vuelvan esta noche, pero hombre prevenido vale por dos.

Cornelio, joven de la misma edad de Juan, de mediana estatura, lampiño, de bronceado color y ojos cafés de intensa ternura, quedóse viendo á su amigo con investigadora mirada, y movió la cabeza como diciendo: vas á hacer una tontería. Luego clavó pensativo la vista en el suelo.

—¿Me lo prestas, ó no? exclamó Juan

—¿A qué hora te vas?

—Ya me voy.

—Bueno, te lo llevaré yo mismo; espérame fuera de la muralla, allí, junto á los mezquites de la derecha del camino de Sombrerete.

—Allí te espero, no te dilates.

Montó Juan en su potro y fuése pasito á paso, refrenando los ímpetus del alazán, para dar tiempo á Cornelio de que saliese del rancho.

Obscurecía: habíase ya apagado la luminosa hoguera encendida en el cielo por el sol poniente. Era la hora que marca la despedida del crepúsculo y la entrada de la noche. Juan caminaba sin ver á nadie, sin observar nada, con la cabeza caída hacia delante y la barba pegada al pecho, abstraído en un sólo pensamiento. De vez en cuando impacientábase, como si anhelase dar rienda suelta á su fogoso corcel, pero se dominaba y volvía á abstraerse de nuevo. Salió fuera de la muralla, llegó á un bosquecillo de mezquites no lejos de ella, tiró de la rienda al potro é hizo alto. No tuvo que esperar por mucho tiempo, minutos después, llegaba Cornelio armado hasta las uñas, en un caballo negro de grande alzada.

—Aquí me tienes, no te he hecho esperar.

—Pero vienes á caballo, ¿con qué objeto?

—Voy á donde tú vas, he leído tu pensamiento; vas á perseguir á los indios y á salvar á Toña, y voy contigo.

—¡Imposible, no lo consentiré, expones tu vida!

—Como tú expones la tuya.
—Yo la expongo por ella.
—Y yo por tí.
—No irás.
—Iré. Si tú vas solo, tu muerte es segura, si te acompaño hay una remota esperanza. Tú no conoces esos caminos como los conozco yo, al dedillo. Mira, estoy seguro que los indios van á pernoctar ahora cerca de la Peñuela; sé todas las veredas que por el camino más corto nos guíen hasta allá; si logramos sorprender á los bárbaros, el buen éxito es seguro.

Hubo algunos momentos de lucha entre los dos amigos: Juan no quería que Cornelio expusiese su vida, éste anhelaba, si era preciso, darla por su amigo. Al fin triunfó la generosidad de Cornelio. Juan con las lágrimas en los ojos, estrechó contra su corazón á aquel amigo leal y abnegado, y partieron al galope por el breñal.

III

Alrededor de una hoguera que empieza á decrecer porque no hay quien la cebe. duermen más de cien indios, en su mayor parte narcotizados por el mezcal que bebieron en exceso; están en el recodo de una colina, y al frente extiéndese el valle silencioso y solitario, en trechos cubierto

de espeso matorral. Allá junto á un enorme nopal, recostada en un aparejo, con las manos y los pies atados, está Toña, la diosa del rancho como la llaman los moradores de "Las Cuevas." Cerca de ella ronca, completamente briago, un corpulento indio, en cuyo hinchado semblante se pinta la ferocidad. La pobre niña, de vez en cuando, alza medrosa la cabeza y mira en derredor: al observar el silencio que la rodea, sólo interrumpido por el monótono roncar de los salvajes, hace vigorosos esfuerzos por desatarse. ¡Imposible, imposible! Llora desesperada y deja caer, abatida, la cabeza sobre el aparejo.

Al resplandor de la hoguera vése perfectamente á la niña gentil, encantadora morena de suaves facciones y rostro angelical; en sus grandes ojos negros píntase el terror, y la angustia contrae su diminuta boca. De repente da un grito: sin haber escuchado ruido ninguno, caen de la colina como llovidos del cielo, dos ginetes machete en mano, que arremeten á sablazos contra los desprevenidos indios, para algunos de los cuales fué aquél el último sueño, y los que despertaron huyeron despavoridos al monte.

—No pierdas tiempo, dijo Cornelio á Juan, á tu negocio. Allí está Toña.

—¿Y tú?

—Te seguiré luego para cuidarte la

espalda; apresúrate, antes que estos bárbaros se den cuenta de cuantos somos.

Corre Juan, ase por la cintura á su adorada Toña, que ha perdido el conocimiento; en un ágil salto pásase á las ancas del alazán, coloca atravesada sobre la silla á la niña desmayada, cuyo cuerpo sostiene con el brazo izquierdo, afloja la rienda, hinca las espuelas en los ijares del brioso alazán, y parte á carrera abierta en dirección de "Las Cuevas."

Momentos después, Cornelio seguía á su amigo, cuidando de no adelantársele para defenderle la espalda. Pasaron algunos minutos y oyóse, primero lejano, próximo después, el rumor de un tropel que á cada instante se acercaba más á los jinetes. Eran los indios que, vueltos de su sorpresa y furiosos al convencerse de que habían sido sólo dos los asaltantes, corrían tras éstos clamando venganza.

Vibraban por el aire las flechas de los perseguidores y el alazán, no obstante su altísima ley, empezaba á fatigarse.

—Un esfuerzo más, decía Cornelio â Juan, ya estamos cerca, ya distingo como una sombra la muralla. Apenas había pronunciado estas palabras, lanzó un quejido: una saeta le traspazó el cuerpo, y agonizante cayó al suelo. Juan, con el alma rebosante de dolor y los ojos arrasados de lágrimas, vió pasar veloz junto á él, al ca-

ballo negro de Cornelio, sin jinete ya y poco después sintió de improviso una onda hirviente que le bañaba el brazo: era la sangre de Toña á quien las enemigas flechas acababan de dar muerte. En ese mismo instante el alazán caía desfallecido junto á la muralla de "Las Cuevas," y los indios huían al divisar un grupo de rancheros que salían á batirlos; pero los moradores de "Las Cuevas" sólo encontraron á Juan empapado en la sangre de su amada, y con el cadáver de ésta en los brazos; al alazán muerto á los pies del joven, y á corta distancia el caballo negro de Cornelio, sin jinete, respirando fatigado.

MEDICINA DE PATENTE

I

Alicaído hállase Perfectito;—con el diminutivo llámanle siempre cuantos le conocen—sus bienes, que no son muchos, merman de día á día. Acaba de echar un vistazo á sus cuentas, y ve con horror que si sus acreedores se ponen de acuerdo para asaltarle á la vez le dejarán hasta sin camisa.

Además, Beatriz, la novia de Perfectito, acaba de darle unas tremendas calabazas, por bruto, según dijo ella. No dió otra razón, y al decepcionado doncel parécele la razón de la sinrazón. Si por brutos han de ser calabaceados los novios, el noventa por ciento de ellos quedaríanse sin media naranja. Esto piensa Perfectito y no yo. Hago tal aclaración, por-

que no quiero granjearme la inquina de los enamorados, á quienes no tengo ojeriza, y hasta me caen en gracia.

Aquel desengaño abre honda herida en el corazón del galán, y el dolor ha sido frecuentemente la puerta por donde entran las serias y fructuosas meditaciones.

El joven, pues, medita.

Allí está en su escritorio, meciéndose suavemente en la poltrona, con la melenuda cabeza echada hacia atrás, y contando maquinalmente las vigas del techo de la pieza.

—Heme aquí, se decía, en esta casita para ella preparada y donde anidaban tantas ilusiones que el enemigo de la humana dicha ha arrojado á latigazos. Pero, ¿seré yo tan bruto como dice Beatriz?

—¡No, no! Lo que sucede es que soy débil, muy débil. Pero mi novia debía considerar que no tengo madre, ni padre, ni parientes, y, naturalmente, los amigos llenan ese vacío de mi alma.

Beatriz me ha dicho muchas veces:

—No vayas al café; tú no tienes carácter. vas á derrochar lo tuyo y lo ageno, y á dar el primer paso en la vereda del vicio; después seguirás el camino real.

—No voy, Beatriz, no voy ya; basta que tú lo quieras.

Mas llego á mi casa, y allí está ya el Mefistófeles de Joaquín.

—Vamos al café, me dice.

Yo me rasco una oreja, la que encuentro primero, vacilo, pero no sé decir que no á nada.

—Vamos, contesto.

Y allá vamos.

Y en esos cafés venden muchos vinos y licores, mas no la sabrosa y aromática bebida del arábigo cafeto.

Y salgo de allí á media noche, ó un poco después, y con la cabeza trastornada.

—No vayas al casino.

—No, hija, no voy. ¡Qué he de ir yo al casino!

Y apenas me despido de mi amada, me encuentra Gil, el constante parroquiano de la cantina de los ricos, y de los que, aunque no lo sean, pretenden ser tenidos por tales, ó por lo menos, gustan de juntarse con ellos.

—Pues, Gil, vamos. Y héme allí instalado en el casino.

—Perfectito, ven á jugar tresillo.

—Bueno, jugaré.

—Ahora "poker."

—Pues al "poker."

—Y luego malilla.
—Está bien, jugaremos malilla.
—Que traigan copas.
—Corriente, que las traigan.
—Ahora cena.
—Sí, señores, la cena.
Y por supuesto, yo pago todo.
Y dan las doce de la noche, y la una, y hasta las dos de la mañana, y yo en el casino.

—Por Dios, Perfectito, me dice Beatriz, vas á quedarte en la miseria. Sé que prestaste tu firma á Hipólito, y que pagaste por él, porque el muy bellaco no pagó. ¡Qué iba á pagar!

—Es verdad; me dió pena decirle que no.

—¿Y no te dará pena que te dejen sin cara en qué persignarte?

—Ya no se la vuelvo á prestar á nadie.

A poco rato encuentro á don Secundino, vejete tramposo y mordaz, y tan feo, que puede curar instantáneamente el hipo; apenas conozco de vista á tal sujeto.

—Señor don Perfectito—me dice—zalamero, si viera usted lo que me pasa.

—¿Qué?

—El demonio del casero me echó á la calle con la mayor crueldad é injusti-

cia. Figúrese usted, por seis rentas, únicamente por seis rentas, después de medio año de ser su inquilino. Mas, usted es mi Providencia. Acabo de ofrecer la responsiva de usted al dueño de la casa que ocuparé. Ea, amigo mío, una firmita.

Y..... zás, firmó el documento que me presenta don Secundino.

Después me punza el remordimiento, ó la rabia, ó ambas quizás; pero yo no sé decir no á nada.

¿Seré bruto por esto? Tal vez Beatriz tenga razón.

¿Seré un malvado?

—Vamos al Rosario, me dice Pedro.

—Sí, amigo, vamos.

—Acompáñame á misa mayor.

—Con mucho gusto.

Y allí estoy en el templo, tan devoto, que cualquiera diría que soy flor y nata de la piedad y espejo de cristianos flojos y tibios.

—Voy á hacer los Ejercicios de San Ignacio—díjome el Padre Contreras,—es necesario que entres, Perfectito.

—Pues sí, señor, entraré.

Y héteme allí encerrado nueve días con sus noches, muy contrito y resuelto á ser santo. ¡Válgate Dios! Si yo no sé decir jamás no.

Beatriz, en tono solemne y hasta amenazador, me dijo un día:

—El infierno, Perfectito, se hizo para los débiles; cata si para tí será.

Mas sin ella, sin mi Beatriz, la vida es para mi anticipado infierno. Es absolutamente necesaria una reconciliación. Ya le he escrito. Esperaré.

II.

Todo ese tropel de pensamiento en vigoroso diálogo, aparecieron en la fantasía del cuitado doncel. Sacóle de su abatimiento la voz de la criada, que llamando á la puerta le dijo:

—Una carta para el señor.

—¡A ver, á ver!, repuso Perfectito, levantándose precipitadamente.

Abrió la puerta, cogió la carta, y fijóse en el sobre.

—¡Es letra de Beatriz!

Abrió convulso el perfumado billete, y leyó:

"Perfectito:

Está usted enfermo, muy enfermo, ya desahuciado, motivo por el cual no me caso.

Es usted de los enfermos que rarísima vez sanan; pero, si por un milagro se

aliviase, le cumpliré mi palabra, seré su esposa.

En un papel por separado, le mando una receta, hágasela, podrá darle magnífico resultado.

BEATRIZ."

—¡Ingrata, ya no me tutea! Ea, veré la receta.

"Medicina de patente que no debe faltar en ninguna casa. Este medicamento es el verdadero Bálsamo de Fierabrás, con el cual soñaron los andantes caballeros, y no han logrado obtener ni muchos hombres de talento: "Un poco de carácter." Se vende en el almacén de la voluntad, y se compra con tres cosas: Resoluciones enérgicas; resoluciones eficaces; resoluciones justas. La caja de la voluntad es de secreto, se abre con estas tres sentencias: Las vacilaciones pierden el momento actual, que se va, y ya no vuelve. Tú eres soberano en el bien, esclavo en el mal; sé pues, soberano. Encierra el "sí" bajo de siete llaves, y no lo pronuncies nunca, sin haber antes reflexionado mucho."

Perfectito, después de leer movió la cabeza y díjose:

—¡Tener carácter yo! Vamos, esto es pedir peras al olmo.

Recuerdo haber leído en un librote muy

serio, que el carácter se forma en la niñez ó en la adolescencia, y que pasado este tiempo, es imposible formarlo. Y quien tal dijo, estudiado lo tenía.

Aquí el enamorado joven volvió á hundirse en profunda meditación. De repente paseábase en el cuarto, luego deteníase, gesticulaba, y volvía á sentarse. Parecía tener los demonios en el cuerpo.

Lo que no cabe duda que llevaba en el corazón, era el amor; pero éste, según la general opinión, no es demonio, sino angelito, ó, por lo menos, alado niño que no vé, porque tiene vendados los ojos, pero que despide fragancia de cielo. Perfectito le había visto pintado con carcax, arco y flechas. y afirmaba que era traidor y hería de muerte.

—Pero, ¡qué diablos de pensamientos tengo!, clamó Perfectito, estirándose de los cabellos. ¡Qué! ¿No soy cristiano?

Pues, como cristiano, sé que la gracia de Dios es omnipotente, y por ende capaz de dar carácter á los ancianos, á despecho de toda opinión en contrario. Y esto precisamente me dice Beatriz. Es usted de los enfermos que rarísima vez sanan, pero si quiere, puede sanar. Pues sí quiero; probaré, nada me cuesta.

Con esta resolución tranquilizóse algo, y la imagen de la felicidad en figura de Beatriz, se le apareció sonriente.

Estaba engolfado en amorosos recuerdos, cuando sin llamar á la puerta abrióla un Requejo, digo un tipo como el Requejo de los hermanos Quintero en su preciosa comedia: "El Nieto." Era Don Pantaleón Sandoval y Mata, que iba á tirar á Perfecto, mejor dicho, á su bolsillo, mortal mandoble.

—Vengo, amigo mío, dado á todos los diablos, díjole sin saludarle. Anoche perdí en el Casino, y necesito pagar la deuda y desquitarme, y usted me va á proporcionar modo de cumplir con aquel deber, y de lograr esta satisfacción.

—¿En qué puedo servir á usted?, murmuró Perfectito. Luego repitió para sí las misteriosas palabras de la receta, á las cuales la ardiente fantasía daba ya sobrenatural virtud.

—¿En qué mi buen amigo? ¿Y usted me lo pregunta? Necesito doscientos pesos, que le devolveré.... no me fijo plazo, pero será á la mayor brevedad posible.

Iba á escapársele á Perfectito un malhadado "sí señor," cuando recordó que el "sí" debía tenerlo encerrado bajo de siete llaves, y, aunque atragantándose, dijo:

—No señor.

Don Pantaleón quedóse mirando al jo-

ven con el mayor asombro. Aquella respuesta era de todo punto inverosímil. Era la primera vez que Perfectito decía no al que le pedía algo. De buena fe se creyó en una equivocación, y, sonriendo, repuso:

—Vamos, Don Perfecto—cosa admirable, suprimió el diminutivo—usted se chancea.

—No, respondió el joven, ya sin vacilar.

Nuevo asombro en Don Pantaleón.

—Pero, ¡qué! ¿no tiene usted dinero?

—Tengo, pero no quiero prestarlo; contestó con voz firme.

El señor Sandoval y Mata ofendióse, ó, simuló ofenderse, que es lo más probable, y dijo á su amigo algunas indirectas, que éste contestó con directas.

Mas Sandoval y Mata, que era finísimo gorrón, reservó el asalto para propicia ocasión, sonrióse con fingida dulzura, y palmeando el hombro de su amigo, díjole con zalamería:

—Ya nos volveremos á ver cuando esté menos malhumorado que ahora.

Y Perfectito, con estupefacción de él mismo, espetó tres rotundos noes.

Apenas salió Don Pantaleón, el joven respiró satisfecho. Una oleada de júbilo

subíale del corazón al rostro. Había dicho nó. ¡Qué ventura!

—Se puede, se puede, repetía sin cesar.

Era la hora de comer, y la criada entró al despacho y dijo á su amo:

—¿Come usted ya?

—No, no, no!, respondió Perfectito, subiendo el tono de voz en cada no.

Su criada, asombrada, pensó: Este no es mi amo, es otro.

Perfectito reflexionó luego que la pregunta de su criada era de las que debían abrir en el acto las siete llaves que guardaban el "sí," y cambiando de voz, murmuró:

—¡Ah!, sí; pon la comida.

Ese día comió el joven con mucho apetito.

Pensó después en sus acreedores, que no eran pocos, y en los recursos de que disponía, que no eran muchos.

Aún puedo salvarme, díjose. Aprovecharé el momento presente, hablaré con esos judíos, pues todos ellos son agiotistas. Con algunas prórrogas, y procurando cubrir las deudas á sus vencimientos, me libraré de fuertes réditos, que son el incurable cáncer de los capitalistas.

Todo salió á Perfectito á pedir de boca, y en la noche, al tirarse en la cama, exclamó:

—¡Ah!, no creía que mi mortal enfermedad fuese curable. Beatriz tenía razón: estaba enfermo de suma gravedad.

Transcurrió un mes, durante el cual, Perfectito había dicho no es, á roso y velloso. Era ya otro hombre, y sus amigos, que siempre le llamaron Perfectito, decíanle hoy Perfectote.

Aquello era obra de Beatriz, ó de la gracia de Dios, oculta tras un palmito angelical. Y claro es que hubo reconciliación y boda, y lo que vale más que todo esto: carácter, allí, donde no había ni pizca de él.

Y cuentan los que conocieron á Perfectito, trocado en Perfectote, que, cuando alguno de sus amigos se enfermaba, aunque fuese de ligera indisposición, les recetaba las tres consabidas resoluciones. Y agregaba con entusiasmo: No hay en la universal farmacopea, receta como la mía: es la única medicina que cura todas las enfermedades.



LA CAMPANA DE MI PUEBLO

I

En un día de pleno sol, de cielo despejado y purísimo, en que la naturaleza rebosante de vida, alegra el corazón, salió Gabriel de su pueblo. Iba á la capital de la República, pensionado por el Gobierno para estudiar medicina. ¿Quién hubiera podido adivinar en aquel mozalbete de complaciente mirada y varonil belleza al futuro sabio, laureado por doctas academias y enaltecido por la prensa de cultas capitales extranjeras?

Porque Gabriel fué un sabio, ante cuyas decisiones inclinábanse los más conspicuos profesores. Su carrera fué brillantísima; desde practicante llamó la atención por su ojo médico, y la envidia, enemiga acérrima de aquél que se eleva aun-

que sea una pulgada sobre los demás, nada pudo contra él, porque el carácter dúctil y acariciador del nuevo galeno se atraía las simpatías de cuantos le trataban.

No faltaban entre sus colegas quienes asegurasen que Gabriel debía su buena fama á sus prendas personales y no á su talento, que era muy mediano; otros, por el contrario, hablaban de aquel sabio como de nunca vista maravilla. Unos y otros exageraban: el carácter de Gabriel, afable, adulador y condescendiente, era gran conquistador de amigos, pero su mirada intelectual era mucho más penetrante de lo que sus émulos quisieran.

El joven médico dábase cuenta de su situación, secretamente regocijábase con sus triunfos y se esforzaba por publicarlos. De tiempo en tiempo, los periódicos de información recibían de los amigos del doctor, párrafos encomiásticos de difíciles curaciones perfectamente comprobadas, y como el joven era notoria lumbrera médica, y además, los párrafos laudatorios iban siempre acompañados de billetes de Banco, publicábanse con gran contentamiento de los editores, que de vez en cuando echaban su cuarto á espadas en abono del Hipócrates mexicano, favorecedor de la prensa.

Gabriel, en el constante barullo de sus tareas cotidianas, olvidó muy presto el

humilde pueblo, nido de sus afectos y alegría de su niñez; entibióse el filial cariño, y sólo de tarde en tarde escribía unos cuantos renglones á su anciana madre, de quien había sido el ídolo. Es verdad que le enviaba suficientes recursos para subsistir; pero ni todo el oro de Creso hubiera valido para señora Chana, madre del médico, lo que una frase de aquellas que espontáneamente brotaban del corazón de Gabriel, cuando niño aún, en el materno regazo acariciaba el simpático rostro de la honrada lugareña que entrañablemente le quería.

La señora Chana pensó varias veces en hacer un viaje á la capital, y aun forjábase la ilusión de quedarse allá, al lado de su hijo. Hubiera dejado gustosa hasta el pedazo de tierra que guardaba los restos de su esposo, por sentir la luz de aquellos ojos que daban á su alma calor y vida; pero Gabriel nada le decía. El es un sabio, pensaba la madre, vive entre la aristocracia del dinero y del talento, y quizás se avergonzará de mí que no sé hablar bien, ni entiendo nada de las cortesías del gran mundo. Y la afligida mujer suspiraba y lágrimas del corazón rodaban silenciosas por aquellas mejillas marchitas por la edad y la continua brega de la vida.

II

A Gabriel faltábale tiempo para atender á su numerosa clientela, y no sin sacrificio podía dedicar algunas horas al estudio, pues en honor de la verdad, amaba la ciencia con singular predilección. La avidez de perdurable fama devoraba aquel corazón, y parecíanle pocos los muchos triunfos obtenidos. Como hábil cirujano, llegó á ver la vida humana con absoluta indiferencia, y aun con desprecio, y no pocas víctimas fueron sacrificadas al científico frenesí del galeno, sin que la conciencia dormida con sueño de muerte, despertase jamás, Gabriel habíase también olvidado por completo de Dios.

Si el desenfrenado amor á la ciencia hinchó de vanidad á aquel joven y extinguió su fe, habíale hasta entonces librado de trapisondas y amoríos, á los que estaba muy expuesto por su edad y sus personales prendas. Pero el corazón despierta el día menos pensado, aunque no se le haga ruido, aunque se le cierren las puertas de los sentidos, y el de Gabriel despertó lleno de vigor y pujanza.

Una joven de rasgados ojos, de travieso mirar, de esbelto cuerpo y atractivo donaire, sacó de quicio al joven médico que á su pesar veía en todas partes aquel

rostro hechicero. Quiso al principio luchar contra los ímpetus de la naciente pasión; pero ésta le arrolló como alud y cayó vencido ante la deidad que le fascinaba.

No era Gabriel novio despreciable, pero Irene no correspondió al amor que entusiasta le brindaba el enamorado galán, porque tenía novio, á quien amaba con hondo afecto.

Al estrellarse contra escollo tal el cariño de Gabriel, rugieron en furioso oleaje las contrariadas pasiones, y desde entonces sólo pensó en derribar el obstáculo que se oponía á su dicha. Retiróse de Irene para acercarse á Leopoldo, el afortunado joven que poseía el corazón que él anhelaba conquistar.

Y Gabriel y Leopoldo fueron en breve íntimos amigos. Frecuentemente comían juntos y no parecía tener el uno secretos para el otro.

Irene, que nunca dijo nada á su novio de las pretensiones del doctor, vió al principio con malos ojos aquella amistad, pero con el tiempo desechó todo temor, á lo que contribuyó no poco Leopoldo, que elogiaba siempre á Gabriel y teníale por amigo verdadero.

Anunciábase ya muy próxima la boda de Leopoldo é Irene, cuando aquél enfermóse del estómago, según dijo su amigo Gabriel. La enfermedad fué gradualmente

aumentando, y á pesar de los esfuerzos del amigo del paciente, éste llegó al borde del sepulcro.

Gabriel no dejaba la cabecera del enfermo y cuidábale con fraternal solicitud pero opúsose siempre á la junta de médi-



cos que pedía Leopoldo anhelante de vida.

—No hay ningún peligro, decíale Gabriel, sanarás en breve.

Y la esperanza renacía en el corazón del amante joven, pues tenía fe ciega en la ciencia de su amigo. Más aquel mismo día murió Leopoldo, y Gabriel é Irene lloraron mucho por el ser querido.

III

Pasó el tiempo y la intensidad del dolor disminuyó en la joven, que en un momento vió caer todas sus ilusiones. El amigo de Leopoldo iba á la casa de Irene dos veces á la semana, y con las más dulces palabras consolábala de la que él llamaba irreparable pérdida. Las visitas fueron después más frecuentes, y sucedió lo que tenía que suceder, lo que había previsto Gabriel: Irene, que aún conservaba el perfume de su amor primero, no se atrevió á negar la mano de esposa al íntimo amigo de su novio.

¿Quería á Gabriel, ó el primer ósculo de cariño se posó en la frente del muerto representado por su amigo?. Este es un misterio que no me es dado descifrar.

El esposo entró lleno de júbilo al soñado edén, y la pasión se hartó de dicha, y á los fugaces días de la luna de miel, sucedieron otros de atroz y tenaz melancolía. Clientela, amigos, academias, todo abandonó Gabriel, y sólo en su despacho pasaba la mayor parte del día con la vista clavada en el suelo, abstraído en un sólo pensamiento. ¿Era la imagen del muerto lo que quitaba á aquel corazón luz y calor? Tal vez. Gabriel iba secándose como árbol que pierde savia y los médicos no

acertaban á diagnosticar una enfermedad que no lesionaba el cuerpo, sino que se escondía en el fondo del alma.

La voz de la esposa, lejos de ser consuelo para el atribulado esposo, parecía rayo que le hería de muerte.

Cansada Irene de tantas noches de insomnio, y viendo perdida toda la influencia que tenía sobre su esposo, resolvióse á escribir á la madre de éste. Le describió el estado de Gabriel y rogóle fuese á verle.

Algunos días después la señora Chana abrazaba á su hijo, y aunque éste pareció reanimarse un poco, no dilató en caer de nuevo en su mortal abatimiento. Madre y esposa resolvieron llevar al enfermo á su pueblo natal, pues creían de fe que el aire puro y las sencillas distracciones eran eficaz medicina de aquella extraña enfermedad.

IV

Es domingo, y el laborioso pueblo, cuna del ilustre galeno, de ordinario tranquilo, entrégase la tarde de ese día á honestos divertimientos. Algunos viejos y hombres de edad viril reúnense en casa de sus amigos para jugar malilla ó tresillo; los jóvenes, en pos de sus novias van á donde creen verlas, y los muchachos, unos jue-

gan en el prado á cuanto se les ocurre y otros, á los toros, en la plazoleta del pueblo. En los corrillos no se habla de otra cosa, sino de la llegada del sabio médico Gabriel, orgullo del terruño, al que ha dado lustre y gloria. Ya salió un coche á la estación del Central, que dista algunos kilómetros del pueblo. De pronto, vése á lo lejos por el camino real una polvareda; distínguese luego el coche, y poco tiempo después óyese el tronido del látigo del auriga y el acompasado trote de las briosas mulas.

—¡Allá viene Gabriel, el hijo de señora Chana! claman muchas voces.

En efecto, Gabriel, cabizbajo, hundido en sus profundos pensamientos, vése en la testera del vehículo, al lado de señora Chana y frente á ésta hállase Irene.

El coche entra dando saltos por la única mal empedrada calle del pueblecillo.

Costumbre ha sido de los cocheros al llegar á los lugares poblados, lucir el brío de los brutos que manejan, enorgulleciéndose de mostrarse amaestrados domadores de taimadas cabalgaduras y hábiles guías de briosos tiros, que al reconocer la proximidad del caliente establo, trotan cuellierguidos espumajeando al tascar el freno que los reprime.

Al ruido, aumentado por una turba de chiquillos, que vociferando corren tras el

coche, abriéronse todas las ventanas de la calle, y las curiosas miradas devoraron el enfermizo rostro de aquel sabio, herido de muerte en la plenitud de la vida.

—¡Pobrecillo!

—¡Si viene casi en agonía!.

—El estudio le ha abreviado la vida.

Estas ó parecidas frases salían de los labios de los curiosos, en la mayor parte de los cuales la compasión, aunque real, era exagerada.

En aquellos momentos las alegres campanas de la iglesia parroquial, única que existía en el pueblo, llamaban al rosario. El enfermo, al oírlas, alza la abatida cabeza, llévase la diestra mano á la frente como si acariciar quisiera un mundo de recuerdos, y rompe á llorar como un niño.

Instintivamente madre y esposa comprendieron que aquel llanto le era benéfico, y dejáronle llorar cuanto quiso, llorando ellas también silenciosas lágrimas, que más que por las mejillas, rodaban por el corazón.

Llegó el sabio al hogar paterno sollozando aún, y aunque esperábanle parientes, ámigos de la infancia y no pocos curiosos, á quienes saludó con afabilidad, rindiéndose aún en aquella situación á su proverbial cortesía, excusóse de recibirlos en

tales momentos porque la fatiga del camino habíale agravado.

Al entrar al cuarto donde rodaron tranquilos y felices los días de su niñez, contemplaba todo con interior delicia. Allí estaba la mesita de pino sin pintar, donde había escrito los primeros palotes, el antiquísimo desvencijado ropero en el cual guardaba desde la camisa dominguera perfectamente planchada por señora Chana, hasta la soga con que lazaba becerros. En la pared clavada aún y ennegrecida por el polvo y las moscas, la misma estampa del patrón del lugar, y en una repisa el trompo y algunos otros juguetes de Gabriel, guardados allí como reliquias por la cariñosa mano de una madre. Hasta el jarrito en que tomaba leche acabada de ordeñar, estaba allí ostentando su brillante cuello verde y su no muy bien formado pico.

A una idea se asociaba otra, y Gabriel parecía salir de un sepulcro y hallar amable como nunca la vida que sentía extinguirse. Así permaneció largo rato ensimismado, sin siquiera fijarse en que su esposa y su madre le contemplaban entre la zozobra y la esperanza.

Volvió á herir de nuevo los oídos del médico el repique de las campanas de la parroquia que anunciaba que cubrían al Santísimo, y otra vez se desató impetuo-

so el llanto de Gabriel, y otra vez ahogábanle los estrepitosos sollozos. Irene y la señora Chana dejáronle solo para que se desahogara á sus anchuras.

Hubieran jurado que Gabriel guardaba un secreto que le atormentaba con crueldad.

El enfermo callaba por algunos momentos para volver luego con mayor ímpetu á las manifestaciones de su tremenda aflicción.

De improviso oye la voz del anciano Cura, quien, concluído que hubo el ejercicio vespertino, apresuróse á ir á saludar á Gabrielillo, á quien trató desde niño y de cuyo carácter más de una vez tuvo mucho miedo.

—Gabriel, mi Gabrielillo, le gritó el párroco desde la puerta abriéndole los brazos.

El médico, impelido vehementemente por su mismo dolor, arrojóse en los brazos del sacerdote, sollozando con mayor estrépito que antes.

El buen cura también le dejó llorar, y cuando Gabriel húbose calmado un tanto, le dijo con voz tan cariñosa como la de un padre:

—No te pregunto ya cómo te ha ido, pues tu semblante y tu llanto me lo dicen todo. Allá en aquella Babilonia, que podrá hacer algunos sabios, pero que sin

duda hace muchos desgraciados, has perdido tu felicidad.

—Sí, señor cura, y lo que es peor aún: la santa fe de mis padres.

—¿No crees ya en Dios como en los dichosos días de tu niñez?

—Hoy vuelvo á creer: esa campana, la bendita campana de mi pueblo, al vibrar en mis oídos después de muchos años de silencio, ha penetrado hasta el fondo de mi alma, y al remover el mar de mis recuerdos, donde creí que todo había naufragado, encuentro el valioso tesoro de la fe perdida. ¿Qué tienen los sagrados bronces que en un momento de inefables vibraciones rinden al hombre más soberbio y más criminal que he conocido?

—Por ellas, hijo mío, habla frecuentemente la voz de la gracia. ¡Dichoso aquél que la escucha!

Una ocasión dos jóvenes colegiales dirigíanse al obscurecer á criminales trapisondas, olvidados completamente de que tenían una alma rescatada al precio infinito del martirio de un Dios; pasaron por un templo y oyeron las lenguas de bronce que llamaban á la oración. Miráronse como sorprendidos; nada dijeron los labios, pero los corazones de ambos trocáronse y fueron al templo á orar los que momentos antes iban á delinquir.

Gabriel, cada vez más conmovido, murmuró con voz apenas perceptible:

—¡Padre, yo tengo un secreto que me mata!

—Nada me admira, hombre eres como todos, lo adivino, tu secreto es un crimen y yo, por divina misericordia, tengo poder para perdonártelo.

—Pues bien, sí, es un crimen, y mañana muy temprano iré á la parroquia para revelarle á usted todo, todo.

—¿Mañana? No, hijo, hoy mismo, en este momento.

Minutos después, allá en la penumbra de un rincón de la sacristía del humilde templo parroquial, cuando ya la luz del sol trepaba á las cumbres para de allí volar á ignotas regiones, y el oro y nácar de las nubes trocábase en verdinegras sombras. Gabriel revelaba el secreto, que con el gusano del remordimiento, había taladrado su corazón.

La salud de Gabriel desde ese instante mejoró con suma rapidez. No volvió á la capital de la República y la fama de la bondad del sabio médico dura aún en el pueblo.

Cuando después algún joven, quería ir á estudiar á la metrópoli, esforzábase siempre en disuadirle.

—No, no; le decía: toda la ciencia del

mundo no vale lo que un sólo rayo de fe, lo que una sola gota de amor, lo que un momento de esperanza. Y solía agregar: bendita, bendita sea la campana de mi pueblo.

LA PRIMERA NAVAJA DEL PUEBLO

I

Dionisia Pérez, ó Nicha, como la llamaban sus parientes y amigos, fué hija de un maestro de escuela de pueblo, hombre de apenas mediana instrucción; pero de mucha prosopopeya, quien vivió consagrado siempre á la enseñanza de la niñez, que si le dió durante la existencia para mal comer, no pudo darle para el entierro, que fué costeado por el Municipio.

El difunto maestro, á quien no faltaron bríos para corregir enérgicamente aun á los hijos de los caciques—cualidad que si le atrajo rencillas también granjeóle simpatías—no supo, ó no pudo corregir á su hija, que fué siempre su ídolo. Nicha traía á los discípulos de su padre en chismes y

enredos y más de una vez el anciano preceptor sufrió graves perjuicios por la malhadada lengua de aquella diabólica hermosura, porque Nicha era una guapísima lugareña de gentil cuerpo, ojos de almendra, grandes y rasgados, exuberante y fina cabellera, que le caía más abajo de la cintura y de monísima boca diminuta, de correctas líneas y suaves labios rojos como la ciruela. Imposible parecía que tras de aquellos labios se moviese la más afilada navaja del pueblo; pero ello era verdad. Nicha, por carácter era terriblemente satírica y mordaz, y varias ocasiones burlóse inconscientemente, y arrastrada sólo por la fuerza del hábito, hasta de su propio padre, á quien amaba mucho.

No sé si la joven luchó contra su perverso natural, pero si tal hizo, la lucha debe de haber sido débil é inconstante, porque desde que la conocí, niña aún, era difamadora con todas las fuerzas de su alma. Cosa rara: cuando Dionisia lanzaba sus mortales saetas contra el prójimo, la voz de la niña era dulce y hasta salamera; sonreía y los ojos despedían rayos de luz.

En el pueblo todos los hombres de pro eran más conocidos con el mote con que los nombraba la joven, que por sus propios nombres. Hasta el señor cura, venerable por su puesto, carácter y virtud, era llamado por los atolondrados é indevotos

—que no eran escasos—con el mote de Rey de bastos, que le puso Dionisia. Sus pocas amigas de la joven cultivaban su amistad sólo por miedo, y aun adulábanla y aplaudían sus sátiras, muchas veces no exentas de gracia.

Dionisia fué acérrima partidaria del matrimonio, y á pesar del capital defecto que le conocían todos, había tenido, si sus cuentas no estaban equivocadas, siete novios, entre forasteros y lugareños. Tal es el triunfador poder de la juventud y la hermosura; pero siempre acababan las relaciones por una indiscreta frase que á la joven, á pesar suyo, se le escapaba.

A uno de sus pretendientes amó sobre todos con tierno y profundo cariño, á Gerardo, el ayudante de la escuela del padre de Dionisia, eximio dibujante, de malas pulgas, taimado como él solo, perseverante en sus empresas y acostumbrado á salirse siempre con la suya. Fascinado con el palmito de Nicha, acometió la formidable empresa de solicitar el amor de la niña, y digo formidable, porque en aquel tiempo tres jóvenes disputábanse el afecto de Nicha, que estaba en la flor de su juventud, y entre ellos el hijo mayor de un ranchero, que prendado verdaderamente de la hija del maestro de escuela, decidió hacerla su esposa. Triunfó el rico agricultor, y Gerardo soportó la humillación y

siguió rondando la casa de Dionisia y corriendo tras de la niña por todas partes.

En cierta ocasión, la novia arremetió en presencia del novio contra los padres de éste, en términos tan terriblemente satíricos, que el hijo del hacendado, que era muy orgulloso, dió á la habladora Nicha unas tremendas calabazas.

Los otros pretendientes, con excepción de Gerardo, habíanse retirado; pero volvieron á la carga, y uno por uno tuvo la dicha de ser novio de la guapa lugareña, y uno por uno también la fué dejando por horror á aquella lengua que aun al lamer sacaba sangre. Y Gerardo, firme, esperando pacientemente á que algún día triunfara su constancia, como triunfó en efecto Fijóse Dionisia en el dibujante, cuya perseverancia pregonaba la firmeza de su cariño; del agradecimiento pasó á la simpatía y de ésta al amor.

Gerardo era impetuoso y frecuentemente reñía con su novia; pero ésta le aguantó lo que á nadie, porque tenía la coraza del verdadero cariño, contra la cual estrellábanse las olas de pasajeras discordias.

Un día, arreglada ya la boda, comió Gerardo en casa de su prometida, y en un arranque de ternura dijo á su novio:

—¡Cuánto te quiero, mi pavo!

Oír aquella frase el futuro esposo y

truncir el ceño, fué uno. Tomó el sombrero y sin despedirse salió de aquella casa ardiendo en ira y resuelto á no volver jamás á ella.

He sido víctima de esta bellaca, decía derramando bilis. No tolero burlas de nadie, menos de ella.

Nicha descubrió instantáneamente alguna semejanza entre su novio y el pavo, y sin ninguna dañada intención é ignorando que á Gerardo desde niño, le llamaban en la escuela el pavo, le habló con este mote.

II

La hija del maestro de escuela lloró mucho aquel rompimiento de relaciones. Hízose primero la ilusión de que su exnovio, pasado el primer furioso ímpetu, volvería hacia ella amante y cariñoso, pero cuando pasaron días y más días y Gerardo no volvía, ofendióse profundamente y tuvo la imprudencia de preguntar en la sacristía de la parroquia á una prima del dibujante, cómo se encontraba el joven. En esta ocasión hubo en la calabaceada toda la malicia de la ruin venganza; pero todavía soñaba Dionisia con una reconciliación.

Dos ó tres veces se había encontrado en la calle con Gerardo, y éste, dando resoplidos de ira le había vuelto la espalda

Nicha estaba desesperada; por una parte quería á Gerardo y por otra odiaba el celibato. Los jóvenes del pueblo la miraban ya con indiferencia y aun alguno que otro, con desdeñosa sonrisa. No obstante, esperó algún tiempo que Gerardo se arrepintiese de su locura, como ella decía; pero perdió hasta la última esperanza al saber que Gerardo era novio de su prima, y el día del santo de aquél le mandó una tarjeta postal con un pavo haciendo la rueda. Desde aquella fecha el amor de los exnovios trocóse en odio é hiciéronse una guerra cruel é implacable.

El veraz espejo mostró á Dionisia la primera cana, y desde entonces el carácter se le agriaba más y más cada día. El forzado celibato teníala siempre violenta y el aislamiento era tósigo para su mortal histerismo. Gerardo, que meditaba una venganza digna del mejor dibujante del pueblo, un día sonrió satisfecho y púsola en obra.

Poco tiempo después el dibujo estaba concluído: en el centro de una hoja de cartulina aparecía una hiena con la cara de Dionisia; sacaba una lenguota que tocaba al suelo, y en ella se leía en claros caracteres: "Esta es mi arma y no la envaino." La fiera tenía entre sus garras á un ranchero lleno de heridas el cual representaba al pueblo. En el fondo estaba Ge-

rardo haciendo la cruz con el pulgar y el índice de la diestra mano, y el título de la caricatura, escrito con gruesas letras, decía: "La primera navaja de mi pueblo."

¡Oh, Dios! el entusiasmo que tal caricatura produjo en el pueblo no es para decirlo. Anduvo de casa en casa, y visitó hasta el curato y la presidencia municipal, y todos celebraron el ingenio de Gerardo y desde entonces aumentaron por montones sus discípulos de dibujo. En aquel general aplauso tomaba gran parte la venganza.

—¿No ha visto usted la caricatura? preguntaban á Dionisia algunas de sus antiguas conocidas.

—¿Cuál caricatura?

—La que hizo Gerardo.

No se necesitó más para que Dionisia comprendiese que se trataba de ella, y hubo malévola que le enseñó aquella obra maestra del antiguo ayudante de escuela.

Dionisia devoró en silencio la ofensa, de la que no pudo vengarse, pues sus males agraváronse paulatinamente hasta ponerla al borde del sepulcro. Y es fama que antes de entrar en agonía, fueron éstas sus últimas palabras: "Dijo bien, sí; dijo bien. Esta es mi arma y no la envaino," y sacó la lengua que nadie pudo después volver á su lugar.

EL FALLO DE SAN ANTONIO

Hay en el templò de San Francisco de la ciudad de Zacatecas una escultura del taumaturgo de Padua, sin mérito artístico, pero muy venerada por los católicos. Aun hoy día, los martes entre nueve y diez de la mañana, cruzan las calles céntricas de la ciudad, las pollitas zacatecanas, que van á la misa de diez, que semanariamente se celebra en honor del santo. Y es fama que el milagroso paduano ha hecho matrimonios sin gastar repulgos. El ha vencido muchas veces la apatía de los jóvenes casaderos que desdeñan tanto seductor palmito, pues hecho innegable es que esta noble y leal ciudad es jardín de femeninas hermosuras. Basta dar un paseo los domingos en la tarde por la Alameda, para quedarse alelado con esas caritas de Serafín que fuerzan á creer en el paraíso.

Y conste que mi aserción no es lisonja. ni estudiada galantería, sino homenaje á la verdad debido.

Mas si las niñas piden buen marido al santo, otras pídenle dinero. dos cosas dificilísimas de obtener por la escasez, cada día más notable, de lo uno y de lo otro.

Exhausto de plata acuñada hallábase el honrado carpintero Crispín Ornelas, pues, aunque hombre de bien á carta cabal. no era de los más aventajados en su oficio. y su cotidiano quehacer reducíase á insignificantes composturas de muebles y remiendillos, que no valían la pena, motivo por el cual estaba siempre á la cuarta pregunta.

La familia de Crispín componíase de su esposa, que contaba una cuarentena de Eneros, y á pesar de la pobreza, y frecuentemente miseria de su esposo, reventaba de gorda; y de media docena de diablillos. para calzar los cuales necesitábase más dinero del que ordinariamente ganaba el infeliz artesano

Crispín había nacido y desarrolládose en una atmósfera de sencillez y piedad, medio en que vivió la mayor parte de las familias de nuestros antepasados, cuando no había aún ferrocarriles, ni luz eléctrica, ni Bancos, ni tantas otras cosas que me sé y me callo porque no quiero camorra con nadie, y que en montón hanos traído el pro-

greso. Era también devoto de San Antonio el humilde carpintero, y sus cuitas eran tantas como sus deudas, y éstas muchas y en diario aumento. No hallaba ya humano arbitrio para salir de aquel abismo de apuraciones. Su fe y su piedad lleváronle á los pies del patrón del honorable ayuntamiento de Zacatecas, pues en aquellos religiosos tiempos los ediles de esta noble y leal ciudad, se acogieron al patrocinio de San Antonio á quien juraron patrón del municipio.

Todos los días, entre tres y cuatro de la tarde, hora en que el templo de San Francisco estaba siempre desierto, Crispín dirigíase á él, entraba á la capilla del santo, situada á la izquierda en un amplio crucero. La imagen hállase colocada bajo de un arco abierto en el centro del altar, de suerte que aquélla se ve por el frente y por la espalda en el resto del crucero que queda tras del altar. Al llegar el carpintero arrodillábase devotamente, se persignaba, y después de rezar algunos padrenuestros con sus correspondientes avemarías, clamaba en voz alta:

—Señor San Antoñito, ya hice mis cuentas, necesito para salir de todas mis apuraciones mil pesos cabales, sin que falte uno sólo; dámelos, pues de ellos tengo mucha necesidad.

Luego santiguábase media docena de

veces por lo menos. besaba la tierra y salía del templo con la profunda convicción de que el santo oiría sus ruegos.

Todos los días, por mucho tiempo, era la misma cantinela. Si hoy no me oye, me oirá mañana, decía con admirable fe el carpintero. la oración debe ser perseverante.

Una tarde paseábase por el barrio de San Francisco un rico minero á quien designaban con el apodo de el "Marqués," seguramente por su afición á la sangre azul, ó por su estudiada fachenda, y, ora fuese por religión, ora por curiosidad, entró al templo y oyó la oración que en alta voz hacía el carpintero. Sonrióse, no sé si por burla ó porque le cayese en gracia. Volvió al siguiente día, y la misma plegaria, y otro, y varios más, y Crispín erre que erre apremiando al santo.

El rico minero debía de tener muchas horas de ocio, pues diariamente por la tarde recorría parte de la ciudad, buscando en qué divertirse, y urdió que el humilde carpintero fuese una de las víctimas de sus divertimientos. Una tarde dijo el minero á su mozo, presentándole una talega de pesos nuevos de la cual extraio solamente uno.

—Victoriano, traete ese dinero oculto bajo tu "sarape" y vente tras de mí.

El mozo obedeció, y amo y criado en-

camináronse hacia el templo de San Francisco.

La iglesia estaba enteramente sola, ni el carpintero había llegado. Sonrióse el Marqués, pidió al mozo el talego y lo colocó en el altar á los pies de la escultura de San Antonio, luego, por una puerta que conduce á la parte del crucero situada tras del altar, dirigióse al camarín que dicha parte forma y ocultóse tras la cortina que cubre la luz del arco á espaldas de la imagen. Allí permaneció en pie algunos minutos sin hacer el menor ruido, mientras el mozo, sentado en un banca, veía con curiosidad el extraño proceder de su patrón.

No tardó en llegar Crispín, y después de los acostumbrados padrenuestros y avemarías, alzando los afligidos ojos hacia la imagen oyóse en todo el templo el mismo cotidiano hondo clamor:

—Señor San Antoñito, ya hice mis cuentas, necesito para salir de apuraciones mil pesos cabales, sin que falte uno solo, dámelos, pues de ellos tengo mucha necesidad.

Apenas acabada la oración, oyó una voz que á Crispín parecióle dulcísima, y no le cupo la menor duda que era la voz del santo.

—Crispín, hijo mío, le dijo, allí tienes en el talego que á mis pies está el dine-

ro que me has pedido; pero te advierto que tú querías mil pesos cabales y sólo son novecientos noventa y nueve.

—No importa, santito mío, respondió el carpintero rebosante de alegría, quien da los novecientos noventa y nueve, dará el uno que falta, y cogiendo ansioso el repleto saco, salió del templo á toda prisa. El minero y su mozo diéronsela también para salir tras del devoto, á quien alcanzaron muy pronto.

—Entregue usted ese dinero, que es mío, dijo el Marqués á Crispín, asiéndole por un brazo.

—No lo entrego, replicó indignado el artesano, este dinero es mío, muy mío.

—¿Quién se lo dió á usted?

—Señor San Antoñito.

—¡Miren al embustero! ¡A la cárcel con él!

Y los tres fueron ante el juez de lo criminal, quien riéndose del caso oyó la querella del uno y la contestación del otro. Citólos para el siguiente día y el dinero, entretanto, quedó en depósito en el Juzgado.

Pocos días después, el juez sobreseyó en el juicio por no haber delito que perseguir y ordenaba en el auto la devolución del dinero al dueño de él. El Supremo Tribunal confirmó el auto de sobreseimiento, pero condenó al Marqués á perder el dinero á favor de Crispín, por haber-

se burlado de la fe y piedad del artesano. Todos llamaron á este fallo, el fallo de San Antonio.

El rico minero, al notificarle la sentencia, sacó un duro de la bolsa y dijo á Crispín, que estaba presente:

—Guárdalo y completa los mil.

—¡No lo decía yo! exclamó regocijado el carpintero, San Antoñito me daría los mil pesos cabales sin faltar uno solo.

TAL PARA CUAL

I

Agustín Benavides, colegial de agudo ingenio, buen corazón y audaz hasta la temeridad, estaba haciendo brillantísima carrera en el Seminario Conciliar de Durango —pues en aquella época los seminarios daban magnífico contingente á las carreras literarias,—los maestros deshacíanse en elogios del joven estudiante, quien año por año presentaba el acto público de estatuto. Mas estaba cansado, muy cansado, no tanto del estudio, cuanto de las privaciones á las que, por seguir una carrera, obligábale la pobreza. Más de una vez decidióse á arrojar á la mitad de la calle los libros de Filosofía y á buscar un empleo cualquiera que aligerara la pesada carga de la vida; pero revocaba su resolución ante los ruegos de su anciana madre.

A aumentar el candente anhelo del estudiante vino el amor que le inspiró una aristocrática joven de la más encumbrada categoría, no sólo por su prosapia de abolengo, sino también por su crecido caudal. Hija única de don Rosendo Galván y de doña Serafina Plancarte, era Matilde amor y gloria de sus padres, que en ella se veían.

La joven, por maravilla, no abusaba de aquel cariño, y sus deseos, siempre satisfechos, conteníanse dentro de las justas aspiraciones de su elevada jerarquía social. Afable y discreta, granjeábase la estimación de cuantos la trataban, y aunque no era una belleza, tenía poderoso atractivo y singular donaire.

Don Rosendo, hombre de mucho mundo, egoísta, socarrón y mentiroso cuando vió á Matilde en edad de tener esposo, alarmóse mucho, y en su interior la condenó á perpetuo celibato. Temía, con razón, que su fortuna atrajera á los pretendientes. Hay tantos, pensaba, que buscan en el matrimonio las comodidades de la riqueza y no las satisfacciones del corazón. El egoísmo paternal tomó también gran parte en la resolución del millonario. Ni uno más rico que él separaría de su lado á la hija de su alma.

Bien sabía don Rosendo que de tal decisión Serafina iba á ser la más terrible

enemiga; pero el banquero era fecundo en argucias, y sonreíase satisfecho al considerar las que inventaría para persuadir á su mujer.

Lo peor de todo era que había observado que á su hija no le caía mal el maldito estudiante. Una que otra furtiva mirada de Matilde púsole patitieso. Si no daría la mano de su hija ni á un Nabab, ni al rey del petróleo, ni al del acero, ni á ninguno de los multimillonarios yanquis ó mexicanos, iba á casarla con un pelele de baja estofa que faltábale de seso lo que de audacia le sobraba. ¡Imposible! El humillaría á aquel presuntuoso mozalbete...

II

Agustín, entretanto, no se durmió, no sólo llovieron amorosos billetes en la casa de la rica heredera, sino que dióse maña para hablarle algunas palabritas en casa de una amiga. Y el corazón de Matilde, que por lo suave era yesca, ardió con el fuego de aquellas palabritas. Sobre todo, la frase: "amo á usted con toda mi alma," le calcinó el pecho hasta en la más escondida arteria.

Los libros de Filosofía estaban cerrados y llenos de polvo, en cambio, el de las ilusiones era leído de cabo á rabo por el

enamorado galán que se hallaba ya en plenas relaciones con Matilde.

Los maestros de Agustín quejábanse con la madre de éste, de que su hijo se había entregado á la disipación; que frecuentemente faltaba á clase, motivo por el cual empañaría la ganada buena fama con la segura pérdida de aquel año de estudio. No le entran ya consejos á Agustín, decía el Rector, y es una lástima.

Un día, por ciertas palabras de su madre, comprendió el joven que ésta temía que anduviese en criminales trapicheos, y llorando por el dolor de la autora de sus días, á quien tiernamente amaba, revelóle todo, todo. Le manifestó su inquebrantable resolución de amar siempre á Matilde y hacer cuanto pudiera y aun lo que no pudiera por casarse con ella. La fe de los enamorados se parece á la de los santos y no es extraño, porque en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, es el amor la pasión más fuerte.

Madre é hijo acabaron por llorar juntos, de esperanza el uno, de temor la otra. ¿Quién era su pobre hijo para aquella joven tan rica y que como tal debía de ser muy orgullosa? ¿Valía algo el talento? ¿Conquista hoy la virtud muchos corazones? y la experiencia de la anciana respondía á estas preguntas: El oro es el gran conquistador en este mundo. El ta

lento y aun la virtud á él se han vendido muchas veces.

A aquellos dolorosos pensamientos replicaba la fe de la buena madre con palabras de eterna verdad.

—No ha muerto el Dios de mis padres, que es mi Dios, á El fío la causa de mi hijo. Hay aún y habrá siempre almas buenas en medio de la universal idolatría del becerro de oro.

III

Pasease Agustín por las primorosas alamedas de la ciudad. El amor hále sacado de quicio: quiere casarse con Matilde y ésta quiere casarse con él. ¿Qué más se necesita que dos voluntades firmes y decididas?

No habrá, de ello está seguro, nadie que quiera pedir para él al millonario la mano de su hija. Si él fuera rico, tal vez; pero es un pobre colegial sin porvenir aún. No importa, trabajará, siéntese capaz de heróicas empresas. El amor es fuerte, muy fuerte; pero también es loco de atar, y en aquel momento las ideas de Agustín son las de un loco, pues se resuelve á ir él en persona á pedir la mano de Matilde. Y pensarlo y dirigirse á la casa del banquero fué todo uno.

No voy á cometer un crimen, se dijo: el

cariño da derechos, y más aún el cariño correspondido.

Llegó al despacho del banquero y llamó suavemente á la vidriera de la puerta.

—Adelante, contestó con voz grave don Rosendo.

Estaba el banquero hojeando un legajo de documentos, alzó la vista por encima de los anteojos, y no fué poco su asombro al mirar frente á él al colegialillo.

—¿Qué se le ofrece á usted? díjole sin siquiera indicarle que se sentase.

—Pues mi negoció es muy sencillo, repuso Agustín sin turbarse, cuestión de dos palabras.

—Hable usted

—Vengo.....

—No tengo en qué ocupar á usted, dijo don Rosendo interrumpiendo al joven y con la dañada intención de humillarle.

—No vengo á pedir empleo, sino algo que vale mucho más.

—No presto dinero.

—No pido dinero

—Pues ¿entonces?....

—Vengo á pedir á usted la mano de su hija Matilde.

El sofocón que sufrió el banquero fué terrible. ni siquiera pudo hablar. Quedóse contemplando á Agustín de hito en hito Aquella audacia era inverosímil. Poco des-

pués sonrióse con maligna sonrisa y dijo con arrogancia al audaz mozalbete:

—Mi hija lleva un millón para el desayuno, ¿qué lleva usted para la comida?

Agustín comprendió la intención de don Rosendo de humillarle, é impertérrito contestó:

—Con tan buen desayuno, ¿á quién le quedan ganas de comer? No comeremos señor don Rosendo, no comeremos.

Tan inesperada respuesta desconcertó por un momento al banquero, que boquiabierto miraba á Agustín, mas vuelto en sí, repuso iracundo:

—Quítese usted de mi presencia.

—Volveré cuando usted haya reflexionado, murmuró el colegial, hizo una cortés reverencia y sonriente salió del despacho.

IV

Bien lo había previsto don Rosendo; la mortal enemiga de su resolución fué Serafina. ¿Pues no le cayó en gracia á la estúpida de su consorte la insultante contestación del atrevido colegial?

—Es un necio, decía don Rosendo.

—No le conoces bien, replicaba Serafina.

—Se ha burlado de mí.

—El enamorado inconscientemente se burla de todo el mundo, y no hace más

de vengarse, pues todo el mundo se burla de él. Tú querías humillarle.

—Y el pillastre me ofendió.

—Tú le ofendiste primero.

—Pero, mujer, sé racional.

—Te conozco de cara y mañas. Tú lo que quieres es que nuestra hija no se case jamás.

—Y no se casará. Te lo juro

—Se casará, como dos y tres son cinco.

—Aun suponiéndolo, no se casará con ese pelagatos.

—Matilde ha nacido para el santuario del hogar. Conozco bien á mi hija.

—Para su felicidad no necesita ese santuario.

Estas disputas eran cotidianas, y claro es, con el maternal apoyo, Matilde seguía obstinada en querer á Agustín.

—Confía y espera, decíale á su hija, yo quebrantaré la cerviz de la serpiente.

No hay para que decir que la serpiente era don Rosendo.

A la hora de sobremesa, cuando Matilde se iba á sus habitaciones, empezaba la diaria disputa, que concluía siempre con la huída del banquero. ¡Demonio! Después de un cuarto de siglo de paz octaviana, en que no se había oído en su casa una sola palabra que subiese de mesurado tono, tener que soportar aquel alud de gritos y aquellas nerviosas contorsiones

de la Serafina que al pie del altar le juró amor, y con esto, como era natural, respeto y resignada sumisión.

Aquello no era ya vida. Además, Matilde estaba muy triste, y antes era alegre como día primaveral. Todo, todo había cambiado en el hogar de don Rosendo hasta los criados que antes eran respetuosos, pero afables, tenían hoy cara de sargento primero.

Hallábase el capitalista enfrascado en aquellos pensamientos, cuando ocurriósele una idea salvadora, sin duda, á juzgar por el relámpago de regocijo que le inundó el rostro.

Esto es decisivo en pró de mis proyectos, exclamó. Veremos que puede oponer en contra la testaruda de Serafina.

Ese día estuvo contento y hasta chancista durante la comida, y á la hora de la batalla, llenó hasta los bordes la taza del café, encendió con estudiada calma—que no pasó desapercibida para Serafina—un magnífico puro y miraba de soslayo á la temible enemiga.

Traes alguna trampa, pensó Serafina mas ya te conozco, marrullero.

Don Rosendo tosió, Serafina también Aquella tosidura fué como el clarín que anuncia el combate.

—Estás matando á Matilde, clamó Serafina, con dolorosa voz.

—Quiero la felicidad de mi hija. ¿Cómo no la había de querer? Pero ese matrimonio es imposible.

—¿Porque Agustín es pobre? Esa no es razón, nosotros somos ricos.

—No es eso, Serafina. ¿Qué me importa á mí que ese rapazón no tenga un centavo? Hay otro motivo que no puedo decirte.

—Sea cual fuere, debes decírmelo.

—Si tú lo exiges.... pero conste que sin este inesperado suceso, y sin tu exigencia no te lo hubiera dicho nunca.

—Bueno, conste y adelante.

—Pues has de saber.—El banquero tragó saliva.—No puedo, no puedo.

—Habla, no soy caprichosa; si la causa de tu obstinación es racional; no insistiré en defender á la hija de mi alma de tu inexplicable tiranía.

—¿Quieres que hable? Sea.

—Te oigo.

—Durante mi juventud, no fuí un santo. ni mucho menos, tuve un desliz; pero conste que fué solamente uno y este, en un momento de aturdimiento, de diabólica sugestión. Don Rosendo vió á su consorte tragó saliva y continuó:

—¿Te he dicho lo bastante?

—Si no me has dicho nada.

—Debías haberlo comprendido: ese matrimonio, agregó con solemne voz, es im-

posible porque Agustín es mi hijo. He aqui el "pro" de mi causa.

Y don Rosendo inclinó la cabeza avergonzado.

Doña Serafina quedóse algunos momentos contemplando á su esposo, sonrióse con socarronería y dijo con admirable tranquilidad:

—La revelación que de hacerme acabas, no es obstáculo para la dicha de Matilde.

—¡Qué dices! ¿No es obstáculo?

—Ya que te has confesado conmigo, en justa correspondencia me confesaré contigo. Yo como tú, soy pecadora, tuve un desliz, nada más uno, también por diabólica sugestión, y Matilde no es tu hija. He aquí el "contra" de tu causa.

Don Rosendo se quedó boquiabierto, rascóse una oreja y luego la cabeza. Siguió una escena muda que se prolongó por algunos momentos, después de la cual los esposos soltaron una tremenda carcajada

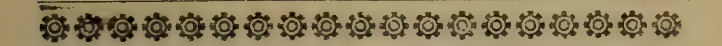
—Eres terrible, dijo el banquero.

—Tal para cual, respondió la esposa.

—Basta, basta, que se case Matilde.

El estudiante acabó su carrera y fué médico notable.

Y no hubo remedio, Matilde y Agustín se casaron y fueron tan felices como serlo pueden dos personas virtuosas en este pícaro mundo.



SI DIOS QUIERE

Era Tomás un barretero alegre, decidor, de grandes simpatías entre la femenina plebe, y audaz hasta la temeridad, aun cuando no estuviese bajo la influencia del alcohol, pues desgraciadamente había seguido el ejemplo de sus camaradas, los más sobrios de los cuales, embriagábanse aunque fuese de tarde en tarde. Hay entre los barreteros la errónea creencia de que el mezcal les da vigor para los rudos trabajos, y aun prolonga una vida frecuentemente enfermiza, á causa del tiempo que los pobres operarios permanecen en las entrañas de la tierra, donde falta la luz del sol, el aire es poco y la humedad mucha. Es raro, muy raro, encontrar entre ellos la virtud de la temperancia.

No era Tomás, ciertamente, de los que se entregaban al vicio con frenesí, é impe-

lidos al crimen por el alcohol, van á agotar en una prisión su miserable vida; pero casi todos los domingos echaba su trago y algunas veces se excedía hasta embriagarse. Y era una lástima, porque el mozo aquel tenía valiosas cualidades: además de su personal valor, reconocido por todos los que le trataban, y de su carácter jovial, era un buen amigo y un hijo modelo.

Corrían los aciagos tiempos de la intervención francesa, el mariscal Forey acababa de establecer las Cortes Marciales, y tocó á Tomás ser en Zacatecas uno de los primeros delincuentes por ellas juzgado.

Una noche el joven andaba de parranda con algunos de sus amigos; el maldito alcohol cortó al patriotismo las riendas de la prudencia y empezaron á vociferar contra los "gabachos." El dueño del tendajón donde los trasnochadores bebían, tuvo miedo y los echó á la calle. Fuéronse gritando "mueras" á los franceses, y Tomás, que estaba ya fuera de su razón, propuso á sus compañeros el asalto á pedradas de un cuartel de infantería.

En medio de destemplados gritos armáronse de piedras, desencajando algunas del empedrado de las calles, echáronlas en sus "jorongos" y dirigiéronse al cuartel de Santo Domingo.

Minutos después caía sobre las puertas

del cuartel una lluvia de piedras y el centinela daba el grito de alarma. El mancebo no supo más; al día siguiente, cuando despertó, estaba preso. Sus amigos probablemente habían huído.

Fué conducido ante el terrible tribunal que debía juzgarle sumarísimamente. Veinticuatro horas después el audaz barretero fué condenado á muerte. El Secretario leyóle la sentencia, pero Tomás no se inmutó, ni hizo el menor extremo. Acostumbrado desde niño en sus trabajos de minas, á ver el peligro frente á frente, habíase familiarizado con el pensamiento de la muerte; además, no obstante sus defectos, era creyente, tenía fe en Dios, y en lo íntimo del alma á El se encomendó.

Llamóle la atención al Presidente del Tribunal aquella serenidad, aquel desprecio de la vida, y dijo al reo:

—¿Lo oye usted? Mañana será fusilado.

—Si Dios quiere, contestó impertérrito el preso.

—Quiera Dios ó no quiera, repuso iracundo el Presidente.

—Si Dios quiere, volvió á decir el reo

Tomás salió del palacio del poder judicial, que es el mismo donde hoy se halla el Supremo Tribunal de Justicia, custodiado por cuatro soldados franceses. Salieron por la puerta que da al callejón de Veyna;

dos soldados iban delante del condenado á muerte y los otros dos detrás. Poco antes de llegar á la esquina que forma dicho callejón con la calle de la Compañía, Tomás dió un paso hacia atrás, aceleradamente asió por el cuello á los dos franceses que venían tras él y los arrojó con fuerza contra los dos que iban adelante, y los cuatro cayeron por tierra. Inmediatamente dobló la esquina y sentóse con la mayor tranquilidad en el marco de la primera puerta que encontró, con el cuerpo encorvado y simuló amarrarse la correa de un huarache. El ancho sombrero de petate cubríale todo el rostro. Apenas se había colocado en esa actitud, pasaron muy cerca de él los cuatro soldados á toda carrera, lanzando gritos de rabia. Sonrióse Tomás, púsose en pie, y paso á paso siguió por el mismo camino que acababa de recorrer y dejó impertérrito el callejón de Veyna.

—Dios no quiso, murmuró agradecido en lo íntimo de su alma, al hallarse frente al costado Norte de la que hoy es la Catedral.

La autoridad buscó en vano á Tomás por todas partes. Sus amigos no le han vuelto á ver desde entonces, ni á él, ni á su anciana madre, quien desapareció de Zacatecas el mismo día de la fuga del hijo.



POR LA DICHA AJENA

I

Como á ocho kilómetros aproximadamente, al Sur de la ciudad de Durango, hállase situada la fábrica de hilados "El Tunal," una de las mejores de la República, famosa especialmente por su manta trigueña, de la que en otro tiempo tuvo grandes ventas.

La fábrica se mueve por el agua del río que baja de la sierra; la toma se hace de una presa situada á no muy larga distancia de la fábrica, y llega á ésta por una ancha acequia abierta al pie de las montañas y sombreada por no interrumpida hilera de añejos fresnos y sauces.

Altas montañas limitan el valle por todos los rumbos, menos por el Oriente, y por el centro de aquél, culebrea el río, que

no es caudaloso, pero cuya corriente no se corta casi nunca.

Casitas aquí y allá forman pintoresco pueblecillo á donde van á veranear muchas familias de la ciudad. Algunas de esas casas están situadas á orillas de la acequia y surgen poéticas entre el follaje que las circunda.

Los leñosos tallos de las hiedras de azules flores de brevísima vida, trepan hasta las azoteas.

El panorama que presenta el pueblito y la fábrica rodeada de huertas, está llena de color y de vida.

II

Era el mes de Septiembre; varias distinguidas familias durangueñas habían rentado casa para pasar una corta temporada en el pueblito. Don Santiago, dueño de ella, con su esposa é hijos, redújose á vivir en dos piezas independientes con vista al patio cubierto de flores y árboles que formaban lozano jardín.

Leonor, la hija de don Santiago, era una niña que se despedía ya de la adolescencia y entraba en el florido vergel de la juventud; su conjunto de soberano atractivo, tenía singular espiritualidad; en la mirada de sus ojos garzos, mezclábanse la melancolía y la dulzura, y el terso y pá-

lido óvalo de su rostro resplandecía con angelical pureza. Aunque no muy alta, conocíase á primera vista el precoz desarrollo de su cuerpo. Parecía también haberse anticipado en ella la luz intelectual. El ceño que algunas veces plegaba las cejas de la joven, indicio era de los primeros combates de las pasiones, y alguna que otra silenciosa lágrima, señal del ímpetu primero del cariño.

Había crecido en aquel ameno pueblecillo, sin ir casi nunca á la ciudad. El maestro del lugar habíale dado lecciones y apenas aprendió á mal leer y escribir, pero pensaba mucho, mucho. La posición de don Santiago era desahogada, gracias á su laboriosidad y extrema economía.

Leonor, desde su niñez, presenciaba año por año, los juegos de estrado con que los jóvenes de ambos sexos se divertían en las temporadas que pasaban en la casa de su padre. Tomó afición á todos aquellos juegos que se sabía al dedillo, y nació en su corazón la simpatía por las señoritas y señoritos de la ciudad.

Cuando la pubertad con sus vagos anhelos, su ansia de cariño y su torbellino de ilusiones, habló á aquella alma criada en la floresta, Leonor se estremeció de emoción. Su principal libro había sido el campo, la montaña, el río, el cielo, la Naturaleza entera, con sus melancólicos tintes.

sus alegrías llenas de luz, de calor y de vida y su dramática fuerza desarrollada en el huracán y en las tormentas; todo esto había influído tan poderosamente en el alma de la niña, que su carácter tenía algo de la poesía de la Naturaleza y de su magnífica excelsitud.

III

Entre el grupo de jóvenes que estaba de temporada en la casa de don Santiago sobresalía Eugenio, por su perenne alegría, sus agudos chistes, hijos del ingenio y no de la malicia, pues hasta sus sátiras eran inofensivas. A Leonor cayóle en gracia aquel rostro franco y simpático, en cuyas frescas mejillas anunciaba poblada barba, fino vello, parecido á la peluza de los melocotones del huerto. Empezó por pensar mucho en él y acabó por amarle apasionadamente sin la más remota esperanza de ser correspondida. ¿Quién era ella, pobre lugareña sin educación ni cultura para soñar con el amor de aquel joven de brillante porvenir? Además, otro valladar se levantaba entre Eugenio y ella: Aurelia, la novia del joven, señorita de esmerada educación y de no escasa belleza y que amaba á Eugenio con toda la vehemencia del primer amor. Era Aurelia una morena de incomparable gracia, sus

negros ojos de extraordinaria viveza y tan expresiva, que sus ademanes hablaban antes que su voz.

Leonor, más de una vez, al través de los rosales del patio, sorprendió á los novios en amoroso diálogo. Desde allí vió muy bien en los juegos de estrado, que los ojos de la una buscan sin cesar á los del otro, y al encontrarse desbordantes de ternura, relampagueaban de regocijo. Y la enamorada muchacha lloraba sin querer, y aun alguna vez sintió ira, envidia, celos, ó todo junto, contra la dichosa elegida por el corazón de Eugenio.

Un día la encontró el joven á quien había llamado la atención que los ojos de Leonor estuvieran frecuentemente clavados en él.

—Niña, díjole con afecto. ¿Por qué me miras tanto?

Las mejillas de Leonor pusiéronse rojas como las amapolas del prado, bajó la vista y deshebrando una punta del delantal, contestó muy turbada:

—Me gustan los juegos de estrado, y como usted los explica tan bien, le oigo con atención para aprenderlos.

—Hermosa niña, ¿Vendrás una tarde á jugar con nosotros?

Por única respuesta la muchacha rompió á llorar y fuese corriendo por el jardín.

—¡Pobrecilla, es muy tímida! murmuró Eugenio.

Y desde entonces Leonor no volvió más á la enramada desde donde veía los juegos; pero si algún curioso se hubiese asomado por el agujero de la llave, hubiera visto afocado hacia Eugenio un lindo ojo donde ardía la luz del amor.

IV

En una de esas tardes de otoño, tibias y fragantes, en las cuales todo habla de cariño á los juveniles corazones y en el alma se siente hervir la vida y de su exuberancia brotan racimos de ilusiones, Eugenio, después de los juegos de estrado, animados como nunca, fuése en compañía de Pedro, mozo de toda su confianza, á bañar al río, á un lugar que, por su arenoso fondo, era el preferido de los bañadores

La alegría de Eugenio se desbordaba cantando por el camino populares canciones. Llegó á la margen del río cubierto de espeso jaral, y momentos después, cantando aún, de un salto arrojóse al agua.

Sucede frecuentemente que las grandes crecientes ahondan algunos lugares y atierran otros. Hacía pocos días que el río había crecido tanto, que inundó la tienda de raya de la fábrica y en varios puntos

se juntó con la acequia que corre por el pie de las montañas. Eugenio, en la confianza de que aquel lugar le era conocido, no tomó ninguna precaución. Al caer al agua, no halló terreno firme donde pisar y poseído de terror sintió que se hundía más y más. Pudo con soberano esfuerzo, salir á la superficie: con angustioso grito pidió socorro, y braceando sosteníase á flote con gran trabajo. Pedro, que no sabía nadar, fuése á todo correr a pedir auxilio. Al recibir la funesta noticia, muchachos y muchachas corrieron al río, y Aurelia entre éstas con el pánico pintado en el semblante.

Antes de llegar, divisaron por entre el jaral, un bulto que corría precipitadamente, llegó á la orilla y sin desnudarse, se arrojó al agua.

Cuando asustados y jadeantes llegaron todos al río, Leonor estaba en la playa y tenía en el regazo el desfallecido cuerpo de Eugenio. De pronto, no conocieron á la niña, pues la sangre empapaba su rostro y casi todo el brazo derecho. Al tirarse á nado con loca precipitación, estrellóse el cráneo contra una roca. Cuando se sintió herida, clamó con indecible angustia:

—¡Dios mío, te pido sólo unos momentos de vida para salvarle!

Y Dios le concedió esos momentos, y

al llegar hasta ella los jóvenes en tropel y Aurelia á la cabeza de ellos, díjole á ésta con lentitud y honda ternura:

—Señorita: allí le tiene usted salvo para que sea feliz. Dijo, inclinó la cabeza sobre el cuerpo de Eugenio y expiró.



MUERTO EN VIDA

I

Los nefastos días de encarnizada guerra civil, hacia los cuales no se vuelve sin horror la vista, corrían para la patria que contemplaba á sus hijos sojuzgados por el ímpetu exterminador de las pasiones. Era el año de 1858: acababa de tomar posesión de la Comandancia militar de Zacatecas el egregio General Manero, y del Gobierno el sabio y virtuoso abogado don Vicente Hoyos, una de las olvidadas glorias zacatecanas, que vive sólo en la memoria de sus leales amigos.

Después de la acción de Carretas, Castro y Auza se incorporaron al ejército de Zuazua, que constaba de cuatro mil quinientos hombres, y se dirigieron á Zacatecas, donde Manero contaba solamente con setecientos.

El pundonoroso comandante militar, engañado por falsos informes de algunos vecinos de las haciendas de Salinas, Trancoso, Zóquite y San Pedro, tuvo por cierto que apenas llegarían á seiscientos soldados los que atacaran la ciudad, é ignoraba que un agente que el enemigo tenía en la hacienda de "El Carro," interceptaba la correspondencia, y por lo tanto, que el General Miramón le ordenaba evacuar la plaza.

Preparóse, pues, para la defensa: situó doscientos hombres en la Bufa, y el resto lo distribuyó entre la Parroquia, hoy Catedral, la Ciudadela y Santo Domingo.

A las diez de la mañana del 27 de Abril más de tres mil hombres atacaron el cerro de la Bufa, y trabóse una lucha que duró diez horas, hasta que al puñado de valientes que mandaba Manero, se le agotó el parque. El joven héroe dirigióse entonces al señor Gobernador Hoyos, que le había acompañado.

—El parque, le dijo, se ha agotado y el enemigo está muy cerca; bájense usted y sus compañeros, y pónganse bajo la salvaguardia de alguno de los vicecónsules extranjeros.

—¿Por qué no capitula usted señor General? le preguntó el señor Hoyos

—Porque no tengo orden, ni del Supremo Gobierno ni del General Miramón.

Además, me veré obligado á entregar al enemigo mis muchachos y mi artillería. Prefiero perecer á presenciar tal cosa

Como el señor Lic. Hoyos insistiese, y los vencedores avanzasen á bayoneta calada, Manero empujó al Gobernador, que rodó por un despeñadero cerca del crestón chico de la Bufa, y de ese modo obligóle á huir. Si hubiese caído prisionero sin duda habría sido fusilado, pues por su talento y el gran partido que tenía entre los hombres de valer, era muy temido de sus adversarios.

En aquellos momentos de confusión el señor Lic. Hoyos, sin ser perseguido, pudo llegar hasta el callejón de Prieto; pero veíanse por todas partes las blusas rojas y era imposible avanzar más sin ser descubierto. Atrevióse entonces á llamar á la puerta de una casa; abrióla una señora de regular edad y de simpático rostro.

—¿Qué se ofrece? preguntó al licenciado.

—Soy, contestó con voz firme, el licenciado Vicente Hoyos, ocúlteme usted.

La señora palideció intensamente; temblando cogió de la mano al gobernador y subióle á un cuartucho situado en la azotea, y como éste no tenía puerta, cubrió con un petate el espacio á ella destinado, y luego bajó precipitadamente. Era tiempo; en esos momentos llegaba el esposo de

la generosa mujer: un teniente del ejército de Zuazua. El militar tomó una frugal cena y sin siquiera sacudirse el polvo de la batalla, salió á reunirse con los suyos.

Toda esa noche y el siguiente día permaneció en su escondite el licenciado Hoyos, y la pobre mujer, con el Jesús en la boca, temiendo las iras de su esposo si era descubierta. Al obscurecer subió á la azotea y dijo al licenciado:

—Señor: he hecho por usted cuanto he podido, no puedo hacer más.

—Lo comprendo, y Dios se lo pagará á usted. Consígame un "jorongo" y un sombrero de petate para marcharme luego.

Poco después, el señor licenciado Hoyos, en compañía de la criada de su salvadora, salía, entre otras parejas de la plebe, por el callejón de las Campanas. Dirigióse á una casa de la calle del Chepinque, donde pasó la noche, y á la madrugada del siguiente día, salió para la hacienda del Maguey.

II

A las ocho de la noche del mismo día del asalto, la Bufa fué tomada por los liberales y hechos prisioneros el ilustre general y varios de los oficiales, que la habían defendido con heroico valor. Manero, rodeado de más de mil hombres, con el

semblante sereno y la frente erguida, cruzó las principales calles de la ciudad. Algunos de las desenfrenadas turbas hacían ante él ridículas genuflexiones, mientras los tambores y pitos tocaban la bárbara pieza denominada "El Mitote."

El general Manero fué conducido al Hotel Francés, del que era propietario don Genaro Gerard; allí pasó la noche, y al siguiente día 28 de Abril, llevaron al mismo hotel á los señores Landa, Drechi, Aduna y Gallardo y á los demás oficiales hechos prisioneros la víspera. Landa tenía en su abono haber salvado la vida á Juárez y á Ocampo.

Del hotel fueron conducidos al Instituto. No sé si hubo Consejo de Guerra en forma, pues moneda corriente era en aquella calamitosa época, suprimirlo para fusilar á los prisioneros. Es el caso que al siguiente día fueron encapillados.

Moviéronse cuantas influencias se creyeron eficaces para salvar á los desgraciados militares, especialmente al heroico joven Manero, que era muy querido de los zacatecanos.

El comercio ofreció ochenta mil pesos por la vida del egregio general, pero Zuazua exigía medio millón y la entrega de la plaza de San Luis.

Algunas encumbradas señoras zacatecanas apelaron al último recurso, y asegúra-

se que pagaron á los soldados del pelotón que debía fusilar á los prisioneros porque no hirieran de muerte á Manero. Sea de esto lo que fuere, Julio Cervantes, capitán de cívicos, que mandaba el pelotón no estaba en el secreto, á juzgar por el hecho que referiré.

Desde el 29 de Abril estuvieron á la vista de los condenados á muerte los ataúdes en que debían ser enterrados; no se accedió á la súplica de los prisioneros de elegir al Padre Castro, hermano del gobernador, confesor, sino que se les impuso como tal que después de la batalla tomó posesión del Gobierno, y se les previno que, si hacían testamento ó escribían para sus familias, se entregara todo sin cerrar, al referido sacerdote.

Basta á mi propósito, la carta del capitán Gallardo para su esposa. Hela aquí:

"Adela mía:

Voy á morir por la más santa de las causas. Ruega á Dios por mí y no olvides á quien te amó siempre con todo el corazón. Adiós. Hasta el cielo."

Al siguiente día 30 de Abril, á las once de la mañana oyóse en toda la ciudad el fúnebre toque de agonía. En ese momento, los reos políticos Manero, Landa, Drechi, Aduna y Gallardo, eran conducidos al patíbulo por las siguientes calles: del Instituto, callejón del Hospital, primera calle

de los Bolos hasta llegar á la de las Peñitas, que era entonces un muladar, y allí fueron fusilados.

Cuando el esclarecido mártir Manero marchaba al suplicio, pidió un vaso de agua al capitán Cervantes, y éste le contestó:

—¡Qué agua, ni qué agua! Voy á dar á usted balazos.

El general, sin dirigir el menor reproche, inclinó resignado la cabeza.

En Enero del año siguiente de 1859, Cervantes pagó aquella crueldad. Fué aprehendido en compañía de cuatro oficiales, á inmediaciones de Aguascalientes y todos, condenados á muerte, según la ley de conspiradores. Cuando caminaban para el patíbulo, al pasar frente al mercado de dicha ciudad, llamado "Parián," Cervantes pidió un vaso de agua y no hubo quien se lo diera.

Los cadáveres de los ilustres muertos fueron tendidos en el Instituto. El Padre Castro notó con estupor que el del capitán Gallardo se movía ligeramente. A nadie comunicó lo que acababa de observar, pero dióse prisa para arreglar que echaran á los muertos en sus cajas. La destinada para Gallardo fué llena de piedras, y el sacerdote—que era muy influyente—dióse maña para transladar en coche á Gallardo al convento de la villa de Guadalupe.

Algo sospechó entonces del complot para salvar al general. Estos bárbaros, pensó, confundieron á Gallardo con Manero.

III

Cerca de un año permaneció en el convento de Guadalupe el capitán Gallardo bajo el cuidado de los frailes y de un médico italiano, curándose de la grave herida que recibió, y al fin, enteramente sano abandonó aquel hospitalario asilo y huyó con dirección á la capital de la República. Las ejecuciones habían sido públicas, y los nombres de los muertos publicados en el periódico oficial.

La esposa de Gallardo, dama de distinguida y sobresaliente belleza, lloró la muerte de su esposo, pero joven aún y sin sucesión, no tardó en consolarse con nuevos amores y contrajo segundas nupcias.

El proscrito Gallardo anhelaba volver á Zacatecas, para unirse con su esposa. púes amábala apasionadamente y conservaba pura la fragancia del recuerdo de la que había sido fiel y amante compañera de su vida; pero la escasez de recursos y el temor á encarnizados enemigos, impidiéronle realizar sus deseos. Pensó en escribirle y contarle su milagrosa salvación y prolongadas desventuras, pero ignoraba si aún residía en Zacatecas, y en

aquella época cualquier uniformado gandul violaba impunemente la correspondencia.

Un día, en una de las calles más céntricas de la ciudad de México, cuando la tristeza del ausente bien nublaba la frente del apuesto joven, y el alma en melancólico éxtasis volaba hacia el nido de sus amorosos afectos, divisó á una dama que en el majestuoso continente parecíase á la amada esposa.

—¡Oh, poder de la ilusión! se dijo, juraría que esa mujer es mi adorada Adela. Para contemplarla de perfil, pasóse á la otra acera, y casi cayó al suelo desfallecido. ¡No me engañes, corazón, clamaba. ¡Es ella, mi inolvidable Adela.

Siguióla trémulo de emoción. La distinguida señora entró á una elegante casa. Gallardo acercóse al portero y preguntóle.

—Vive aquí la Sra. Adela de la Fuente?

—Sí, señor, la esposa del Coronel Meléndez.

—¿Es casada??

—Sí, señor.

—Qué, ¿no es su esposo el capitán Gallardo?

—Es viuda de él. Fué de los fusilados en Zacatecas.

En esos momentos, una niña de corta

edad, hermosa como la pureza, gritaba al pie de la escalera:

—¡Mamá, mamá! ¡Ya llegó mamasita!

—La misma cara de mi Adela. Es su hija. Dice bien el portero, fuí fusilado y no tengo derecho á la vida; mas hoy me hieren de nuevo con herida peor que la primera. No turbaré la ajena dicha.

Suspiró, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, y clamó después de brevísima interior lucha:

—¡Adiós para siempre, Adela mía!

Desde entonces nada se ha vuelto á saber del capitán Gallardo.



PALABRA DE HONOR

I

Catorce años contaba Víctor, simpático muchacho en cuyos vivísimos ojos al través del regocijo y travesura de la edad, brillaba una chispa de varonil grandeza. El moreno rostro, afable y de bellas facciones, tomaba á veces un aire de marcial gravedad. El y su hermana Eloísa, eran el más valioso tesoro de la opulenta casa de don Bibiano Méndez, varón ilustre por su literaria cultura y muy estimado por su caritativo corazón.

Don Bibiano consagrábase á la educación de sus hijos con heroica perseverancia, y especialmente á la de Víctor, pues infundíanle temores los arraigados defectos de los hijos de sus amigos; defectos que, en opinión del señor Méndez, podían

oficialmente corregirse con una esmerada educación. Alarmaba, sobre todo, al observador padre, la falta casi absoluta de viriles caracteres que en alta estima tuviesen la humana dignidad, y en las cuales en oportuno tiempo se imbuyese un vivo sentimiento del verdadero honor, del honor cristiano que lo sacrifica todo ante el ara del deber.

Preocupábale tanto á don Bibiano este pensamiento, que con discreción, pero constantemente, enseñaba á su hijo cuanto redundase en pro de los paternales anhelos, y sobre todo, más que con la palabra, enseñábanle con el ejemplo.

En cierta ocasión ofreciéronle al padre por una finca de su propiedad una fuerte suma. El negocio era bueno y contestó al comprador: Es de usted la finca. Media hora después presentóse ante el señor Méndez otro comprador ofreciéndole doble cantidad que el primero, pues la codiciada propiedad, por especiales circunstancias era de gran interés para uno y otro de los compradores.

—Está vendida, contestó don Bibiano.

—Pero aún no hay minuta de contrato, objetó el interesado.

—He dado mi palabra.

—Nadie puede obligar á usted á cumplirla, cuando no se ha otorgado documento alguno legal. Es una locura que usted

se prive de la licita ganancia de algunos miles de duros.

—Mi palabra vale más que minutas y públicos instrumentos, respondió con seriedad el señor Méndez. Repito á usted que la casa está vendida y no faltaré á mi palabra ni por todo el oro del mundo.

El comprador encogióse de hombros, y salió del despacho del señor Méndez, ad mirado, no de su dignidad y honradez, sino de lo que él llamaba estúpida obstinación.

Víctor había presenciado tal escena, y estuvo, durante ella, colgado de los labios de su padre. Cuando salió el comprador, dijo con íntima persuación:

—¡Vaya un señor terco, papá. No sabe lo que es palabra de honor!

El padre se sonrió satisfecho. No necesitaba decir nada, el hijo había recibido la lección, y tan bien la aprendió, que á la semana siguiente la repitió en el colegio Vendió una pelota á un compañero, y después de ajustado el trato, otro llegó á ofrecerle por ella hasta tres veces más que aquel; pero el formal Víctor no sólo rechazó indignado la oferta, sino que reprendió severamente al estudiante que se atrevía á proponerle que un hombre faltara á su palabra.

II

Eloísa estaba muy entusiasmada por ofrecer flores á la Virgen en el mes de Mayo. Sería el último año de tal gozo, pues los purísimos días de la niñez desprendíanse de ella para no volver jamás. Su padre pagaba anualmente los gastos de un día, y la función religiosa celebrábase con la mayor posible pompa. En la mañana de ese día, Eloísa dijo á su hermano:

—¡Qué gusto me daría, Víctor, llevar esta tarde á la Virgen un ramo de azucenas, de aquellas que cortamos en la cumbre de la montaña, cuando fuímos á pasearnos con papá!

—¿Por qué no las has de llevar, Eloísa? Yo te las traigo.

—¿Tú?

—Sí; hoy es sábado, no tengo clase en la tarde; acabando de comer subo al cerro, corto las flores y antes de las cinco las tienes en tu poder, para que en nombre de ambos las ofrezcas á la Purísima Virgen.

—¡Qué bueno eres, Víctor! ¿Me lo prometes?

—¡Palabra de honor!

La niña conocía bien á su hermano. había dado su palabra y esto era tanto como tener ya las flores en la mano.

Después de la comida, don Bibiano, sin

que lo advirtiera Víctor, salió de casa á urgente negocio, motivo por el cual, éste no pudo solicitar el paterno permiso para ir á traer las flores; pero encargó á Eloísa avisara á su padre de la causa que le obligaba á salir sin previa licencia.

La tarde era bella, pero muy calurosa, y Víctor llegó al pie de la montaña sudando á chorros; reposó unos momentos y luego emprendió decidido la ascensión por el camino más corto, pero más pendiente y escarpado. En trechos tenía que asirse de las rocas para poder trepar la cuesta. En una de estas veces desencajó la piedra que le sirvió de apoyo y asido de ella rodó hasta el fondo de un despeñadero. Cayó de bruces é incorporóse luego, se llevó las manos á la cabeza, que le dolía mucho y las retiró empapadas en sangre.

El corazón le dió un vuelco, tuvo miedo y ganas de llorar, pero la reacción fué inmediata. Los hombres no lloran, se dijo, y púsose en pie para probar sus fuerzas.

Aún tengo aliento para subir, exclamó, y subiré, cuésteme lo que me costare. Y sin vacilar emprendió de nuevo la peligrosa ascensión. Tramos había en los que el valiente muchacho necesitaba para no caer, arrastrarse por el suelo, hasta que al fin, exhausto de fuerzas, con el traje hecho pedazos y los pies, manos y cabeza ensangrentados, llegó á la cima de la mon-

taña. Algunos momentos después Víctor ostentaba en la diestra un gran ramillete de fragantes azucenas, y emprendió el regreso por otro camino mucho menos peligroso.

III

Las graves notas del órgano acompañan el tierno canto:

Venid y vamos todos
con flores á porfía,
con flores á María,
que Madre nuestra es;

Una multitud de niñas vestidas de blanco y coronadas de azahares suben las gradas del presbiterio del altar mayor, llevando flores á la Virgen. El celestial atractivo de la inocencia y la sencillez del piadoso acto conmueven todos los corazones Eloísa no se mueve de su lugar, está triste, y por salir á sus ojos pugnan las lágrimas. De vez en cuando vuelve la rizada cabecita hacia la puerta principal. ¡Inútil esperar, Víctor no llega! Tardanza tal es muy extraña.

De repente, abriéndose paso por entre la compacta muchedumbre, avanza un niño que lleva un ramo de azucenas en la mano. Algunas devotas al verle desgreña-

do, roto y con manchas de sangre, tómanle por un pilluelo, y quieren en vano contenerle, pues el niño por la fuerza se abre paso y llega hasta donde está su hermana. Pone en manos de ésta el ramillete y dícele:

—He cumplido mi palabra, aquí tienes las azucenas para la Virgen.

—Pero ¿te han pegado? contestó la niña asustada.

—No te alarmes, fué una caída que no vale la pena. Arrodillóse, saludó á la Virgen y salió luego del templo, porque ya no pudo más, estaba desfallecido. Con un poco de descanso y algunas curaciones, estaría bueno y vigoroso, como en efecto, lo estuvo.

Eloísa subió al presbiterio y al poner el ramo en manos del párroco para que las colocara en el altar, vió en la aterciopelada blancura de algunas corolas, manchas rojas. Adivinó cuanto había pasado, y clavando una tierna y profunda mirada en la imagen de la Purísima, díjole, no con los labios, sino con el alma:

—Madre, allí están tus flores; van bordadas con la sangre que te ofrece mi hermano. Consérvale su honor siempre inmaculado.



UN CASO DE POSESION DEMONIACA

¡Infeliz Alicia! decían los vecinos de una ciudad, que tanto puede ser de la República mexicana, como de cualquier parte del mundo, y hasta villorrio ó rancho. ¡Infeliz Alicia! casóse tan joven, tan sin mundo, y luego fué á caer en las garras de una suegra, que aunque por santa la tiene la común opinión, como madre política no lo es, no puede serlo.

Y ¡cuán primorosa era Alicia á los catorce años! No había en el femenino jardín flor de más lozana belleza. Y aquella hermosura empezaba á marchitarse en temprana edad. Helado cierzo, quemante escarcha, destructora tormenta, todo era para su hija política doña Genoveva González, viuda de Tinoco, amartelada madre de don Luciano Tinoco, joven dócil, obe-

diente y laborioso, pero el cual, desde su matrimonio, según decía, hallábase en el terrible dilema de ser mal esposo ó mal hijo, y en continuas vacilaciones, sin decidirse á ser lo uno ó lo otro, era malo con ambas, al decir de éstas. Repartía entre las dos las caricias y las reprensiones, endulzadas cuanto le era posible para que su amargura no excitara los mujeriles nervios; pero esposa y madre no se daban por satisfechas, porque aspiraban al monopolio de las primeras. La suegra, sea dicho con mucha reserva, hubiera querido para ella todas las maduras, y para su nuera todas las duras. No lo decía, pero como si lo dijese. Y era doña Genoveva buena de verdad: hacendosa, devota, afable y nada murmuradora, pues aun de Alicia decía, y era mucho decir, que era un ángel, pero que necesitaba educarla porque había llegado cerril y montaraz al santuario del dulce hogar.

No había en la familia injuriosas frases, ni escandalosas reyertas. Alicia era un carácter pasivo, á todo resignada; pero sus gustos, sus anhelos, sus aspiraciones, tan contrarias eran á los de su madre política, que desde el momento de casarse había vivido en violenta opresión. A la joven, por razón de su edad, gustábanle los paseos; á la vieja, por razón de la suya, encantábale la soledad y el reposo. La

una anhelaba el ruido, el juvenil regocijo; la otra, el silencio, la mística tristeza Aquélla amaba las ilusiones con sus fragantes rosas y sus luces de colores; ésta la profunda melancolía de los recuerdos. Y en medio de aquellos polos, un indeciso esposo, joven aún, quien tan pronto jugaba como niño con la amada esposa, como discurría grave y formal con la también amada madre.

Y era lo peor de todo, que el dinero, que si no da la dicha, á conseguirla ayuda, no andaba muy sobrado, y era la distribuidora la experta vejez y no la aturdida juventud. Y en honor de la verdad, doña Genoveva gastaba la plata bien gastada. prefería siempre lo necesario á lo superfluo, lo útil á lo hermoso. Mas por bien gastado que tuviese el dinero, doña Genoveva era para Alicia una intrusa que ejercía soberanía en sus legítimos dominios y aquello no era para tolerarse. Además vaya usted á convencer á las soñadoras cabecitas de que las ilusiones son tortas y pan pintado. Los sueños de oro de los juveniles dominios pertenecen y es atentatorio arrebatárselos; es robarles las breves dichas que les dan, que aunque falaces son encantadoras. Désde que el mundo es mundo, los ancianos trabajado han sin descanso, porque los jóvenes sean viejos en el pensar. ¡Labor inútil! Empresa tal la

llevan á cabo el tiempo y el desengaño. Y es una lástima que los juveniles rizos y las venerables canas que entre hijos y padres tejen trenza de amor no puedan, sino por excepción, tejerla entre nueras y suegras.

Doña Genoveva era para la oprimida Alicia un sermón perpetuo, pero un sermón sin pizca de unción, con prosopopeya de dómine y tono de profeta.

—No te asomes á la ventana, niña, que en una mujer casada, la maledicencia clava con gusto su maligno diente.

Huye del peligro que en el mundo abundan los amantes de la fruta del cercado ajeno.

El recato debe ser habitual en la casada. Tus ojos para tu esposo, que por los ojos entra el pecado en el alma. Por la vista perdióse David, el gran David, ¿qué esperas tú que no eres ni un pelo de la barba de aquel rey formado según el corazón de Dios?

Y por ese camino seguía la buena de doña Genoveva, de día y de noche, y hacíalo con tan buena fe, que al poner la cabeza en la almohada sentíase satisfecha de haber gastado tanta saliva con el noble fin de formar el corazón de Alicia.

Alguna vez dijo á la predicadora un experimentado sacerdote:

—Doña Genoveva, hay que dar á la juventud lo que á ella pertenece sin desdo-

ro de la cristiana dignidad y sin manchar la conciencia. Los viejos como nosotros debemos amoldarnos á la debilidad de los muchos y no á la fortaleza de los pocos. Menos sermones y más obras, que una sola buena acción enseña más que un infolio de menuda letra. Cata estos consejos, que para la felicidad de tu familia son dados.

Pero doña Genoveva cerró los oídos á palabras que juzgó necias, y desde entonces vió á aquel sacerdote con prevención, aunque sin faltarle nunca en lo más mínimo al respeto y consideración.

II

Era encanto de aquel hogar una graciosa niña, que parecía angelito escapado del cielo. La inocente hallábase en la edad de las monerías, y hacía tantas y tan en gracia caían á los que de verdad la amaban, que comíansela á besos y lanzaban sobre ella una verdadera tempestad de almibarados epítetos.

Apenas los albores de la razón empezaban á despuntar en aquella encantadora niña, la abuelita se apoderó de ella con cariñoso ímpetu, con el loable fin de formar una virgen de la talla moral de Santa Teresa de Jesús.

Y como era de temerse, la bonachona

deña Genoveva cortaba en botón las fragantes rosas de las infantiles alegrías. Quería que su nietecita pensase y obrase como ella, y á lograr tal fin empleaba todos sus esfuerzos.

Alicia observaba á su suegra, y aunque nada le decía, el avinagrado semblante revelaba continua violencia. En cierta ocasión desbordóse la reprimida alegría de la niña: corrió por toda la casa, quebró algunos platos, descompuso la máquina de coser y dejó las macetas sin una flor, y lo peor de todo, negóse absolutamente á oír la prédica de la abuelita, motivo por el cual ésta le dió un coscorrón que arrancó á la nieta lágrimas y prolongados gemidos. Alicia yérguese amenazante con el rayo en la mirada y la reprensión en la boca Coge de la mano á su hija y encarándose con doña Genoveva, dícele indignada:

—He soportado hasta hoy sus impertinencias, sus necedades, sus injusticias. Si fuí tan débil ó tan bárbara para sufrir resignada el insoportable dominio de usted, hoy, que este alcanza á mi hija, rompo el yugo que nos oprime antes de que su peso nos enerve y nos embrutezca. De hoy más, nosotras en nuestras piezas y usted en las suyas. Y si alguien se opone á mi resolución, ancho es el mundo y Dios está en todas partes; mi hija y yo abandonaremos para siempre esta casa.

Imposible es pintar la cara que á palabras tales puso doña Genoveva, La nieta asustada de aquel extraño acontecimiento, calló instantáneamente, y la abuela abrió la boca, quedóse con la mirada fija y las manos abiertas y levantadas á la altura de los hombros, mientras Alicia, altiva y desdeñosa, sentíase valiente y decidida como jamás se había sentido. Su corazón despertaba de un profundo letargo

Doña Genoveva, después de algunos instantes de completa paralización, originada por el estupor, volvió en sí, santiguóse repetidas veces y exclamó con aspavientto.

—¡Jesús, Jesús, Jesús! El diablo se te ha metido, desdichada Alicia. Vuelve en tí que te pierdes y pierdes á tu hija.

—Sí; es verdad, el diablo está aquí, en esta casa, en la figura de una suegra; pero ya le arrojaré de ella.

—¡Jesús, Jesús, Jesús! replicó la anciana arrojando bocanadas de aire, y á todo correr salió de la pieza.

Aquel acontecimiento era tan extraordinario, que no podía haber sucedido sino por directa intervención diabólica. ¡La mansedumbre, la dulzura, la bondad misma trocada en un momento en insultante rebelión! Aquello no era para visto.

¡Pobrecita Alicia, se le ha metido el diablo!

Doña Genoveva, aferrada en tal idea.

mal se echó el manto, y encaminóse al Palacio Episcopal, tan aprisa, como su edad se lo permitía.

La quejosa describió al Prelado con vivísimos colores la escena doméstica que acababa de pasar y tanto exageró los hechos, que la verdad quedó eclipsada.

El virtuoso y sagaz obispo quedóse contemplando de hito en hito á la señora doña Genoveva González, viuda de Tinoco, y díjole después de exhalar hondo suspiro:

—Mal anda su casa, doña Genoveva, "el diablo está allí." Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un retintín que la viuda no entendió ó no quiso entender.

—Sí, Ilustrísimo señor, de ello estoy segura: este es un bien comprobado, caso de posesión demoniaca. Ruego á V. S. I. se sirva exorcizar á la energúmena.

—Hija mía: lo que importa es que no viva usted con el diablo. Hoy mismo sale usted de esa casa, ó arroja de ella á su hija política.

—Pero, Ilustrísimo señor, quizás un exorcismo, uno solo fuere bastante.....

—Nada, nada. Es mi paternal autoridad la que ordena. Y no espero que usted me desobedezca. Y el Prelado, sin dar lugar á réplica, alzó la diestra mano, exorcizó, digo, bendijo á doña Genoveva, quien compungida, volvióse á su casa.

La anciana era de muy buena conciencia y no se atrevió á desobedecer, aunque para ello la aguijoneara el deseo. Luciano aprobó la decisión episcopal, pues ésta ponía término á las vacilaciones que le torturaban.

—Y tú, le decía doña Genoveva, ¿qué vas á hacer? ¡Pobrecito hijo mío!

—Yo, mamá, me quedo á vivir con el diablo porque le amo con toda mi alma.

—¡Jesús mil veces, gritó doña Genoveva, santiguándose, ya se te está metiendo á tí también ese malévolo!

Y no hubo remedio: los diablos se quedaron en su casa y doña Genoveva en la suya.

La indiscreción de un familiar hízome saber después que el celoso prelado, en secreta circular previno á los sacerdotes de la diócesi que escudriñaran con sumo cuidado y apostólico celo, la conciencia de las suegras en el Tribunal de la Penitencia, y negaran la absolución á las reincidentes.

Al mes, el noventa por ciento de las mamás políticas estaba sin absolución, no tanto por lo trascendental de sus pecados, sino por la manifiesta obstinación en seguirlos cometiendo; pero la mía, por fortuna, fué del número de las absueltas.



REGRESO DE LA DICHA

I

No era Margarita una hermosura, pero tenía talento, carácter y el inefable atractivo de la gracia. Rica, mimada, creció siendo el embeleso del hogar, y desde la adolescencia, aristocráticos jóvenes disputánronse el cariño de la rica heredera; pero no había llegado aún para aquel corazón ardiente la hora del amor. Margarita, halagada en su vanidad, alegrábase de ser querida, pero sin entregar á nadie su afecto. Correspondía con sonrisas y hasta con tiernas miradas á los jóvenes que la requebraban, y aun llegó á esforzarse por querer á alguno, mas el corazón permanecía indiferente. Los pretendientes, heridos en su amor propio, vengábanse de ella llamándola coqueta, aunque en su presencia

se deshiciesen en galanteos y cumplimientos.

Don Jaime Muñoz amaba á su hija con singular ternura y holgábase de que trajera al retortero á los galanes que en derredor de ella pululaban. ¡Vaya si Margarita ès una fortaleza, solía decir, puede andar entre el fuego sin siquiera sentir el calor!

La niña, que por desgracia había perdido á su madre, cuidaba de dos hermanas, una en la infancia, aurora de hermosura que anunciaba un día esplendoroso, y otra en la pubertad, que ya estudiaba en el espejo el porvenir de una belleza en botón.

Grandes temporadas pasaba el millonario don Jaime en su finca de campo, hacienda de muchos sitios de ganado mayor, henchida de semoviente y con extensos laboríos. La casa principal ó casa grande, como la llamaban los sirvientes, era un viejo caserón de anchas paredes, amplias piezas de altos techos, huerta y dos grandes patios, en uno de los cuales había un abandonado jardín que contrastaba con las pieles hacinadas en el corredor por estar de ellas repletas las bodegas. Toda la casa, aunque cómoda y bien ventilada, estaba muy lejos del artístico refinamiento de las modernas construcciones. En el primer patio, junto á un

añejo mezquite, crecían algunas plantas raras y hermosas, compradas por Margarita en la capital de la República, pues para don Jaime era más emocionante contemplar los montones de pieles, que no olían á ámbar, que un jardín en plena florescencia.

Había ya mordido el corazón del rico propietario el feroz é insaciable gusano de la codicia y aunque no podría en rigor llamarse avaro, su ansia de riqueza era ya desordenada. No obstante, á diferencia de los avaros, sostenía con esplendor la categoría social de su familia: abundante y suculenta mesa, ricos trajes, lujosos muebles, todo era bueno en casa del millonario.

Con el rápido aumento del capital crecía también el orgullo, natural aliado de la opulencia, si la virtud no le pone coto. Cuando don Jaime iba á la ciudad en magnífico coche de viaje tirado por cinco soberbias mulas y tras del vehículo varios mozos bien armados, jinetes en briosos corceles, y satisfecho, tendía una mirada por sus vastas propiedades, sentía brotar de su corazón una oleada de regocijo que enardecía más y más el anhelo de acumular riquezas.

¡Qué temporadas se pasaban en la hacienda!

Los amigos del millonario, que eran

numerosos, como ordinariamente son los de los ricos, hacían frecuentes visitas á la familia Muñoz. De los parientes de los empleados, sólo dos ó tres muchachas de las menos cursi y de las más pulidas en el bien hablar, á juicio de don Jaime, solían, de vez en cuando, asistir á las fiestas de las Muñoces, y tenían á honra ser invitadas, aunque fuera á servir, como sucedía siempre, de damas de honor á la amable Margarita y á sus caprichosas hermanas, quienes aunque lindas como día primaveral, sabían perfectamente que el oro las elevaba sobre todas las que las rodeaban. Y ¡oh, miseria humana! la vanidad de las unas contagiaba á las otras, quienes ya que no podían fundarla en la riqueza la cifraban en servir á las que la poseían.

Meriendas, paseos á caballo, partidas de caza, eran en el campo las ordinarias diversiones de la familia y sus amigos, y en casa: juegos de estrado, comedias de aficionados, tertulias y hasta bailes de todo el día y toda la noche. Aquello era un continuo holgorio, apenas concluía una fiesta y se inventaba otra, y luego otra.

Don Jaime rara vez asistía á tales diversiones: allí estaba su hija que le representara, inexpugnable baluarte contra las mundanas seducciones. Ya había observado el padre que varios jóvenes, flor y

nata de la aristocracia, andaban perdidos por aquel palmito de incomparable gracia, ante el cual humillábanse enamorados sin obtener nunca la victoria. Esta muchacha, decía, no se casará nunca, y mejor mucho mejor, ¿no tengo yo oro que dejarle que vale más que todos los maridos del mundo?

Lo que jamás había observado don Jaime, era que, la atmósfera de holgorio que por todas partes envolvía á su hija, era terrible rémora para el desarrollo de sus no comunes cualidades, y éstas no serían fructíferas sin ancho campo en que ostentar su celestial hermosura.

II

Anualmente venía de la capital de la República, á hacer importantes compras, un rico ganadero, pero este año la influenza postróle en cama, motivo por el cual envió á Federico, su hijo mayor, para que hiciera tales compras, y al efecto, dióle carta de presentación para el señor Muñoz.

Era Federico, joven de buen corazón pero finísimo calavera que empleaba las tremendas armas de su varonil belleza y de su esmerada educación, en asaetear femeninos corazones, y no pocos se habían rendido á la conquistadora fuerza de aquel corruptor, que buscaba el placer con inacabable voraz ansia.

Don Jaime, que, aunque serio por carácter, presumía de cortés, y lo era en efecto, sin exageradas fórmulas, recibió con júbilo al joven mexicano, que debía dejarle algunos miles de duros.

La casa del hacendado fué desde sus antepasados muy hospitalaria con todos, pero especialmente con los compradores. Don Jaime obsequiábalos espléndidamente, pero los más maliciosos solían decir que cobraba con ganancia tales obsequios. Sea de ello lo que fuere, es el caso que muchos, particularmente los jóvenes, aun concluídas sus compras, permanecían algunos días en la hacienda, atraídos por las incesantes diversiones, y sobre todo, por las muchachas, de las que había siempre en la casa grande un espléndido ramillete.

Don Jaime, después de recibir dignamente á su recomendado, le presentó á la familia y á los amigos que hallábanse en la sala bailando lanceros acompañados del piano. Margarita tocaba, y sin perder el compás lanzó estrepitosa carcajada en el tono de la pieza, al ver las equivocaciones de uno de los bailadores, imberbe joven que daba los primeros pasos en el arte de Terpsícore.

Al entrar Federico acompañado de don Jaime suspendióse el baile é instantáneamente murió la risa de Margarita al cla-

var los ojos en aquel joven guapo y de àire distinguido y la sobrecogió raro estremecimiento.

En la presentación cambiáronse las frases de estilo, mas Margarita habló maquinalmente. La luz de dos grandes ojos negros habíale fascinado.

III

Ya no son tan frecuentes las diversiones en la casa grande; cuando las hay, duran poco, y Margarita se cansa de sus amigas, á quienes deja solas muchas veces. Gusta de la soledad y contra su costumbre se ha hecho muy madrugadora. Tiene todo su encanto en el huerto. Hoy ama las flores como no las había amado nunca, y á la hora del desayuno, hay siempre en la mesa en un rico florero, un ramillete de las que ha cortado en la mañana.

Han herido á la niña los rayos de los ojos grandes, llenos de luz, y ella, que en opinión de su padre podía andar en el fuego sin sentir el calor, tiene calcinado el corazón por vivísima llama.

Besa el primer rayo de sol los celajes del Oriente; á dorar empieza las excelsas cumbres; las flores del huerto abren sus aterciopelados botones y pagan las caricias del céfiro con suave fragancia; los pajarillos, jubilosos ante la luz, que es alegría, y ante la Naturaleza, que es vida.

exhalan cantos de amor que se unen al himno de alabanza que la creación eleva á su Creador.

Federico y Margarita, allá, bajo la parra secular que trepa con sus guías al elevado muro y baja con ellas hasta tocar la tierra, hablan de un porvenir de inefables venturas.

Federico es elocuente. ¡Con cuán vivos colores pinta las dichas del hogar! ¡Con cuán candentes palabras exalta los goces del cariño! Margarita casi no habla, no puede hablar. La joven alegre y traviesa que venció á tantos, está hoy vencida. Su dominante orgullo duerme embriagado por el narcótico del amor.

IV

Don Jaime quedóse boquiabierto cuando su hija le anunció que en breve pedirían su mano y que amaba á Federico con todo el corazón. El millonario se había equivocado, Margarita, aunque fuerte contra los halagos de Cupido, no era invencible y en un abrir y cerrar de ojos triunfó de ella el joven mexicano. ¿Amaba éste á Margarita? Acostumbrado á galantear á las muchachas, y aun á las que no lo eran, siguió al principio, impelido por la costumbre, unas relaciones semejantes á muchas otras que había tenido.

Paulatinamente descubrió en Margarita

algo que no había visto en sus anteriores novias. Las virtudes de la joven antes enervadas, empezaban á resplandecer al calor de un hondo afecto y aquel esplendor atraía á Federico.

No tiene madre, pensaba, y su padre, aunque no es malo, está embelesado con el oro y carece de la intuitiva mirada maternal. El joven no se engañaba. A Margarita no le atraían ya las diversiones de otros días; sus pensamientos son hoy serios y profunda su meditación. Comprendió que su novio había frecuentado una sociedad corrompida, y aconsejada por el amor emprendió la formidable empresa de purificarle. La paz y suave alegría del campo, la soledad que instintivamente nos remonta al cielo, la divina pompa de la Naturaleza que habla de lo infinito y el amor puro que es inacabable fragancia y bálsamo para las heridas del alma, elementos eran con los que contaba la enamorada doncella.

Margarita ganó gradualmente la voluntad del calavera, y un día tuvo la dicha de llamarle esposo. Mas ¡ay! ¡cuántas lágrimas tuvo que derramar! ¡cuántas humillaciones que sufrir! ¡cuántas violencias qué dominar! Los breves días de la luna de miel deslizáronse como manso arroyo por la floresta, mas presto, las pasiones trocáronle en furioso torrente.

El esposo volvió á su antigua vida. De vez en cuando, arrepentido deteníase en la pendiente que le arrastraba al abismo, mas volvía á caer vencido por la fuerza de la costumbre. La amante esposa no disminuía para él, ni la ternura ni los discretos y oportunos consejos. Hubo un momento en que el abandono llegó á tal grado, que la desolada Margarita creyó que se habían agotado sus alientos para la lucha.

Hay en el humano corazón escondida fuerza física y moral como de reserva para los grandes peligros, para los terribles dolores, para los profundos afectos. Fuerza que no conocemos y que se desarrolla en el oportuno momento. La fuerza moral de Margarita, que había dado ya pruebas de su grandeza, creció inmensamente al ser madre. La joven traviesa, y al parecer casquivana, ceñida hoy con la corona de madre, es todo un carácter.

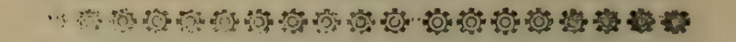
El esposo volvió sobre sus pasos atraído de nuevo al hogar por la dicha y el orgullo de padre; pero volaron los pocos meses de paz y de unión y los malos hábitos le sojuzgaron de nuevo.

Aumentó entonces el vigor de la contienda. La lucha fué continua, gigantesca y silenciosa, sin explosiones de ira, sin reproches, sin amenazas; lucha de años en que las lágrimas de la mártir rara vez hu-

medecían los ojos, sino que taladraban el corazón. Federico no podía substraerse á la consideración de las virtudes de su esposa. Comparábala con las mujeres que había conocido y le parecía imposible no estar siempre al lado de ella pagando con fiıme y grande amor tanta abnegación, tantos heroicos sacrificios. Tales consideraciones triunfaban siempre, y el abatido espíritu del esposo volvía al dulce hogar, amante y arrempetido.

Brilló al fin para la mártir el día de la completa victoria. La dicha había salido de aquel hogar arrojada de él por las pasiones, y sólo de vez en cuando, asomaba su divina faz para huir de nuevo; mas hoy vuelve para no separarse nunca de los que ha buscado con tierna y constante solicitud. ¡Y decimos que la felicidad huye de nosotros! ¿No sería más cierto que nosotros somos los que de ella huimos?

Y vuelve la mensajera del cielo, conquistada por la perseverante virtud y el heroísmo de la mártir, cuando ya el invierno de la vida á nevar empieza las soñadoras cabezas, y cuando las lágrimas del desengaño y del dolor han marchitado los corazones. Pero el arrepentimiento purifica y fortalece, y el conyugal amor que lucha por el bien, sin rendirse jamás, es vida heroica, fragancia perenne, juventud perpetua.



"EL DIABLO ROJO"

I

Llegó Alejandro Morales á la capital de la República, exhausto de dinero y henchido de ilusiones. Joven y acostumbrado al trabajo, no le parecía imposible lograr fortuna en la rica y hermosa metrópoli, cuyo movimiento le tenía alelado. Perseguido tenazmente por la pobreza, abandonó el terruño, donde vió la luz primera, y á los pocos parientes que en él le quedaban, decidido á luchar á brazo partido contra la aciaga suerte.

Era Alejandro alto, robusto, de enérgica fisonomía, grave y penetrante mirada cejas y barba finas y pobladas. Hablaba poco y pensaba mucho; en la escuela decíanle "El Uraño" por su carácter taciturno y melancólico, mas de vez en cuando

algunos terribles ímpetus revelaban al hombre de vehementes pasiones. Inteligente y práctico en el comercio de abarrotes, no le fué difícil conseguir una humilde colocación en una tienda de la capital. El experto ojo del patrón comprendió bien pronto que su dependiente había sido magnífica adquisición y poco á poco fuéle aumentando el sueldo.

El ardiente anhelo del joven de establecerse por su propia cuenta, hízole económico hasta la tacañería. Privábase de toda clase de diversiones, sus alimentos eran frugales y no compraba un traje hasta que el anterior estaba completamente inútil. Con tal proceder pudo, en un tiempo relativamente corto, ahorrar una pequeña suma, con la cual y con la decidida ayuda de su patrón, que le quería de verdad, puso una modesta tienda que paulatinamente fué prosperando.

Tan luego como Alejandro se creyó sólidamente establecido, pensó en buscar compañera, pues la soledad y el aislamiento le entristecían.

Ocupó de dependiente á un muchacho paisano suyo, quien igualmente había venido á la capital en busca de más amplios horizontes donde ganar desahogadamente la vida,

Era Higinio la antítesis de Alejandro: genio alegre, locuacidad exuberante y reto-

zón como potro en lozano prado. Bajo de talla y delgado, pero muy vigoroso, parecía tener nervios de acero. Al través de la perenne alegría de Higinio, y de aquel par de bailadores aceitunados ojos, descubríase algo siniestro, especialmente cuando fruncía el ceño y miraba de soslayo.

Fué Catalina la elegida por el corazón de Alejandro, para llevar á su casa la luz de la alegría y el calor del cariño. Joven de la clase media, hacía raya entre las de su círculo, por el regio donaire, el simpático rostro, y el gallardo cuerpo, demasiado alto para su sexo, pero que no parecía tanto por el armónico desarrollo de las formas admirablemente torneadas. Los almendrados ojos de Catalina eran focos de regocijo, y como siempre miraba sonriendo, los enamorados que corrían tras de ese lucero de barrio, perdían el seso por aquel palmito de primaveral frescura.

A Catalina no le cayó mal el payo, y ¡oh poder del contraste! la seriedad de Alejandro era el mayor atractivo para el alegre carácter de la joven.

Los enamorados no tardaron en comprenderse; el uno ansiaba salir de la soledad del alma, y la otra, un buen marido, artículo que hoy anda por las nubes y que encarecerá más en los venideros tiempos No se anduvieron, pues, con melindres ni repulgos, y á la mayor posible brevedad

echóles el cura la bendición y con ella el matrimonial indisoluble lazo.

La luna de miel prometía ser eterna pero pasados algunos meses, nublóse un poco aquel límpido cielo. Alguno que otro de los galanes, desdeñados por Catalina, rondaban la calle y aun se atrevían, en propicio momento, á echar piropos á Catalina que estaba más hermosa que nunca, rebosante de juventud y de dicha.

Nada de esto pasaba desapercibido para Alejandro y aunque tenía fe en el cariño de su esposa y ésta no daba el más leve motivo de desconfianza, el natural egoísmo del que saboreaba una felicidad superior á sus esperanzas, mordíale el corazón con enconosa mordedura y arrancábale lágrimas y gritos de rabia.

El carácter del joven comerciante no se prestaba ni á reprender, ni á manifestar temor ó desconfianza; callaba, pues, pero la concentración de sus pensamientos avivaba el dolor. Catalina leía en los ojos de su marido el estado de su ánimo, y amante y sagaz, sin decirle palabra, curábale con el inefable bálsamo de las conyugales ternuras.

II

Contiguo á la tienda de Alejandro, había un almacén de abarrotes de un rico español, amigo de aquél y de Higinio, con

quienes había simpatizado, especialmente con éste, que frecuentemente le visitaba y dábale muestras de acendrado cariño.

Higinio trabajaba con empeño en la casa de su paisano y al cerrarse la tienda íbase á una casa de huéspedes, donde vivía. Frecuentemente trasnochaba con algunos jóvenes de mala reputación. El mancebo había crecido, allá en su pueblo, al natural: no tuvo ni quien domara sus pasiones, ni quien las estimulara, pero éstas por sí solas írguense imperantes cuando están en sazón. Las de Higinio sazonaron bien pronto en la opulenta ciudad donde todo conspira á desarrollarlas; malos amigos, inmorales espectáculos, desenfrenada prensa, perniciosos ejemplos, en suma, el funesto esplendor de todas las concupiscencias, y de caída en caída llegó á hundirse en el cenegal de todos los vicios. Bastábale su sueldo para vivir, pero era insuficiente para mantener una sola de las hidras que devoraban su corazón sediento de placeres. El capital de Alejandro hubiera sido poco para la sórdida codicia del corrompido joven. Por algunos días anduvo muy pensativo y cuando estaba solo desaparecía su habitual buen humor. Al contraer el sueño, erizábansele las cejas y la oblicua mirada brillaba con siniestra llamarada.

Una noche no salió como de costumbre

después de cenar, sino que permaneció encerrado en su cuarto hasta cerca de las doce. Fumaba cigarros uno tras otro y se hundía en profunda meditación. De pronto, levántase decidido á ejecutar la resolución que había tomado, abre un viejo baúl saca un puñal que se coloca en la bolsa de la cartera, cálase el sombrero, embózase una capa dragona y se dirige á la tienda de Alejandro.

Era media noche cuando llegó. Higinio habíase dado maña para tener otra llave tanto de la puerta como del candado que aseguraba la aldaba. Espera el momento en que la calle está enteramente desierta abre sigilosamente la puerta, penetra á la tienda, cierra luego, y atranca por dentro; dirígese á la trastienda, aparta unos cojines que hacinados junto á la pared, cubrían una horadación, á la que sólo faltaban algunos barrazos para dejar un hueco por donde cupiera un hombre. El dependiente arroja al suelo la capa, coge la barra, oculta entre unos tercios de piloncillo y termina, con el mayor silencio posible, la obra comenzada hacía algunas semanas. Deslízase como víbora por el agujero llevando el puñal en la boca cogido con los dientes. Apenas el cuerpo del ladrón había salido del agujero, oye una voz que medrosa interroga:

—¿Quién anda allí? Escucha en seguida

el ruido de alguien que se incorpora, el de una mano que busca algo en la cabecera y por último, el tronido que produce el gatillo de una pistola al ser preparada. Higinio en la obscuridad, guiado por aquel ruido se avalanza rápidamente, tropieza con la cama, toca un bulto, y sin darle tiempo para nada, hunde en él el puñal repetidas veces y con la mayor fuerza posible. Oye el angustioso grito de su víctima que con moribunda voz pide socorro, luego el estertor de la agonía, después nada; reina el pavoroso silencio de la muerte.

Pasados algunos momentos, enciende una lámpara. Mira entonces sobre el lecho empapado en sangre al rico español acribillado á puñaladas.

En los abiertos ojos, sin movimiento ya, estereotipado el pavor y parecen fijos en el asesino. Este tiembla á su pesar, límpiase el copioso sudor que baña su frente y repuesto un tanto, acércase al aguamanil, colocado cerca del lecho del muerto lávase las ensangrentadas manos y algunas manchas que coloreaban su traje, y en seguida dirígese á la caja, cuyo secreto indudablemente sorprendió abusando de la confianza que en él tuvo el español; ábrela y brilla en la faz de Higinio un relámpago de júbilo al verla henchida de billetes. Apoderóse violentamente de todos y váse luego por donde mismo había en-

trado, teniendo cuidado de cerrar la puerta de la tienda.

III

La trastienda tenía una puerta que comunicaba con un patio; á la izquierda estaba la cocina y á la derecha dos piezas, sala y alcoba. Esto formaba toda la casa de Alejandro. Hallábase éste aún en el sabroso sueño de la madrugada cuando despertáronle los fuertes golpes que daban en la puerta de la tienda. Levantóse á medio vestir y sin fijarse en la horadación hecha en un muro de la trastienda, dirigióse á abrir la puerta. Un jefe de policía y cuatro gendarmes entraron luego, recogieron la barra, la capa de Higinio y aprehendieron á Alejandro, que con espantados ojos veía todo aquello. No le permitieron ni despedirse de su esposa, y condujéronle luego ante la autoridad que debía tomarle la inquisitiva.

El crimen fué descubierto por los dependientes del almacén, pues llegaron temprano á su trabajo y al llamar á la puerta sin que nadie les contestara, dieron aviso á la autoridad, quien dictó al momento las órdentes que juzgó oportunas.

Higinio, consumado que hubo el delito, dirigióse á la Estación del Interoceánico para ponerse á salvo á la mayor brevedad

posible. Iba á subir ya al tren, cuando dos agentes de la reservada le aprehendieron y condujéronle inmediatamente á Belén á disposición del juez del ramo penal en turno.

Los periódicos de información dieron inmediatamente noticia del crimen y entre la abundancia de pormenores y viveza de colorido, distinguióse el "Diablo Rojo," diario muy leído en la metrópoli, no sólo por la novelera plebe, sino también por la flor y nata de la aristocracia, que divierte sus ocios con los espeluznantes delitos de toda la República, que dicho periódico diariamente narra con llamativos encabezamientos.

Apenas habían tomado á los reos sus inquisitivas, rodeáles una nube de "repórters," quienes gritando y gesticulando interpelan á los criminales sin siquiera dejarles resollar.

Higinio dirigióles en contestación, alguna que otra tabernaria apóstrofe, y Alejandro encerróse en absoluto despreciativo silencio.

Catalina movió cuantas influencias estuvieron á su alcance para obtener la libertad bajo caución, de su esposo, pero todo fué inútil. El crimen era gravísimo y todos los indicios señalaban como autor de él á Alejandro y su dependiente. Era, pues necesario esclarecer la verdad.

La afligida esposa no tuvo ni siquiera el consuelo de hablar con su marido, pues enviáronlo á Belén rigurosamente incomunicado.

"El Diablo Rojo" en el primer suelto en que refería el crimen, escribió sólo las iniciales de los presuntos responsables de él; pero al día siguiente dió rienda suelta á su anhelo de impresionar á sus lectores, y no sólo publicó los nombres de Alejandro é Higinio, sino también sus retratos en los que el dibujante parecía haber tenido á la vista un tigre y una pantera á juzgar por el feroz continente de los procesados.

El tal periódico es muy leído en Belén; con la lectura de su criminal información hánse formado algunos siniestros héroes de presidio, á quienes su plebe y aun muchos de los que á ella no pertenecen, han dado popularidad.

Alejandro é Higinio, que rotundamente negaban ser los autores del crimen, leyeron "El Diablo Rojo," pero según sus circunstancias y caracteres, fué el efecto que la lectura les produjo. Alejandro consternóse y lloró como un niño al verse víctima de inexplicables acontecimientos.

"El Diablo Rojo" era la oleada de un mar inmenso que llevaba por todas partes manchado el nombre que había conservado puro, y casi enloquecía de desespera-

ción. Higinio sintió hervir en su pecho los criminales instintos, irguióse altanero ante sus compañeros de presidio, y desde entonces propúsose dominarlos. En suma, aspiró á ser de esos sombríos héroes popularizados por la prensa de información.

IV

Alejandro había establecido su giro mercantil con dinero própio y con fondos de su antiguo patrón. Además, para ensanchar sus operaciones, había contraído algunos créditos. La tienda no sólo tenía con qué responder del pasivo, sino que estaba verdaderamente próspera, pues supeiaba en mucho el activo; pero bastó á los acreedores ver en letras de molde el nombre de su deudor y saber que estaba procesado por un grave delito, que no podía menos de haber cometido, pues lo decían los periódicos, para que llovieran sobre la tienda del infeliz Alejandro embargos preventivos y en menos de un mes quedó arrruinado.

Catalina se vió obligada á salir de aquella casita, testigo en un tiempo de su dicha, donde pasaron llenos de luz y de alegría lós días de la luna de miel, y volvió como derrotado general, á su antiguo barrio, al lado de una histérica tía, única pariente que le quedaba. Allí trabajaba pa-

ra mal comer, resistiendo impávida el continuo chubasco de su malhumorada parienta.

Los antiguos pretendientes, con criminal felonía, empezaron á rondar la casa de la desolada esposa y á disparar contra ésta mòrtales saetas.

Catalina informábase con avidez en "El Diablo Rojo" del estado del proceso, y tal era el cúmulo de datos contra Alejandro que hasta ella empezó á dudar de su inocencia. El periódico dedicaba también sus párrafos á la hermosa Catalina, y tanto ponderaba su belleza, que la joven esposa halagada en su vanidad, leía y releía aquellas encantadoras líneas, y saboreaba con fruición las livianas galanterías del impúdico gacetillero. Creyóse mucho más bella de lo que realmente era, y capaz de rendir los más duros corazones.

Tan luego como levantaron la incomunicación á Alejandro, su esposa lo visitaba en los días que se le permitía; pero un alférez miraba á Catalina con tan habladores ojos, que el demonio de los celos pegó fuego al corazón de Alejandro.

—No vuelvas á verme, dijo á su esposa. Soy inocente y pronto me verás á tu lado. Vete á casa de tu tía y no salgas á ninguna parte.

La esposa obedeció con tristeza, y algunos días estuvo encerrada, pero las pun-

zantes indirectas de la tía y las apremiantes necesidades obligáronla á salir con frecuencia.

El proceso, entre tanto, se complicaba. El juez, á pesar de sus esfuerzos, no podía aclarar muchos puntos obscuros. Los exhortos librados al lugar del nacimiento de los presuntos culpables, dilataban la tramitación y Alejandro se desesperaba.

Una circunstancia vino á remover el semiapagado fuego del escándalo. Higinio armó camorra con tres de sus compañeros de presidio; mató á uno é hirió gravemente á los otros dos.

Al siguiente día "El Diablo Rojo" publicó toda una novela á lo "Ponson du Terrail," de aquel trágico acontecimiento El retrato de Higinio adornaba el relato, y para ensanchar la narración, el articulista encadenaba aquel suceso con el pasado crimen y hacía un odioso retrato moral de Alejandro. Poco faltó éste para morirse de pena. Había en el relato muchísimas exageraciones, inexactitudes y hasta falsedades. La fantasía del repórter presentaba á los lectores de "El Diablo Rojo," un sangriento drama rebosante de interés. Aquella ola hirviente de difamación enardecía los corazones de los presos y oíanse de vez en cuando los sordos rugidos de la fiera humana.

En cuanto á Higinio, estaba satisfecho.

era ya en prisidio un tirano ante quien todos se inclinaban medrosos. Fuera de él, era ya un feroz héroe, á quien la plebe contemplaba alelada.

V

Acostumbrada Catalina á la felicidad que produce peligrosas embriagueces, y sin armas morales para luchar contra la pobreza, que día á día fué creciendo hasta llegar á la miseria, y agobiada además, por el insoportable histérico de una tía necia y egoísta, poco á poco fué dando oídos á los seductores. Aquella fortaleza empezaba á vacilar. "El Diablo Rojo" afirmaba y debía de saberlo, que los procesados estaban convictos, aunque no confesos y que eran merecedores de la última pena.

Aquella noticia desesperó á Catalina; no estuvo de humor para soportar las necedades de su tía, á quien contestó de una manera violenta, y después de insultante disputa, se separó de la casa que por algún tiempo le dió albergue.

No sabía la infeliz á dónde dirigirse; anduvo al acaso, cuando, por su desgracia, encontró al más tenaz de sus perseguidores, que probablemente en acecho de su presa estaba. La desesperación obtuvo lo que quizás no hubiesen conseguido nun

ca los reiterados ruegos. Desde aquel momento acabó el dulce hogar del desventurado preso, y la esposa infiel, unida con criminales lazos á un rico y aristocrático calvatrueno, procuró en medio del lujo y la abundancia, olvidar el sueño de felicidad que había dormido en el santuario de un edén cerrado para siempre.

Entre tanto empezaba á brillar la luz en el proceso, y á medida que aparecía clara la culpabilidad de Higinio, desvanecíanse los datos acumulados contra Alejandro. La conducta de aquél en presidio había sido cada día más feroz. Hubo necesidad de perpetuo encierro, pero la fiera desde su jaula rugía amenazante.

Llegó el día de llevar la causa al jurado popular. Las audiencias estuvieron concurridísimas; los defensores, más que á la ley, apelaron á los recursos oratorios para mover los corazones, y por muchos días tuvo la maledicencia y la novelera curiosidad, pasto abundante para alimentar su famélico apetito.

La esperada sentencia absolvió á Alejandro, que fué puesto inmediatamente en libertad y condenó á Higinio á la última pena.

Agotados todos los recursos legales, se anunció el día de la ejecución de Higinio Dos horas antes de la señalada, reuníanse fuera de la cárcel de Belén pelotones de

plebe que iban con el único objeto de saber todas las circunstancias de los últimos momentos del héroe populachero dado á conocer por la información periodística.

El sanguinario criminal era menos compadecido que admirado, y en no pocas extraviadas imaginaciones, presentábase como legendario héroe digno de remembranza. Hubo imberbe pilluelo que gritara enardecido:

—Soy tan hombre como el valiente fusilado.

Pululaban por todas partes los "repórters," con cartera y lápiz en mano, tomando apuntes de cuanto creían digno de mención.

De repente oyóse la unísona descarga del pelotón: un rumor de honda emoción sale de las plebeyas turbas, que no se apartan de su lugar hasta ver el cadávcer del infeliz Higinio y no son pocos los que al ser conducido fuera de la cárcel, le acompañan rindiéndole homenaje de admiración.

VI

Alejandro, entre tanto, buscó solícito á su adorada Catalina, quien con su amante fuése á pasar temporada á uno de los pintorescos pueblos que rodean la capital al saber la inesperada libertad de su es-

poso. La tía sólo supo decir á Alejandro que Catalina había tenido un disgusto con ella, motivo por el cual abandonó la casa

Fortuna, esposa, honra, todo había perdido el infortunado Alejandro, y la incertidumbre de la suerte de Catalina, teníale en un estado próximo á la locura. Los celos martirizábanle constantemente, y empezaba á temer que su esposa no le hubiese sido fiel.

Acababa de comer en un céntrico hotel y salió al balcón para disipar los tétricos pensamientos que le mataban. Oyó á un voceador anunciar "El Diablo Rojo," llamóle, compró el número y en él leyó con lujo de pormenores la ejecución de su infortunado amigo. Siguió leyendo casi maquinalmente la gacetilla del periódico De repente, crecen sus ojos espantados, una onda fría brota de su corazón y se siente tambalear.

No es posible, exclama fuera de sí, y lee y relee. Su desventura era cierta.

"El joven Alejandro Morales, decía "El Diablo Rojo," que logró probar su inocencia y fué puesto en libertad, encontró su hogar vacío. Su palomita, una encantadora muchacha, muy perseguida de los lagartijos, había volado con uno de ellos. J. P. tenorio muy conocido por sus trapisondas, terror de los papás y de los maridos."

Alejandro no pudo más, cayó del balcón sobre el duro solado de la calle, y murió instantáneamente.

¿Fué aquello suicidio, locura, ó desgracia? No lo sabré decir.

VII

Al siguiente día de aquel emocionante suceso, hay inusitado regocijo en la redacción de "El Diablo Rojo," y óyense en intervalos los sonidos de los tapones al abrirse las botellas de champaña. Sucédense los ampulosos brindis por la creciente prosperidad del afamado periódico de información. Ha motivado tal fiesta la extraordinaria venta del número de la víspera, que, á propósito de los narrados acontecimientos, publicó una interesantísima historia bajo el llamativo título de "Un ajusticiado, un suicida y una hermosa damisela."

Mientras el entusiasmo estimulado por el champaña se desbordaba en alegre locuacidad, y el administrador del periódico henchía la caja con el dinero de la venta que acababa de recibir, pasaba frente á la redacción de "El Diablo Rojo," el carro fúnebre llevando en humilde caja mortuoria, donativo de piadosa asociación, sin ningún acompañamiento, el cadáver del desventurado Alejandro Morales.

¿QUE ES UNA MINA?

Poco tiempo antes de la bonanza de la famosa mina San Rafael, llegó á la ciudad de Zacatecas, Emilio, francés más pobre que cómico de la legua, pidiendo con instancia trabajo á cuantos juzgó que proporcionárselo podrían. Arrimóse á la casa de un benévolo paisano suyo, que le protegió cuanto pudo. Con ayuda de su compatriota logró adquirir una buena representación en la antedicha mina, que por entonces no valía un cacahuate. Algunas semanas después, el fundo minero San Rafael estaba en plena bonanza, y el francés, en menos tiempo del que jamás soñó, encontróse con muchos miles de duros.

Avivósele entonces el plácido recuerdo de la patria. ¡Qué hermoso sería volver rico en tan breve tiempo al terruño, brillando en él con el esplendor de la adquiri-

da riqueza! Tal pensamiento fué cada día más persistente y concluyó por sugestionarle. Vendió muy bien vendidas sus acciones de mina, y partió para la amada patria, tosiendo recio, fumando habanos y zarandeando el cuerpo con majestuoso donaire, pues hasta el modo de andar trueca el pícaro dinero.

Visitó el villorrio donde había cuidado las cuatro vacas de su abuela, pero la momentánea admiración de sus paisanos muy pronto convirtióse en mordaz sátira, unas veces hija de la envidia y otras castigadora de la vanidad. Y Emilio fuése á París con la resolución de llevar la holgada vida que á un hombre de pecuniarios recursos brinda la alegre reina de las capitales europeas. Allí se encontró con Oscar, el muchacho más rico de sus compañeros de escuela. Refirióle circunstanciadamente la historia de una fortuna adquirida en un abrir y cerrar de ojos, y Oscar quedábase maravillado de aquella facilidad de enriquecerse. Oía con verdadera fruición á su paisano y parecíale aquello un cuento de "Las Mil y Una Noches."

Si éste, pensaba, que no tenía sobre qué caerse muerto, ha hecho tanto dinero y en tan corto tiempo, ¿qué haré yo que tengo algunos miles de francos?

Tal pensamiento se apoderó de Oscar con violencia tanta, que apremióle á partir

á América en pos de las famosas minas. Abandonó la ciudad de los placeres y en el primer vapor que zarpó de Calais em barcóse para el legendario imperio de los aztecas.

Tarde se le hacía á Oscar por llegar á la ciudad de Zacatecas, que veía en su juvenil imaginación como una ciudad encantada, y soñaba que en esta tierra, hasta las muchachas eran de plata y alguna que otra de oro macizo.

Al fin llegó á la ciudad de argentíferas montañas, instalóse en un hotel, y en menos de dos meses fué dueño de una mina por él denunciada, la cual empezó á trabajar con verdadero frenesí.

Los talegos quedaban vacíos semana por semana.

—¿A qué hora acuñamos plata? preguntaba Oscar.

—En la semana que entra cortamos la veta, patroncito, era siempre la respuesta de los barreteros. Y las semanas volaban, y el dinero también y nada de veta.

Llegó el día en que los fondos se agotaron completamente. Oscar estaba desesperado y arrepentido de haber gastado tan incautamente su fortuna.

—Un esfuerzo más, decíanle los barreteros, y cortamos la veta; no habrá entonces dinero bastante para pagar la mina de usted.

Y renacía el entusiasmo en el fogoso francés. Pidió dinero prestado á los pocos amigos que tenía, vendió su modesto menaje de casa, y lo que vender no pudo, pasó á morar por ilimitado tiempo en las casas de empeño.

—¿Y la veta? preguntó Oscar á los barreteros cuando ya no tenía ni un centavo, ni de donde conseguirlo.

—Se cortó en "burra," señor amo.

Oscar se quedó en la miseria. Decepcionado regresó á su tierra, gracias á la caridad de algunos compatriotas suyos. Vivió pobre, manteniéndose de su trabajo.

Los que nunca habían conocido minas, ni de éstas tenían idea, preguntábanle:

—¿Qué es una mina?

—¡Oh! una mina contestaba, la forman dos agujeros en un cerro, por uno echa usted su dinero, y por el otro saca agua, y algunas veces, ni siquiera agua.

Emilio por el contrario, decía: Una mina es la fortuna ganada en un solo día.



PACTO TREMENDO

I

En una ciudad, de cuyo nombre me acuerdo, pero no quiero decirlo, vivían á mediados del pasado siglo, dos caballeros de encumbrada posición social, famoso jurisconsulto el uno, lumbrera médica el otro; tan descreídos ambos, que no creían ni en la madre que les dió el sér. La igualdad de ideas unióles en estrecha amistad, y rara era la vez que Palacios y Manríquez no se veían juntos en los paseos, y frecuentemente reuníanse á comer, ora en la casa del abogado, ora en la del médico.

Un día, con motivo del cumpleaños de Palacios, hubo en la casa de éste espléndido banquete, al que concurrieron muchos de sus amigos.

El licor escancióse con prodigalidad, y al concluir la comida, el señor licenciado, sonando con un cubierto el fino cristal de la henchida copa, impuso silencio á la gárrula vocinglería de los comensales.

Iba á brindar.

Llenáronse sendas copas, y todos se pusieron en pie:

Lo que el abogado dijo no es para transladarse al papel. Fué un brindis tan horriblemente blasfemo, que puso los pelos de punta aun á los menos creyentes. Sólo Manríquez, entusiasmado, estrechó con efusión la mano de su amigo.

Entre copa y copa siguieron hablando de cuanto á las mientes les vino; pero el abogado, de rato en rato, volvía al tema que sin duda le preocupaba: la vida de ultratumba.

—No hay infierno, exclamó con colérica arrogancia, ¿qué opinas tú, Manríquez?

—Que no hay, contestó el interpelado.

—Ea, vamos haciendo un trato. El que muera primero de los dos, viene del otro mundo á decir al que le sobreviva si en efecto hay infierno.

—Convenido, repuso Manríquez.

Y los dos amigos sellaron el pacto con un fuerte apretón de manos.

II

Pasaron algunos años. El médico abandonó su ciudad natal y radicóse en la capital de la República; y el abogado inclinó la altiva cerviz á la matrimonial coyunda. Al principio de la partida de Manríquez, la correspondencia era activísima entre los dos amigos; pero con el tiempo, que es enfriador de afectos, aún de los más íntimos, la correspondencia fué poco á poco disminuyendo, hasta cesar completamente.

Palacios repartía su tiempo entre los trabajos profesionales y las dulzuras de un hogar perfumado por las virtudes de la esposa.

Una noche, el abogado no podía conciliar el sueño; después de algunas horas de voltear, con breves intervalos, el cuerpo de un lado á otro, logró dormitar un poco; pero al toque de Avemarías incorporóse sobresaltado. Oyó abrir de un sólo golpe la puerta de la recámara, y á la ténue luz de la aurora vió entrar á Manríquez, su antiguo amigo.

Antes de que Palacios tuviese tiempo de interrogarle, díjole Manríquez:

—He venido á cumplir nuestro pacto.

Y subiendo de tono la voz hasta trocarse en alarido, agregó:

—¡Sí hay infierno, y muy terrible!

Dijo y fuése luego cerrando la puerta.

Palacios creyó estar dormido. Llevóse la diestra á la frente como para despejarla.

—¡No, no, exclamó; estoy bien despierto! ¡No hay duda, es él, Manríquez!

Vino luego á su memoria el pacto celebrado en la orgía de antaño, y sudoroso y temblando dejó el lecho para escudriñar la puerta de la habitación. Estaba cerrada tal como él la dejó la víspera. Dió voces aterrorizado, llamando á su esposa, que dormía en la contigua alcoba. Acudió luego, y como nada sabía del tremendo pacto, tranquilizó á su esposo creyéndole víctima de horrible pesadilla.

III

El licenciado, cotidianamente, después de abandonar el lecho y asearse, se dirigía al comedor. Si el cartero dejaba correspondencia, el mozo colocábala en la mesa á la vista del amo. Habían transcurrido quince días de aquella pesadilla, pues Palacios no se atrevía á llamarla realidad, cuando dirigióse como de costumbre al comedor, donde el mozo sirvió el chocolate y salió en seguida.

El abogado fijóse en la correspondencia. Entre las cartas había una de luto que llamó su atención, abriéndola, y al leerla, el más hondo terror dibujóse en el rostro de Palacios. Era una esquela de defunción. Manríquez había muerto en México exactamente á la misma hora que le había hablado hacía dos semanas. La esquela no sufrió demora. Era el tiempo suficiente para el correo que entonces transportaba la diligencia

El terror del abogado llegó hasta el pánico y cayó en cama gravemente enfermo.

Por más de un mes luchó entre la vida y la muerte; pero salvóse al fin, y la convalecencia fué larga y penosa.

El rosado color de Palacios tornóse desde esa época en cadavérico, y su carácter modificóse profundamente.

¿Creyó en la aparición de su amigo? Sólo puedo decir que, apenas fuera de peligro de la grave enfermedad que le puso á las puertas del sepulcro, compró un antiguo templo, que por falta de piadosos donativos no pudo concluirse, y lo concluyó por su propia cuenta, y en lo sucesivo llevó una vida morigerada y devota.

———



POR EL IDEAL

I.

Juventud, energía, talento, varonil hermosura, todo aunaban Jorge y Rafael, dos hermanos gemelos que se amaban con hondo afecto. Juntos desde la cuna, juntos en el materno regazo; juntos en el colegio; no parecían sino una sola alma en distintos cuerpos. Hízoles la naturaleza tan semejantes en las facciones, que frecuentemente confundían al uno con el otro, hasta sus condiscípulos y amigos, y cuéntase que la madre, para distinguirlos cuando pequeños, ataba un hilo rojo en el dedo meñique de Jorge.

En íntima unión de voluntades crecieron hasta los veintiún años, en que la divergencia de ideas políticas empezó á separarlos. Y de común acuerdo, para que

no se enfriase el fraternal amor edificado sobre profundos cimientos, convinieron en no discutir jamás acerca de cuestiones políticas.

Ardía entonces la República, con la gigantesca llamarada de la guerra de tres años. Las pasiones, en el vértigo de la exaltación, separaban al amigo del amigo, al hermano del hermano, al hijo del padre, y hasta las mujeres tomaban activa parte en la propaganda política. Los nombres de los caudillos de ambos bandos, eran llevados en alas de la fama, del uno al otro confín de la Nación.

Jorge y Rafael, henchidos de patriótico ardor, abandonaron las aulas, la tierra natal, el dulce hogar, y corrieron entusiastas al campo de batalla, á defender sus ideales. Ambos creían en la justicia de su causa, y por ella, si era preciso, sacrificarían gustosos la vida. Jorge, imbuído en las gloriosas tradiciones de sus antepasados, y en la santa fé de sus padres, veía en el contrario bando á los feroces enemigos de la Religión y de la Patria. Rafael, fascinado con una libertad de inmensos esplendores, juzgaba deber ineludible contribuir á ahondar el cauce por donde corriese en abundante raudal. No podía prever los crímenes sin cuento que se cometerían en nombre de esa hija del cielo, tan mal comprendida

y tan arteramente vilipendiada. La edad de los jóvenes no era propicia para escudriñar con madura reflexión el alma de las políticas causas, que se habían declarado guerra á muerte, ni el frenético entusiasmo á propósito para alejar de ellos los apasionados juicios. Ni siquiera se les ocurrió que errar podrían, á lo menos por ligereza, tan seguros estaban de poseer la verdad.

Los ejércitos conservador y liberal recibieron en sus filas á Jorge y á Rafael, respectivamente, y no tuvieron que arrepentirse de ello, pues soldados pundonorosos y valientes, en breve tiempo ganaron ambos las charreteras de Capitán.

II

Son los solemnes momentos que preceden á una batalla. Una inmensa llanura va á ser el teatro de la hecatombe, y á regarse con la generosa sangre de bravos guerreros, dignos de mejor suerte.

Los ejércitos se avistan y se despliegan en línea de batalla. Oyese el ruído de los sables, que temblar parecen dentro de sus cubiertas, la veloz marcha de los infantes, el trote de la caballería, y de vez en cuando el relinchar de los bridones y el clarín que ordena los movimientos. Los espíritus, sobrecogidos, se concen-

tran en un solo pensamiento. Por fin el guerrero toque anuncia el principio de la fratricida lucha: pavoroso truena el cañón, después el nutrido fuego de fusilería, y, por último, los ejércitos cargan uno contra otro á la bayoneta. El cuadro es indescriptible: ayes, gemidos, salvajes gritos, blasfemias, plegarias; todo en confusa vocería, sale del campo de batalla. Es un alarido incesante y espantoso que apagar no logra el imponente fragor de la artillería. Salta á borbollones la caliente sangre del soldado, que cae mortalmente herido; óyese el siniestro crujido de la humana piel, rota al filo de la bayoneta. Entre el constante fragor, el humo y el polvo, confúndense amigos y enemigos.

De repente, dos jóvenes guerreros, sin buscarse, encuéntranse frente á frente. Militan en contrarios bandos, y apenas se miran, espada en mano, arremeten el uno contra el otro. Elevan las vigorosas diestras, y en lo alto se cruzan los aceros, cuyo acompasado chasquido escúchase por algunos momentos, después de los cuales, ambos combatientes caen por tierra, con el pecho traspasado. Tras del ¡ay! lastimero que exhalan, percíbese el rumor, que gradualmente aumenta, de la caballería, que avanza por la llanura en persecución de los que se baten en re-

tirada. Los asustados corceles pasan sobre los tirados cuerpos, y hunden los herrados cascos en las entrañas de los muertos y heridos.

III.

El tropel se aleja, el campo queda silencioso, y sólo de vez en cuando óyese algún débil quejido de los agonizantes. De pronto, sudoroso, jadeante, llega un sacerdote, que, elevando un Crucifijo en la diestra mano, pregunta con fatigada voz si alguien pide confesión. Espera respuesta con atento oído, y escucha un lánguido: sí señor, que le contesta. Dirígese al lugar donde sale la voz, y casi á la vez incorpóranse Jorge y Rafael.

Al mirarse, quedan estupefactos, y poco después, las lágrimas ruedan, silenciosas, por sus mejillas.

—Rafael, hermano mío, te he herido.

—Jorge, mi amado hermano, yo también á tí.

Luego, volviendo los ojos al sacerdote, claman á la vez:

—Padre, absuelva usted á estos fratricidas.

El sacerdote oye la confesión de Jorge, luego la de Rafael. Este, concluído que hubo, dijo al confesor:

—Dígnese usted de hacerme la caridad

de acercarme más á Jorge; quiero morir en sus brazos.

—Y yo en los tuyos, querido hermano, repuso Jorge.

El sacerdote levantó en brazos á Rafael y le acercó á Jorge. Los hermanos estrecháronse con efusión.

—¿Me perdonas?, dijo Rafael á Jorge.

—No tenemos de qué pedirnos perdón, contestó Jorge. Nuestra espada, en cumplimiento del honor y del deber, hirió á la causa, no al hermano, á quien he amado siempre y amo hoy más que nunca.

—Dices bien, hermano mío, en ese amor muramos juntos.

Y fuertemente abrazados, entraron en brevísima agonía.

El confesor, en tanto, levantando en alto el Crucifijo, díjoles conmovido:

—Hijos míos: durante vuestra vida, militásteis bajo contrarias banderas, y cumplísteis como leales y buenos; la bandera de la Cruz os acoge bajo su salvadora sombra, á la hora de vuestra muerte. ¡Volad al cielo!

Dijo, y acercóse á los valientes jóvenes, que, abrazados y sonriendo, acababan de expirar.

El sacerdote, contemplando compasivo aquellas preciosas vidas segadas en la flor de la juventud, murmuró:

—¡Oh, si los partidos se conocieran, en vez de aborrecerse se amarían!



EL ESCONDITE DE LA DESPOSADA

(Tradición popular)

I

Hay inusitada alegría en la hacienda de "La Palma;" la modesta capilla, un tanto cuanto destartalada, oliente á humedad, y con media docena de imágenes deformes, una en el único altar, que es la del patrón, y las otras en desiguales nichos, había sido esmeradamente sacudida por Petrita, jamona rezandera, que desempeñaba los oficios de sacristán y que gozaba en la vetusta capilla de las dulzuras de un hogar que contra su voluntad no había formado. La música, compuesta de dos violinistas, que no sabían nota, y del hijo del vaquero que tocaba la tambora, esforzábanse en vano por llenar de jubilosas armonías el sagrado recinto; pero los ama-

dores del divino arte hacían cuanto podían, con gran contentamiento de los rancheros, que forjábanse la ilusión de que aquella musiquilla, reforzada con unos cuantos pitos, podía lucir en la ciudad, y con no menos regocijo de los chicuelos, que á cada tamborazo les brincaba de gusto el corazón. Celebrábase la boda del amo, del rico ranchero Juan Pablo, hombre corpulento, fornido, semilampiño, de bronceado color, vivísimos ojos negros y bondadoso semblante, que hoy irradia de gozo. Portaba Juan Pablo, algo encogido, su mejor traje: chaquetón negro de paño de primera, chaleco de terciopelo del mismo color, que á pesar de su edad—diez años—era la segunda vez que se exhibia en público, y pantalón también negro, mandado hacer al mejor sastre de la cabecera del Partido.

La novia, en honor de la verdad, era guapísima; una morena rancherita de ojos garzos, grandes y rasgados, que resplandecían bajo el enorme fleco de negras pestañas; semblante muy expresivo, y constantemente jugaba en sus labios una sonrisa que no podía decirse si era de burla ó de travesura, sonrisa que había adquirido para contestar con ella, á falta de palabras, los galanteos de los pollos de rancho, que la requebraban desde muy niña. El cuerpo de Basilia, á quien por cariño

llamaban Lila, era naturalmente esbelto, pues el corsé jamás había tocado aquellas frescas y suaves carnes; alta y bien formada, tenía al andar un salero, que dejaba boquiabiertos á los rancheros, aun á los que peinaban canas.

El estaba loco con su prenda, como la llamaba, y resuelto á echar la casa por la ventana. Después de la nupcial bendición y de la misa, que para tormento de los impacientes tuvo sermón más largo que aquélla, hubo cohetes, repiques, carreras de caballos y coleadero, en el que se lucieron muchos rancheros y sólo salió maltrecho el hijo del vaquero y convencido de que no es lo mismo dar tamborazos que sujetar por la cola bajo la pierna y contra la silla, y al arranque del caballo derribar á un bicho feroz y cornudo.

La comida fué espléndida; el asado de boda en chile colorado abundantísimo, y según unánime voto de los que lo comieron, ninguna fonda podía servir guiso mejor confeccionado; se mataron cuatro terneras para los peones de la hacienda y se tatemaron cuantos cabritos fueron necesarios para dejar satisfechos á los apetitosos gañanes y á sus familias, que comieron á reventar. No faltó el pulque, ni el mezcal, y no obstante la recomendación de Juan Pablo, de no escanciar con frecuencia el nacional licor, hubo algunas ca-

bezas semiperdidas por la alegría alcohólica.

Por la tarde estaba la casa grande llena de las amigas de la novia y de los amigos del novio, y después de la tamalada que sirvió de merienda, ocurrióseles jugar á la cuarta escondida. Era de ver el infantil regocijo con que corrían y gritaban los concurrentes cuando alguno hallaba la cuarta y levantándola en alto amenazaba á los demás. Por iniciativa de la novia jugaron después á las escondidas: cuando tocó su turno al novio, escondióse en la espesa copa de un mezquite que sombreaba el patio del viejo caserón, y costó trabajo, mucho trabajo encontrarle. Lila, para ganarle á su marido, dijo:

—Voy á esconderme donde nadie ha de encontrarme.

—¡A que no, á que no! gritaron todos.

—¡A que sí, á que sí, repuso Lila. A la una.... á las dos.... á las tres... Voy à esconderme; nadie se mueva hasta que diga: ¡ya!

Corrió Lila por los corredores y viéronla entrar al segundo patio, y después de algunos momentos percibióse apenas, ahogada y lejana, la voz ¡yaaa!

Corrieron todos, y á la cabeza el novio empeñado en ser el primero en dar con el escondite de Lila. Los primeros quince minutos fueron de guasa; pero al conven-

cerse de que no daban con el escondite, empezaron á impacientarse. Juan Pablo, mohino ya, gritó: Nos damos por perdidos; sal ya, Lila, sal ya. Cada vez eran más desaforados los clamores de Juan Pablo, que continuó gritando hasta enronquecerse, y la esposa no respondía. Después de tres horas los circunstantes habían recorrido toda la casa, las azoteas, los más recónditos lugares, y nada, nada de Lila. Algunos ofreciéronse á buscarla por toda la hacienda, y salieron, en efecto, en busca de la niña; otros se alejaron sin despedirse, poseídos de fanático terror, temiendo no sé qué de siniestro; otros se esforzaban en vano por consolar á Juan Pablo, que demudado, jadeante, se dejó caer sobre un banco.

II

Las sombras de la noche envolvieron el pequeño caserío de "La Palma," y allí donde poco ha todo era alegría y entusiasmo, reina el silencio y la tristeza. Los rancheros cuchicheaban en sus casas, forjando toda clase de inverosímiles consejas: quién decía que un antiguo pretendiente de Lila había venido de la ciudad, ocultándose en una bodega y raptádose á la encantadora desposada; algunos afirmaban haber oído, en efecto, el galope de

un caballo tras de la casa grande; quién aseguraba que Lila había caído en el pozo y que al siguiente día se vería su cadáver flotar en la superficie del agua; hubo mujer que aseguró que el diablo en persona se había llevado á la esposa, que ella le había visto entrar en la figura de Matías, un ranchero octogenario, feo como él solo, y que era el "Guagua," con que se asustaba á los niños. Juan Pablo lloró mucho, primero de dolor, de rabia después; pero cuantas indagaciones hizo fueron infructuosas; nunca, jamás llegó á saber de su adorada Lila.

III

Han pasado veinte años. Allí, en el mismo viejo caserón de la hacienda de "La Palma," está Juan Pablo, el rico ranchero, cuyo carácter han agriado los años y los sufrimientos. No tuvo durante su vida más que un amor, el de su Lila, su inolvidable Lila, y todavía cruza por aquella rugosa frente y bajo aquella cabeza cana, la angélica imagen de su rancherita. Acaba de vender todos los potros de herradero, que le pagaron en dinero contante y sonante, pero su caja está henchida y no haya dónde guardarlo; recuerda entonces que en el segundo patio de la casa grande, en la más apartada bodega, hay una caja de re-

sorte arrumbada mucho tiempo ha por su gran tamaño.

Va á la bodega, con no poco trabajo abre la caja, levanta la enorme tapa, y el más hondo estupor se pinta en su rostro; da un grito y cae por tierra exánime: allí dentro de aquella abandonada caja, fresca al parecer, sonriente aún, con su vestido de novia, está su Lila, la Lila de su alma, tan hermosa y pura como el día de la boda. Ella creyó esconderse donde no la encontraran; pero al fin, la halla Juan Pablo y vuela á unirse con ella en el cielo.....



LA ESCUELA DE LA DESGRACIA.

I

Una mujer, en la plenitud de la vida, llevando de la mano á un niño de ocho años, y á una niña de dos, en brazos, camina aceleradamente por el breñal. Va descalza, y la sangre de sus pies enrojece las piedras de la vereda.

La luna ilumina tristemente el campo; corta el horizonte una montaña, al pie de la cual blanquean las casas de la ciudad é irguen los templos sus esbeltas torres, que parecen misteriosos fantasmas.

Es la hora solemne del reposo.

A uno y otro lado del camino elévanse, aquí y allá, entre la maleza, algunos nopales y magueyes, y de trecho en trecho, bosquecillos de mezquites.

La mujer, de moreno y agraciado ros-

tro, donde resplandecen dos grandes ojos negros, lleva el dolor impreso en la fisonomía, y el niño, que ya no puede andar, sufre la fatiga sin quejarse. De vez en cuando levanta los dolientes ojos y mira á su madre. Contempla el sufrimiento de ésta y calla por no aumentarlo. Se conoce que el alma de aquel niño ha adquirido heroica fortaleza en medio de las tribulaciones.

La noche es serena y la calma profunda; ni una ráfaga de aire agita las copas de los árboles. De repente, á lo lejos, en dirección de la ciudad, suena una descarga de fusilería; y como si las balas hubiesen traspasado el corazón de aquella mujer, lanza angustioso grito y cae desfallecida.

—¿Qué tienes, madre? pregunta el niño conmovido.

—¡Paco, hijo mío, hijo de mi alma, ya no tienes padre! contesta incorporándose y estrechando al niño contra su corazón.

Paco siente mortal estremecimiento, las lágrimas corren por sus mejillas, besa á su madre como diciéndole en aquella tremenda aflixión: Me quedas tú y en tí concentro mi cariño. Y procura con inaudito esfuerzo reprimir los sollozos, que le ahogan. La desgracia ha anticipado el juicio y la reflexión en aquel niño hombre.

Dolores—tal era el nombre de la mu-

jer—recobrada un tanto, levántase y no sé si el ansia de ver la realidad que temía, ó la esperanza de que se hubiese engañado, dióle sobrenatural vigor.

Con la adorada carga de su hija en brazos y sin soltar á su hijo, no corría, volaba por la extensa llanura marchita ya por el invierno.

Al llegar á unos barrancos que se erguían en una curva del camino, quedóse un momento paralizada por el dolor, y luego, soltando á Paco se arrojó sobre un cadáver, caliente aún, empapado en sangre y tendido en el campo. Abrazóle apasionadamente, besó aquella faz sombreada por la muerte, y después sentóse en una piedra junto al muerto y llorando mucho desahogóse algo del infinito pesar que la mataba.

El niño contempló el cadáver con los ojos arrasados de lágrimas, besó respetuoso como en otros días, la mano del muerto, y luego escondió la desgreñada cabecita en el materno regazo para allí llorar á sus anchuras.

II

La alegría de la mañana en rayos de luz, en rumores de vida, en gorjeos de pájaros, llena toda la ciudad. Los habitantes, repuestos con el nocturno descanso del gas-

tado vigor, emprenden sus cotidianas faenas. Una mendiga de cadavérica faz, con los pies ensangrentados y los labios lívidos, con una niña en brazos y seguida de un chicuelo, implora de puerta en puerta una limosna por amor de Dios. El niño es el primero que mueve los corazones.

¡Es tan simpático!

El desaseo y los andrajos no ofuscan la luz de la inocencia que baña aquel bondadoso rostro como si en él se revelase el alma entera.

Paco recibe agradecido una torta de pan; brilla en sus ojos un relámpago de alegría, y luego, con heroica abnegación, dice á su madre, después de contemplar el apetitoso alimento y dividirlo en dos partes iguales:

—Una para tí y otra para Chita.

Chita es la hermana de Paco, que duerme en los maternos brazos, más que vencida por el sueño, postrada por la debilidad.

Toda la mañana recorrieron la ciudad, y la conmiseración de los buenos calmó la hambre de los pordioseros, quienes á medio día quedáronse profundamente dormidos en el jardín de la plaza de Armas. No disfrutaron largo tiempo de bienhechor reposo: el gendarme del punto despertólos con brusquedad, y los arrojó de allí.

Movióse á compasión un joven que presenció tal escena, y acercándose á la desconocida, díjole con afabilidad:

—¿Qué hacía usted allí con sus hijos? pües supongo que estos niños son hijos de usted.

—Sí, señor, son mis hijos, huérfanos de padre desde ayer. Buscaba donde descansar, porque no tengo ni casa ni dinero. Si fuese usted tan bueno que me dijera dónde está el hospital.

El joven, enternecido, dijo á la mujer.

—Ea, vamos á casa. Síganme ustedes.

El inesperado protector, elegantemente vestido, marchaba adelante y el doloroso grupo detrás. Detúvose aquél á la puerta de una casa, cuyo aspecto revelaba ser albergue de gente aristocrática y acomodada.

—Pasen ustedes, dijo á los mendigos, señalándoles la puerta que estaba abierta, y entró tras ellos.

—¡Mamá, mamá, gritó el joven, que socorran á estos pobres!

—¿Qué nos traes ahora, Ramiro? preguntó una anciana de exquisita hermosura, en cuya cabeza las canas tenían singular atractivo, y en cuyo semblante la vejez no había borrado la juvenil alegría.

—Toda una familia, mamá, respondió Ramiro, y dirigiéndose á sus protegidos, agregó:

—Vayan ustedes á comer, á descansar, á dormir cuanto quieran y mañana hablaremos.

—Dios le pague su caridad, murmuró la pordiosera llorando de gratitud.

Paco miraba y remiraba á Ramiro, y callado decía más que si hablara á gritos. La expresión del rostro del huérfano era indescriptible. Había en ella luz del cielo, esperanza del cielo, amor del cielo.

Era Ramiro un muchacho muy fogoso y atolondrado: tenía en la imaginación una fragua en constante llamear y en el pecho un raudal en continuo desbordamiento. ¡Qué corazón aquel tan compasivo!

Algunos censuraban mucho al aristocrático joven, porque como hijo de Adán, tenía defectos, y el principal de ellos era no pagar nunca sus deudas. Y era rico, y su madre viuda, nada le negaba, pero Ramiro dábalo todo y aun pedía prestado para dar más, y no pagaba porque jamás tenía un peso desocupado. Ningún indigente acudía á él en vano y aun muchos vagabundos explotábanle con maña.

III

El descanso del cuerpo ahondó más la pena del alma, y Dolores levantóse al si-

guiente día abstraída con el constante pensamiento de su inmensa desventura. Fué agradecida á dar las gracias á sus protectores por la generosa hospitalidad que le habían dado.

—Refiéranos usted sus infortunios, dijo Ramiro, interrumpiéndola.

—Lucas, mi esposo, repuso Dolores con triste voz, fué siempre pobre, pero honrado y trabajador. Dedicábase á trabajos de campo como mediero, y cuando Dios quería y enviaba la lluvia á la labor, teníamos algún desahogo. Pero vinieron muchos años malos y para comer vendimos los pocos animales que teníamos, y hubo un día, y otro, y otro, en que no tuvimos que comer. Lucas escribió á todos los ricos del contorno pidiéndoles trabajo, pero no quisieron ó no pudieron dárselo, y cuando vió llorar de hambre á sus hijos, salió de casa desesperado. Fuése al campo, mató una ternera que no era suya, y nos trajo carne en abundancia.

Al día siguiente, aún no se levantaba Lucas, cuando vi llegar á la puerta de mi casa cuatro jinetes vestidos de charros, con uniformes grises de vivos plateados: eran rurales. El corazón me dió un vuelco y comprendí lo que el pobrecito de Lucas había hecho por dar alimento á sus hijos.

El abigeato es frecuentísimo y las penas

ineficaces para extinguirlo. En todo el Estado se apeló á la terrible pena de muerte sin formación de causa, conocida con el nombre de "Ley fuga." Pena que si libra á los pueblos de ladrones incorregibles y muy malos, también mata á muchos inocentes ó verdaderamente necesitados y sirve algunas veces de pretexto para vengarse de feroz soldadesca y de malvados propietarios.

Los rurales lleváronse á mi esposo, y loca, cogí á mis hijos y corrí tras ellos, viendo anticipadamente el horroroso cuadro que tuve la desgracia de contemplar después: á mi esposo acribillado á balazos y muerto como una fiera en medio del campo.

IV

Ocho días después, Chita y Paco educábanse en un asilo de huérfanos, allí colocados por la caridad de Ramiro, y Dolores servía en la casa de su protector.

Paco fué el más aventajado y el más bueno de los alumnos, y Dolores una ama de llaves de las que ya no hay ejemplares sino en alguna que otra novela romántica.

¡Cuán buena maestra, solía decir, ha sido para nosotros la desgracia!

Y de verdad, es magnífica maestra para los hombres de buen corazón.



LA VOZ DEL MUERTO

Al docto literato señor Lic. don José López Portillo y Rojas

I

Nos asomamos al infinito océano de la eternidad al presenciar los últimos momentos de un moribundo. El hombre, cuando llega al lindero que divide el tiempo de la vida que nunca acaba, vuelve por última vez los ojos hacia este mundo, nido de nuestros legítimos afectos y campo de batalla regado con el sudor de nuestros rostros y la sangre de nuestras venas.

Don Javier de Montellano hállase en estos solemnes momentos: su esposa se le ha anticipado en el viaje y sus hijos van á quedar enteramente huérfanos.

A la cabecera del mortuorio lecho vela una niña, admirablemente hermosa, con luz de sol en los ojos, color de rosa en la faz y fragancia de jardín en el alma.

El tenue fulgor de una lámpara ilumina tristemente la alcoba y los mortecinos rayos interceptados por un biombo japonés, dejan en la penumbra al enfermo y á la niña.

Frente al lujoso catre de don Javier elévase el altarcito arreglado la víspera, día en que el enfermo, como cristiano de corazón y de abolengo, recibió los espirituales auxilios. En la más alta grada del altar írguese un precioso Crucifijo.

El silencio es profundo, sólo se oye el "tic tac" del péndulo del reloj, y de vez en cuando, la cansada respiración del paciente. El horario va á marcar las tres de la mañana y el sueño empieza á vencer á la niña. De repente don Javier se incorpora, ve el reloj y exclama con cavernoso acento:

—Van á dar las tres de la mañana. Es la hora de los muertos, pues la mayor parte morimos á esa hora. Angelina, mi amada Angelina, ¿te has dormido?

—No, papasito, aquí estoy. ¿Desea usted algo?

—¿Colocaste cerca de mí el aparato ya preparado?

—Sí, papá, aquí está.

Y la niña señaló un bulto colocado sobre una mesa, cerca de la cama, y cubierto con un manto negro.

—Bien, llama á tus hermanos.

Angelina, que vestía aún de corto, pues tenía catorce años, dirigióse de puntillas á la puerta que comunicaba la alcoba con la sala.

—Héctor, Julio, dijo sin levantar mucho la voz, les habla papá.

Héctor y Julio dormitaban, aquél en una poltrona, éste en un sofá; ambos levantáronse precipitadamente al oír la voz de su hermana y entraron á la recámara.

—¿Llamamos al médico? interrogaron á la vez. Vela en su cuarto.

—No, respondió el enfermo, á mis hijos únicamente necesito.

Luego, haciendo poderoso esfuerzo, levantó la voz y dijo:

—Voy á morir y á daros mi postrera bendición. Alzó la diestra mano y hondamente conmovido bendijo á sus hijos.

—Ahora, añadió con lágrimas en los ojos, oíd mis últimos consejos.

Tomó aliento y díjoles pausadamente señalando el Crucifijo:

—"Bajo la sombra de la Santa Cruz he vivido y Ella me ampara en mi lecho de muerte. Vivid y morid en la fe de vuestros padres.

Esperad siempre en Dios, que es el Dios de las misericordias, aun en la caída os dará la mano para levantaros.

Amad á todos, pero especialmente amaos entre sí vosotros, y si algún día os divi-

den fraternales rencillas, cortadlas con un abrazo de amor.

Dijo el anciano, dejó caer pesadamente la cabeza en la almohada, contrájosele la boca, estiró el cuerpo y expiró con la tranquilidad del justo.

II

Los hijos de don Javier lloraron sinceramente la muerte de su padre, pero consoláronse al fin con las heredadas riquezas; y la alegría de la juventud, por algún tiempo desterrada del hogar, volvió á él con su retozona animación y sus sueños color de rosa.

Nada turbaba la armonía de aquella familia: Héctor y Julio, estrechamente unidos por el cariño y los intereses pecuniarios, mirábanse en Angelina, y ésta era la pequeña madre de los jóvenes. ¡Cuántas ideas de engrandecimiento para la casa del señor de Montellano! ¡Cuántos proyectos para lo porvenir! Los hermanos querrían se siempre mucho, y si se casaban vivirían unidos los corazones de todos.

Así pasaron muchos meses; la testamentaría del finado estaba para concluir, y á Héctor, el mayor, á quien su padre nombró albacea, tocaba hacer la partición de la herencia.

Ambos jóvenes tenían ya sus novias

de la más elevada aristocracia mexicana, y en breve formarían nuevos hogares. Aun Angelina empezaba á probar el néctar del cariño. Soñaba ya con un doncel de retorcidos bigotes y atrevida mirada, el cual seguíala á todas partes, se apostaba frente á su casa y enviábale perfumados billetes. Estaba en la primera etapa de la senda del Tabor ó del Calvario, no lo sabía aún, pero con el amor aceptaba hasta el martirio.

No culpo á las aristocráticas novias de los hermanos, ni al gentil pretendiente de Angelina, sino á las humanas pasiones, que, con suavidad primero, con violencia después y con avasallador imperio por fin, se apoderaron de los corazones. Es el caso que la codicia, madre de gran parte de los pecados de los ricos, se apoderó de Héctor y de Julio. La partición presentada por Héctor al Juzgado primero de lo Civil de la ciudad de México, no satisfizo á Julio ni á Angelina, y aunque ésta, en pro de la paz y la armonía, cedió á las exigencias de su hermano mayor, Julio sostúvose intransigente y entablóse un importante y escandaloso litigio, que dió abundante pasto á la hambrienta murmuración.

De día á día agriábanse más los ánimos de los hermanos, quienes llegaron al extremo de ni siquiera saludarse. Julio se separó de la común morada y vivía en un hotel, y Angelina, que continuó viviendo

con su hermano mayor, sufría mucho al oír todos los días, especialmente á la hora de sobremesa, á Héctor hablar muy mal de Julio. Ambos hermanos heríanse sin misericordia por la espalda, y aun empezaban ya, cuando se encontraban en la calle ó en alguna reunión, á dirigirse ofensivas indirectas.

Julio alegaba que Héctor, abusando de su cargo de albacea, quería para sí la mejor parte de la paterna herencia; que maliciosamente había hecho valuar á ínfimo precio los bienes que se adjudicaba y muy caros los que quería adjudicar á sus hermanos. Héctor, por su parte afirmaba que Julio no quería cumplir la voluntad de su padre, quien autorizó á su albacea para que practicara la partición como mejor le pareciese. En cuanto á Angelina, por las disputas que había oído, juzgaba que sus dos hermanos pretendían injusticias, y no se escapaba á la penetración de la joven que en todo caso sería ella la más perjudicada, pero aun á esto resignábase con tal de ver restablecida la paz y la armonía en la familia.

III

Con motivo de un ocurso del abogado de Héctor al Juez de lo Civil, escrito que al través de la jurídica forma contenía en punzante sátira terribles ofensas contra

Julio, éste exaltóse en sumo grado. Después de cenar se dirigió á la casa de su hermano, resuelto á exigirle amplia satisfacción. Héctor, según le informó el portero, estaba en el "Jockey Club" y vendría muy tarde; Angelina dormía ya. Julio pensó que le engañaba y echóle en cara su falta de franqueza. El portero, que ignoraba los fraternales disgustos, abrió la puerta y dijo al hermano de su amo:

—Pase usted y desengáñese por sus propios ojos.

Julio encaminóse al despacho de su hermano; estaba cerrado.

—Esperaré en la sala, dijo á la ama de llaves, y dirigióse hacia ella.

—¿Aviso á la niña Angelina? interroga la ama.

—No, señora, déjela usted dormir.

Largas le parecían á Julio las horas. sentábase, rebullíase, luego parábase y daba vueltas. A veces la ira subía de punto, apretaba los dientes, cerraba los puños y pateaba la mullida alfombra.

Héctor, en efecto, hallábase en el "Jockey Club," empezaba á aficionarse al juego y el bacarat habíale hecho trasnochador.

Después de las dos de la mañana llegó á su casa muy mohino, porque esa noche había perdido una fuerte suma. Informóle el portero de la inesperada visita, y subió

la escalera más malhumorado de lo que llegó y resuelto á castigar á su hermano por la audacia de haber penetrado á la casa de sus padres sin previo permiso.

Al hallarse los dos hermanos frente á frente la ira relampagueó en los ojos y todo fué pronunciar la primera palabra de reproche para que se desbordara el comprimido rencor. A la injuria, respondía la injuria; á la amenaza, la amenaza, y por último, Héctor levantó la diestra mano y dió á Julio tremendo bofetón, que resonó en la alcoba de Angelina.

Esta levantóse asustada y al asomarse á la puerta que daba á la sala vió á sus hermanos en desesperada lucha. Julio con la pistola en la diestra y Héctor sujetándole el brazo y batallando por desarmarle.

La niña, azorada, eleva al cielo los ojos en suplicante actitud, y de improviso una idea salvadora viene á su mente y vuelve corriendo al interior de la alcoba.

Julio, entretanto, logra desasirse de la férrea garra de su hermano, amartilla la pistola, y va á descargar el tiro, cuando oye extraño ruido en la recámara de Angelina. El reloj dió las tres de la mañana, y de repente, ambos hermanos con indecible estupor oyen una voz triste y cavernosa que llena los ámbitos de la sala.

—"Bajo la sombra de la Santa Cruz,

dice la voz, he vivido y Ella me ampara en mi lecho de muerte. Vivid y morid en la fe de vuestros padres.

Esperad siempre en Dios, que es el Dios de las misericordias, aun en la caída os dará la mano para levantaros.

Amad á todos, pero especialmente amaos entre sí vosotros, y si algún día os dividen fraternales rencillas, cortadlas con un abrazo de amor."

Calló la voz, y los ángulos de la sala parecían repercutir sus últimas vibraciones. Julio dejó caer la pistola. Los hermanos miráronse por algunos momentos. la voz del padre muerto había trocado sus corazones. Después, sollozando amargamente, abrieron los brazos y estrecháronse con fuerte abrazo.

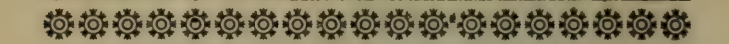
—Cortemos las rencillas, exclamaron casi á la vez, con un abrazo de amor. Angelina, entretanto, arrodillada oraba llorando.

Los hermanos corrieron hacia ella y la abrazaron.

—Allí les dijo ella, en ese fonógrafo que nuestro padre me mandó colocar cerca de su mortuorio lecho, guardo sus últimos consejos. Ellos nos han salvado.

Los hermanos han vivido desde entonces en cordial unión, y anualmente, en el aniversario de la muerte de su padre, reú-

nense á las tres de la mañana en la casa solariega, y de rodillas escuchan la voz del amado muerto, reproducida por el mara villoso invento de Edison; y aquella voz les consuela en las penalidades de la vida y les sostiene en el sendero de la virtud.



LA RORRA DE NOCHEBUENA

Hoy vino Mateo muy malo: entornó la puerta de la casuca donde vive, no dijo ni una palabra á su mujer, miró con infinita ternura á su hija y tiróse en la cama, sin siquiera quejarse del agudísimo dolor que le martirizaba. Paula observa alarmada á su esposo. No estaba como solía venir, con la cabeza perdida por el alcohol, barbotando disparatados soliloquios, que cuando no estaba furioso, divertían mucho á los vecinos.

Mateo habíase moderado desde que el cielo le dió aquella niña, alegría del hogar, á quien puso el nombre de Soledad por devoción á la Virgen; pero la maldita costumbre llevábale á la cantina con tiránica violencia, y por lo menos un día de la semana, iba caigo que no caigo, caminito de su casa.

El vicio había impedido que Mateo prosperase, no obstante que, desde la aurora hasta el ocaso, trabajaba en su humilde oficio de cargador. Bien sabía él la causa de su pobreza, y proponíase constantemente matar aquel gusano—así llamaba al desordenado apetito de beber,—pero aquellos buenos propósitos, violados siempre y siempre renovados, no habían obtenido sino parciales victorias; mas algo era algo, y Paula, que, aunque ignorante y ruda, tenía la penetración de la mujer que ama, observaba con singular complacencia aquella íntima lucha de su esposo, y cuando la temperancia se prolongaba por algunas semanas, el corazón de Paula dilatábase henchido de esperanza, la cual hacía después más intenso el dolor de la recaída.

"El Negrito" de Paula—pues por cariño decíale "mi Negro"—estaba en la plenitud de la vida; era de bronceada tez, rostro afable, á pesar de su seriedad, expresivos ojos cafés, ancha nariz, boca grande, de gruesos labios y sin pizca de barba. Servicial, humilde, dócil, hacíase sentir en su corazón la influencia de Paula, quien valíase de la filial ternura de su esposo para apartarle del vicio.

—¿Qué tienes, Negrito? le preguntó aquel día, visiblemente conturbada. ¿Estás malo?

—Tal vez; no he podido trabajar ni ayer ni hoy; y ya sabes lo que esto quiere decir: escasez, hambre.

Paula bajó los ojos y guardó silencio. Mateo tenía razón, pues á esa hora—las diez de la mañana—no había ni fuego en la cocina.

Entró Paula al cuarto contiguo, y poco después salió en zagalejo con un bulto.

—Te encargo á la niña, dijo á su esposo, ya vuelvo.

Miróla Mateo y calló avergonzado. Su consorte iba á empeñar la única falda que hasta hoy no había sido guardada en el montepío, en ese Banco de los Pobres, tan útil á éstos, y que les haría muchos bienes si la misericordia y no la codicia los estableciese.

Soledad acercóse á su padre, y besóle la frente con angelical donaire; el enfermo la acarició emocionado, aún había júbilo en medio de las tristezas que le rodeaban; tenía una hija que llevaba la fragancia del cielo al espíritu rebosante de amargura.

—Tengo hambre, papá, ¿á qué hora nos desayunamos? dijo Soledad besando otra vez á su padre.

Mateo se estremeció de dolor: aquella infantil vocecilla le había sido siempre dulcísima; aquel gracioso semblante, iluminado por la luz de la inocencia, era su paraí-

so y abría en su corazón los hondos manantiales de la ternura. Incorporóse con no poco trabajo, se quitó su vieja blusa de dril, y dijo á su hija conmovido:

—Toma, ve á la tienda de don Vicente y dile que te dé pan y queso por esta prenda.

Soledad, acostumbrada á tales operaciones mercantiles, tomó la blusa y salió corriendo de casa.

Cuando Mateo se vió solo, quejóse á sus anchuras. Estaba malo, muy malo; parecíale tener clavado un puñal que le entraba por el pecho y le salía por la espalda.

Pasaron más de quince minutos; ni la esposa, ni la hija volvían, y el enfermo entró en grandísimo cuidado, pues la tienda estaba en la esquina de la calle. Si le habrá sucedido á Chole alguna desgracia, pensó; mas tranquilizóse al oír pasos en el zaguán. Madre é hija entraban juntas y el médico las acompañaba.

Soledad corrió hacia su padre, y rebosante de alegría, díjole á gritos:

—Mira, papacito, ¡qué bonita rorra!

Y levantó en alto, riendo regocijada una preciosa muñeca de pelo de oro y ojos de cielo, la cual sabía decir ¡mamá! Aquello era una maravilla, y Soledad, al poseerla, sentía la primera intensa emoción de su vida. ¡Ella, que no había tenido nunca un juguete que valiese la pena, tener ahora una rorra tan primorosa!

—Me la dió la señora de la casa rica que está cerca de la tienda, esa señora que me hace cariños y que dicen todos que es muy caritativa y muy buena. Me dijo que era mi aguinaldo porque á la noche es Nochebuena.

Y Soledad veía á la rorra, y la besaba, como si quisiese en cada beso transmitirle el alma.

Mateo olvidóse de sí mismo al ver el júbilo de su hija. Paula no podía participar de aquella alegría, pues el estado de su esposo infundíale serios temores. Dejó la canasta del mandado sobre una silla, y mientras Soledad salía á la puerta de la casa con su rorra en brazos, para causar admiración y envidia á las niñas del barrio, Paula recomendaba al doctor que examinase á Mateo y le dijese la verdad por dolorosa que fuese. El médico cumplió en conciencia la recomendación, y contra su costumbre fué veraz, terriblemente veraz; ora fuese porque aquella buena gente era clientela pobre y no había para qué engañarla, ora porque supusiese en ella más fuerza moral, es el caso que con firme voz desahució á Mateo. Recetóle un paliativo, según dijo á la afligida esposa, y salió de la humilde casa del cargador con la frente erguida, satisfecho de haber cumplido con el triste deber de decir la verdad.

Paula quedó consternada, y á pesar de

su poderoso esfuerzo no pudo contener el llanto.

—No llores, le dijo Mateo con admirable resignación, te entiendo, todo acabó ya para mí.

—No ha muerto Dios, repuso la esposa rehaciéndose llena de fe y dirigiendo una suplicante mirada á una mugrienta estampa de la Virgen de la Soledad, clavada en la pared, y salió de la habitación con la receta en la mano.

Poco después oyó Mateo que su esposa y su hija hablaban en el patio; aquella pedía algo, ésta parecía negarlo. Levantóse con no poco trabajo, y escuchó con el alma despedazada el siguiente diálogo:

—Hija, tu padre está muy malo, necesito comprar la receta y no tengo dinero. Empeño tu rorra, pero tan luego como Mateo se alivie y trabaje, la desempeñaré. El patrón me conoce, ni siquiera la boleta le pido, pues la desempeñaré hoy mismo.

—Pero, mamá, está tan bonita.

—En el montepío no se maltrata. ¿Quieres que se muera tu papá?

—No, no; quiero que se alivie.

—Pues préstame tu rorra.

—Sí, sí, mamacita; tómala, que se cure papá. Déjame nomás darle un beso.... otro.... otro. Ahora toma la rorra. No, mejor yo voy contigo para llevarla en

brazos hasta el montepío; así estará otro ratito conmigo.

Tras del ruido de los besos, oyó el de los pasos de su hija que con su madre se alejaba, y el corazón de Mateo sintió un dolor más profundo que aquel que de muerte le hería.

¡Pobre hija mía! dijo, y rompió á llorar. Dolíase entonces, más que nunca, de sus extravíos, y por la centésima vez propúsose de todas veras ser bueno, si aquella traidora enfermedad no le quitaba la vida.

Estaba aún consternado, cuando oyó la voz de su colega Remigio que le hablaba desde la puerta.

—¿Qué quieres? Entra, respondió Mateo.

—Perezoso, te acabas de levantar. Apuesto á que anoche tomaste tus copitas.

—No, Remigio, sino que me he sentido algo enfermo.

—Y yo que venía á invitarte á que me ayudaras á cambiar un piano, lo cual es lo mismo que traerte un peso; pero si no puedes veré á alguno de nuestros compañeros.

—No, no le veas, aguarda.

Y Mateo se irguió y dió unos cuantos pasos como para probar su vigor.

—Ea, vamos, dijo con resolución. ¿Está muy lejos la casa?

—No, está cerca.

Y los dos amigos salieron apresuradamente. Transcurrió media hora sin que nadie regresara á aquel hogar digno de mejor suerte. Oíanse sólo, de vez en cuando, los ladridos de un falderillo que buscaba camorra á un gato prieto, y los resoplidos de éste, que arqueando el espinazo y enroscando la cola, miraba con centelleantes ojos á su antipático provocador.

De repente entró Mateo con el semblante afilado é intensamente pálido; dibujábase en sus labios una dulce sonrisa y veía con inefable complacencia una hermosa rorra que en la diestra mano llevaba: era la muñeca de su Chole. Acababa de rescatar á la cautiva, pero el supremo esfuerzo que hizo para trabajar, habíale agotado el vigor. No alcanzaba respiración, ahogábase, iba á caer de bruces cuando llegó á la cama, estrechó á la rorra que en aquel instante era la personificación de la hija de su alma, la besó con paternal ternura y de repente, como si algo se le hubiese reventado interiormente, contrájose aquella boca en la que aún palpitaba el último beso, y expiró.

Momentos después, con el dolor más hondo pintado en el semblante, Paula contemplaba el cadáver de su Negrito, y Soledad, al observar la angustia de su madre, lloraba la inmensa desgracia que caía sobre

ella. De vez en cuando, sin dejar de llorar miraba de soslayo á la rorra aprisionada entre los brazos de Mateo. ¡Ay! Recuperaba aquel valioso juguete, pero perdía para siempre la ternura de un padre, que á pesar de sus miserias y debilidades, la amaba con toda su alma. Y la niña, no obstante su edad, adivinó con maravillosa intuición el heroico sacrificio de su padre, y con la precoz filosofía que infunde la desgracia, pensaba sollozando: ¡Ay! los juguetes de valor no se hicieron para los niños pobres.

EL DEFENSOR PROVIDENCIAL

Era Jacinta buena mujer, pero tan desgraciada como buena. Tenia tres años de casada y habían sido de continuo tormento; su esposo Isidro, un gañán alto, muy trigueño, sin pizca de barba, de pequeños ojos cafés, de mal carácter y tonto de capirote, tenía la extravagante creencia de que á la esposa debe tratársela á golpes, para que sea siempre dócil y obediente. Había pasado en la cabecera del Partido un caso singular que confirmó más al marido en aquella arraigada idea: una ranchera demandó á su esposo ante el Juez Municipal quejándose de que aquel ya no la quería. Interrogada por la causa de tal afirmación contestó: Que no la amaba ya porque hacía mucho tiempo que no le pegaba. (1)

(1) Histórico.

El mismo día de tal suceso, Isidro dió á Jacinta una terrible zurribanda so pretexto de que los frijoles no estaban bien cocidos. La pobre mujer no tenía ni á dónde volver los ojos ni con quién desahogarse, pues en la estancia de "Los Borregos," donde habitaba, no había más casa que la suya, ni más vecinos que dos ó tres peones, y sólo en tiempo de trasquila venían de la hacienda muchos rancheros.

Jacinta era devotísima del Apóstol Santiago. devoción que desde niña adquirió en el hogar paterno. En la salita de la casa tenía clavada en la pared, una estampa del Apóstol, y abajo de ésta una repisa con flores silvestres y una lámpara que ardía continuamente, pues Jacinta procuraba proveerse de aceite oportunamente para que la lamparita no dejara de arder.

En aquellos días celebrábase en Pánuco la fiesta llamada "Morisma," que consiste en un simulacro de guerra entre moros y cristianos. El Gran Turco y el Jefe cristiano en insolentes y campanudas arengas, rétanse y sucédense los combates que duran tres días y concluyen con la victoria de los cristianos. que cortan la cabeza al Gran Turco; y es de ver la entusiasta algazara con que sobre

una asta pasean en triunfo la ensangrentada cabeza de cartón del decapitado moro, pues en el cuello del vencido han puesto una vejiga de toro llena de sangre para que el espectáculo se aproxime más á la realidad. Las lomas vénse cubiertas de curiosos, especialmente de la plebe, que gusta mucho de ''La Morisma,'' á la que dá un carácter religioso. No sé el orígen de tales fiestas, que, entre multitud de anacronismos, representan en tierra la famosa batalla naval de Lepanto. Cada soldado se viste á su gusto, y he visto turcos con trajes de los que, en la Semana Santa, portaban los judíos en la parroquia de Jesús. Forman también su campamento, en el cual, si no existe en todo su rigor la disciplina militar, sí se sufren con gusto algunas de las molestias del soldado, lo que ciertamente revela que esta gente es guerrera por excelencia.

Uno de los que siempre se distinguían en tales fiestas, por su marcial continente, lo vistoso de su uniforme y el entusiasmo con que se alistaba entre los cristianos, era ''El Volcán,'' un ranchero fachendoso y atolondrado, á quien por su carácter designaban sus amigos con aquel apodo.

Después de comer salió ''El Volcán''

de su rancho, acompañado de dos amigos, los tres en magníficos corceles, con ánimo de pernoctar en Vetagrande y al día siguiente, muy temprano, llegar á Pánuco á tomar parte en "La Morisma." Iba contentísimo en el caballo blanco de su padre, y dejaba boquiabiertos á los transeuntes que contemplaban á aquel extraño militar de dorado casco de hoja de lata con blanco penacho, uniforme también blanco con vivos rojos y una especie de clámide nácar.

Obscurecía cuando "El Volcán" y sus dos amigos se hallaban cerca de la estancia de "Los Borregos." Aquél, creyéndose casi un Don Juan de Austria, contemplaba el Occidente, cuyas nubes orladas de fuego por el sol poniente, se apiñaban formando extrañas figuras. La amarillenta luz del vespertino crepúsculo bañaba el campo, y allá, por entre el mezquital, con tardo paso, venían las vacas moviendo á compás sus cornudas cabezas y dando de vez en cuando un bocado. De repente oye desaforados gritos que demandan auxilio.

—Aquí del sable del vencedor en Lepanto, dijo á sus amigos, que se quedaron absortos sin tener tiempo de contestar; desenvaina la espada, pincha con las espuelas los ijares del brioso melado y par-

te á carrera abierta. Allá, á lo lejos, cerca de una nopalera, distingue un hombre que azota furioso á una mujer, quien implora misericordia y llama á gritos al Apóstol Santiago.

"El Volcán," que había oído hablar del Quijote y aun sabía algunas de sus aventuras, pero que no lo había leído nunca, por la sencilla razón de que no sabía leer, debió sentir algo parecido á lo que sintió el ilustre manchego en presencia de los galeotes. Lleno de indignación ante el abuso de la fuerza, arremetió á cintarazos contra Isidro, que azotaba á la infeliz Jacinta. Mientras que aquél, estupefacto, contempla al "Volcán," ésta, postrada en tierra, clama agradecida:

—¡Bendito seas, oh insigne Apóstol Santiago, protector mío! Ya tengo quien me defienda.

Una vez cumplido aquel acto de justicia, al largo trote de su caballo dirigióse impertérrito y sin siquiera volver la vista hacia atrás, al lado de sus amigos, quienes medrosos por el desaguisado que acababan de presenciar, continuaron su marcha al galope y tras de ellos su fogoso amigo.

Concluido que hubieron las fiestas de "La Morisma," concurridísimas ese año,

cristianos y moros, inclusive el decapitado Gran Turco, volvieron á sus hogares, y los dos amigos del "Volcán," que habían ido de simples espectadores, salieron de Pánuco antes que aquél. Espoleóles la curiosidad de saber las consecuencias de la quijotesca aventura de su amigo, y al pasar por la estancia de "Los Borregos," hicieron alto frente á la casita de Isidro y pidieron á Jacinta, que estaba á la puerta, un jarro de agua. La buena mujer dióselos con gusto. Tenía una cara de pascua que era para alabar á Dios.

—Juraría, dijo uno de los viajeros á Jacinta, que vive usted muy feliz en este desierto, porque el regocijo le sale á usted á la cara.

—Sí señores, respondió Jacinta; desde que se me apareció el Apóstol Santiago, hace cuatro días, y castigó á mi marido, no cabe el júbilo en mi pecho.

—Y ¿cómo es el Apóstol Santiago? dijo con guasa el interpelante.

—¡Hermosísimo! contestó con fuego Jacinta. Rostro de querubín, casco de oro purísimo, vestido con los colores de la aurora, jinete en un caballo blanquísimo como no los hay, no los puede haber sobre la tierra.

—¿Y el marido de usted también vió al Apóstol?

—¡Que si le vió! Le vió y le sintió, señores, es decir, sintió el peso de su bendita mano, y hoy, temeroso de las iras del gran santo, mi Isidro está enteramente convertido.

En estos momentos llegaba el bueno de Isidro.

—¿Verdad, Isidrito de mi alma, díjole Jacinta, que se nos apareció el Apóstol Santiago?

—Verdad, repuso Isidro, limpiándose con el dorso de la diestra mano dos lagrimones que espontáneos brotaron de aquellos ojos color de almendra, y luego. quizá por asociación de ideas, llevóse ambas manos á las posaderas, lugar donde principalmente descargó su ira el furibundo "Volcán."

Los dos viajeros esforzáronse por contener la risa, dieron unos tragos de agua y continuaron su viaje, despidiéndose de los consortes.

Y es fama que desde la memorable fecha en que "El Volcán" cintareó á Isidro, éste no volvió á pegar á su esposa, y ambos juran por Dios y por todos los santos de la corte celestial, que el Apóstol Santiago baja del cielo para castigar á los maridos que azotan á sus esposas.

FAVORES DE DIOS

I

¡Linda pareja de novios era Mariquita y Valerio! Ella, fresca, lozana, de cutis de rosa, de dormidos ojos, que soñar parecían con un bello ideal. El, bien desarrollado, varonil, de grave y solemne mirada que revelaba fe en los propios esfuerzos.

No fué poca fortuna para el galán triunfar de poderosos rivales, pues Mariquita había sido tenazmente perseguida desde la adolescencia por multitud de adoradores, entre los cuales no faltaban taimados calaverones de mucho dinero y ninguna conciencia.

Los novios juraban y rejuraban que se querían con toda el alma y nada había en contrario de tal aserción. Un sólo paso, y á la Parroquia, y el novio resolvió dar tal paso.

La futura suegra fijó el plazo de seis meses para la boda, pues aunque evitar quería los muchos peligros que á su hija amenazaban y agradábale sobre manera el yerno, no quería exponerse á las malignas críticas de la gente si concedía á la pareja celebrar luego el anhelado matrimonio. No, señor, iban á decir que la novia rabiaba por atrapar marido. Ya ella había oído en semejantes casos nada caritativos comentarios. Y vaya usted á quitar de la cabeza de los desocupados y aun de los ocupados, la costumbre de emitir su juicio acerca de públicos y particulares sucesos, y muy especialmente acerca de los matrimonios.

¡Si no hay más suculento platillo para la apetitosa murmuración que los que se casan!

Y seis meses se fijaron para la boda. Tiempo en el cual pensaba Valerio ir arreglando las mil cosillas que un hogar demanda, desde el poético traje de la novia, hasta el prosaico metate de la cocina.

Aquellos días deslizábanse para los novios, como góndola por la mansa superficie de un lago. No había tempestades, sino perfumadas brisas, cielo azul y sereno, henchido de luz, riberas de espléndido verdor y de variadas flores y avecillas que gorjeando cruzaban los aires.

Un día, Mariquita sintióse enferma.

¡Qué consternación para el novio!

Los recados se sucedian casi cada hora

—De parte de don Valerio, que ¿cómo está la señorita?

Mala, muy mala.

Y Mariquita, en efecto, seguía mala. La terrible viruela acometióle con tal ímpetu, que por varios días vióse entre la vida y la muerte.

Salvóse al fin; pero en ¡cuán lamentable estado quedó! Aquel rostro de notable belleza fué completamente desfigurado por los estragos de la destructora enfermedad.

La primera vez, que ya convaleciente la vió Valerio, quedóse asombrado y salió de la casa de la novia diciendo para sí: Mariquita se murió, la que ví no es la misma.

Y ¡claro! muerta la novia, se acabó el noviazgo. Y el ingrato joven no volvió más á la casa de la enamorada doncella.

Mariquita devoró en silencio la humillación. Ni siquiera podía vengarse, pues sus adoradores, inclusive los tercos calaverones, huyeron espantados ante la presencia de la nueva Mariquita.

Resignóse con la divina voluntad y el alma ganó en virtud lo que el rostro perdió en belleza.

II

Valerio anduvo de seca en meca buscando otra media naranja con quien formar un todo; pero no la hallaba á su gusto. El quería otra Mariquita como la de antaño, y hermosura y bondad aunadas, tesoros son que en todo el mundo escasean.

Y como frecuentemente el que elige, elige lo peor, fué á dar con una cómica, guapa de verdad y honrada, según el mundo, pero con cierto aire de desenvoltura y descoco, que sólo por milagro no se adquiere en las tablas, y que ponía en constante peligro la virtud de Valerio.

El joven creyóse otra vez enamorado y quizás lo estaba, á juzgar por los ímpetus que le acometían. La graciosa imagen de la actriz, provocativa y sonriente, no se borraba un momento de la calenturienta imaginación del enamorado, y meditando estaba si pondría casa á su amada, cuando la maldita viruela acometió al joven con el mismo furor que antaño á su olvidada Mariquita.

¡Oh Dios! el estrago que en pocos días hizo la enfermedad en el hermoso semblante de Valerio fué tal, que no le conociera la madre que dióle á luz.

La primera vez que, ya fuera de peligro

vióse en el espejo, sufrió un terrible síncope. Aquél no era él, ni siquiera su sombra.

La edad, las ilusiones más fuertes fueron que la pena, y Valerio, en breve tiempo, dióse de alta, como él decía, y volvió á la casa de la actriz, quien rió de buena gana al contemplar á su cacarañado galán. Este no se ofendió. ¡Qué iba á ofenderse, si los enamorados suelen tomar todo por el lado bueno! Y lo que hizo el joven fué reirse también de él mismo.

¡Cuán guasona era su novia! pensaba.

El día del beneficio de la actriz ocurriósele á Valerio, que se sentía inspirado, componer unos versos. ¿Por qué no había de hacer lo que hace tanto enamorado? El amor y la poesía, se dijo, son hermanos gemelos. Y en efecto, forjó unos alejandrinos que pareciéronle irreprochables.

En un entreacto dijo á su novia:

—Te he dedicado una poesía que quiero leerte públicamente; que se levante el telón.

Momentos después, Valerio, arrogante y erguido, declamaba con fuego su composición.

Apenas había empezado, cuando una voz, desde la galería, clamó grave y pausada:

—¡Vacúnate!

Tras de la irónica voz desatóse el público en estruendosas carcajadas.

A Valerio anudósele la garganta, enmudeció y entre la algazara de los espectadores, cayó violentamente el telón.

La actriz, de pura risa, no pudo hablar á su novio, los demás actores le miraban con los carrillos inflados, llevándose la diestra al estómago para contener las carcajadas. El poeta, muerto de vergüenza, fuese á toda prisa maldiciendo al público, á los actores y hasta á la burlona actriz, que le tenía fascinado.

III

Tras del desengaño viene la reflexión. Valerio estuvo algunos días sin salir á la calle. Oía constantemente el regocijado rumor de un público tan poco caritativo, que se burlaba de la ajena desgracia; la irónica frase de aquel insolente que le dijo: vacúnate, cuando el rostro del joven estaba más picado que en el árbol madura fruta. Veía el burlesco rostro de su actriz y de los actores, y se convenció del ridículo papel que por algún tiempo había desempeñado.

Comprendió entonces el providencial castigo, recobró el perdido criterio y aun bendijo interiormente la enfermedad que devolvía á la razón su ofuscado esplendor.

Solícito y arrepentido buscó á Mariqui-

ta, pidióle perdón de la pasada ofensa, y la niña, que era buena y le amaba, tuvo la abnegación de olvidarlo todo, y el cura uniólos para siempre.

Cuentan los murmuradores, pero yo no lo creo, que el primogénito de aquel matrimonio nació ya cacarizo, sin duda por la influencia que en la fantasía de la madre tuvo el constante pensamiento de la terrible enfermedad de que fué víctima.

Lo que sí aseguro es que fueron muy dichosos, y que la desgracia que en un tiempo lamentaron tanto, y que después reconocieron ser divino favor, contribuyó en mucho á esa dicha, pues derribó los peligrosos escollos contra los cuales frecuentemente se estrella la hermosura en este mundo de inagotable perversidad.



LAS DOS VENGANZAS

Leí el proceso que no era muy voluminoso; empezaba por el oficio de remisión que de Arcadio Olmos, reo de homicidio calificado, hacía el comisario del rancho del "Mirasol" al juez primero del ramo penal de Zacatecas. Me habían recomendado mucho al preso, joven ardiente, impetuoso y muy entendido agricultor, huérfano de padre y madre. Narráronme los amores del joven campesino, los cuales me recordaban los idilios que había leído con fruición en mi juventud y que jamás había contemplado, pues las veces que pasé alguna que otra temporada en fincas de campo, tuve ocasión de ver, no idilios, sino dramas y tragedias que me partieron el alma, entre otras, la muerte por combustión espontánea, de una mala hija. Llegué á creer que tales idilios existen sólo en la imaginación de

los poetas, pues la realidad, la terrible realidad me mostraba siempre las más bajas pasiones sojuzgando á los hombres. Un afecto hondo y puro, nacido y desarrollado á la faz del cielo radiante y de la naturaleza siempre grandiosa, tenía para mí inefable atractivo.

Arcadio había amado con intensa ternura á Andrea, una belleza de rancho, huérfana como él, la que vivía bajo el cuidado y protección de su anciana tía. Refiriéronme los amorosos coloquios rebosantes de sencillez y cariño, tenidos, ya bajo la sombra del añejo mezquite, ya en la falda del monte; los juramentos de amor á la puerta de la humilde casita de Andrea, los almuerzos de calabazas y elotes á orillas de la lozana milpa, y las mañanitas de verano en que Arcadio iba á despertar á su amada cantando desde lejos una amorosa cantinela. Las veces que jugueteando como niños corrían por el prado cogiendo mariposas ó cortando flores. que servían siempre para coronar la frente de Andrea, y multitud de pequeñeces que sazonadas por el amor, tienen un gusto de inefable dulzura. Yo había leído cosas parecidas, y Pablo y Virginia y la María de Jorge Isaacs, levantáronse del sepulcro de mis recuerdos para traerme la suave fragancia de juveniles ideales.

El oficio del comisario del "Mirasol"

estaba concebido en estos términos: "Remito á usted, bien asegurado, á Arcadio Olmos, criminal peligroso, desertor del quince de infantería, quien el 12 del corriente dió muerte de una puñalada en el corazón al hacendado Miguel Bolaños." Después del auto cabeza de proceso seguía la inquisitiva del reo, hela aquí: "En catorce de Octubre, á las diez de la mañana, presente Arcadio Olmos, se le amonestó para que dijera la verdad, y examinado sobre sus generales, manifestó llamarse como queda escrito, soltero, agricultor, vecino del "Mirasol," jurisdicción del Partido de la capital, de donde salió el año próximo pasado para ingresar al quince de infantería, del cual batallón desertó hace como un mes. Interrogado acerca del delito que se le imputa, contestó: Desde niño amé con todas las fuerzas de mi alma á Andrea Flores, joven vecina también del "Mirasol," y mi cariño fué correspondido. Servía como peón en la hacienda de don Miguel Bolaños, de quien solicité dinero anticipado para casarme; el señor Bolaños me lo negó, y supe después por Andrea, las criminales pretensiones de aquél, quien varias veces quiso seducir á mi novia. En la imposibilidad de luchar contra un poderoso, determinamos mi novia y yo dejar la hacienda y casarnos en cualquiera otra parte; pero ese día

por la noche me aprehendió el comisario y me remitió á Zacatecas, donde inmediatamente me dieron de alta en el ejército federal, asegurándome que me había tocado el sorteo, y en efecto, hicieron en la Jefatura Política el tal sorteo, del que se levantó el acta respectiva; pero todo fué comedia y mi ingreso al ejército fué el resultado de la recomendación del rico é influyente hacendado. Ocurrí al Gobierno manifestando las perversas intenciones del señor Bolaños, quien á todo trance quería separarme de Andrea para poder con mayor libertad seducirla, pero todo fué inútil y salí de Zacatecas para San Luis Potosí, en donde ingresé al quince de infantería. Mi único pensamiento, desde entonces, fué recobrar mi perdida libertad para salvar á mi Andrea y casarme con ella. Cerca de un año después pude lograr mi anhelo y deserté exponiendo mi vida. Al volver al rancho del "Mirasol" y penetrar lleno de ilusiones á la casa de mi novia, la encontré sentada junto á la cuna de un niño recién nacido á quien mecía y arrullaba. Al verme Andrea, después de un grito de asombro, rompió á llorar.—¿Para qué has venido? me preguntó. Aquel infame logró su intento y mi tía fué su cómplice. Vete y no vuelvas más. Te amo y te amaré mientras viva, pero aunque tú perdonaras mi debilidad, no ofendería tu

cariño verdo manchada á tu hogar. Nada respondí, pues el dolor y la indignación me enmudecieron; pensé matar á ella, al niño, sobre todo al niño, contra quien sentía odio implacable, pero rápidamente presentáronse en mi imaginación los sucesos verificados durante mi ausencia: la influencia de la miserable tía de Andrea, las instancias y dádivas del señor Bolaños la huérfana sin mi amparo, que llora, lucha, vacila y por fin sucumbe. Dí un grito, no sé si de angustia ó de rabia, salí de la casa de mi novia sin hablarle ni una palabra y me dirigí á la del señor Bolaños. Verle y lanzarme contra él, todo fué uno; le hundí el puñal en el pecho hasta el mango y cayó moribundo á mis pies. No intenté fugarme y me dejé aprehender. He delinquido, que se me castigue; ¿para qué quiero la vida sin mi Andrea? A preguntas especiales del juez el reo despondió: El occiso no estaba armado; tan luego como dejé la casa de Andrea, resolví dar muerte al señor Bolaños."

Seguía luego la filiación del procesado, el auto de formal prisión y las declaraciones contestes y uniformes de algunos rancheros, las cuales concordaban en el punto capital con la inquisitiva del reo. En seguida estaba la declaración de Andrea en estos términos: "En diez y nueve del mismo, presente Andrea Flores para ser

examinada, según la cita que le resulta, previa protesta legal, dijo llamarse como queda escrito, de diez y ocho años, vecina del rancho del "Mirasol." Respecto del hecho que se averigua expuso: Por la voz pública tengo conocimiento del asesinato del señor Bolaños, cometido por Arcadio Olmos, quien fué mi novio, y, en efecto, el día á que éste se refiere estuvo en mi casa y le dije las palabras que constan en la inquisitiva de aquél. El Sr. Bolaños muchas veces me instó para que rompiera las amorosas relaciones que me unían con Arcadio, y aun me amenazó con que mandaría á éste de soldado, amenaza que ví cumplida pocos días después. Interrogada si había tenido relaciones con el señor Bolaños respondió: El señor Bolaños me sedujo y sólo por rivalidad persiguió á Arcadio."

Seguía después el certificado de los médicos del hospital civil, que calificaban de grave la herida dada en mitad del corazón al señor Bolaños, la cual por sí sola produjo la muerte del occiso. Después de la confesión con cargos en la que el procesado confesaba el crimen sin alegar ninguna circunstancia atenuante, seguía la defensa, en la que el abogado se esforzó inútilmente por salvar á su defenso, pues la sentencia declaró el homicidio calificado y condenó al reo á sufrir la pena capital.

En tal estado hallábase el proceso, cuando me encargaron la defensa en segunda instancia. No necesité devanarme los cesos para demostrar plenamente que Olmos había delinquido en estado de ceguedad y arrebato producidos por hechos del ofendido, y ésta y otras circunstancias atenuantes lograron salvar al reo del patíbulo, si bien le condenó el Supremo Tribunal de Justicia á algunos años de prisión.

Desde esta fecha, todos los días, á la misma hora, veía á Andrea entrar en la cárcel y esperar pacientemente el oportuno momento de hablar con Arcadio y de llevarle alimentos y cigarros; esto cuando el preso no salía á trabajos forzados, pues entonces, Andrea le acompañaba el tiempo que le era posible. La infeliz hacía deshilados para subvenir á sus necesidades, á las de su hijo y á las del preso, y á las de este último atendía de preferencia. No obstante, lo que ganaba era poco y frecuentemente pasaba las noches en vela para que su trabajo le produjera mayor utilidad. No hizo ningún caso de las advertencias del médico, quien le aseguró que con las continuas lágrimas y las desveladas perdería la vista.

Arcadio recibió grave y serio las primeras visitas de Andrea, mas paulatinamente suavizóse el ceño del preso, y des-

pués, aunque siempre triste, recibía con amabilidad á la hermosa compañera de su niñez y de su juventud. Andrea no se daba un momento de reposo, puso en juego cuantos recursos le sugirió el continuo pensamiento de la libertad de Arcadio, y aunque á las primeras solicitudes de indulto obtuvo siempre una rotunda negativa, no se desanimó, y fué tan tenaz y perseverante su insistencia, que logró enternecer al Gobernador, quien al fin se rindió á las súplicas y lágrimas de la joven, y ésta pudo un día presentarse radiante de júbilo á abrir á su amado las puertas de la prisión. Salieron los dos de la cárcel, juntos como en mejores días, pero abstraidos en hondísimos pensamientos.

—¿A dónde voy ahora? preguntó Arcadio á Andrea.

—A donde quieras, á luchar por la vida y á expiar tu venganza.

—¿Y tú?

—A trabajar para mi hijo y á llorar mientras viva, mi fragilidad y tu ausencia.

—No, no, jamás; gritó Arcadio en un arranque de cariño: á vivir el uno para el otro. Todo te lo perdono, mi Andrea, mi nunca olvidada Andrea.

La joven dirigió á Arcadio una mirada de infinita ternura, le estrechó cariñosamente la mano, y luego, en un instante de suprema violencia, clamó:

—Adiós para siempre.

Corrió velozmente, dobló la esquina de la calle y dejó yerto y asombrado á Arcadio, quien cuando volvió en sí de la sorpresa no encontró á lo joven por ninguna parte.

Ese mismo día reaprehendieron á Arcadio, pues debía ser remitido á la respectiva zona militar para que fuese juzgado como desertor. Sufrió resignado el castigo y cumplió los años de servicio con admirable paciencia y pensando siempre en su Andrea, de quien no había vuelto á tener ninguna noticia. Recobrada ya la libertad, dirigióse hacia el pedazo de tierra que en la niñez y en la juventud le había brindado inefables dichas. Los dulces recuerdos venían á su memoria como aves al caliente nido. Caminaba embelesado con sus pensamientos, cuando una ciega, á quien llevaba de la mano un niño, le tendió la mano implorando una caridad por amor de Dios. Arcadio volvió la vista hacia la pordiosera y exhaló un grito de asombro. Era ella, su Andrea, la compañera de sus infantiles juegos, el sueño de oro de su juventud.

—Andrea, Andrea, mi amada Andrea—clamó llorando.

Y su Andrea contestó con otro grito que fué el último de su vida, pues aquel inesperado encuentro agravó la afección

cardíaca que hacía algún tiempo padecía la ciega, y cayó muerta á los pies de su amado.

El niño, con hondos clamores, contemplaba ya el cadáver de su madre, y á aquel hombre para él desconocido, quien apeándose del brioso potro que montaba, besó llorando la frente de la muerta.

Arcadio, después del primer ímpetu de dolor tremendo, levantó al niño en los brazos y díjole con ternura:

—No llores ya; ayer me vengué de un poderoso malvado, matándole; hoy me vuelvo á vengar de él y de su víctima adoptándote por hijo.



LA LUCHA POR LA VIDA

Contaba don Toribio diez y nueve años y pico de casado, y tenía diez y nueve hijos, sanos y rollizos para gloria de Dios y bien de la Patria. Por dicha de los cónyuges todos vivían, y por su desgracia todos vestían y comían, lo cual era una calamidad para el pobre de don Toribio, que una oreja se agarraba y la otra no se la alcanzaba para mantener aquella caterva de descendientes, de estatura rigurosamente progresiva, que puestos en fila, parecían pitos de órgano, desde el menor que ya mordía con el primer colmillo, hasta el mayor que empezaba á atusarse el finísimo bello del primer bigote. Además pronto vendría á este mundo de mucha bambolla y poco seso, el vigésimo heredero de don Toribio Salazar y Briones, corredor titulado, que, en efecto, corría de crepúsculo á crepúsculo por esas calles de

Dios, buscando en la populosa y bella ciudad de México, cómo sostener en pie aquella cadena de oro, como él llamaba á los hijos de su alma, de la cual, por divina misericordia, no faltaba ni un eslabón. El futuro heredero probablemente sería hombre, pues Salustia, la esposa de Toribio, había acreditado con la experiencia—que ya se ve si era larga—que no sabía dar á luz sino varones. Y para maravilla de los pusilánimes y desconfiados de la Providencia, aquel Toribio, víctima de la paternidad, era un hombre alegre y locuaz como pocos: gustábale luchar por la vida, y luchaba á brazo partido. Cuando alguien lamentaba la precaria situación del corredor de número, sonriente respondía:

—Hay que tener paciencia, amigo; es la lucha por la vida.

Era don Toribio bajito de cuerpo, regordote, chato, carirredondo y con unos ojazos cafés llenos de luz; en ocasiones chancista con personas de confianza, siempre atento y respetuoso con los superiores, y con los inferiores cuando eran clientes, y comunicativo y alegre con todos. Salustia estaba orgullosa de su brillante hoja de maternidad y sonreía satisfecha cuando alguno decía:

—Usted, doña Salustia, podría irse á poblar un desierto.

Era la paciencia personificada, y algu-

nas veces, cuando reían los chicos, emprendíanla á mojicones por encima de la mamá, quien con admirable calma los separaba, si no estaba muy fatigada; de lo contrario, los reprendía con mucha mesura; aun para azotarlos, cuando las diabluras de los chicuelos merecían tal pena, era discreta y sosegada: caía la cuarta lentamente sobre las frescas y suaves carnes de los muchachos, quienes también por intervalos lanzaban agudos gritos. Eso sí, cuando Morfeo echaba la garra á Salustia, no había poder humano que la despertase, así fueran capaces los niños de disparar un cañón á los oídos de la mamá. También la pobre trajinaba sin cesar y bien merecido tenía el profundo descanso á que se entregaba.

Don Toribio, con heróicas economías, compraba mensualmente su pedacito de billete de "La Nacional." Habíasele metido entre ceja y ceja que la caprichosa suerte íbale á sacar de apuraciones y á darle algún desahogo, aunque fuese por corto tiempo: y héle ahí sacrificando en aras de una esperanza hasta el vicio de fumar; mientras no se completaban los centavos destinados á la fracción de billete que debía meter la fortuna en casa, remolineaba en la boca un puro apagado, forjándose la ilusión de que estaba tan encendido como su fantasía, y lo saboreaba como si de

verdad fumase. Allá va, por esas calles de Dios, saludando á todos, pues tiene más amigos y conocidos que necesidades, con ser éstas tantas y mostrando aquella cara de Pascua que á leguas revela la bondad y la honradez. Va camino del despacho "La Nacional" con su fracción de billete en la diestra: le ha dado la corazonada de que al fin, la rebelde fortuna se ha condolido de las cuitas que hoy más que nunca le abruman, y á paso veloz anda calles y más calles. Sudoroso, jadeante, llega al despacho: Allí está colgada de un gancho la lista de premios. Don Toribio, después de media docena de resoplidos, se quita el sombrero, saca el pañuelo, fingiendo calma, pues le brinca el corazón, se limpia el sudor que empapa su frente, ve por la milésima vez su billetito y clava los ojos centelleantes en la lista. Aquellos ojos, de por sí grandes, parecen crecer: van por varias veces del billete á la lista y de la lista al billete. Don Toribio está pálido, la emoción prívale por un instante del uso de la palabra, motivo por el cual no habla, pero sí piensa:

—Bien me lo decía mi corazón; no cabe duda, es el número 5,213; preparémonos para recibir dignamente á la diosa fortuna. Volvió á dar otra media docena de resoplidos, sacó su cartera, guardó el billete con sumo cuidado y abrochóse todos

los botones del saco. Por primera vez en su vida pensó en los rateros. ¡Ay, qué hombres tan malos! Indudablemente la autoridad era benigna, muy benigna con ellos mandándolos á Yucatán.

De paso para su casa llegóse á una elegante cantina, el dueño de la cual era cliente suyo.

—Vamos, amigo don Bonifacio, dijo don Toribio con visible regocijo, vengo á echarme una droguita, por unas cuantas horas, pues le pagaré hoy mismo.

—Lo que usted guste, don Toribio.

Don Toribio remolineó el apagado puro y recordando que hoy por hoy podía holgadamente consumirlo y hasta fumar otro, pidió un fósforo á don Bonifacio, y luego arrojando bocanadas de humo, díjole con un tonillo raro para su habitual humilde modo de hablar:

—Una media caja de champaña y pastelillos de los mejores para una veintena de bocas que comen á reventar.

—¿Tiene usted boda, don Toribio, ó va usted á recibir algún embajador?

—Algo mejor, amigo, algo mejor; ya le contaré á usted: con que se sirve usted mandar todo á su casa.

—En el acto.

—Pagaré hoy mismo, no lo olvide usted.

—Conozco á usted, don Toribio, no hay cuidado.

El corredor de número continuó su camino hablando y haciendo cuentas sin cesar; iba tan preocupado, que no saludó á muchísimos de sus amigos, cosa en verdad muy rara en un hombre tan cortés y tan saludador como don Toribio, pero la fortuna empezaba á sacarle del quicio. De pronto fíjase en un rotulón colgado sobre el dintel de una puerta. "Música para baile." La necesito, la necesito, pensó, y sin vacilación entró en el despacho.

—¿Puede usted, dijo á un hombre largo seco, pálido y mal encarado, que parecía la antítesis de don Toribio, llevar su música un par de horas á la calle de Chiconautla?

—¿Nada más llevarla? repuso el interpelado.

—Y tocar lo mejor de su repertorio. ¿Me conoce usted?

—¿Quién en México no conoce á usted, don Toribio?

Don Toribio sonrióse satisfecho de su popularidad y agregó:

—Con que cuento con usted.

—Sí, señor, ¿á qué hora?

—Luego, voy andando, espero á usted.

Don Toribio apretó el paso y saboreaba con inmenso regocijo la sorpresa que pen-

saba dar á su Salustia y á su batallón de infantería.

Llegó á su casa resollando recio y llamando á gritos á su esposa.

—¿Qué tienes, Toribio? preguntó la diez y nueve veces madre, sin alterarse en lo más mínimo.

—Ahí es nada, contestóle Toribio, que hoy vienen á casa dos señoronas muy buenas, y quiero que las recibamos como se merecen. Don Bonifacio mandará dentro de algunos momentos champaña y pastelillos, y vendrá la música de baile. Tú disponlo todo, mientras yo vuelvo con las visitas; al instante que me veas entrar con esas guapas señoras, que la música toque ¿eh? pero que toque la pieza más alegre ¿lo oyes?

—¿Te has vuelto loco, Toribio?

—Ya no tengo qué decirte. Hasta luego.

Y allá va Toribio corriendo de nuevo á cobrar el gran premio: sus cuentas eran exactas: tocábanle á la fracción del billete dos mil pesos del águila, dos talegas bien llenas; esas eran las guapas señoras que irían á su hogar para alivio de tantas necesidades. Y don Toribio, que no era malicioso, reíase solo de su ingeniosa travesura y de la alegría que iba á dar á su familia. Ya le parecía ver á las diez y nueve ediciones de su estampa dar brincos, gritar, meter mano en las talegas y caer al

suelo en argentinos chorros, con deleitoso sonido, las monedas, resplandecientes de puro nuevas. Así, riendo y meneando satisfecho la cabeza, llegó al despacho de "La Nacional."

—¡Señor Administrador, dijo con garbo; los dos mil duros que corresponden á este número! Y tendió el brazo con donaire, mostrándole el billete.

El Administrador quedóscle viendo de hito en hito, mientras don Toribio repetía:

—¡Dos mil duros, pronto que estoy de prisa!

—Si no conociera á usted, respondió tranquilamente el Administrador, diría que se burlaba usted de mí.

—¡Cómo! dijo azorado don Toribio: mire usted mi billete, mire usted la lista.

—Ese billete es de la lotería de hoy, y la lista es de la del mes pasado; aún no se fija la del día; aquí la tiene usted... 5,213. No tiene nada, ni siquiera aproximación.

Don Toribio casi se desmayó, estuvo como un minuto sin moverse y luego con voz desfallecida dijo al Administrador:

—Adiós, señor, usted dispense.

¿Cómo volveré á mi casa? pensaba, y luego la droga. Hay que devolver todo en el acto y echar fuera á los filarmónicos; que se vayan con su música á otra parte.

Volvió á correr en dirección de la calle de Chiconautla.

La puerta de su casa estaba abierta, don Toribio se precipitó por ella: apenas le vieron entrar, los músicos que ya tenían afinados los instrumentos, lanzaron en raudal de harmonías los primeros compases de un two-step.

—¿Y las señoras? preguntó Salustia á su esposo.

—¡Oh! Salustia, calla esa música. Ya te contaré. ¿Y la champaña y los pastelillos?

—Todo está en la mesa.

—Que lo empaquen.

—No, ya no está en la mesa, gritaron los hijos de don Toribio que en tropel, bailando two-step, acudieron al zaguán atraídos por la música; nos lo comimos todo, todo y ¡qué bueno estaba!

Don Toribio acabó por reírse.

—Ea, valor, exclamó. Dios me quiere para la lucha por la vida; pues á luchar y....... adelante.

EL VOTO DE FLORENCIO

I

El vicio no había logrado atrapar á Florencio, quien, no obstante haber nacido y pasado su niñez y juventud entre gente de terruño y recibiendo malos ejemplos de su propia familia, creció, por maravilla de la gracia, como lozana flor entre el fango.

El caricaturesco rostro del joven movía á risa; era bajo de talla y en extremo barrigudo; pero de tan buen corazón, que se granjeaba el cariño de cuantos le trataban.

Los franciscanos de Zacatecas protegíanle mucho: frecuentemente comía en el convento, y gustaba sobremanera de aquella sosegada vida de oración y sacrificio, tan opuesta á la que él había visto

en los barrios, y aun en las ricas casas de la ciudad que para él no tuvo sino pobreza. Un fraile enseñóle á mascullar el latín, y en calidad de sacristán entró al templo. Los muchachos en quienes el candor de Florencio hallaba íntimos amigos, decíanle cariñosamente: El Panzudito.

Sólo una afición mundana tenía el virtuoso joven: su entusiasta gusto por las corridas de toros. Más de una vez, cuando los franciscanos le despacharon á comprar verdura, perdió hasta el dinero por haberse entretenido á jugar al toro en la plazuela de Jesús, con los muchachos callejeros.

Era el primero en llegar á las gradas de sol los días de corrida, y siempre que tenía tiempo, visitaba el coso taurino y solazábase en contemplar boquiabierto las reses que debían lidiarse. Aquello era su encanto.

En cierta ocasión miraba Florencio un toro hosco de admirable estampa, sanguinarios ojazos, majestuosa cabeza en la cual caían perfectamente los encorvados conos de puntiagudas astas. No pudo más, sacó un lápiz, y á falta de papel dibujó al cornúpeta en la primera hoja en blanco de un libro de devociones. Conste que obró sin deliberación, pues en la noche, al recogerse en el zaquizamí, donde dormía, aquel hecho parecióle irreverente.

y sin vacilación, aunque suspirando, rompió la hoja que ostentaba la linda figura del bicho, y se impuso la penitencia de no ir al siguiente domingo ni á los toros, ni al coso taurino.

¡Cuánto sufrió Florencio con aquella penitencia! Los ayunos, los cilicios, la sangrienta flagelación de los frailes, parecíanle tortas y pan pintado comparados con aquella terrible penitencia; pero cumplióla á fuer de hombre de palabra. Consolóse algo con el pensamiento de que al siguiente domingo iría más temprano al corral de los toros.

Anunciábase una corrida del bravísimo ganado de la hacienda de Tayahua, y figuraba en el cartel el nombre del valiente matador Polainilla.

¡Oh, humana miseria! Florencio, á su pesar, pensó en los toros toda la semana. Las figuras de los bichos corriendo en el redondel molestáronle hasta en las horas que ayudaba á misa.

II

Llegó el anhelado día: eran aún los tiempos en que á los munícipes zacatecanos no se les había ocurrido prohibir las procesiones de las cuadrillas que recorrían las principales calles de la ciudad, y en las cuales procesiones el payaso anunciaba la

función é invitaba á asistir á ella y quizás por esto se les dió el nombre de "convites."

El payaso, jinete en brioso caballo con lujosa mantilla, era seguido de una turba de granujas, muchos de ellos enamorados de aquél gandul de pintarrajeada faz, el cual, después de anunciar á gritos la corrida, honraba á los chicuelos pidiéndoles su testimonio con un prolongado y estruendoso:

—¿Es verdad, muchachos?

Florencio andaba comprando legumbres en el mercado, cuando oyó la alegre música del convite. A cada tamborazo brincáble el corazón. Dejó encargada la canasta en el puesto donde compraba, y en compañía de otros muchachos curiosos, corrió á la banqueta de la calle á ver y admirar la comitiva.

Mientras cogía buen lugar oyó el siguiente diálogo entre dos caballeros al parecer de encumbrada posición social:

—¿Vas á la tarde á los toros? dijo el más joven.

—No tengo ganas de ir, contestó el interpelado.

—Dicen que el capitán es notable por su temerario arrojo; aseguran los que le han visto matar, que será un milagro que salga hoy con vida.

—Entonces decididamente iré.

Y Florencio pensó un momento en la crueldad del humano corazón; pero renació su entusiasmo al divisar en la bocacalle, en medio del gentío, al payaso que arrojaba programas impresos á diestra y siniestra, mientras su caballo cabriolaba al compás de la banda. Cuando ésta concluyó la pieza, el payaso continuó su camino, y anunció la corrida en estos términos, de los cuales Florencio no perdió ni una sílaba.

"Público zacatecano: para la tarde de hoy habrá en la plaza de San Pedro la más notable corrida de la temporada. Matará el famoso Polainilla cinco toros de los más bravos de Tayahua. Esperamos en María Santísima que ha de haber muchísimas desgracias. (1)

—¿Es verdad, muchachos?

—Síiiiii.... respondieron centenares de voces.

El sacristán quedóse frío. El final de aquel anuncio parecióle verdaderamente diabólico, y dijo en su interior:

Perdónalos, Madre, no saben lo que dicen; pero eso sí ¡cuán bien nos conocen! Esta tarde estará la plaza á reventar.

Y volvió luego los ojos á la comitiva. Allí iba el alabado capitán en medio de

---

(1) Frase histórica.

los banderilleros, y tras de éstos, toda la cuadrilla, luciendo vistosos trajes bordados de oro ó plata en cuyos pasamanos reverberaba el sol; todos á caballo, los picadores, garrocha en mano, y tras de las mulas destinadas á sacar arrastrando al muerto bicho, los monos sabios alardeando de su habilidad en tronar el látigo.

Florencio fuése al coso algunas horas antes de la función; el cosero que era íntimo amigo del joven, de quien recibía humildes, pero frecuentes regalos, permitióle, como de costumbre, entrar á deleitarse en la contemplación de los feroces animales; le instaló en un cómodo lugar y dejóle solo.

III

El sacristán, sentado sobre nueva y maciza vigueta, la más alta de la palizada que separaba á cada fiera de las demás, contemplaba con embeleso un hermosísimo toro.

Las piernas del joven, de corvas abajo, colgaban sobre las demás vigas paralelamente colocadas y casi tocaban con los pies la cabeza del cornúpeto. Florencio, de vez en cuando, extendía, no sin precauciones, la diestra mano para acariciar la relumbrante anca del toro. En una de ellas agachóse tanto, apoyando el pie derecho en una de las viguetas, que perdió pisada

y cayó al suelo cerca de las patas traseras de la res. Esta, al ruido, volteóse, y quedóse contemplando por algunos momentos el panzudo vientre del sacristán. Florencio, conteniendo la respiración cuanto pudo, no se movía. La fiera arremetió contra El Panzudito, inmóvil en el ángulo del corral, lo que le salvó de las embestidas, pues las astas del cornúpeta dieron en los palos que formaban el ángulo y el asustado joven sólo sintió en el pecho el roce de la frente del toro. Después quedóse el bicho contemplando á Florencio y al ver que no se movía alzó tranquilo la cornuda cabeza.

¡Qué momentos aquellos para el pobre sacristán! Oraba atropelladamente, pero oraba sin cesar. Allí, en el rincón de aquel corralito que encerraba el primer toro de los que lidiarse debían esa tarde, hizo voto de no volver jamás á un redondel, ni á un coso taurino, si Dios le sacaba con bien de aquel apurado trance.

Oía con desesperación la música y los chistes del payaso, que antes de la corrida divertía á los concurrentes. Después de una mazurka diestramente bailada por el gracioso, éste cantó: "El Amarillo," á petición del público, que gritaba desaforadamente.

Florencio, aprovechando un momento en que el toro se había alejado algo, des-

lizóse arrastrándose cautelosamente por el suelo, con la intención de probar si podía abrir la puerta. A pesar de sus enérgicos esfuerzos no logró su objeto y quedóse inmóvil junto á ella. En ese mismo instante el payaso, gesticulando en medio del redondel, cantaba entre atronadores aplausos:

"Amarillo.... Juana me lo pintó."

Concluída la popular canción, oyóse la diana que anunciaba que el juez había llegado; luego gritos, silbidos, aplausos, ruido de entusiasmo desbordante y feroz, que aumentó al vibrar sonoro el clarín.

La plaza estaba como la había previsto Florencio, llena á reventar. Salió la cuadrilla y dirigióse al palco del juez para hacer el acostumbrado saludo.

Sonó de nuevo el clarín, anunciando la salida del primer toro, de preciosa estampa, según decían los carteles.

Todas las miradas volviéronse impacientes y curiosas hacia la puerta del toril; abrióse ésta y el estupor del público fué inmenso, indescriptible. Todas las bocas estaban abiertas, todas las cabezas, con excepción de las calvas, con los pelos de punta. El popular Panzudito, á carrera abierta, el semblante descompuesto por el pánico y con la moña clavada en la espalda, presentóse en el redondel, y poco faltó

para que le pinchara el picador que estaba junto á la valla en espera del bicho.

El elevado vientre no fué obstáculo para que Florencio tuviese extraordinaria ligereza. Nada oyó, nada vió; saltó la valla, y poco después, sin saber ni por dónde había salido, hallábase en la calle. Respiró un momento, volvió la cabeza para observar si le seguía la fiera y continuó sin detenerse hasta llegar jadeante, exhausto de fuerzas y medio muerto á las puertas del convento, donde el asombro de los frailes no fué menor que el de los concurrentes á la lidia, al ver al mísero sacristán con la moña clavada en la espalda.

Al día siguiente, Florencio renovó su voto, con toda solemnidad y quedó para siempre curado de la afición á las lidias de toros. Vió ya con reconcomio á los cornúpetas; y odió toda la vida la puntiaguda moña que clavan á las fieras al salir del coso. En cuanto á la concurrencia, protestó que en Tayahua no había toro como el primero de aquella célebre corrida.

———



EL PECADO DE UN HOMBRE DE BIEN

I

Las ilusiones derramaban su espléndida luz en la fantasía de Laura, joven soñadora, idealista, á pesar de vivir en una época de crudo positivismo. ¿Qué influjo habíala substraído del miedo, de la desconfianza, que al contemplar un mundo en extremo egoísta, sobrecoge á las jóvenes que van á casarse? El amor, que hoy, como ayer, y mañana como hoy, embriaga el corazón y protesta contra las lecciones de la experiencia, y busca. no la regla general, sino las excepciones, porque éstas alientan la esperanza y prometen inefables dichas.

Laura, hija única de don Celso González, antiguo comerciante de gran crédito,

amaba con frenesí á Armando, aristocrático joven de brillante educación y de crecido caudal, quien, por milagro, no tenía vicios. Y era, en verdad, una lástima que fuera el capital defecto de aquel joven un orgullo de abolengo heredado con creces de sus antepasados.

Armando quería también á la niña con el entusiasmo y ternura que puede querer á los veintidós años quien ha nacido para el hogar y sueña con él en arrobadores deliquios.

Corrían para los novios esos días de celestial embriaguez, en los que no se acierta á decir si las almas están en la tierra ó en el cielo, días tan dulces como breves, pues si se prolongasen, el mundo dejaría de ser albergue del sufrimiento y de la lucha; días en que Dios nos da á probar una gota de la felicidad para que en ella creamos, y la busquemos en el amor que nunca acaba.

Allí están los novios en el cuartito donde tanto tiempo ha vivido Laura rodeada de los ángeles de sus ensueños, y donde de vez en cuando, en apasionados cantos muestra el tesoro que en su garganta puso Dios. Hablan de los últimos detalles de su nueva casa. Nada, al parecer, falta en ella, y los muebles todos son de mérito artístico y de refinado buen gusto.

Los ojos de Laura, vivos y negros, des-

piden haces de luz, y las mejillas tersas y aperladas, se coloran con el carmín del pudor, al sentir la suave mano de su novio que al despedirse estrecha la de su amada.

—Hasta mañana, Laura.

—Hasta mañana, Armando.

Parece que las almas de los jóvenes salen por los ojos y se estrechan en apretado abrazo.

Todavía desde la puerta el novio vuelve el rostro hacia su novia. Los pasos de Armando resuenan en la escalera y repercuten en el corazón de la enamorada, quien corre al balcón para contemplar desde allí á su novio que marcha erguido, rebosante de felicidad.

Al doblar la esquina, Armando, como si sintiese tras de sí el fuego de los ojos que le miran, vuelve los suyos, y los corazones se estremecen heridos por eléctrica chispa.

Al desaparecer el novio, Laura exhala hondo suspiro, entra en el cuarto y exclama con acento henchido de ternura: ¡Dios mío, le amo con toda mi alma!

II

El ingeniero Librado Taboada es hombre que se dice ocupadísimo, aunque no siempre lo esté, y aunque pierda horas y

más horas charlando con los amigos, de lo que le importa y de lo que no le importa, de lo que sabe y de lo que no sabe, dicho sea sin ofensa del tal ingeniero que presume saberlo todo. No hay artes ni ciencias en las que Taboada no sea peritísimo; no hay acontecimiento del que no esté enterado hasta en sus más minuciosos pormenores, pues aunque la fama, con razón ó sin ella, tacha al bello sexo de ser en extremo curioso, á Taboada, honorable miembro del sexo feo, nadie le va en zaga. A donde quiera que va todo lo ve, lo escudriña todo para referirlo luego : es una gacetilla ambulante á la que frecuentemente ocurren los gacetilleros de los periódicos.

El ingeniero habla siempre en un tono de dómine que grita: Donde yo estoy, todo el mundo boca abajo. Y es en verdad, lamentable aquel continuo hablar, y aquella fachenda del Ingeniero, porque es un hombre inteligente en ingeniería y de enciclopédica instrucción, que si fuere discreto y no presumiera tanto, dejaría boquiabiertos, no sólo á los bobalicones, que son muchos, sino aun á los doctos, que son pocos; pero, está visto, no hay rienda que refrene los ímpetus de don Librado Taboada. Y repito que es una lástima, porque, además de inteligente, es un hombre de bien á carta cabal. Oro molido

puede ponerse en las manos del ingeniero con la seguridad de que no se perderá ni un grano: sincero, piadoso, servicial. ¡Vaya, si los pobres le adoran y con razón! ¡Cuántas lágrimas no ha enjugado! ¡Cuántos sufrimientos no ha trocado en alegría! Y así, sin bombo, sin que la mano derecha sepa lo que hace la izquierda. Mas ¡ah, raza de Adán!: no hay flor donde el gusano no roiga los hermosos pétalos, y el gusano de aquella alma tan noble es la lengua, que como dice el apóstol, puede cortar la cabeza.

Y no se crea que Taboada es difamador de oficio, ni mucho menos. ¡Dios le libre! Calla siempre, aunque haciéndose violencia, cuanto redundar pueda en perjuicio de sus prójimos, y la habitual intemperancia de su lengua contiénese, según él cree, dentro de los límites que dejan indemne la conciencia. Mas como un hombre tan locuaz y tan erudito tiene que referirlo todo y todo comentarlo, allí está el peligro que no conoce Taboada, ni siquiera lo sospecha.

Hele allí, en su despacho, con la alegría de la conciencia sin mancha, departiendo entusiasmado con sus amigos y relatando los más interesantes sucesos del día.

Más de una vez, la indiscreta verbosidad del ingeniero ha ocasionado daños.

de los cuales jamás se creyó responsable. En cierta ocasión vió á un joven jugar en el casino algunos duros, más por condescendencia con los amigos que por afición, y como Librado se lo contase á todo el mundo, el joven, encargado de la caja de un banquero, perdió el empleo y no le costó poco trabajo obtener otro muy inferior al que había perdido.

Hoy le ha dado por el tema científico y explica á sus oyentes los últimos inventos de Edison. Los que le escuchan ó no entienden ó entienden poco, pero los más se sonríen con un sonrisita que podría traducirse: eso que dices ya lo sabíamos nosotros. De vez en cuando el ingeniero se enreda y no haya cómo salir del aprieto, pero es audaz y ocurre al tecnicismo científico. Cuando habla de ingeniería, casi siempre habla con erudición y acierto, pero es de lo menos que le gusta hablar, ora sea porque supone que en esta materia no necesita probar su competencia, ora porque esté hastiado de un tema que gastó su fósforo por muchos años.

Los discursos científicos de Taboada fueron interrumpidos por un joven que llegó al despacho dando la noticia del próximo matrimonio de Armando y Laura.

—Conozco á los novios, dijo luego el ingeniero, sin dejar á nadie meter baza,

son jóvenes de reconocido mérito, y de verdad me alegro de este enlace. Don Celso, padre de la novia, merece ya descansar de tantas fatigas; es un comerciante laborioso y honrado, y como Armando lleva una fortuna al matrimonio, estoy seguro que ayudará á su suegro, que harto lo necesita, pues estos tiempos son malos y los negocios de don Celso no marchan bien.

—¡Qué! ¿está en quiebra la casa comercial de don Celso? interrogó alarmado uno de los oyentes.

—No tanto, no tanto, apresuróse á responder Librado. Lo que yo digo es que tal matrimonio es muy conveniente, y que don Celso ha de estar contentísimo de que su hija se case con Armando. ¡Vaya si lo estará! Probable es que él mismo haya aconsejado ese enlace. Y miren ustedes, ahora me explico por qué esta mañana le encontré con una cara de pascua, radiante de puro gozo. ¡Cuán distinto le he visto en su despacho, con el ceño fruncido concentrado en un solo pensamiento y perdido en un maremagnum de papeles y números.

No se conversó más aquel día, los amigos del ingeniero fueron sucesivamente despidiéndose de él, y cuando estuvo solo entregóse con empeño á sus cotidianas labores.

III

Háblase en toda la ciudad de la próxima quiebra de una de las casas comerciales más antigua y acreditada. Los acreedores azorados, van de tienda en tienda, de almacén en almacén y en todas partes piden informes. Uno de dichos acreedores ve salir del Banco Nacional á don Celso, muy tranquilo y con un papel en la mano. No tiene cara de comerciante quebrado, dice para sí, y acto continuo entra al despacho del gerente. Apenas le saluda, pregúntale impaciente:

—¿Qué sabe usted, amigo? ¿Es verdad que está quebrada la casa de don Celso González?

El gerente, que es serio, con la fría seriedad del banquero, palidece y quédase boquiabierto mirando á su interlocutor, quien inconscientemente abre también la boca.

—¡Qué me cuenta usted! murmuró el gerente, pasado que hubo la impresión de la sorpresa.

—Eso se dice por allí.

—¿Pero por dónde?

—Por todas partes. Yo tuve la primera noticia ayer, en el despacho del ingeniero don Librado Taboada.

—¡Ah, Taboada es un hombre honradísimo, no sabe mentir!

—Tranquilícese usted. Dicen que la hija de González se casa con Armando Fabela, y que éste se ha obligado á salvar á su suegro de todos sus compromisos.

—Y ¿quién va á exponer un crédito de importancia á la eventualidad de un matrimonio? Don Celso acaba de solicitar del Banco una fuerte suma; se le ha prestado, pero aun no la entrego. Salió de aquí hace poco, fué á traer el documento firmado por él y la señora su esposa, mas la noticia que usted me acaba de dar tan á tiempo impide que la operación se verifique, mientras no tenga seguros datos de la solvencia de la casa comercial del señor González.

Aún estaban hablando el acreedor del comerciante y el gerente, cuando llegó don José María Fabela, padre de Armando. Aquél tenía ya la noticia de la quiebra.

Después de las ordinarias fórmulas de saludo, hablaron del candente asunto. El gerente atrevióse á preguntar á su interlocutor si era verdad que Armando salvaría á don Celso, en caso de bancarrota, pues podía hacerlo, supuesto que se hallaba en posesión de la herencia materna.

Don José María palideció de ira, su jamás domado orgullo sintióse herido en lo

más vivo: querían á su hijo por interés. Aquel enlace indudablemente había sido concertado por los padres de la novia con el fin de salvarse de una ruina segura; pero él lo impediría costase lo que costase. Si había accedido á tan desigual unión por condescendencia con su hijo, ante todo estaba la dignidad de ambos.

—El matrimonio de mi hijo con Laura dijo, al gerente, no se verificará mientras yo viva.

En esos momentos entró don Celso con un pagaré en la mano, don José María ni siquiera dignóse de contestar al saludo que aquél dirigió, y el gerente, hosco y mohino, dijo al comerciante:

—Hubo contraorden, no puedo prestar á usted el dinero que pide.

IV

La casa del señor González no estaba en quiebra, pues descontando á precios de factura el debe del haber, había saldo á favor del comerciante, pero faltaba dinero efectivo para cubrir próximos vencimientos. Con el préstamo solicitado en el Banco podía hacer frente á la situación con fundadas probabilidades de salir avante sin que su crédito sufriera la más leve lesión, así es que la rotunda negativa del gerente afligióle sobremanera. Hom-

bre avezado á los negocios, comprendió que algo grave pasaba y pronto supo que su ruina era en todas partes pregonada, por la vociferante murmuración. Aquella noticia le consternó: iba á hundirse un crédito ganado con muchos años de continuo trabajo; la miseria echaría su garra sobre los séres más queridos de su corazón: esposa é hija. Una vejez amarga y sombría era todo su porvenir.

Hallábase don Celso sumido en tales reflexiones, cuando su hija entró al despacho. El semblante de Laura estaba desfigurado por la expresión del más intenso dolor.

—Papá, dijo sollozando, mire usted lo que me dice Armando, y puso en manos de don Celso una carta.

El comerciante, que presentía una desgracia que herirle debía en lo más querido para su corazón, en su adorada Laura, leyó aterrorizado:

"Laura:

Acabo de tener una larga y dolorosa conferencia con papá, el resultado de la cual fué mi irrevocable resolución de cortar el vínculo que nos unía.

Si te ofrecí mi mano y mi nombre, fué para encumbrarte á una posición que estuviste muy lejos de esperar, mas de nin-

guna manera para cubrir deudas que no he contraído. No compro tu amor, creo merecerlo, y desde el momento en que se le pone precio, lo rechazo indignado.

ARMANDO."

Aquel inesperado y terrible acontecimiento fué el golpe de gracia para el atribulado comerciante. No pudo articular ni una palabra y cayó al suelo víctima de un ataque.

V

Algún tiempo después, los domingos y días de fiesta religiosa, veíase ir lenta y trabajosamente andando con dirección al templo parroquial, á un semiparalítico, acompañado de una joven en cuyo hermoso semblante había impreso la resignación su dulce y melancólico sello. Eran don Celso y su hija Laura, profesora de canto que mantenía á su padre y le consolaba en sus infortunios agravados por la viudez, pues su esposa había volado al cielo.

—Miren ustedes, decía á un grupo de amigos el honrado ingeniero don Librado Taboada, señalando á la desventurada pareja. He allí un vivo ejemplo de la inestabilidad de las humanas dichas, y de la

heróica fortaleza que da la virtud, y conmovido enjugóse las lágrimas que la vehemencia de la compasión arrancaba del fondo de su alma.

Y el locuaz hombre de bien ni siquiera llegó á imaginarse que la desgracia que en tan alto grado, excitaba su conmiseración, fué iniciada por un pecado del que jamás se dió cuenta, y concluída por la mundana difamación.



LOS ENVIADOS DE SAN ANTONIO

I

Era Corregidor de la muy noble y leal ciudad de Zacatecas, don Emeterio Pantoja y Ballesteros, rico español, de madura edad, solterón empedernido, guapo á pesar de sus cuarenta eneros, grave y circunspecto, muy temeroso de Dios, como cristiano de abolengo, y entre sus virtudes sobresalían la caridad y la justicia.

Queríanle bien los zacatecanos, y respetábanle, no sólo por la autoridad de que estaba investido, sino porque al hacer uso de ella daba á cada uno lo suyo sin aceptación de promesas.

Tenía aversión al bello sexo, nacida, según afirmaban algunos paisanos de su Excelencia, de las tremendas calabazas que en su juventud dióle una extremeña de ra-

ra belleza. Creo que tal aversión en el mayor número de casos, no es sincera, sino hija del despecho, ó intencionalmente pregonada para vengarse en todas de las ofensas de una. Esto último debía pasar en el honrado Corregidor, pues su mirada franca y afable, necesitaba gran violencia para clavarse en el suelo cuando se hallaba en presencia de femeninas hermosuras.

En aquel tiempo vivían en la segunda calle de San Francisco, Cecilia y su madre Felícitas, una pobre viuda, que ayudada de su hija trabajaba todo el día, y frecuentemente aun parte de la noche, lavando y aplanchando ropa de varios dependientes de casas comerciales, y apenas ganaba para pasar la vida.

Cecilia era sencilla como la paloma, pura como la inocencia y hermosa como la luz de la mañana. Contaba diez y ocho abriles, y no había flor en ningún vergel que competir pudiera con la espléndida lozanía de la joven y con la fragancia de sus virtudes.

Estaba cansada de tanto trabajar, y con fe cándida, más honda que el océano, íbase diariamente al templo de San Francisco á orar ante la venerada imagen de San Antoino de Padua, y con instancia pedíale marido.

Ya estoy cansada, San Antoñito, de tan-

to trabajar, decíale compungida, mi madre, por su avanzada edad, se cansa mucho más que yo. Tú que das maridos á las que lo han menester, dame uno, bueno y rico, porque así es como lo necesito.

No podía Cecilia, por sus ocupaciones, permanecer mucho tiempo en el templo, y así se lo decía á su patrón.

Perdóname que no te rece más de un padrenuestro, porque no tengo tiempo. Tú sabes que primero es la obligación que la devoción.

Pasaban semanas y más semanas y San Antonio callado como una piedra. Un día en que el trabajo fué excesivo decidió apremiar al santo, y á su ordinaria petición agregó:

"Ya no puedo más, tienes ocho días de plazo para concederme lo que te pido."

Dos coristas fueron testigos del infantil candor con que la peticionaria fijaba plazo al santo. Pusiéronse de acuerdo, y uno de ellos, con voz de bajo profundo dijo pausadamente oculto en el púlpito:

Niña, tu oración ha sido favorablemente despachada, dentro de ocho días pedirá tu mano el señor Corregidor.

Cecilia, después de postrarse en tierra agradecida, levantóse radiante de júbilo. Era ya dichosa.

Los coristas, entre tanto, reían á todo

reír de la burla que habían hecho de la niña.

II

Ocho días después, cerca de las diez de la noche, hora extraordinaria en aquellos tiempos, en que la mayor parte de los zacatecanos se recogían al toque de ánimas; llamaron á la puerta de la casa de doña Felícitas, quien en compañía de su hija estaba aún trabajando.

—¿Quién podrá ser á tal hora, Cecilia? interrogó alarmada doña Felícitas.

—Debe ser, contestó la joven, el señor Corregidor.

—Pero ¿te has vuelto loca? ¿Qué tiene que ver con nosotras el bueno del Corregidor, ni qué puede buscar en una casa tan humilde como la nuestra?

—Ya lo sabrás, mamá. Yo voy á la recámara, ve tú á recibir á ese noble caballero.

Doña Felícitas dirigióse á abrir la puerta, meneando la cabeza. Probablemente pensaba: mi hija está loca de remate.

Mas quedóse estupefacta cuando al abrir una hoja de la puerta, vió al señor Corregidor que con el sombrero en la mano, después de dar las buenas noches pedía permiso de entrar.

Pase usted, contestó doña Felícitas, asombrada aún. ¿En qué puedo servirle?

—Extrañará á usted sin duda mi visita á esta hora, dijo su Excelencia, ocupando el asiento que le indicaba doña Felícitas; pero en pocas palabras voy á referirle el objeto de ella.

Hará como un mes, aproximadamente, que pasaba yo por esta calle después de las nueve de la noche. Todas las puertas estaban cerradas, sólo había luz en la casa de usted. Picóme la curiosidad y asomé un ojo por el agujero de la llave. Usted y su hija trabajaban, y obligado por no sé qué misteriosa fuerza, permanecí varios minutos contemplando el atractivo semblante de la hija de usted. En él resplandecían la sencillez y la inocencia con tan marcados caracteres, que me sentí embelesado. Aquella noche no pude dormir, y desechaba como mal pensamiento—ingénuamente se lo confieso á usted—hasta la idea de encontrar seductora á una mujer. Por algunos días, aunque haciéndome violencia, no volví á pasar por esta calle, pero el deseo de contemplar otra vez el rostro que estático había contemplado aguijoneóme tanto, que me arrastró al agujero de esa llave y volví á ver al querubín á quien tiene usted la ventura de llamar hija. Este hecho se repitió varias veces, y decidí con inquebrantable resolución, abandonar mi

apego á la triste soltería y casarme con Cecilia, si es que usted me concede la mano de ella.

La fuerza de la emoción interrumpió en doña Felícitas el uso de la palabra. Nada pudo contestar.

—Vamos, dijo el Corregidor al verla tan turbada, hable usted con su hija y dentro de tres días volveré por la resolución, y despidióse cortesmente.

Cecilia desde la recámara había oído todo sin perder ni una palabra, y se presentó en la salita cuando el Corregidor ponía el pie en el umbral de la puerta de la calle.

—Perdona, mamá, si nada te había dicho, quise sorprenderte. Su Excelencia, el señor Corregidor es el novio que me manda San Antonio. Refirióle luego la contestación que hacía ocho días le dió el santo con un vozarrón que llenó la capilla y la ancha nave del templo.

No hubo ni la más leve discusión, y dos meses después la joven era esposa del opulento Magistrado de la ciudad de Zacatecas.

III

Cuando los coristas tuvieron noticia de aquel enlace, quedáronse maravillados, y remordióles la conciencia por la burla que

habían hecho de la buena fe de la desposada.

A la hora de refectorio presentáronse ante el Guardián á decir la culpa y refirieron el suceso. El superior reprendiólos severamente y les mandó que pidieran perdón á la recién casada. Esta, al oírlos, repuso: que no tenían de que pedirle perdón, pues habían sido los enviados del milagroso paduano.

EN PAGO DE UNAS SANDALIAS

I

Frente á la casita del Niño Jesús, en Nazaret, vivía Isaac, un zapatero tan pobre como bueno, y digo zapatero, no porque entonces se usasen los zapatos, sino las sandalias, más cómodas, según el unánime parecer de los que tienen callos.

Isaac veía con embeleso al Niño, pues la divina hermosura de Jesús resplandecía en su rostro.

Algunas veces divertíase en la carpintería de su padre haciendo crucesitas de madera, é Isaac le tomó gran cariño á la Cruz.

Dábale lástima al compasivo zapatero, ver descalzo á aquel Niño, cuya soberana belleza le cautivaba.

Un día que Jesús pasaba frente á la casa de Isaac, éste llamóle con afabilidad.

El niño entró á la zapatería y dirigió á su vecino una sonrisa que le inundó de celestial regocijo.

—Hermoso Niño, díjole, ¿por qué no traes sandalias? Tus delicados pies deben sufrir mucho con las piedras de la calle.

—Mi padre José es pobre y no tiene con qué comprármelas, respondió el Niño con una voz tan dulce, que embelesaba el oído.

—Pon el pie derecho aquí, repuso Isaac, tirando un cuero al suelo. Voy á tomarte la medida para hacerte unas.

Y con extraordinaria celeridad, en unos cuantos minutos, el zapatero concluyó las sandalias del Niño Jesús.

II

Llegó el Niño á su casa, y regocijado mostró á su Madre el pie primorosamente calzado con las sandalias que le regaló Isaac.

—¿Quién te dió esas sandalias, hijo mío? preguntóle la Virgen Madre.

—El zapatero de enfrente.

—Supongo que le pagarías su caridad.

—Sí, Madre, allí le dejé revolcándose en su pobre lecho, herido por un fuerte dolor de muelas.

En efecto, apenas Jesús salió de la casita de Isaac, un agudísimo dolor de mue-

las postróle en cama. Estaba en un constante grito.

Por la tarde fuése el Niño á orillas de la ciudad y púsose á jugar con los angelitos. Entre éstos descollaba uno por su gallardía y belleza.

—Oye, le dijo Jesús, ve á la casa de Isaac y dile al ángel de su guarda que te dé nota de sus merecimientos.

III

Abrió el ángel sus áureas alas y en un vuelo llegó á la casa del zapatero, y en otro estuvo de vuelta.

—¿Qué traes?

—Estos globitos de plata.

—Trae las balanzas, dijo Jesús á otro ángel.

Luego el Niño descalzóse, echó las sandalias en uno de los platillos y en el otro los globitos de plata.

El platillo donde estaban las sandalias casi no subió del suelo.

Estos globitos, dijo el Niño, son actos de paciencia, muy valiosos, pero valen mucho más las sandalias.

Al siguiente día el ángel llevó al Niño globitos de oro. El platillo de las sandalias subió pero no llegó á nivelarse con el de los áureos globos.

—Estos representan, dijo Jesús, las ben-

diciones que me dirigen los que sufren. Son valiosísimos, pero valen más las sandalias.

Al otro día llevó el ángel globitos de brillantes. Puestos en la balanza, el platillo bajó hasta el suelo.

Estos son actos de alegre conformidad con la divina voluntad, aun en medio de los más hondos sufrimientos. Ya están superabundantemente pagadas las sandalias y el caritativo Isaac maduro para el cielo.

Le llevarás al Seno de Abraham para que allí espere mi gloriosa resurrección y entre conmigo triunfante al paraíso.



MOLDES DE ANTAÑO Y MOLDES DE HOGAÑO

I

Muerto el padre de Víctor Olvera, no quedaron á éste más bienes que un depósito de algunos miles de pesos, hecho en una fuerte casa de la capital de la República. Los gastos de una prolongada enfermedad y los malos negocios acabaron con los demás recursos del finado, que en un tiempo fueron de cuantía.

Víctor, después de enterrar á su padre, á quien amó entrañablemente, y de guardarle los días de riguroso luto, reunió el dinero que le quedaba y partió á México con los documentos necesarios para recoger el depósito, y decidido á volverse á su tierra natal y establecerse en ella.

Con el ánimo contristado aún por la irreparable pérdida del autor de sus días,

llegó á la gran ciudad, que por vez primera visitaba y cuya belleza le impresionó vivamente.

Víctor tenía juventud, hermosura y un corazón puro en el cual ni los vicios, ni las malas pasiones habían hecho el menor extrago; pero sobre todo, tenía carácter, un carácter recto, enérgico y perseverante, prenda de altísimo valor en todo tiempo, pero más hoy que tanto escasea.

Al siguiente día de su llegada á la gran ciudad, preparaba los documentos justificantes de su crédito, cuando tuvo la noticia de que la casa Armida y Valenzuela, donde se había hecho el depósito, estaba concursada. Tal noticia impresionóle de pronto, pero serenóse luego, pues la razón natural decíale que un depósito regular, hecho con las formalidades legales, no podía entrar en concurso, y dirigióse tranquilo á la casa quebrada. Le recibieron mal, y después de acalorada disputa, despacháronle con el Síndico del concurso, un abogado de muchas campanillas y de gran influencia política.

El joven provinciano llevaba una carta de recomendación para un docto sacerdote, carta que le había dado el cura de la parroquia de Víctor, en la ciudad del Saltillo.

Juzgó prudente, antes de ver al Síndico, presentar dicha carta dirigida al Padre

Cervantes. Este recibióle cariñosamente y le aconsejó que se valiera de un abogado para el feliz y pronto arreglo del asunto, que á la capital le había llevado, pues de otra manera, le sería muy difícil arreglarlo con la brevedad que él deseaba.

—Aquí, le dijo, se vive aprisa, muy aprisa, para todo lo que es placer. La vida se desliza vertiginosa entre un agitado mar de concupiscencias; pero se camina muy despacio en los negocios, especialmente en los judiciales. Pocos días hace que para embargar á un deudor tramposo, el acreedor vióse obligado á remunerar con una fuerte suma á un abogado influyente, y éste logró lo que los otros lograr no pudieron, no obstante de fundar en clarísima ley su derecho.

—¿Puede usted recomendarme con algún abogado?

—Sí, señor, con mucho gusto. Voy á dar á usted una tarjeta para el Lic. Pereira.

Mientras el padre escribía, Víctor meditaba. Comprendió que iba á tener muchas dificultades y que aun se burlarían del payo como le habían llamado los dependientes de la casa concursada.

El Padre Cervantes entregó á su recomendado la tarjeta, se ofreció á sus órdenes y prometióle ayudarle en cuanto pudiera.

—¿Le parece á usted conveniente que hable con el Síndico? interrogó Víctor.

—No será por demás, repuso el sacerdote.

Y Víctor despidióse y sin pérdida de tiempo se dirigió á la casa del Síndico.

II

Don Emeterio Basurto y Quintanilla, abogado de los tribunales de la República; durante su juventud, inamovible diputado al Congreso de la Unión y en su vejez, senador, también inamovible, dormía aún á las diez de la mañana. Víctor esperó largo rato; pero viendo que el despertar de aquel justo—digo, piadosamente juzgando—dilataría más de lo que anhelaba el ansia del joven, fuese á ver al abogado que le recomendó el sacerdote, un señor don Melchor Pereira, que empezaba su carrera con buen éxito, debido, más que á su talento, á la protección con que le favorecían influyentes personajes. Mas el señor Lic. Pereira dormía aún como el viejo senador.

Víctor esperó un rato, pero sospechando que el despertar del joven sería tan tardío como el del viejo, dejó la tarjeta á un escribiente que en el despacho estaba dando conversación á la numerosa clientela

que esperaba el despertar del jurisconsulto.

—Sírvase usted avisarle, díjole Víctor, que dentro de una hora volveré.

—Está bien, señor.

El joven, que para ir á la casa del Lic. Pereira había tomado el tranvía, volvióse á pie á la casa del licenciado Basurto, sin apresurar el paso, para dar tiempo á que éste se levantara. Llegó y preguntó al portero por el señor licenciado.

—Acaba de salir.

—¿A qué hora volverá?

—Entre dos y tres de la tarde. Fué á los tribunales; allí puede usted encontrarle, ó en el salón Bach, de las doce en adelante.

Víctor se mordió el labio inferior sin responder ni una palabra; tomó el tranvía y regresó á casa del licenciado Pereira.

—¿Se levantó ya el señor licenciado? preguntó al escribiente.

—Sí, señor, le dí la tarjeta de usted; pero tuvo urgente necesidad de salir. Fué al Juzgado sexto de lo Civil á una importante diligencia; allí le puede usted encontrar hasta las doce, y después en el salón Bach.

El provinciano rascóse con impaciencia la frente, y fuése al hotel con ánimo de comer á buena hora para dedicarse á buscar á aquel par de abogados.

No parecióle á propósito una cantina, por elegante que fuese, para tratar su negocio y volvió á las casas de los abogados hasta fastidiarse sin lograr verlos.

A las tres de la tarde, estaban comiendo.

A las cuatro, durmiendo la siesta. La siesta, decía el portero, y debía de ser cierto.

A las cinco, habían salido en automóvil á tomar el fresco al Paseo de la Reforma.

A las seis probablemente andaban por la calle de Plateros.

A las siete, en el Salón Bach.

A las ocho, cenando.

A las nueve, en el teatro.

¡Oh, Dios, pasó una semana lo mismo que el primer día, y el joven no logró hablar con los abogados!

El Padre Cervantes le aconsejó que les hablara en el Salón Bach, que en la capital frecuentemente se arreglaban los negocios, aun los de mayor importancia, en las cantinas, entre copa y copa. Víctor siguió el consejo y encaminóse á la aristocrática cantina minutos antes de las doce.

—¿Ha venido por aquí el licenciado Basurto?

—No tardará en llegar.

—¿Y el licenciado Pereira?

—Llegará luego también.

Apenas acababa Víctor de interrogar.

cuando el dependiente agregó, señalando con la vista á un joven que entraba:

—Allí le tiene usted.

Víctor volvió los ojos y fijólos en el señor licenciado Melchor Pereira. Era un hombre de escasa talla, ancha frente, ojos obscuros, pequeños y bailadores, y completamente afeitado á lo McKinley, pues esclavo de la moda se razuraba diariamente cortando con ahinco el bigote que es uno de los más hermosos adornos del hombre.

El payo, después de examinar al abogado con una rápida mirada, dirigióse hacia él.

—¿Es usted el señor licenciado Pereira? le interrogó.

—Servidor de usted. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Con Víctor Olvera.

—¡Ah, señor don Víctor! recibí la tarjeta de mi buen amigo el Padre Cervantes. Los negocios judiciales impidiéronme esperar á usted. Me tiene incondicionalmente á sus órdenes. ¿Qué negocio le trae á la capital? Pero antes de hablar tomaremos un aperitivo. ¿Qué le sirven á usted?

—Lo que usted guste, contestó Víctor, pareciéndole que no debía excusarse.

—Sírvanos usted, dijo el licenciado al cantinero, un coñac Martel.

Los jóvenes sentáronse junto á una me-

sita de mármol y el dependiente colocó sobre ella las copas.

—Salud, dijo Pereira, apurando de un sorbo el coñac.

—Salud, contestó Víctor inclinando ligeramente la cabeza, y también apuró la copa.

—Con que vamos á ver, ¿cuál es el negocio de usted?

—Muy sencillo. Sírvase usted imponerse de estos documentos.

El abogado leyó los papeles que en sus manos puso Víctor.

—Tiene usted razón. Aquí está la cesión del depósito á favor de usted; la constancia de la respectiva notificación. Este es el documento de depósito regular hecho con todos los requisitos legales.

—¿Crée usted que no habrá dificultad?

—Ninguna.

—Déjeme usted los documentos y tenga la bondad de ir con un recado mío al oficio del Notario Palacios, para que extienda á mi favor un poder especial. Si no entregan el depósito procederé sin pérdida de tiempo á exigirlo judicialmente.

El licenciado Pereira sacó un bloque de hojas de papel impresas en la parte superior con su nombre y dirección, y entregó á Víctor el recado para el Notario, diciéndole la calle y número de la Notaría de éste.

—¿Cuándo veré á usted? dijo Víctor poniéndose en pie.

—Pasado mañana.

—¿Dónde?

—En mi despacho antes de las once, ó aquí á las doce.

—Está bien, adiós.

—¿No toma usted otra copita?

—Gracias. Adiós.

—Hasta pasado mañana. Y dígale usted al Padre Cervantes que le agradezco la recomendación de persona tan honorable como usted, y le repito que cuenta incondicionalmente conmigo. Mi casa es la casa de usted y yo su servidor.

—Igualmente lo soy yo de Ud. Aquí en el número 8 del hotel San Carlos, y en Saltillo, en la casa número 15 de la calle de Ramos Arízpe, me tiene usted á sus órdenes.

Los jóvenes se dieron un fuerte apretón de manos.

III

El día de la cita no estuvo el licenciado Pereira, ni en su casa, ni en la cantina, y Víctor buscóle en vano todo el día y algunos otros más. Había desistido de su propósito de ver al Síndico del concurso, tanto por la dificultad de encontrarle en su casa, como también por no creerlo absolu-

tamente necesario en vista de la opinión del licenciado Pereira.

Una noche vió á éste entrar al teatro "Virginia Fábregas," y fué al espectáculo con la intención de hablar con el señor licenciado.

En el primer entreacto fué á saludarle. El abogado recibióle con su exagerada cortesía, llena siempre de almibaradas frases; pero Víctor, que era bastante perspicaz, notó vacilaciones y retiscencias en cuanto al negocio se refería.

—Usted me aseguró que todo estaba en regla, dijo Víctor.

—Sí, pero hay ciertas cosillas. Las dificultades en un concurso son siempre numerosas. Por mi parte haré cuanto pueda. Justamente ayer me habló mi señor compañero, el licenciado Basurto, de terminar el concurso por medio de un arreglo extrajudicial. Nos ha citado á una junta que se verificará mañana á las cuatro en la casa del compañero. Allí estaré para representar y defender los derechos de usted.

—Pero si mi crédito no puede entrar al concurso.

—Es el punto que dilucidaremos en dicha junta.

—Pues bien, iré a esa junta.

—No es necesario tengo el poder de

usted; pero si desea ir, vaya usted, tendré mucho gusto.

Pronunció Pereira las últimas palabras tragando saliva, y como esforzándose para decirlas, circunstancia que no pasó desapercibida para Víctor.

—Y bien, ¿cuándo sabré la resolución?

—Pasado mañana, á las once, espero á usted en mi despacho.

—¿Le encontraré á usted?

—Sin duda.

La campanilla anunció que iba á empezar el segundo acto, y abogado y cliente despidiéronse.

Aquella noche Víctor dilatóse algo en conciliar el sueño. Las vagas palabras de Pereira relativas al depósito, infundiéronle desconfianza. Había oído referir tantas cosas de los negocios judiciales en la capital, cosas que los provincianos exageran, pero que tienen mucho de verdad, que empezó á temer por la parcial ó la total pérdida de aquel depósito, que era su único patrimonio. Los recursos que había traído no eran abundantes y apenas le bastarían para vivir económicamente en México algunos meses. ¿Qué iba á hacer si el negocio se prolongaba indefinidamente?

Conturbado con tal pensamiento, encaminóse á la casa del Padre Cervantes.

El sacerdote recibióle con su habitual benevolencia. El joven refirióle circuns-

tanciadamente los acontecimientos y le expuso sus temores y desconfianzas.

Oyóle el Padre con suma atención, y concluído que hubo, exhaló hondo y prolongado suspiro.

—Mal anda el negocio de usted. El licenciado Basurto, por sus relaciones con encumbrados próceres, su prestigio de sagaz político y sus numerosos triunfos profesionales, es un abogado influyente, dominante, avasallador. El mayor número de veces, basta su sola presencia para amilanar á los jueces, y en cuanto á los demás abogados prefieren tenerle por amigo, y fácilmente ceden á las exigencias de Basurto no siempre justas, particularmente sus protegidos, como el licenciado Pereira. Si yo hubiera sabido quién era el Síndico del concurso no le hubiera recomendado con ese joven.

—¿Pero es posible, repuso Víctor, indignado, que nada valgan ni la justicia ni el derecho?

—Aconsejo á usted, respondió el Padre con acento de profunda convicción, que transija en las mejores condiciones posibles; de otra manera perderá usted todo su depósito, y si algo de él recoge, será poco para pagar los gastos que haga.

—¿En vez de alentarme para luchar por la justicia, me impulsa á que ceda cobarde á las maquinaciones de los codiciosos? No

lo haré jamás, clamó Víctor en un arranque de natural franqueza y de ofendida dignidad.

—Hijo, repuso humildemente el Padre, esta asfixiante atmósfera nos sofoca á todos. Tiene usted razón.

—Perdone usted, no he querido ofenderle.

—Lo sé, hijo mío. Me olvidaba de que Dios no ha roto aún el molde en que fueron vaciados muchísimos de nuestros antepasados. Tipos viriles, llenos de dignidad y de grandeza, y no tipos sin carácter, infelices degenerados que en asquerosos montones pululan en las grandes ciudades y no faltan en las pequeñas. Retiro mi consejo. Reclame usted su derecho con toda la energía de su carácter.

—Sí, Padre, lo reclamaré. Tomo desde luego la resolución de ir esta tarde á la junta. Bien conocí que mi abogado no quiere que vaya, pero iré. Hace allí falta alguno á quien no ofusquen los esplendores de los poderosos.

—Dios bendiga á usted y le ayude en todo, dijo el Padre Cervantes, enternecido de ver frente á él á una payo tan digno de llamarse hombre.

Y Víctor salió de la casa del sacerdote conociendo ya con intuitiva mirada la situación en que se encontraba.

IV

Acaban de dar las cuatro de la tarde. Don Emeterio Basurto y Quintanilla, abogado de los tribunales de la República, y política lumbrera, según la pública fama, arrellenado en un cómodo sillón, á la cabecera de la sala y frente á una mesa con papeles y libros, mira grave y majestuoso á los concurrentes, algunos sentados ya, con la cabeza baja, y otros que van paulatinamente llegando, hacen una reverencia y toman tímidamente asiento.

Allí está ya el licenciado Pereira, cerca del Síndico; no tiene el encogimiento de los otros, pero no le abandona la aduladora sonrisa, que llega hasta la bajeza cuando la dirige á su compañero y amigo, el honorable señor Síndico. Este pasea la mirada fría y desdeñosa por los concurrentes, atúzase el cano bigote y dice con sequedad:

—Daremos principio á la junta.

En esos momentos preséntase Víctor en el salón. Los abogados Basurto y Pereira simultáneamente fruncen el ceño; los demás se fijan en el desconocido, cuya natural actitud les parec insultante.

—Buenas tardes, señores, dijo Víctor con voz limpia y sonora, que llenó todo

el salón, y sin esperar respuesta, sentóse en el primer asiento desocupado.

Los abogados Basurto y Pereira hablaron en voz baja algunos momentos, después de los cuales el primero dijo con voz grave y pausada:

Señores: La junta por mí promovida con el carácter de Síndico del concurso de la casa comercial de Armida y Valenzuela, tiene por objeto procurar un arreglo extrajudicial entre los acreedores de la casa fallida, arreglo que pondría inmediatamente término á procedimientos judiciales lentos y dispendiosos. Por los datos que hasta hoy tengo en cartera, y los que suministra el expediente, todos los créditos exceptuando los indispensables gastos de seguridad y conservación de los bienes y el fuerte crédito procedente de un depósito, que representa el señor Menéndez y Quijar, están, poco más ó menos, en el mismo grado, motivo por el cual propongo que pagados los gastos y el referido depósito, se distribuya el sobrante entre los demás acreedores. Con este arreglo podrán obtener un veinte por ciento de pago, mas si continúa el juicio de concurso, mucho me temo que no logren ni aun la mitad de lo que hoy lograrían.

El nombre de Menéndez y Quíjar fué enfáticamente pronunciado por el Síndico,

y causó en los concurrentes el efecto por aquél previsto, pues el tal Menéndez y Quijar era un coloso en el mundo del dinero y de la política. ¿Quién iba á malquistarse con tan empingorotado señorón?

El señor licenciado Basurto quedóse mirando á los circunstantes con una imponente mirada de mando.

—¿Qué dice usted? preguntó al acreedor que á su diestra mano estaba.

—Que estoy conforme, contestó el interpelado tartamudeando.

—¿Y usted?

—¿Y usted? continuó dirigiéndose sucesivamente á los demás acreedores, según el orden en que estaban sentados.

Un "conforme," ora entrecortado, ora apenas perceptible, ora sonoro, salió á su turno de los labios de todos los concurrentes. Solamente á Víctor no interpeló el Síndico.

Por último, interpeló al licenciado Pereira:

—¿Y usted, señor compañero?

—El señor Olvera, que está presente, contestó Pereira como para disculparse de no dar un "conforme" tan terminante como el de los demás acreedores, cree tener un crédito privilegiado.

Víctor no pudo ya guardar silencio, púsose en pie y pidió la palabra.

El Presidente se la concedió. ¿qué podía decir el payo?

—El señor licenciado Pereira, dijo Víctor con firme acento, se ha equivocado, no sé si casual ó intencionalmente. No creo tener un crédito privilegiado, sino que tengo un depósito que no debe entrar al concurso. Tal fué la opinión del señor licenciado. Además, es un negocio tan claro conforme á mis documentos, que ni siquiera admite discusión.

Oyóse en el concurso un rumor. Se murmuraba de la arrogancia del payo. El licenciado Basurto, sin manifestar la menor sorpresa, dijo á Víctor: ¿En dónde están sus documentos?

—Los entregué al señor licenciado Pereira. Que se les dé lectura.

—Creo que es por demás, dijo un viejo con cara de perenne orgía. Nosotros protestamos contra la prelación y el reconocimiento de tal crédito.

—Que se firme la escritura del arreglo que se acaba de celebrar, clamó entre regüeldos otro vejete de elevado vientre y carcomida nariz, sin levantarse de su asiento.

—Que se firme, gritaron á una los demás concurrentes.

—Sí, señores, repuso el Síndico y quedan á salvo los derechos del señor Olvera

para que los haga valer ante los tribunales.

—El caso que le harán éstos, murmuró para sí, y en voz apenas perceptible, un joven que cerca de Víctor estaba. Este que permanecía aún en pie, dijo con voz vibrante:

—¿Qué es esto, señores? ¿Así se viola el derecho en una ciudad que de culta blasona? ¿Es posible que todos se humillen ante la tiranía de la influencia? Haré valer mis derechos á despecho de todos.

Un lagartijo enclenque y pálido, con la palidez del vicio, que apenas asomaba la diminuta cabeza por el gigantesco cuello de la camisa, con voz atiplada, dijo:

—Yo, á nombre de papá, que es acreedor de la casa Armida y Valenzuela, afirmo que cuanto dice el licenciado Basurto y Quintanilla, es muy bien dicho; que estoy enteramente conforme con cuanto se ha acordado, y que se lleven al payo á Belén si continúa insultándonos.

Víctor que creyó por un momento que sus palabras habían despertado la dormida virilidad de algunos de los concurrentes, quedóse estupefacto ante la bajeza del lagartijo y trocando luego la estupefacción en justa cólera, miróle con hondo desprecio y dirigiendo altivo una mirada en su derredor, clamó indignado:

—¡Me voy, porque me dais asco!

Y con paso firme y seguro salió de la sala.

Apenas había salido el provinciano, uno de los concurrentes decía: le seguiremos; el otro: castigaremos su insolencia; aquél: me batiré con él; pero nadie dió un solo paso fuera del salón.

—Calma, señores, dijo el Síndico, ¿quién hace caso de ese serrano mozalvete que bajó de las montañas del Norte?

—¡Bien dicho, bien dicho! clamaron todos y trocóse la ira en críticas y risas.

El síndico citó á los concurrentes para el día siguiente á las cuatro de la tarde para que firmaran la escritura.

Despidiéronse los acreedores y en grupos se diseminaron por la calle.

—La verdad es, murmuró el lagartijo que habló en nombre de "papá," que el crédito de Menéndez y Quijar, ni es depósito ni tiene preferencia ninguna, pero ¿quién va á echarse encima el rencor de semejante enemigo y del señor licenciado Basurto? ¡Dios me libre! Dejarían á papá en un petate. Y "mutatis mutandis," todos los acreedores decían lo mismo.

V

El primer paso de Víctor al salir de la casa del licenciado Basurto, fué dirigirse á la Notaría de Palacios, y á pesar de los repulgos del Notario revocó el poder que le había conferido al licenciado Pereira, pues temió que la acordada escritura se firmase sin su consentimiento por el licenciado.

Fuése después á una farmacia donde solía pasar algunos ratos conversando con el propietario y sus amigos. Allí le habían presentado á un joven practicante de derecho con quien simpatizó y alguna vez, aunque someramente, hablóle del negocio que le había llevado á la capital. Ese día estaba allí el practicante y refirióle circunstanciadamente cuanto le había pasado. El estudiante de derecho indignóse sobremanera y temió como Víctor, que la escritura se firmase y obligaran á éste á seguir un litigio largo y dispendioso.

Los hechos se verificaron como lo habían previsto los dos amigos; la escritura se firmó por el licenciado Pereira en representación de Víctor á pesar de haberle revocado el poder, pues la notifica-

ción se le hizo después de firmada la escritura.

Eugenio, el joven practicante, exaltóse tanto como Víctor ante aquella estudiada maldad y ofrecióle gratuitamente sus servicios.

Desde ese día empezó una lucha titánica entre el derecho y la intriga. De una parte la justicia y la intrepidez, de la otra la influencia y la tiranía.

La prensa honrada, que, aunque escasa, la hay aún por divina misericordia, publicó con el carácter de remitidos los primeros artículos de Eugenio y después haciendo causa común con Víctor, tomó á pechos la defensa de éste. El escándalo tuvo gigantescas proporciones y sacábanse á la pública vergüenza aun muchas ya olvidadas injusticias judiciales.

Una mañana acababa Víctor de desayunarse, cuando le anunciaron la visita de dos jóvenes. Recibiólos con amabilidad y éstos, graves y ceremoniosos, expusiéronle que iban á nombre de un hijo del licenciado Basurto á pedirle satisfacción por ciertas palabras publicadas en un diario y que el hijo del perpetuo senador había juzgado ofensivas para su padre. Exigían los visitantes que á la mayor brevedad retirara tales palabras y diera al agraviado cumplida satisfacción ó que

nombrara en el acto padrinos con quienes entenderse para fijar las condiciones de un duelo.

¿Era aquello un ardid para callar á Víctor ó formalmente se había decidido un duelo? Víctor creyó lo primero é irguiéndose altivo contestó á los jóvenes, en uno de los cuales reconoció al adulador lagartijo que asistió á la junta en la casa del licenciado Basurto:

—No me bato ni con ese farsante en nombre del cual vienen ustedes, ni con ningún otro, porque el duelo es un crimen castigado por las leyes divinas y humanas. En cuanto á lo escrito en el diario, escrito queda y no alteraré la verdad en un sólo ápice. Pueden ustedes decir á su ahijado que no le temo y que estaré prevenido contra sus asechanzas.

—El honor exige reparación inmediata; ó satisfacción ó sangre, dijo uno de los jóvenes.

—Mi honor está inmaculado y no lograrán ustedes mancharlo. Hemos concluído, ni una palabra más sobre el asunto.

—Su honor inmaculado, y... El lagartijo que empezaba á hablar no pudo concluir la frase. Víctor abalanzóse hacia él con los puños cerrados en amenazante actitud.

—Silencio, comediante, le dijo, ni una palabra más ó arrojo á usted por el balcón. Y el lagartijo, pálido como un muerto, calló prudentemente.

Luego, con el relámpago de la ira en los ojos, el payo señaló á los jóvenes la puerta del cuarto.

—Salgan ustedes les dijo, ó los obligaré á salir.

—Esto tendrá su castigo, atrevióse á murmurar el compañero del lagartijo, pero ambos salieron del cuarto y bajaron á saltos la escalera del hotel.

VI

Aquel suceso no pasó desapercibido. Un mozo del hotel fué el primero en propagarlo y al siguiente día era el tema de todas las conversaciones y los periódicos comentaban la escena. Víctor, elogiado por unos y censurado por otros, andaba en lengua de todos y bautizáronle con el apodo de Molde de Antaño, y por contraposición al provinciano, llamaron al lagartijo Molde de Hogaño.

El litigio iniciado por Eugenio continuaba con más ardor. Algunos días después del narrado suceso, presentóse á Víctor un abogado proponiéndole una

transacción á nombre del licenciado Basurto.

El payo comprendió en el acto que la pública opinión le era favorable, pues la verdad y la justicia se imponen aun en tiempos de general corrupción y algunos amigos habíanle asegurado que el escándalo llegaba ya hasta las altas gradas del poder y que éste, para calmar la excitación de las pasiones, ordenó al licenciado Basurto arreglara aquel negocio á la mayor brevedad posible.

Víctor se negó terminantemente á todo arreglo y no hubo remedio. Pocos días después recibía íntegro su depósito y la algarabía de la prensa terminó por un elogio al Síndico pagado por él mismo, según afirmaban los que tenían datos para asegurarlo.

Eugenio, que empezaba su carrera, decidióse desde entonces á luchar siempre por las buenas causas, pues aprendió que aun en los calamitosos tiempos de las avasalladoras influencias y de las cuotidianas injusticias, tienen triunfadora fuerza si con energía y constancia se las defiende.



LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

¡De qué pequeñeces dependen en ocasiones la felicidad de esta vida! Otilia hubiera sido completamente dichosa sin una costumbre, para vencer la cual, no tuvo energía suficiente.

Cuando aún no brillaba para ella la luz de la razón, apenas dejaba el pecho de su madre, chupábase el dedo índice, forjándose la ilusión de que se hallaba en el materno regazo. La madre decidió al principio corregirla y cuando quiso cortar el mal era ya demasiado tarde.

El primer castigo que recibió la niña debiólo á tal costumbre. Cuando fué á la escuela, las alumnas que frecuentemente la sorprendieron chupándose el dedo, burláronse de ella. Aquellas burlas le arrancaron copiosas lágrimas, pero no la corrigieron. Ya en la adolescencia muchas ami-

gas echáronle en cara aquel defecto, y Otilia se ruborizaba y proponíase la enmienda; pero arrastrada por la fuerza del hábito, cuando nadie la veía, holgábase en satisfacer su deseo.

La niña era de ilustre prosapia, de no escasa belleza y de afable carácter, cualidades que le granjeaban la estimación general. Muchas de sus amigas aconsejáronle con suma discreción que se esforzase en abandonar la costumbre, que tanto le censuraban. Otilia propúsose enmendarse y cuando le venía aquel pensamiento procuraba ocuparse en algo para olvidarlo. Hasta llegó á pedir á la Virgen una enfermedad que le costara la pérdida del dedo; pero cuando tal oración hacía, pensaba sin quererlo, en que si un dedo le faltara, se chuparía el otro.

Y así es el hombre, quiere que Dios haga, aun hiriéndonos, lo que nuestra voluntad no quiere hacer.

A pesar de los buenos propósitos de Otilia, en la menor distracción, hela allí reincidiendo en su falta.

La débil lucha que sostuvo cansóle muy pronto, y cuando estaba segura de que nadie la veía, llevábase el dedo á la boca con inefable fruición, con el gusto del deseo satisfecho.

Pensaba frecuentemente que los mayores pesares de su infancia y de su niñez

los debía á aquella costumbre, que no se resolvía á abandonar. Lo haré sin que nadie me vea, decía, ¿qué mal hay en ello?

Pero ¿sentía placer en una acción que tantos disgustos le causaba?

Lo único que decir puedo es que muchas veces estaba Otilia, desazonada, triste, como si algo le faltare, y apenas se llevaba el dedo á la boca, alegrábase y recuperaba la tranquilidad perdida.

¡Dios mío, al escribir estas líneas de aterradora verdad, siento dolor muy hondo!

Si una costumbre que al parecer no produce gusto ninguno de tal manera enferma la voluntad, ¿qué será la que produce goces por más que sean efímeros?

Otilia, en la adolescencia, enfermóse de muerte y lloró su mal hábito, como si fuese gravísimo pecado. Se confesó con ardiente fe y sincero dolor; pero había sido tan buena, que el confesor casi no encontró materia sobre la que recayese la absolución. Dióle una ligera penitencia y le aconsejó que procurase, como un sacrificio á Dios, no chuparse el dedo durante la penosa enfermedad que la aquejaba.

La enferma hízose suprema violencia para cumplir con aquella recomendación; pero cuando estaba ya en agonía, violó tal recomendación y murió con el dedo en la boca.



LA TENTACION DEL ORO

I

Fortunato vivía relativamente feliz en su pueblo natal, en compañía de su esposa, sencilla y buena, y de Juan Bautista, el único hijo de aquel matrimonio. Era honrado y laborioso, pero tardío en resolverse á emprender los negocios, y los amigos del joven labriego decían que sin su habitual morosidad habría prosperado mucho.

Fortunato salió de su residencia llamado por su hermano Jacinto, que hacía muchos años hallábase radicado en la ciudad de Zacatecas, y el cual estaba á las puertas del sepulcro.

Los dos hermanos queríanse de verdad, y Fortunato se afligió mucho por la grave enfermedad de su hermano, que

moriría según la unánime opinión de los médicos que le asistían.

Comprendió Jacinto que la ciencia luchaba en vano por mantener viva la luz de una vida que se apagaba y dispúsose á morir cristianamente. Llamó á su hermano para encomendar á su honradez y cariño sus postreras disposiciones.

—Cuanto poseía, le dijo, lo realicé oportunamente con la resolución de radicarme en otro lugar, pues mis negocios decaían paulatinamente y tuve miedo de arruinarme. La muerte, que se aproxima, corta de un solo golpe todos mis proyectos. Eres mi único pariente; aquí tienes veinte mil pesos que es todo mi capital. Quiero que disfrutes de diez mil y los otros diez mil los entregarás á mi nombre al Reverendo Padre Abasolo, que está hoy en México, pero no debe tardar mucho en volver. Antes de que partiera para la capital confié á su piedad y apostólico celo varias mandas piadosas.

Fortunato, con las lágrimas en los ojos, oía á su hermano, sin siquiera fijarse en las manos del moribundo, henchidas de billetes de banco.

Aquella escena no se prolongó mucho. Fortunato recibió el dinero y dijo á su hermano:

—Tus deseos serán cumplidos. Si Dios

te llama hacia El, muere tranquilo, pues quedo yo en el mundo para cumplir tu voluntad.

Al siguiente día murió Jacinto y su hermano y su cuñada le lloraron mucho. Hiciéronle un suntuoso entierro, y Fortunato, de su espontánea voluntad, mandó que se dijeran las misas de San Gregorio por el alma del finado.

II

Ha pasado un año: el Padre Abasolo, ocupado sin duda en graves negocios, no ha regresado de la capital de la República. Fortunato se estableció en la ciudad de Zacatecas y sus negocios prosperan. Cicatrizó ya la herida abierta en el corazón por la pérdida de un buen hermano, y ahora los padres de Juan Bautista cifran en éste su felicidad. Le quieren con inmenso cariño. La madre, sobre todo no puede vivir sin su hijo. Cuando el niño se enferma, aunque sea ligeramente, la madre no come, ni duerme y llora sin cesar.

No había olvidado Fortunato, ni por un momento, la recomendación de su difunto hermano. En la caja de fierro están guardados los diez mil pesos que entregar debía al Padre Abasolo. Buen cuida-

do tiene Fortunato de echar una mirada todos los días al montoncito de billetes colocado en un rincón de la caja. Aquel depósito es sagrado, es la postrera recomendación de Jacinto, su hermano mayor, y cumplirá con ella al pie de la letra; pero el Reverendo Padre no vuelve aún. ¿Le escribirá? No; será mejor informarse si dilatará mucho su regreso.

Una tarde sale con el exclusivo objeto de adquirir segura noticia del Padre Abasolo y sabe que la víspera llegó á Zacatecas. En la noche va á visitar al fraile, de quien es buen amigo, y le participa que tiene que entregarle diez mil pesos.

—Lo sabía, le responde el fraile; don Jacinto me habló de ello, y además, uno de sus amigos me escribió á México, dándome la noticia del fallecimiento del hermano de usted y de que había dejado en poder de usted la cantidad de que me habla, para las obras piadosas que tanto me recomendó en vida.

A Fortunato no le agradó que su hermano hubiese confiado también á otro lo que él juzgaba un secreto de conciencia, pero disimuló y dijo al Padre Abasolo:

—Están á disposición de su Reverencia los diez mil pesos que Jacinto me encargó le entregara.

—Puede usted traérmelos cuando guste.

Se habló en seguida de varios asuntos, y particularmente de la edificante muerte de Jacinto, y aun se exageraron sus virtudes que en honor de la verdad, no eran pocas.

Despidióse Fortunato del fraile diciéndole con retintín:

—Hasta mañana.

Fortunato llegó á su casa algo preocupado, sin saber por qué; fué á la caja y contó los billetes que entregar debía. Estaban completos los diez mil pesos. Luego echó una mirada al efectivo que él poseía y que estaba separado en la misma caja. Eran unos cuantos billetes de escaso valor; lo demás lo había invertido en compra de ganado, pues giraba en el ramo de carnicería. Y Fortunato inconscientemente suspiró.

Mañana, se dijo, y cerró la caja.

Todo ese día estuvo tan pensativo, que su esposa lo notó con extrañeza.

—¿Qué tienes, Fortunato? preguntóle. Te veo triste y meditabundo.

—No, hija, no tengo nada. Quizás los negocios....

Al día siguiente volvió á contar los billetes del legado piadoso y púsolos cuidadosamente en el mismo lugar. Sabía

que no eran suyos, pero sentía íntimo placer en contemplarlos en su caja.

De día en día fué demorando la entrega, y el Padre Abasolo tuvo que salir de nuevo para la capital de la República.

Entretanto agotóse el efectivo que tenía Fortunato y provisionalmente se prestó mil pesos del legado. El giro mercantil que había empezado con tan próspera fortuna decaía rápidamente, y tuvo que prestarse uno tras otro varios miles hasta reducirse el legado á tres mil pesos.

Clavóse entonces en la fantasía de Fortunato un persistente pensamiento. ¿Estaría obligado en conciencia á entregar aquel legado? ¿No tenía él, como hermano del muerto, mejor derecho que cualquiera otro para disponer de aquella cantidad?

La conciencia, que no entiende de subterfugios, le gritaba: ese dinero no es tuyo. Pero Fortunato cerraba voluntariamente los oídos á tales voces para evadir el cumplimiento de su obligación.

Discurrió cierto día, en que estaba casi decidido á echarse sobre el legado, consultar el caso, no con un sacerdote, que por amor á sus ideas y por propia conveniencia lo resolvería según su piadoso criterio, sino con un hombre despreocu-

pado, de esos que no creen ni en Dios ni en el diablo, y don Severo Villafranca parecíale que ni mandado hacer para tal caso.

Era don Severo hombre naturalmente honrado, pero no había recibido ninguna educación religiosa. Nacido y desarrollado en la nefasta época de la guerra civil, afilióse en el partido liberal, al que había servido fielmente toda su vida. La edad, los desengaños, la reflexión, no cambiaron sus convicciones, pero modificaron su carácter, y más de una vez se lamentaba en público de las pasiones políticas que habían cegado en flor tantas preciosas vidas de patriotas de uno y otro bando.

A Villafranca acercóse Fortunato con la profunda convicción de que resolvería á su favor la consulta que iba á hacerle. Dirigióse á la casa del jacobino de abolengo, de quien fué cortesmente recibido. Expúsole sin repulgos el motivo de la visita; pintóle con vivos colores el mal estado de sus negocios y la existencia de aquel legado, hecho con burla de la ley, motivo por el cual creía que, como buen ciudadano, no estaba obligado á cumplir con la voluntad de Jacinto.

—No obstante, agregó, ocurro al dictamen de usted para tranquilidad de mi

conciencia, resuelto á obrar según la decisión de usted.

Miróle don Severo de hito en hito, y después de un silencio de algunos instantes, preguntóle:

—¿Hará usted lo que yo le diga?

—Sin duda alguna, repuso Fortunato.

—Entregue usted sin demora lo que no le pertenece.

—Pero, señor, es un legado piadoso.

—No es de usted y nadie debe quedarse con lo que no le pertenece. ¿Ha pensado usted por ventura que soy encubridor de ladrones?

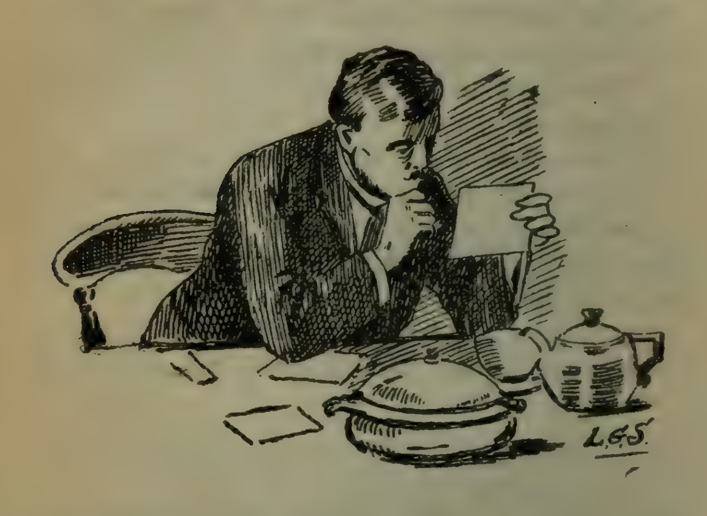
Fortunato no habló más y muy turbado despidióse de don Severo Villafranca.

III

En aquellos días tuvo Fortunato imperiosa necesidad de dinero, mas prefirió contraer un compromiso á gastar la parte del legado que conservaba en su poder. Pasó largo rato frente á la caja abierta contemplando los billetes y hasta tuvo el pensamiento de mandar luego al Padre Abasolo, los tres mil pesos que le quedaban, y remitirle mensualmente cuanto pudiera hasta completar el valor del legado. El Padre era muy bueno y accedería á todo. La lección que de don Severo había

recibido hízole reflexionar. Cerró de golpe la caja y no dispuso de un solo billete.

Al siguiente día iba á desayunarse, cuando se fijó en varias cartas que el de-



pendiente puso sobre la mesa y que habían llegado por el correo. Una de ellas era del Padre Abasolo á juzgar por la letra de la cubierta. Tomóla temblando y vacilaba en abrirla. Decidióse al fin y leyó con el corazón palpitante:

"Hijo mío:

He esperado inútilmente hasta hoy el legado de su hermano Jacinto. Urgen las

obras que me recomendó; sírvase autorizarme para girar en su contra por diez mil pesos.

Su afectísimo amigo servidor y capellán."

Fortunato leía y releía aquella carta. Después de mucho rato de honda meditación escribió lo siguiente:

"Muy amado Padre:

Apremiantes necesidades obligáronme á gastar siete mil pesos de los diez mil que tenía á disposición de usted, pues mis negocios han decaído lastimosamente. Mando á su Paternidad un giro por tres mil pesos; próximamente veré cuánto más puedo remitirle, y en lo sucesivo le enviaré mensualmente abonos hasta el saldo completo del legado.

Pídale á Dios que me ayude y pronto cubriré el sagrado compromiso que he contraído."

Cerró la carta y sacó luego los billetes para contarlos. Tres mil pesos completos. Eran los únicos que había. Fortunato echó una triste mirada á la caja vacía. Después de tanto tiempo de no haber faltado en ella dinero, sentía profunda tris-

teza al verla exhausta. Suspiró y casi inconscientemente volvió á colocar los billetes en su lugar.

Hundióse después en honda meditación: ora volvía con amor los ojos á la abierta caja, ora á la cerrada carta, ora sentado frente á la mesa, con los codos en ella apoyados, inclinaba la cabeza que sostenía entre las abiertas manos.

Era la tremenda hora de la tentación. ¡Pobre corazón humano, cuando le hace frente está perdido!

Y Fortunato fué vencido. De improviso levántase, cierra la caja y rompe la carta que acababa de escribir.

El robo estaba consumado en el corazón de Fortunato.

IV

Algunos años después un amigo del Padre Abasolo le escribía lo siguiente:

"Ayer murió Fortunato oprimido de deudas y en la más completa miseria. Con la prematura y repentina muerte de su único hijo Juan Bautista, agraváronse en el finado antiguas dolencias, y su muerte fué como de rayo. Dios le haya perdonado.

La esposa de nuestro amigo está loca de dolor."

El Padre Abasolo inclinó dolorosamente la cabeza, cayó de rodillas y dijo conmovido:

¡Oh Dios de las misericordias, perdónale por tu sangre preciosísima!

ME TIENE SIN CUIDADO

En la ciudad de Fresnillo, cabecera del Partido del mismo nombre, en el Estado de Zacatecas, ciudad que en tiempo de la bonanza de la famosa mina de Proaño fué de gran importancia mercantil y minera, vivía un hombre de bien, de aquellos que no escaseaban entre nuestros antepasados. Laborioso desde su juventud, jamás conoció torturas de la miseria, pero no habituado al ahorro, como la mayor parte de nuestros trabajadores, llegó á la vejez sin tener de qué vivir y sin vigor ya para trabajar. Queríanle bien todos por el inefable aire de bondad que bañaba aquel rostro de toscas facciones y por el infantil candor que conservó hasta el fin de su vida. Candelario Bustamante no conocía más mundo que su ciudad natal, la hacienda

de Trujillo y el caserío de Plateros, situado á legua y cuarto de la ciudad.

La Providencia dió á Candelario en su senectud el apoyo de dos hijos, labriegos ambos sobrevivientes de los cinco que tuvo en su matrimonio, feliz en cuanto puede serlo en este mundo, cuando nos conformamos con los dolores que Dios nos manda sin agravarlos con los que nosotros nos buscamos.

El honrado labrador perdió á su esposa en la plenitud de la vida, la recordó y lloró siempre y jamás quiso contraer segundas nupcias, aunque más de una vez tuvo ocasión para ello.

Joaquín, el hijo mayor, dedicábase á la siembra de trigo, y Bonifacio á la de maiz, ora arrendando terrenos, ora como medieros de los ricos propietarios. El uno residía ordinariamente en la hacienda de Trujillo, y el otro en Plateros. El padre repartía los tristes días de su ancianidad, entre los hogares de sus hijos, de quienes era muy querido y respetado, y alguna que otra temporada, cuando los trabajos del campo lo permitían, reuníanse todos en Fresnillo, en un caserón situado á orillas de la ciudad, que perteneció á la esposa de Candelario, y era hoy propiedad de todos, sin que el Juez de Letras los hubiese declarado herederos,

pues nunca se les ocurrió que era menester denunciar el intestado de la finada, en nombre de la cual hallábase aún listada en el catastro aquella casa, nido de recuerdos y manantial de ternura para Candelario, que lloraba lágrimas del corazón al entrar al comedor donde comió el día feliz de su boda.

Todavía cuando se juntaban en aquel albergue, el júbilo personificado en media docena de nietecitos, se desbordaba por aquel caserón; ora en inocentes y prolongadas risas, ora en infantil algazara, ora en el bullicio del juego ó la travesura. Candelario, con los ojos húmedos y la faz resplandeciente por el calor del cariño, tendía la vista del alma por el mar de los recuerdos en cuya playa encontraba sus goces postrimeros.

La inocencia del niño, la ilusión del hombre, el recuerdo del anciano: he aquí las tres deidades que escancian, en la jornada de la vida, el néctar de nuestras pocas y breves dichas.

En Plateros, mineral de legendaria fama, venérase una imagen de Cristo Crucificado, conocida con el nombre de El Señor de Plateros, y aun en estos tiempos, en que tanto se ha debilitado la fe de nuestros padres, ocurren de lejanos lugares de la República, en piadosa ro-

mería, al santuario que la piedad ha levantado allí al Redentor del mundo.

Candelario y sus hijos eran devotísimos del Señor de Plateros, y á El ocurrían en todas sus necesidades.

Joaquín y Bonifacio, que en alta estima tenían la virtud de su padre, año por año hacíanle la misma súplica.

—Padre, decíale el mayor, pídale á Dios que no llueva, porque si llueve se me pierde el trigo.

—Padre, decíale el menor, pídale á Dios que llueva, porque si no llueve se me pierde el maíz.

Candelario oía las peticiones de sus hijos, á quienes entrañablemente amaba. Y cuando iba al santuario de Plateros, no hallaba cómo presentar sus oraciones al Señor. Bonifacio, le decía, quiere que llueva; Joaquín que no llueva; los dos son buenos; teniendo uno tendremos todos.

Postrábase luego y clamaba: Señor, que llueva ó que no llueva, me tiene sin cuidado.

.Y pensaba luego en que si todos los hombres fueran buenos la abundancia de los unos cubriría la necesidad de los otros, y no pediríamos cotidianamente á Dios un bien que es mal para nuestros hermanos.

HASTA EL CIELO

I

No era el doctor Adolfo Márquez creyente, ni lo había sido nunca. Pensionado por el Gobierno de uno de los Estados de la frontera, vino á la capital de la República decidido á dedicarse con tesón al estudio, hasta obtener el título de médico, que desde su niñez había anhelado.

Era el joven estudiante de buen juicio, firme carácter y buenas costumbres; pero huérfano desde muy niño no había conocido á sus padres, y faltóle un regazo donde saborear el amor y la avasalladora influencia de una madre que le hablase del cielo. Más de una vez había escuchado las acaloradas disputas de sus condiscípulos acerca de cuestiones religiosas, y parecíale que unos y otros tenían en par-

te razón y en parte no la tenían; pero enemigo de tales discusiones nunca tomó parte en ellas.

Vivió y creció en la más completa indiferencia respecto de los futuros destinos del hombre. Era amigo de todos, y dotado de natural justicia, cuando se le estrechaba á resolver algo, procuraba amoldar su opinión á lo que creía verdadero.

La carrera del joven fué brillante y con el entusiasta aplauso de sus profesores y sinodales ganó el deseado título. Empezó á ejercer la medicina con muy buen éxito pecuniario y no menor para su reputación profesional.

No había hasta entonces conocido las emociones y dulce tiranía del amor; pero éste le acechaba traidoramente, y cuando él menos lo pensaba, sintióse mortalmente herido sin darse exacta cuenta de cómo y por qué nació aquel cariño, tan grande como puro, que podía marchitar de un solo soplo el vergel de su porvenir. Pero ¿qué le importaba á él todo el afán de una vida pasada en el estudio, ante el hondo afecto que por primera vez envolvía á su alma en una red de flores de exquisita fragancia?

Amar y ser amado: he aquí ahora la única ilusión del joven médico.

Seguíale á todas partes la apacible mi-

rada de unos ojos garzos, henchidos de luz, y el óvalo de una faz de azucena y rosa donde constantemente sonreía una boca diminuta por cuyos labios entreabiertos salía en acariciadoras ráfagas, el hálito juvenil.

Una mañana salía de visitar á un enfermo de gravedad, cuando divisó por la misma acera por donde él iba, á aquella joven, que le pareció bella como ninguna y fascinóle con extraña fascinación. Acompañábala un hombre de edad madura, luenga barba semicana, elegantemente vestido de negro, de mesurado andar y grave continente. ¡Qué contraste, pensó el doctor; la inefable dulzura de la una y la imponente majestad del otro! Y no obstante, en aquellas fisonomías había rasgos tan semejantes, que revelaban el estrecho parentesco entre el caballero y la doncella.

Desde aquel encuentro la imagen de la joven quedó grabada en la fantasía del médico, y el que no había conocido á su madre concentró su ternura toda en aquella mujer, como si reclamase el ser amado con la fuerza de todos los amores.

II

Pasaban días y más días y la celestial visión no volvía á aparecer ante los ojos del enamorado galán. ¿Quién era aquella beldad? ¿Cómo se llamaba? ¿Dónde vivía? ¿Podría esperar sér correspondido? Y Adolfo se desesperaba hundido en un mar de conjeturas.

Un domingo fué el día que la vió por vez primera, y ocurriósele volver otro domingo al mismo lugar donde la había visto. Allí, enfrascado en sus pensamientos, iba y venía por la misma calle, cerca de Chapultepec.

Asomó en Oriente la alegría de la aurora purpurando el cielo, gorjeaban en el bosque los pajarillos rebosantes de dicha, y en la populosa ciudad empezaba el matinal movimiento, cuando á Adolfo ocurriósele entrar al templo más próximo. Allí permaneció mucho tiempo, como curioso y no como creyente. Tenía el presentimiento de que su amada iría á ese templo, y en efecto, pensaba en ella embelesado, cuando la divina aparición presentóse ante él por segunda vez. La pareja dirigióse, en devota actitud, hasta cerca del presbiterio y oyó con recogimiento la misa que en ese momento empezaba.

Adolfo pensó en Dios, en los ángeles, en el cielo, y sintió en el alma no haber dedicado algunos instantes cotidianamente á estos asuntos que entonces pareciéronle trascendentales. Juzgó imposible que la muerte extinguiera el cariño que él sentía pujante en su corazón, y dedujo que forzosamente debía haber otra vida de amor inacabable. Sentía en su alma algo extraño, pero de suavidad exquisita, y la necesidad de creer, pero de creer con fe inquebrantable.

Al momento que creyó oportuno, abandonó el templo y situóse en un lugar, algo retirado de aquél, ávido de mirar lo que era ya su constante pensamiento.

Allá vienen: ella sonriente y con la mirada fija en Adolfo, él con la misma gravedad y circunspección.

La pareja pasó junto al joven, aun sintió el roce del traje y aspiró el perfume de aquella exuberante y blonda cabellera. Cuando había pasado, ella volvió el rostro sin dejar de sonreír, miró al joven médico, y al encontrarse las miradas de ambos en embriagadora delicia, el carmín de las mejillas y el latido de los corazones, revelaban el canto primero de un poema que sólo escucha el alma. Era indudable; aquellos jóvenes se amaban.

Adolfo siguió tras la pareja. La joven,

de vez en cuando volvía el sonriente rostro hacia el galán que la seguía. Este fijóse bien en la casa donde entraba su amada: era la número 77. Todavía la angelical rubia antes de entrar, miró, con hondísimo mirar, al joven galeno que sintióse desfallecido de placer.

Cuán otro del que había salido volvió Adolfo á su casa. Parecíale haber gustado manjar de dioses. Sentía vigor en el cuerpo y luz en el alma. La naturaleza presentábase á sus ojos con extraños encantos. ¿Qué murmura el bosque, qué dicen las fuentes, de qué me habla el cielo? se decía, y el jugo del corazón en cristalinas gotas temblaba en los párpados del enamorado.

De allí en adelante, todas las tardes pasaba frente á la casa de la niña de áureos cabellos, el coche del doctor Márquez. Los jóvenes no se habían dicho ni una palabra, pero el poema del amor seguía vibrando en los corazones de ambos y se desbordaba por los ojos en rayos de luz.

III

Adolfo está triste, muy triste; hace hoy siete días que no ve á su amada, y está resuelto á presentarse en su casa y pedir-

la por esposa á aquel caballero, que sin duda alguna es su padre.

Estaba el joven médico meditando el más oportuno medio de realizar su proyecto, cuando su criado, un muchacho listo y despabilado, subió á saltos la escalera y dijo á su amo:

—Señor, llaman á usted para un enfermo de gravedad.

—Engancha en seguida el coche, repuso el médico, y pregunta la calle y el número de la casa.

Subió Adolfo al coche y dejóse guiar por el cochero, sin ver á nadie, sin fijarse en nada, saboreando con deleitable fruición los pensamientos de amor que volaban en su fantasía.

De improviso el coche se detiene.

—Hemos llegado, señor, dijo el cochero.

Adolfo miró la calle y la casa, quedóse boquiabierto, el aliento contenido y los ojos abiertos cuanto abrirlos podía; asido de la portezuela, el pie en el estribo, y sin subir ni bajar, parecía petrificado. Repúsose al fin y clamó con tristísimo acento.

—¡Dios mío, si será ella!

Bajóse trémulo y entró por la puerta que acababa de ser abierta.

El zaguán estaba desierto, lo mismo

que el patio, y allá, en una alcoba, distinguíase el ténue esplendor de una luz, que por el azul velador que la cubría, derramaba en torno celeste claridad.

A la puerta de la alcoba hallábase el caballero de grave continente, con intensa expresión de dolor en el semblante.

—Pase usted, señor doctor, dijo á Adolfo; temo que sea demasiado tarde.

El joven médico entró á la alcoba apresuradamente, fijóse en el lecho de la moribunda, y el dardo del dolor hirióle con hondísima herida. Era ella, la adorada de su corazón, y estaba ya en agonía.

Acercóse sollozando al lecho; la enferma abrió los ojos y de ellos brotó la misma profunda mirada. Mientras la moribunda sonreía, la muerte pareció alejarse, pero volvió luego para dar el último certero golpe. Mas antes de expirar volvió á mirar á Adolfo, y levantando el brazo, le señaló el cielo con el índice de la diestra mano. Un momento después, sólo había un cadáver caliente aún, en el mortuorio lecho; el padre que todo lo había comprendido, y el joven médico, sollozando ambos dolorosamente.

Cuando Adolfo logró dominar un poco su emoción, dijo al padre de la muerta:

—Siempre fuí desgraciado en la espantosa soledad de mi alma; sin amigos, sin

padres, sin Dios, y cuando encuentro á ella, que era todo para mí, la pierdo para siempre.

—Tengo el corazón hecho pedazos, pero me inclino ante la divina voluntad, contestó el padre de la muerta. Ella espera á usted en el cielo.

Adolfo se quedó mirándole. Un tropel de ideas acudían á la mente del joven; pudo al fin llorar y con el llanto vínole repentina reacción y dijo con voz firme:

—El más tremendo infortunio me enseña en un momento lo que mis padres me hubieran enseñado en toda su vida. En él me devuelve Dios todo lo que me había quitado. Creo en El; que ella me espere en el cielo.



LA PRIMERA QUE GANO

I

En Nochistlán, cabecera del Partido del mismo nombre, en el Estado de Zacatecas, fué conocido de todos los vecinos y en los pueblos y ranchos del contorno, Anastasio Margaruz, ó Tacho, como le llamaban siempre. Era un plebeyo, cuya natural fealdad aumentaba las incontables cicatrices que tenía en la frente, mejillas, boca y nariz; en suma, en todo el rostro. Solían decir que no había cuchillo en Nochistlán que no hubiese tocado la faz de Tacho Margaruz.

Pendenciero desde niño, y siempre con adversa fortuna, habíanle herido los cuchillos de todos sin que el suyo derramara jamás una gota de sangre; pero no estaba descontento con su desfigurada faz

que de tan fea, hacía gracia, y que le había dado inmensa popularidad.

Cuando los niños lloraban mucho por necedades propias de su edad, bastaba que les dijesen: allí viene Tacho por tí, para que súbitamente callaran.

Cuando algún papá negábase obstinadamente á dar la mano de su hija á algún gandul de escaso meollo y de mucho ganado vacuno, solía decir á la enamorada nochistleca: Primero te casas con Tacho Margaruz, que con ese ranchero boca de palo.

Un día iba Margaruz por las orillas del pueblo, cuando encontró á Abundio, hombre de la plebe, á quien el mucho mezcal había sacado de quicio. Ver á Tacho y decirle tres ó cuatro palabrotas que para sus pulgas eran demasiado injuriosas, fué todo uno. Montó en cólera y retó á su adversario á singular combate.

El ofensor murmuró entre prolongados regüeldos algunas palabras ininteligibles y bambaleándose, con el cuchillo en la mano, siguió á su adversario.

Durante el camino observaba Tacho que aquel hombrazo, pues era de altísima talla, no podía ya ni con el arma que portaba. En tan lamentable estado habíale puesto el alcohol.

Lo que es hoy gano, pensaba Marga-

ruz, y ardíale la sangre en las venas, ávido de empezar la lucha.

—Aquí, grita Tacho al llegar cerca de una nopalera. Enrédase el "jorongo" en el siniestro brazo, echa el otro encorvado hacia atrás con el puñal en la mano, avanza el pie izquierdo medio paso, inclina un poco el cuerpo hacia adelante y espera la feroz acometida de aquel Goliat de pueblo. Este abalánzase haciendo equis, y antes de que pudiera levantar en alto el arma, recibe en el rostro terrible cuchillada, y cae de bruces en el suelo. Tacho, victorioso, mira á su víctima, y satisfecho entra al pueblo sin siquiera acelerar el paso.

II

El Juez de Letras de Nochistlán presumía de sagaz, y lo era en efecto, aunque menos de lo que él pensaba. Lleváronle al herido levantado en el campo por un gendarme y un vecino. Miróle el juez frunciendo el ceño, y preguntóle con gravedad.

—¿Quién te hirió?

—Nadie, señor Juez, tomé unas copitas, salí á dar la vuelta y me caí contra una piedra muy filosa que me dió la herida que ve su merced.

—No me engañes.

—No engaño á nadie, menos á la justicia.

El herido fué enviado á un departamento de la cárcel para que le curasen la herida y la calificaran dos peritos prácticos de Nochistlán, de quienes siempre echaba mano la autoridad para análogos casos.

Iba serio, pero meditaba una sangrienta venganza. Ante la autoridad callaría, él era muy hombre, y no necesitaba que el Juez castigase á Tacho; sobrábale valor para abrir en canal á quien le había ofendido.

Entretanto, por la afirmación de algunos vecinos, que habían visto al herido en compañía de Tacho, se mandó aprehender á éste, quien esperaba en la pieza contigua al Juzgado que el Juez le tomara la inquisitiva.

El letrado urdía planes y más planes para descubrir la verdad, pues sabía por experiencia que los criminales niegan obstinadamente.

Llamó á Margaruz y en un preámbulo semipaternal y semijudicial, encarecióle que se condujese con verdad, y luego clavó los penetrantes ojos en aquella horrorosa cara, como si quisiera decir al

reo: Estoy leyendo en el fondo de tu alma.

En seguida, con voz solemne preguntóle:

—¿Quién hirió á Abundio?

—Pues yo, señor Juez, quién otro había de ser, yo mismo, respondió impertérrito Tacho.

El Juez quedóse estupefacto ante aquella inesperada y categórica confesión.

—¡Tú le has herido!

—Sí, señor, yo.

Mandó el letrado á la cárcel á Tacho Margaruz, en calidad de detenido, y quedóse reflexionando. Allí había un enredo, sin duda se le ocultaba la verdad.

Al siguiente día se verificó el careo entre Tacho y Abundio y cada uno se sostuvo en su dicho.

—Me caí, decía Abundio.

—Mentira, yo le corté, respondía Tacho.

Y no hubo humano poder que de tales afirmaciones les apartase.

III

Pasaban los días, Margaruz había sido declarado bien preso; pero para el señor Juez la verdad no estaba clara; aun la confesión del reo hacíasele muy sospecho-

sa. Esforzóse entonces por averiguar si había habido testigos del hecho y supo por boca del mismo Tacho que dos rancheros halláronse cerca del lugar de los sucesos. Mandóles comparecer ante la presencia judicial y examinados que fueron, ambos declararon uniformes y contestes en presencia de Tacho, que éste había herido á Abundio.

—Ya lo ve usted, señor Juez, clamó jubiloso Tacho Margaruz, es la primera que gano y ya me la querían hacer tablas.



EL JUAN BUENO Y EL JUAN MALO.

I

Llegaron á la capital de la República dos gemelos fronterizos, ricos, buenos mozos y solteros, cuya última cualidad hacíalos interesantes y estimables para las niñas que anhelan marido.

Pedro, uno de ellos, era empedernido calaverón, y Francisco el otro, por el contrario, morigerado y piadoso, cualidades rarísimas en un joven de su edad. Mas eran tan semejantes que hasta sus más íntimos amigos los confundían.

Con ocasión de la muerte de su padre, salieron violentamente de México, y fué á vivir á la casa que ocupaban Juan Sarmiento, joven también fronterizo y poco más ó menos de la edad de aquéllos.

El barrio había sido testigo de los desórdenes de uno de los gemelos y de la buena conducta del otro, y escandalizado por aquellos y edificado por ésta, frecuentemente se hablaba en todos los hogares de los dos hermanos tan contrarios en costumbres á pesar de haber estado en el mismo materno regazo.

Ninguno de los vecinos supo la violenta salida de los gemelos.

Un día que visité á un amigo díjome que en el barrio vivían dos Juanes, el Juan bueno y el Juan malo, tan semejantes en lo físico como diversos en lo moral. Picome la curiosidad y quise conocer á los dos Juanes, lo que no me costó mucho trabajo. Persuadíme de que, en efecto, los jóvenes eran tan iguales de cara como desiguales de alma. Amante de los estudios psicológicos procuré hallarme donde ellos estuviesen, y aunque nunca logré verlos juntos, era indudable que pensaban y obraban de diverso modo, eran la genuina representación de la humanidad que es la misma en todos los tiempos y en todos los países. Me convencí, una vez más, de que esas olas de tremendas pasiones que enfurecidas rugen en el mundo, las llevamos dentro del corazón y al desierto nos acompañarían si á la vida eremítica nos consagrásemos;

y también de que la divina gracia nos sigue solícita por todas partes.

En aquellos Juanes estudié al hombre bueno y al hombre malo, el cristiano criterio tan natural que por sí mismo se yergue, grita y muchas veces se impone y el pagano criterio que arrastra con avasalladora violencia y frecuentemente hunde en el fango de todas las concupiscencias; al hombre leal y sincero sacerdote del deber y de la verdad, y al bellaco mentiroso, que á sabiendas engaña con el preconcebido fin de buscar en todo su propia conveniencia.

Vi un día en la casa del potentado al Juan malo y oíle hablar. Exageraba las buenas cualidades del prócer y arteramente ocultaba sus defectos. Allí hizo alianza con los que servirle podían para sus políticos fines y holgábase á la faz del mundo entero de tenerlos por amigos. Cuando no necesitó ya de su ayuda dióles de mano, y fuéronle odiosos cuando á sus ambiciosos proyectos se opusieron.

Soñó porvenir de ventura con una linda y virtuosa joven, pero prosperó y la prosperidad hinchóle de soberbia, y la que fué vaso de perfumes é ídolo del corazón naufragó con los recuerdos en el mar de la ambición, y el Juan malo corrió desalado en pos de nuevos amores.

En la orgía arrastró por el lodo la santa dignidad de padre, entregándose sin freno á la satisfacción de sus pasiones.

Conocí también al Juan bueno, enemigo de la lisonja, amante de la justicia y esclavo del deber. Escuché sus acertadas resoluciones y fuí testigo de su morigerada vida y de su sólida piedad. Como espoleado por el remordimiento, que apresura la reacción en el alma, víle con el corazón coronado de espinas abrir el pecho á la escondida fragancia del amor de la familia. Puros eran los conyugales afectos, divinos los consejos á los hijos y suavísima la paz del corazón.

II

Terminado que hube los negocios que tenía en la capital de la República, regresé á mi terruño sin que en muchos años supiese nada de los Juanes, pero no había olvidado la fisonomía moral de ellos, que, en cuanto á la física, era para mí una misma.

Las circunstancias llevâronme de nuevo á México, pero los vecinos del barrio donde conocí á los Juanes, se habían completamente olvidado de los gemelos, y la popular novelería que tanto habló de ellos, deshacíase hoy en elogios de Don

Juan Sarmiento, viudo, rico y caritativo, cuyas virtudes exageraba la voz pública. Quise conocerle y me presentaron con él. En el acto conocí á uno de los Juanes, sin duda que era el Juan bueno, pues aún me pareció que sus ojos tenían más exquisita dulzura y un aire de bondad bañaba todo su rostro.

Llegamos á ser íntimos amigos. Me encantaba la amena é instructiva conversación del Juan bueno, y aprovechábame de las lecciones de su experiencia. No habíamos hablado nunca de su hermano el Juan malo. Supúseme que la desarreglada vida trájole prematura muerte, y por no herir fraternales afectos, jamás pregunté por él; pero un día que en la conversación dijo mi amigo que él había sido el único varón en su familia, interrumpíle sin reflexionar y díjele asombrado:

—Si yo conocí al hermano de usted, al Juan malo como le llamaban aquí.

Miróme de hito en hito, después sonrióse con amarga sonrisa y me suplicó le refiriera cuanto supiese de aquellos gemelos.

Todo le referí con fidelidad y me escuchaba con suma atención. Cuando concluí, las lágrimas en raudal brotaban de los ojos del Juan bueno.

—Aquellos Juanes,—me dijo—eran uno

solo. Yo. En nosotros existe el hombre bueno y el hombre malo, el hijo de la gracia y el esclavo de la culpa: si en la continua y tremenda lucha triunfa aquélla, allí tiene usted al hombre bueno, si las pasiones salen victoriosas, yérguese el hombre malo en toda su espantosa deformidad. Los gemelos que usted conoció, existieron de verdad en mí mismo, pero el Juan malo murió ya por divina misericordia, y sólo queda el otro Juan para cantar la gloria de Dios. Echemos una escudriñadora mirada dentro de nosotros mismos, y encontraremos siempre á los gemelos; mas con buena voluntad, perseverancia y gracia, venceremos al malo para que el bueno pueda libremente volar hacia Dios, nuestro principio y único fin.



LA PASION DOMINANTE

I

Don Bernardino Santoyo y Viramontes, hijo de la muy noble y leal ciudad de Zacatecas, como se la llamó en tiempo de nuestros antepasados, ó de la Barranca, como la llaman los barreteros de hoy, nació pobre, muy pobre, y murió en la opulencia. Debió á su laboriosidad su fortuna, decían éstos; debióla al agio, decían aquéllos; y cuando del rico finado se hablaba, oíanse elogios por una parte y censuras por otra.

Fué Don Bernardino hombre serio y al perecer juicioso, trabajador, económico hasta la tacañería, rezador como pocos, y creyente, sin vacilaciones ni distingos, de cuantas verdades la Religión enseña; pero la codicia, que era la pa-

sión dominante del señor Santoyo y Viramontes, era también el roedor gusano de las buenas cualidades de aquél. Desde joven aficionóse á la usura, en la que vió fácil y rápido medio de enriquecerse, y aunque no cobraba un rédito exagerado, ordinariamente pasaba del límite que señalan los moralistas.

En el hogar sufrieron él y los suyos todas las privaciones de la pobreza, y el constante dolor de que podrían librarse de ellas si la férrea voluntad del avaro fuese capaz de ceder á la razón y á los ruegos. Mas no era Don Bernardino hombre que cediese ni ante la conyugal ternura, ni ante el cariño de sus hijos; los esplendores del oro tenían para él inefable atractivo y goces supremos.

Huía de todo espectáculo, no por virtud, sino por avaricia. El deseo de acumular riquezas era insaciable, mas ¡oh miseria humana! daba por razón de su alejamiento de toda clase de diversiones, la inmoralidad de la mayor parte de éstas y llegó á vanagloriarse de una privación que no le causaba molestia ni esfuerzo alguno. Y creo que no peco de exagerado si afirmo que el bueno de D. Bernardino llegó á creer que aquella abstención se la premiaría Dios nada menos que con la gloria eterna.

De vez en cuando la conciencia, que dice siempre la verdad, á despecho de todas las ilusiones y de todas las hipocresías, murmuraba algunas palabras al oído del señor Santoyo, pero hacíase el sordo. Aquella subía la voz, y por último, gritaba causando á Don Bernardino horas amargas y noches de insomnio.

En esos días murió un comerciante deudor del ya acaudalado prestamista, y, ora fuese que los negocios del muerto no caminasen bien, ora que los albaceas los hiciesen caminar mal, fué el caso que la atribulada viuda no pudo pagar algunos miles de duros que debía su finado esposo, y Don Bernardino, en unos cuantos meses, mediante el respectivo juicio, se adjudicó á bajo precio mercancías, fincas, muebles de lujo y cuanto quedaba del caudal del difunto. Y es fama que todo lo realizó á mayor precio del fijado para la almoneda sin que la necesitada viuda recibiese ni un solo peso del sobrante. Las hijas de Don Bernardino forjáronse la ilusión de que iban á poseer roperos de biseladas lunas, sillas de felpa y mesas de mármol; pero aquellos muebles, sólo unos días adornaron la escueta sala y las pobres alcobas del hogar, pues al punto que un activo corredor realizaba los objetos, llevábaselos por don-

de entraron con gran tristeza de la familia Santoyo.

II

Una noche presentóse la viudad del comerciante á pedir una caridad á Don Bernardino.

—¡Pobrecita! exclamó éste, y dirigiéndose á la mayor de sus hijas agregó: dile que pase á cenar.

Entre las cucharadas de frijoles y los tragos de atole, pues nada más cenó la hambrienta viuda, relató con vivísimos colores sus hondos sufrimientos y la miseria en que vivía.

Don Bernardino parecía enternecido, y al despedirse de él la viuda, díjole con solemnidad:

—Tome usted, señora, este socorro, y puso un duro en la diestra mano de la cuitada.

La viuda, que sabía bien cuánto había ganado el agiotista con los bienes del muerto, lloró, no de gratitud, sino de cólera, pero nada dijo, porque la miseria es tan débil como la impotencia.

No obstante aquella humillación, la necesidad condujo otra vez á la viuda á la casa de Don Bernardino, cenó la misma humilde cena, pero no recibió en dinero

ni un solo centavo. La última vez que llamó á la puerta del opulento D. Bernardino, ya no hubo para ella ni siquiera el miserable bocado de otros días. Levantó los ojos al cielo quejándose, pero sin pedir venganza, y poco tiempo después murió en el hospital. Don Bernardino contribuyó para el ataúd con cincuenta centavos, y gastó, además, un peso de una misa que mandó se aplicara por el alma de la finada.

La conciencia seguía gritando á Don Bernardino, y la misericordia del remordimiento taladrando aquel duro corazón.

El señor Santoyo resolvióse á ocurrir al tribunal de la penitencia, no sé si en busca de tranquilidad ó de perdón, pues no he podido averiguar si el anhelo de aquélla ó el de éste, ó ambos, condujéronle al fin á los pies de un docto confesor.

Tampoco sé á punto fijo si el prestamista conocía todas las consecuencias de sus pecados de avaricia, pero tengo para mí que ni siquiera las sospechaba.

Sea de ello lo que fuere, es el caso que el señor Santoyo hizo algunas medianas limosnas, y en lo sucesivo sólo prestó con el interés del seis por ciento anual, sometiéndose á las canónicas disposicio-

nes, no sin hacerse gran violencia, y aun juzgándolas tiránicas; mas respetólas á fuer de creyente y piadoso.

La pasión dominante no es de las que fácilmente se doman; agazápase para erguirse luego, y cuenta con nuestra debilidad para seducirnos y sojuzgarnos. Don Bernardino no cobraba ya más del seis por ciento anual en los préstamos, pero dábase maña para alimentar su codicia y exigía los réditos anticipados, honorarios como corredor, pues aun cuando no lo era, decía: los solicitantes, si de corredor se hubieran valido, tendrían que pagar tales honorarios, y además, y esta era la mayor ganancia del agiotista, aprovechaba la situación de los necesitados para vender caro.

—Señor D. Bernardino, díjole cierta ocasión un apurado comerciante, présteme usted dos mil pesos que sobremanera me urgen. Tengo piloncillo que realizaré en seis meses; el dinero de usted está seguro.

—No tengo más de mil quinientos; pero mire usted, quiero vender una finca que vale quinientos pesos, con ella le completo los dos mil.

Después de algunas conferencias y de inútiles gestiones del comerciante por conseguir dinero, hubo de resolverse, por

suma necesidad, á aceptar la proposición del prestamista, y comprar en quinientos pesos una casa que no necesitaba y que no valía ni la mitad del precio en que le obligaban á comprarla.

Y Don Bernardino, satisfecho de no traspasar los límites fijados por los moralistas, jactábase de la fuerza de voluntad que tenía para contenerse dentro del tolerado seis por ciento anual, y de su habilidad como vendedor, y el caudal del avaro crecía, crecía sin cesar como río que recibe constantemente los aludes desprendidos de los montes.

Así vivió y murió el señor Santoyo y Viramontes: la avaricia fué para él economía, viveza las trapacerías, prudencia la desconfianza y cumplimiento del deber las engañosas sugestiones de la pasión dominante.

Cuando murió hubo piadoso bonachón que al ver la devota cara de aquel hombre que no había tenido vicios, clamara compungido:

—¡Ha muerto un hombre de bien!

Frase que repitieron aún muchos que no eran bonachones.

Mas no faltaron quienes perdonando agravios, implorasen la divina clemencia para el muerto, diciendo:

—¡Perdónalo, Dios mío:



MAÑANA

I

Era Juan un hombre de bien, á lo menos lo aseguraban cuantos le conocían. A las ocho de la mañana asistía á las oficinas del Gobierno, donde desempeñaba alternativamente distintos empleos, según las cesantías, pues Juan había nacido (así lo decía él con amarga tristeza) para suplir las faltas de todos. A la una á comer. En casa le esperaban, siempre afables, una bella esposa y una encantadora hija, que quince minutos antes de la hora, corría de la puerta á la ventana, y de ésta á la puerta para salir al encuentro de papá apenas le divisaba. Frecuentemente las lágrimas del buen padre caldearon sus mejillas al sentir un tronado beso de su hijita, que más de una vez dejó sobre el

retorcido bigote de Juan, la miel de oloroso caramelo. Por la noche, temprano á casa, á saborear las delicias del hogar en



grata conversación, ó á leer periódicos de toda clase de ideas, pues Juan opinaba que el hombre debía saber de todo. Su esposa Luisa le reprendía, ora con dul-

zura, ora con energía, pero siempre en vano.

—Desde que te juntas con los herejes, le decía, refiriéndose á los furiosos sectarios que no faltan en los puestos públicos, lees periódicos malos y pecas, Juan, pecas indudablemente. El cura dice, y bien sabido lo tiene, que esos malditos papeles envenenan el alma, y es tan cierto, que desde que te casaste, no te has vuelto á confesar. Pascuas van y pascuas vienen, y tú en tus trece.

—Mañana, hija, mañana. Tal era siempre la contestación de Juan, que enemigo de domésticas disputas, á nada contradecía; pero los nocivos periódicos siempre sobre el escritorio ó colgados de ganchos de alambre en la pared del cuarto.

Fuera de estas nubecillas ningunas otras entoldaban el cielo de aquel hogar. El sueldo de Juan cubría modestamente las necesidades de la familia, y si no había holgura, tampoco escasez.

—¡Qué pareja tan feliz, qué niña tan hermosa!, decían los vecinos al ver los domingos temprano á Luisa del brazo de Juan y delante de ellos á la graciosa Maruja con su librito y rosario en la mano, todos en traje dominguero, dirigirse á la iglesia parroquial para asistir á misa.

El hombre honrado llamaban á Juan

algunas esposas al verle llegar todos los días á la casa á la oración de la noche. Aquel marido no reñía á su esposa, trabajaba, no tenía vicios, iba á misa los domingos y días de fiesta religiosa y amaba á su Maruja con toda el alma. ¿Qué más podía desearse?

Si hubiera estado al arbitrio de algunas pobres mujeres del barrio, que con los rostros pegados á los hierros de las ventanas oían cantar el gallo más veces que San Pedro, sin que el ausente esposo se condoliera de ellas, canonizarían á aquel honrado vecino.

En cierta ocasión (era un cinco de Febrero), que los amigos y conocidos de la familia de Juan le vieron muy erguido y peripuesto, desfilar en la procesión cívica, empuñando el estandarte de una asociación mutualista, algunas devotas murmuraron entre dientes, y una de ellas aun se santiguó al ver en los bordados del estandarte signos que á ella le parecieron masónicos; pero las contuvo la terminante declaración de la más desvelada de aquellas mujeres, que afirmó, hasta con juramento, que Juan era un santo, mientras al esposo de la declarante, si no se corregía, llevaríanselo todos los diablos. Aun Luisa al ver ese día á su caro Juan, frunció el ceño, pero perdonóle aquel pe-

cado (el de portar el estandarte con escuadra y compás) en gracia del donaire con que lo llevaba. No contribuyó poco á la indulgencia de la esposa, la rubia Maruja, que aplaudía á papá con todas sus fuerzas clamando: ¡qué bonito está papá!

De tarde en tarde el señor cura visitaba la casa de Juan, quien le recibía siempre con afabilidad. Tolerábale alguna que otra chanzoneta que el sagaz párroco le dirigía para sondear su corazón. Las miradas de Luisa y del sacerdote encontrábanse frecuentemente. Un buen observador hubiera descubierto entre ellos secreta alianza; sin duda conspiraban para vencer la apatía de Juan en arreglar su conciencia. Cuando el cura, con finísima discreción y diplomacia llegaba al punto deseado, estrellábase su apostólico celo ante la fría respuesta de Juan:

—Mañana, padre, mañana; pero ese mañana no llegaba nunca.

Juan no era impío. Creía, según repetidas veces había dicho al señor cura, todos los dogmas de la Iglesia Católica. Nunca faltaba su donativo para el monumento del Jueves Santo, y alguno que otro domingo, dejaba caer casi á hurtadillas, un vigésimo en el plato del monaguillo que colectaba la limosna.

¿Cómo estaba la conciencia de Juan? Su esposa le vió una vez estremecerse al abrir un vetusto libro del P. Parra: "Luz de verdades católicas," que encontraba en el escritorio, en el buró, en la mesa del comedor, en las sillas de la sala, en todas partes. No parecía sino que aquel tremendo libro habíase convertido en la sombra de Juan, y, ¡extraña coincidencia! abríale siempre en la misma página, y aunque quitara la señal en ella puesta, en la próxima ocasión volvía á encontrarla donde mismo, y leía á su pesar, aquellas terribles palabras de la Sagrada Escritura: "Me buscaréis y no me hallaréis y moriréis en vuestro pecado."

II

¿Por qué se estremecía Juan? El no era reo de ninguno de esos grandes crímenes que roen terriblemente y sin cesar la conciencia. Era honrado á carta cabal, de esos hombres de bien que abundan en este miserable mundo; basta que no hagan nada pública y notablemente malo para que sean tenidos poco menos que por santos, aunque dejen á Dios el último lugar. Tal era Juan. ¿Robar? ¡Imposible! ¿Dónde iría á dar su bien sentada fama? Uno que otro peso de más en las cuen-

tas por supuesto gasto ó por estudiada equivocación, siempre que la nómina estuviese bien aritméticamente, no valía la pena de tomarse en consideración ni de que remordiese la conciencia. Eran esas faltas, según Juan, "pecata minuta," con una poca de agua bendita quedaban perdonadas.

Tampoco valían la pena las maliciosas sonrisas del empleado público cuando sus colegas, entre cínicas obscenidades, destrozaban la honra de respetables personas. Qué tiene de particular una sonrisa, decíase Juan; y si la conciencia gritaba, él respondía encogiéndose de hombros: Vaya, eso lo dicen todos.

Verdad es que varias veces, por ausencia de su superior había firmado injustas órdenes de aprehensión emanadas del espíritu sectario, pero eso eran exigencias del puesto que interinamente ocupaba, y de ninguna manera cosa de Juan, que era tan católico como Ripalda. Allá se las hayan ellos, decía, cuando la conciencia le citaba á juicio; y ese ellos se refería á los empingorotados directores de la política.

Tiempo hacía ya que Juan, con maña, había dado á entender á su superior que los servicios por él prestados en distintos é importantes empleos, hacíanle merecedor de obtener en propiedad uno bueno.

El prócer no recibió mal la solicitud del pretendiente y aun le dió una palmadita en el hombro, llamándole Juanillo. Aquella palmadita súpole á gloria: era una esperanza, quizás un porvenir.

Pasados algunos días, el encopetado prócer ofreció á Juan un cigarrillo y conversó con él familiarmente. El asunto marchaba á pedir de boca y Juan juzgó que no sólo obtendría en propiedad el anhelado empleo, sino que sería éste de los mejores. Al despedirse con la mayor cortesía posible, su amo puso en las manos de Juan un folleto.

—Lea usted, le dijo. Es el catecismo de una Sociedad de beneficencia; los que á ella pertenecemos, nos ayudamos siempre, y yo quiero que usted pertenezca á tan benemérita Asociación.

Cogió Juan, trémulo por la emoción, aquel cuadernillo y, turbado, repuso:

—Gracias.

En la noche no pudo conciliar el sueño, pero se guardó bien de decir á su esposa lo que le había pasado. La exaltada imaginación del empleado veía escuadras, compaces, mandiles, y de vez en cuando, aparecía de súbito ante sus ojos el templo donde había hecho su primera comunión. Veía aquel limpio altar blanco y oro sobre el que se elevaba ensangrentado y

con los brazos abiertos, el Santo Crucifijo, y Juan temblaba medroso. Parecíale aspirar el suave perfume que embriagó su alma el memorable día en que dió albergue dentro del pecho á Dios oculto bajo las sacramentales especies. Veía el zaguán de la casa paterna regado de flores, y esplender en el semblante de sus padres la alegría de los ángeles. Maquinalmente púsose de hinojos como para recibir la paternal bendición. Imaginóse que de los labios del anciano que había salvado ya la frontera del tiempo y llegado al océano sin lindes de la eternidad, salían estas palabras:

—Reconcíliate con Dios.

Y Juan, fatigado, nervioso, clamaba:

—Mañana, padre, mañana.

La luz de la aurora disipó los fantasmas de la noche, y Juan recobró la tranquilidad. Cuando después venía á su memoria el recuerdo de aquella noche, proponíase confesarse, pero no cumplía su propósito.

Pasados algunos días, preguntóle su superior si había leído el catecismo masónico.

—Sí, señor, contestó Juan.

—¿Seréis de los nuestros?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Mañana.

Con esta misma contestación iba aplazando su ingreso á la masonería, y entretanto, no sólo no mejoraba de empleo, sino que presentía que iba á perder el que interinamente desempeñaba.

El primer obstáculo que se presentó ante Juan para afiliarse en la secta masónica, fué su religión, pues Juan era, en efecto, católico, y repugnábale una secta condenada por la Iglesia; pero poco á poco fué disipándose aquel escrúpulo en la atmósfera que le rodeaba y con la esperanza del medio. Dios sabe, decíase, que si accedo á las instancias de mi superior, no es por ofender á su Divina Majestad, sino por mi familia. Soy padre, tengo esposa é hija, por otra parte, no creo nada de esas ridiculeces de que circunstanciadamente nos habla Taxil.

El segundo obstáculo era la esposa de Juan, su amable Luisa, tan buena y piadosa, que no había cometido más delito que amar demasiado á su esposo. Va á extrañarme, pensaba, las noches que tenga que asistir á las tenidas, y entre ella y el cura averiguarán la verdad en un santiamén, estoy seguro. ¡Si leen en mi pensamiento y nada puedo hacer sin que lo sepan! Animábale, sin embargo, la esperanza de que con bien estudiados pretextos, asis-

tiría muy pocas veces á las tenidas, y con estos pensamientos pasó varias semanas.

La mirada del amor suele ser más penetrante que la del genio. Luisa adivinó hasta en el más ligero pormenor la lucha que sostenía Juan, participóselo al cura y una noche emprendieron contra aquél formal campaña.

—Prefiero la miseria, Juan, antes que tu apostasía, clamaba la esposa con indecible aflicción. Trabajaré mucho, mucho, y Dios bendecirá mi trabajo. El pan más duro será ablandado por mis lágrimas; los besos de tu hija y el afecto de tu esposa llevarán á tu corazón más gozo y consuelos más puros que todas las riquezas de la tierra.

Juan lloró como un niño y juró por todos los santos del cielo que al día siguiente, muy de mañana, se confesaría lo mejor que pudiera y que al cumplir la quincena renunciaría su empleo.

El experto cura le instó para que la confesión se verificase inmediatamente, y quizás hubiera conseguido vencer la obstinación de Juan, pero fué llamado con urgencia por uno de sus feligreses que estaba en artículo de muerte y quería recibir los auxilios espirituales. Despidióse de Juan, prometiendo volver esa misma noche.

El señor cura no volvió y los esposos, terminado que hubieron la cena, retiráronse á sus habitaciones, ambos pensativos. Ninguno pudo conciliar el sueño. Juan estaba impresionado; Luisa, á pesar de la formal promesa de su esposo, hallábase medrosa, presentía algo horroroso. Hasta la inocente Maruja dormida sollozaba y se estremecía junto al regazo de su madre.

A la madrugada Juan quedóse dormido, y fué necesario despertarle porque se aproximaba la hora de entrar á la oficina. Pálido y ojeroso se levantó, vistióse aceleradamente, contra su costumbre arregló su "toilette" en un minuto, mal se desayunó y despidióse cariñosamente de su esposa, reiterando su promesa del día anterior.

Luisa quedóse muy inquieta: el señor cura no había vuelto, y apenas salió Juan, envió al curato urgente recado al señor cura.

¡Con cuánta impaciencia esperó la vuelta del criado! Mas ¿cuál sería su aflicción al saber que el virtuoso sacerdote había amanecido enfermo y por prescripción del médico no saldría de casa?

Este incidente hizo que Juan, no obstante los ruegos de Luisa, difiriera el arreglo de su conciencia hasta que se res-

tableciese el señor cura. Pasaron muchos días, la salud del sacerdote mejoraba paulatinamente y el tiempo iba borrando del corazón de Juan las pasadas impresiones, hasta disiparse la tristeza que por algunos días sombreó su frente.

III

Terminó la quincena y Juan no renunció su empleo; era preciso esperar á conseguir un destino cualquiera, y el señor cura habíase comprometido, bajo palabra de honor, á colocar á Juan, y ya se sabía que aquel santo anciano era esclavo de su palabra. Luisa condescendió, aunque con repugnancia, á que su marido siguiera en su empleo por otra quincena.

Un día, apenas llegó Juan á la oficina, le habló el superior, puso en las manos de aquél el nombramiento que le colocaba en lucrativo puesto; sólo faltaba la firma. Juan se deshizo en frases de agradecimiento hacia su bienhechor; mas éste, por única respuesta le dijo:

—No hay ya entre nosotros ni superior ni inferior; hoy mismo seremos hermanos. Propuse á usted para socio de la logia "Inmortal," y hoy mismo será la recepción de usted. Hoy comeremos juntos, en-

víe un recado á su casa para que no le esperen.

Juan inclinó la cabeza é iba á salir, cuando le detuvo su interlocutor.

—Espere usted, le dijo, aun no firmo; y en presencia de Juan firmó, rubricó y selló el documento que el empleado, atónito, tenía aún en la mano.

Entretanto, la graciosa Maruja, pegada á los hierros de la ventana de su casa, se impacientaba de la tardanza de su papá, y Luisa, con mucha inquietud, daba constantemente vueltas á la puerta de la calle. Un mozo detúvose ante ella, saludóla y le dijo:

—De parte del señor don Juan aviso á usted que no le esperen á comer, pues un negocio muy urgente le impide venir.

—¡Que no viene Juan! ¿Dónde está Juan? Y la pobre Luisa abrumó al criado á preguntas, sin poder averiguar nada.

—¿No viene papasito? exclamó Maruja, asiéndose á dos manos de la falda de Luisa.

—No, hijita; pero vamos á traerle; y esposa é hija salieron de la casa.

Luisa comprendió dónde se hallaba Juan y sin vacilar, dirigióse á la casa de su superior en la oficina, pero supo que ni éste ni aquél habían ido en todo el día. Triste, cansada, con su hija en brazos y

sin haber probado alimento, regresó á su casa á la oración de la noche, después de haber buscado á su esposo por todas partes.

Era la media noche cuando llamaron á la puerta de la calle; Luisa se estremeció, oyó que abrieron y penetraron hasta el fondo de su corazón las voces de gente que acompañaba á Juan. Oía frases de congratulación. Desvistióse aceleradamente, metióse en la cama y fingió dormir.

Nada le diré hoy, pensó; pero mañana saldremos de aquí para no volver jamás.

Sintió á Juan acostarse, oyóle despedir al mozo diciéndole que no cenaba; que había comido ese día mucho más de lo que acostumbraba, y pasado un rato, parecióle que dormía y aun creyó que soñando le decía Juan: mañana, Luisa, mañana.

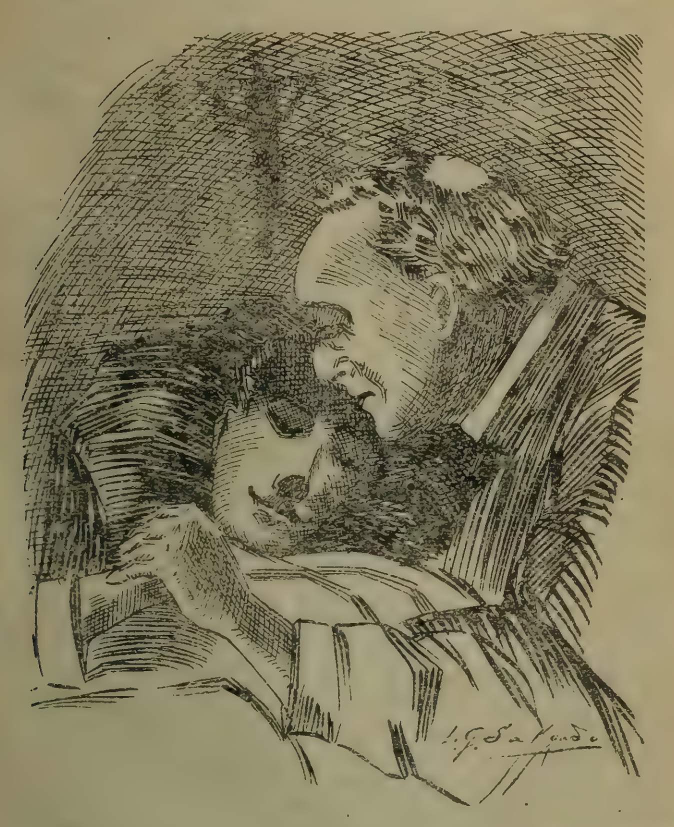
La fatiga, la desvelada, rindieron á Luisa y quedóse profundamente dormida.

Entraba ya de lleno el sol en la alcoba de la afligida esposa, cuando pálido aun y con las huellas de reciente enfermedad, llegó á la casa el señor cura.

—Ave María, dijo, ¿dónde está esa gente? Mi primera visita es para ustedes.

—Allá voy, allá voy, contestó Luisa, que despertó á la voz del sacerdote. Este

en pie, junto al escritorio, abrió el libro del P. Parra, y encontróse con aquellas tremendas palabras: "Me buscaréis y no



me hallaréis y moriréis en vuestro pecado."

De repente oyó en el cuarto de Juan un grito de dolor, abre de un golpe la puerta,

se precipita dentro y Luisa tras él. Esta, al ver á su esposo, cae por tierra presa de indecible angustia. Juan, frío, rígido, amoratado, con la mitad del cuerpo fuera del lecho, había dejado de existir.

Maruja soñaba á su papá como le había visto aquel 5 de Febrero, y murmuraba semidormida: ¡Qué bonito está papá!

El ministro de Dios quedó como petrificado, mudo por el dolor y la sorpresa, y cuando volvió en sí, dos raudales de lágrimas brotaron de sus ojos y maquinalmente repitió aquellas terribles palabras: "Me buscaréis y no me hallaréis y moriréis en vuestro pecado."



LA CASA DE LOS ESPANTOS

I

Muchos años ha, según refiere una tradición, había en cierta calle céntrica de México un caserón, cómodo, de antigua arquitectura y que producía á su dueño pingües rentas. El vecindario dió y tomó en que en aquella casa había espantos, y en breve fué desocupada. Los pocos solicitantes, al saber que espantaban, devolvían las llaves á toda prisa. El propietario que, como el noventa y nueve y tres cuartos por ciento de los descendientes de Adán, amaba el dinero con entusiasta cariño, entristecióse sobremanera por la disminución de sus rentas.

Bajó el precio del alquiler, puso llamativos anuncios en los balcones y mandó publicarlos en los periódicos de más cir-

culación; pero todo inútilmente, pues México entero señalaba ya con el dedo la casa de los espantos, y no pocos sentían calosfrío al pasar frente á ella, y apresuraban el paso temerosos de que un duende sacase la garra por las rendijas de las ventanas y les hiciese algún desaguisado.

Don Sóstenes Berúmen, propietario de la casa, esforzóse por venderla, aunque rebajase parte de su justo precio pero no hubo quien por ella ofreciese ni siquiera mezquina cantidad, á pesar de las gestiones de activísimos corredores.

Un día presentóse en la casa de Berúmen doña Brígida Palafox, viuda, heredera de un exiguo capital que en timbres, abogados, impuestos, se desvaneció como humo, dejándole aun el cisco de algunas deudas. Acompañaba á la viuda su hija Natalia, joven de negros ojos, más matadores que los triunfos en los jüegos de naipes; de burlona sonrisa, capaz de dar grima á los duendes, y majestuoso continente que revelaba ilustre prosapia. Esta niña, pensó don Sóstenes, nació para mandar: en un convento sería la abadesa; en un colegio la directora; en un batallón de amazonas la coronela.

—¿En qué puedo servir á ustedes? di-

io después de responder al cortés saludo que le dirigían.

Las mujeres viéronse con una mirada de inteligencia; habíanles asegurado que aquel viejo tacaño y marrullero era un ogro, y la dulzura de su voz, la humildad de sus palabras y la afable expresión del rostro desmentían la pública fama.

¡Calumniadores! dijo para sí doña Brígida; pero no reflexionó que iba acompañada de su hija, y que ésta tenía en la faz dos centellas capaces de imponerse al histerismo personificado.

—Venimos, dijo la viuda, á solicitar de usted una vivienda pequeña y no muy distante del centro, donde podamos habitar mi hija y yo. Vivimos de nuestro trabajo y no podemos pagar subido alquiler; pero nos esforzaremos en ser puntuales en el pago.

Una idea pasó entoces por la mente del propietario, y acogiéndola con fruición, repuso después de algunos momentos:

—Con buena voluntad voy á ayudar á ustedes en su pobreza. Vivirán en magnífica y céntrica finca, sin pagarme nada de renta. Eligen las piezas que gusten, y si arriendan las demás, pagaré á ustedes los honorarios de recaudación; y ofrecióles la casa de los espantos.

Las solicitantes pronunciaron vehementes frases de gratitud y cogieron emocionadas las llaves, que les entregó don Sóstenes.

Al despedirse, Natalia, sin dejar su burlona sonrisa, dijo al propietario:

—Nos han asegurado que en esa casa "espantan;" pero nosotros no tenemos miedo á los espantos.

—Bien, muy bien, contestó don Sóstenes satisfecho.

II

Allí están ya madre é hija instaladas en la casa; sólo ocupan dos piezas: la sala y la recámara á ella contigua. La primera noche recogiéronse muy temprano, pues traginaron todo el día, acomodando sus escasos muebles.

Estaban ya arrebujadas en sus respectivos lechos, cuando parecióles que la puerta de la sala, que daba á un amplio corredor, se abría de par en par. En aquel momento dió el reloj de la Catedral las ocho de la noche. Pusieron atento oído y claramente percibieron pasos de alguien que iba y venía del uno al otro extremo de la sala, que estaba á obscuras. Doña Brígida se alarmó mucho, pero calmóla Natalia.

—Duérmete, mamá, le dijo, son los duendes. No nos hemos de levantar por ellos. Mañana, si vuelven, tendremos el honor de recibirlos.

Pasado un rato, oyeron que los pasos resonaban en la escalera y el eco de ellos repercutía en las desiertas piezas. Después, el profundo silencio de la noche, y la anciana y la joven durmiéronse tranquilamente.

A la siguiente noche, Natalia dijo á su madre:

—Me parece, mamá, que el espanto ó alma en pena que vino anoche, volverá hoy á la misma hora. Creo que conviene hacernos de la vista gorda, salvo el caso de que nos dirija la palabra. No tengo miedo; por el contrario, satisfaría mi curiosidad conociendo á un espanto.

Madre é hija cosían, y en una mesa cerca de ellas colocada, ardía una lámpara que escasamente alumbraba el vasto salón.

A las ocho de la noche en punto abrióse como la víspera la puerta de la sala, y aunque Brígida y Natalia nada vieron, oían perfectamente los pasos que hacia ellas se encaminaban y que se detuvieron cerca de la luz; percibieron la voz de alguien que rezaba en latín.

Doña Brígida sudaba frío, Natalia es-

taba hondamente emocionada. El rezo duró como una hora y el invisible rezador, concluído que hubo, fuese por donde se había ido la noche anterior.

La siguiente noche, á la misma hora, llegó el devoto dirigiéndose inmediatamente á donde estaba la luz; mas no era ya invisible, las dos mujeres vieron á un hombre alto, cenceño, de faz severa y afligida, y por la sotana que portaba, comprendieron que era sacerdote.

Poco á poco se fueron acostumbrando á la cotidiana nocturna visita, y para trabajar con más tranquilidad, pusieron vela en una mesa colocada en uno de los ángulos de la sala. Hacia ella encaminóse en lo sucesivo el sacerdote, la visita del cual llegó con el tiempo á no impresionar en lo más mínimo á las moradoras de la casa.

Transcurridos algunos meses, el nocturno visitante, al concluir su rezo, cortó la primera hoja en blanco de su breviario, trazó algunas líneas sobre ella, dejóla sobre la mesa, y extendiendo el brazo señaló á sus buenas amigas con el índice de la diestra mano, el papel que dejaba escrito y desapareció para no volver jamás.

Natalia fué la primera en acercarse á él, leyó para sí y luego en voz alta:

"Señor Don Sóstenes Berúmen.

Presente.

Estimado hermano:

Durante mi vida de sacerdote omití algunas veces y otras recé mal el Oficio Divino. Por misericordia de Dios fuí condenado á llenar las omisiones y á reponer las oraciones mal rezadas, en la misma casa en que viví, con la condición de que estuviese habitada. Doña Brígida Palafox y su hija fueron las únicas que me facilitaron el cumplimiento de esta pena. A ellas debo salir del Purgatorio.

Te ruego que, por la memoria de nuestro padre, les hagas donación **de la casa** que habitan, pues hállanse en suma necesidad."

III

A la hora de despacho estaban Doña Brígida y su hija en la casa del rico propietario, á quien, después de saludar, entregaron la misiva de ultratumba.

¡Oh Dios, y qué aspavientos hizo el señor Berúmen! Frunció el ceño, levantó iracundo la voz, apostrofó á sus prote-

gidas. Había aparecido ya el ogro de que hablaba la pública fama.

—¡Han falsificado ustedes la letra y firma de mi difunto hermano! clamaba colérico. ¡Superchería y nada más que superchería!

Y entre denuestos arrojólas de su presencia, previniéndoles que en ese mismo día desocuparan la casa

Y no paró allí el enojo del señor Berúmen, sino que presentó formal querella ante el Juzgado de lo Criminal, y cuàndo la viuda y su hija liaban los bártulos para mudarse, el Juez se presentó ante ellas para tomarles su inquisitiva. Oyó la singular historia que de referir acabo, y el togado señor quedóse perplejo.

Parecióle que para sentar el auto cabeza de proceso necesitaba examinar al autor de la firma, pero la humana justicia no traspasa el linde del sepulcro. Anhelaba, por otra parte, obsequiar los deseos del señor Berúmen, de que los impostores fuesen encerrados en la cárcel, pues antaño como ogaño, no falta á querellante rico, Juez benévolo y complaciente.

Decidió, por último examinar al vivo en defecto del muerto; mandó á la señora Palafox y á su hija que subieran

al coche que le había conducido á la casa de los espantos, y Juez, secretario, curial, y las dos pobres mujeres acomodáronse en él como pudieron.

Berúmen estaba en su despacho. Recibió al Juez con aduladora sonrisa y con despecho á las señoras.

—¿Es esta la firma del hermano de usted? dijo con solemnidad el letrado.

—Es igual, enteramente igual, contestó el interpelado, pero no puede ser de él porque los muertos no firman.

—Firmó delante de nosotras, afirmaron á la vez las procesadas.

—Ni siquiera conocen á mi hermano, ni en su vida le vieron jamás.

Don Sóstenes acercóse al Juez y díjole algunas palabras al oído.

—Magnífica idea, contestó el licenciado; vamos allá.

Y Juez, secretario, curial, acusador y acusadas salieron del despacho, y después de atravesar un gran patio y un corredor, entraron á una extensa galería con multitud de retratos colgados en las paredes.

—Aquí tiene usted, señor Juez, los retratos de toda mi familia; abarcan tres ó cuatro generaciones. Díganme las señoras de cuál de ellos es la firma.

Las acusadas empezaron á recorrer las paredes, fijándose atentamente en los magníficos cuadros. De repente, á una voz, señalaron ambas el de un joven elegantemente vestido.

—Este es el que firmó; pero vestía de sacerdote.

Don Sóstenes se puso lívido, abrió cuanto pudo la boca y los ojos, y cuando la primera impresión húbose debilitado, trémulo exclamó:

—Señor Juez, retiro mi querella, lo que estas señoras aseguran es verdad.

—Me alegro, me alegro. El caso jurídico es muy raro y sobremanera morrocotudo. Ni la Novísima Recopilación, ni el Fuero Juzgo, ni las siete Partidas de Don Alfonso el Sabio, ni ninguno de los vetustos infolios que al dedillo conozco, legislan acerca de los duendes. No les dedican á esos misteriosos espíritus ni la más mínima palabra.

IV

Al siguiente día, mediante la respectiva escritura de donación, la señora Palafox y su hija eran dueñas del magnífico caserón, y no tardaron en ser rentadas las viviendas, pues súpose en toda la ciu-

dad la singular historia que de referir acabo. Nadie temió que el espíritu bajase del cielo á visitar gentes tan tontas y casquilucias como las de este mundo, inclusive las que se llaman sabias; pero á la casa se le siguió llamando por mucho tiempo "La casa de los espantos."



¡NO MAS COMEDIAS!

I

Corren los postreros días del año de mil ochocientos y pico y alborotados andan los vecinos de Analco, en la ciudad de Durango. Anúncianse las representaciones de coloquios y pastorelas que, contra la opinión de un docto sacerdote, ha organizado el señor Don Jerónimo, ferviente católico, á beneficio de la iglesia parroquial de San Juan Bautista, pues años van y años vienen sin que se pueda concluír. Fáltanle las dos torres que según el plano debe tener, los altares y el decorado, y los feligreses, tan activos y dadivosos cuando empezó la obra, están hoy indiferentes ó rehacios.

Es necesario arbitrarse recursos, y Don

Jerónimo, honorable feligrés de aquella antigua parroquia, el alma del culto y de las obras materiales, á las que ha consagrado todos sus esfuerzos, formó una compañía para las próximas representaciones. El cantor, los monaguillos, el gandul que estira los fuelles del órgano, el sacristán y algunas beatas, componen la flamante compañía. No hay en ella más persona extraña que el herrero Zenón, alto, de subido color trigueño, narigudo, bocón, de sobresalientes pómulos y ojos chiquirritines y meneadores, que chispean como la fragua, y que va á hacer el papel de diablo en las pastorelas, con gran contentamiento de señora Apolonia, esposa del herrero, que está segura de que Zenón hará un diablo nunca jamás visto.

Háse alquilado un antiguo mesón de gran patio. En el fondo se levanta un tablado para el escenario. El telón tiene fondo azul y cenefa color de rosa y amarilla, y en el centro una cara fenomenal, de enorme boca abierta, en la que el tizne y el bermellón han querido semejar humo y fuego. Es obra del sacristán, que por primera vez cultiva el arte de Apeles por expresa orden del señor Don Jerónimo, á quien todo el barrio ama, respeta y hasta venera.

Pintó, además, una decoración de sala y otra de bosque, que no le van en zaga al telón; pero donde el pintor agotó su ingenio fué en la decoración del infierno. En los bastidores y bambalinas, había sapos, culebras, alacranes y qué sé yo cuántas alimañas y en el telón de fondo, un volcán en erupción alrededor del cual los demonios atormentaban á los réprobos encadenados.

Las piezas preparadas y muy bien ensayadas para la representación, eran: "Adán y Eva," "San Alejo" y la "Venida del Mesías," y como el empresario, á pesar de que le habían dicho: no es bueno el dinero de las fiestas profanas para las obras consagradas á Dios, no dudaba que por el piadoso objeto en que se invertirían las utilidades, aquellas obtendrían varias representaciones, parecióle que eran suficientes para la temporada de invierno, bastante crudo en aquel año.

Para amenizar las veladas preparó también un par de sainetes, y prometíase que harían al público desternillar de risa. Descollaba en estos sainetes, Bonifacio, travieso monaguillo, y Petrita Vázquez, muchacha sandunguera, con más sal que el jamón, según afirmaba Don Jerónimo. Era morena, de vivos almen-

crados ojos, boca grande, de gruesos labios, baja de talle y muy bien formada. He aquí á la primera dama de la compañía.

La madre de Petrita era la característica. La pobre mujer había vivido siempre recluída en su hogar y no sabía de la misa la media, es decir, no tenía ni pizca de conocimiento de las fórmulas sociales. Aunque de pocas pulgas, era buena y sencilla, y en recuerdo de su difunto esposo accedió á las instancias de D. Jerónimo, pues según pregonaba la fama aquél había sido por muchos años el indispensable diablo en todas las pastorelas, y como diablo no tuvo nunca rival. Además, quería llevar su contingente á la buena obra que se preparaba, segura de que su sacrificio al exhibirse en público, le alcanzaría el perdón de sus pecados, la mayor parte de los cuales eran de tontería, es decir, por ésta originados, pues si el ser tonto fuese pecado, míseros de nosotros, estaríamos condenados en vida.

II

La calle que bajando el puente de Analco conduce al templo, está llena de curiosos. Frente al mesón, en altos mecheros,

arden astillas de "ocote" y en el pretil de la azotea, candilejas de aguarrás. Media docena de pitofieros tocan en el zaguán una pieza tras otra, hasta agotar su repertorio, y los muchachos saltan gárrulos y alegres.

Don Jerónimo no pesa una onza: va de aquí para allá y viene de allá para acá, ora dirige un piropo á los músicos ó una palabra de aliento á los actores; ora ordena que los asientos en el patio se coloquen bien; ora da á Petrita una untada de albayalde en la cara y otra de carmín en las mejillas; ora, en fin, ayuda á nuestro padre Adán á embutirse el traje de media más estrecho que los calzoncillos de un avaro.

Los durangueños, inclusive los más empingorotados, hicieron honor á la invitación de Don Jerónimo, y el patio del mesón, alumbrado también con candilejas de aguarrás, está rebosante de concurrentes.

A las ocho en punto suena la campanilla, y los músicos lanzan al aire las notas de sus instrumentos. Después, álzase el telón y preséntase á la vista de los espectadores el paraíso terrestre. En el centro está el malhadado árbol que produjo la fruta que todavía amarga hasta á los que no la comimos, y la maldita

serpiente en él enroscada abre las mandíbulas, y en los largos y agudos dientes sostiene la mortal golosina.

Aquel paraíso no cautiva á los espectadores, no obstante que Don Jerónimo afirma que la perspectiva es encantadora; pero los concurrentes están de guasa y aplauden frenéticamente. Este aplauso desterró la vergüenza de los noveles cómicos, que empezaron á declamar á gritos. Notábase que los actores no hallaban qué hacer con los brazos; indudablemente para hablar necesitaban sólo de la boca, ¿para qué los querían? Tal embarazo desapareció tan luego como en la escena hubo dos ó más personajes, pues todos seguían los ademanes del que hablaba, con gran placer de los oyentes, que entusiasmados palmoteaban.

En la representación de "Adán y Eva ó Nuestros Primeros Padres," no hubo más de dos incidentes dignos de mención, Uno de los monaguillos, que hacía pocos meses había perdido á su padre, fué silbado por algunos muchachos díscolos con motivo de un tremendo "lapsus lingüe," y en la misma escena dijo llorando á uno de sus compañeros:

—Ya lo ves, estos son los resultados de la muerte de mi papá.

El otro hubiera tenido graves conse-

cuencias, á no ser por la oportunidad y rapidez con que cayó el telón. Las cintas del vestido de punto de hilo de nuestro padre Adán estaban detenidas de una flor de papel de china colocada en el centro del estómago. El público vió en esto un adefecio y el más atrevido de los espectadores, ahuecando las manos en los extremos de la boca, gritó:

—¡Que se quite nuestro padre Adán esa flor del ombligo!

Una carcajada sonora y prolongada contestó aquel grito, y poco después varios en coro repetían:

—¡Que se quite nuestro padre Adán esa flor del ombligo!!!

Y nuestro padre Adán, impertérrito, seguía declamando más entusiasmado que nunca; pero acércase á uno de los bastidores, tras del cual estaba Don Jerónimo, y excitado, nervioso. saca la diestra garra, arranca la flor y..... cae el telón.

Las risas de los concurrentes ya no tuvieron límite; los hurras y los bravos sucedíanse sin interrupción. Varios de los concurrentes, golpeando el suelo con los pies y con los bastones, clamaban:

—¡Otro, otro!

Y los pitofleros de "motu propio" to-

caron diana, acto que les valió un anatema de Don Jerónimo.

En el coloquio de "San Alejo" la gente sencilla lloró enternecida con el triste é interesante argumento sacado de la vida del santo; los demás concurrentes divirtiéronse mucho con los tipos cursis. Sólo Petrita arrancó legítimos aplausos, pero su madre llevó un susto terrible. En lo más animado de la representación, quiébrase una de las no muy resistentes tablas del escenario, y la pierna derecha de la característica húndese y desaparece, y sostiénese apenas, hincada en la rodilla de la otra. Don Jerónimo sale corriendo de entre bastidores y da la mano á la actriz para que salga del atolladero. Esta, con mucha calma, da una lengüetada á la palma de los dedos de la diestra mano, y á la vista del público úntase la saliva en la rasgada pantorrilla.

Aquella escena, según la frase de un espectador, valió por toda la pieza y la hilaridad fué interminable.

III

Para asistir á la pastorela hay inmenso alboroto; á las seis de la tarde estaban agotados los boletos y fué necesaria la intervención de la policía para impedir

la entrada á muchos que por fuerza querían penetrar al patio.

Apolonia, desde las cuatro de la tarde ocupó su asiento anhelante de ver á su esposo, el maestro herrero, en el honorífico papel de Satanás. Iba bien provista de cacahuates y piloncillo para entretener la impaciencia de la que espera algunas horas.

El maestro herrero tenía un vocejón capaz de causar alferesía á todos los niños del barrio, y como se puso cuernos y cola, estaba hecho un verdadero demonio. El libreto de la pastorela había sido adicionado por Don Jerónimo con parlamentos de otros libretos y escenas de las que más interesantes le parecieron. Era una miscelánea digna de aquella velada.

Al salir Zenón del infierno echando chispas, fué recibido con nutridísimos aplausos. Hablaba con lentitud y acompasadamente, quizás por la costumbre de oír la regularidad de los golpes del martillo. Aquello fué una sorpresa; el herrero superaba sin duda á todos los actores, y aun los más exigentes admitieron que Zenón revelaba grandes aptitudes para el teatro.

Al final de un acto, Lucifer tenía que montar en un caballo volador para ir no sé á qué regiones á hacer sus diablu-

ras. Mas he aquí que el caballo que, sostenido por gruesas reatas, bajó bien del techo, no pudo subir con la misma facilidad, y quedóse suspedido en los aires á la mitad del camino con Zenón en él montado, quien asido á dos brazos del cuello del alado animal, se inclinaba, haciendo horribles muecas, ya hacia adelante, ya hacia atrás, según que las cuerdas movían al caballo, y por último, cayó en medio del foro con todo y la bestia, porque uno de los muchachos soltó la reata y Bonifacio solo no pudo con el peso del diablo y su cabalgadura, y á no soltar la cuerda, hubiera también caído.

La ovación fué inmensa, pero al maestro herrero súpole á cuerno. Apenas cayó el telón, asió por un brazo á San Miguel, que había sido el autor de tamaño desaguisado, y en la feroz contienda, á diferencia de la que hubo en el cielo, quedó victorioso el diablo, cuyos bríos no pudieron domar ni el coro de ángeles formado por los alumnos de la escuela parroquial.

La madre de Petrita, desde las primeras escenas, vió de reojo al maestro Zenón. Hacía un diablo muy aceptable, y esto era en desdoro de la gloria del difunto esposo de la característica.

Apolonia, al ver la terrible caída de

su esposo, atravesó presurosa por entre la concurrencia, subió al escenario y puso como nuevo á Bonifacio, que hacía de San Miguel.

—¡Calle la boca de escorpión! repuso la característica. ¡Como si el marido de usted fuese tan buen diablo! Diablos irán y diablos volverán, pero diablo como mi difunto esposo no ha habido ni habrá otro en todo Durango.

Aquellas palabras fueron chispa eléctrica para Apolonia, y tras de la riña del herrero y el acólito, siguió la de Apolonia y la de la característica, á mordiscos y arañazos, y Don Jerónimo, con toda su energía y oportuna intervención, no podía separar á las contendientes.

Así terminó la temporada de representaciones, y como corolario de éstas, el caballo blanco, es decir, Don Jerónimo, se vió hundido en un maremagnum de censuras y chismes, tanto más dolorosos, cuanto que generalmente venían de los suyos.

La magullada característica acusaba á Don Jerónimo de haber sido el correveidile de Bonifacio, que engatusó á Petrita y meses después pasaban la sabrosa luna de miel en el pueblito de la Fábrica del Tunal. Calumnia que hacía enfermar de cólera á Don Jerónimo, cuyo ca-

rácter era antítesis de su alma, pues era aquél tan malo como ésta buena.

Acordóse entonces de la frase que tantas veces le habían repetido: No es bueno el dinero de las fiestas profanas para las obras consagradas á Dios

—¡Castigo de mis culpas! clamaba arrepentido. ¡Por estas pejigueras de coloquios hánme venido desazones tantas! ¡No más comedias, Jerónimo, no más comedias!

EL REINO DE LAS REINAS

Era un rey, bueno y compasivo cuando quería y cruel y tirano cuanto la gana le daba. Sus vasallos, ricos agricultores en su mayoría, pagaban los impuestos con semoviente, no sé si por carecer de plata acuñada ó por añeja costumbre. Para el rey era lo mismo, y aún mejor, pues el ganado se vendía en pública subasta y producíale más del valor del impuesto.

Las arcas de Su Majestad estaban repletas aquel año; no había intestinas contiendas ni extranjero enemigo que turbar pudiera la paz del reino, motivos por los cuales el monarca volvió misericordioso la vista hacia sus amados súbditos, y dispuso que por esa sola vez no se remataran ni los caballos ni las vacas, sino que se distribuyeran entre las familias pobres del reino, dando una vaca en la casa don-

de mandara la esposa, y un caballo en la que mandara el esposo.

Publicóse la real disposición por solemne bando, al toque de clarín y al redoblar de los tambores, y llevóse minucioso registro de las solicitudes y de la dirección de los solicitantes. Todos, absolutamente todos, pedían caballos, y temióse que el número de éstos, aunque considerable, no bastara para atender las peticiones.

El día previamente fijado salió espléndida comitiva de las reales caballerizas, arreando magníficas reses y caballos, y recorrió la comarca haciendo entrega del donativo de Su Majestad.

Las vacas disminuían rápidamente y los caballos no hallaban salida, pues averiguada cosa fué, que en todos los hogares, que ciertamente no andaban manga por hombro, imperaba la mujer como reina y soberana.

Ya casi al rendir la jornada llegaron los ministros de Su Majestad á la casa de un herrero. No les quedaba ya más de una vaca, la más grande y gorda de todas, la cual, por ser avaros hasta con lo ajeno, deliberadamente no habían querido dar.

—Buenas tardes, maestro herrero—dijo uno de los ministros del rey, saludando al

herrero, que suspendió los martillazos y fijó la vista en su interlocutor.

—Buenas se las dé Dios, señor.

—¿Quién gobierna en esta casa?

—¡Cómo que quién gobierna! ¡Vaya una pregunta! Pues yo, yo mismo, que soy el jefe de la familia.

En esos momentos la esposa del herrero, que trajinaba en el interior de la casa, entró en la fragua atraída por la curiosidad.

—Este señor pregunta—dijo el herrero á su esposa,—que quién manda en esta casa.

—Pues quién ha de mandar—contesta ella,—pues tú y nadie más que tú.

—Su Majestad—dice el ministro,—ordena que elija usted un caballo de los que traigo.

—Dios premie á Su Majestad—responde el herrero,—y quédase contemplando un caballo de grande alzada y soberbia estampa negro como el hollín de la fragua.

—Elijo ese—dijo, señalando el magnífico caballo negro.

—No, no—replicó la esposa,—es mucho más hermoso aquel blanco. Mi esposo, óigalo usted bien, elige el caballo blanco.

—Está bien—repuso el herrero,—sea

como tú quieres. Elijo el caballo blanco.

—Pues ni el blanco ni el negro—responde el ministro,—sino esta vaca, que es la última que nos queda, porque aquí como en todo el reino, mandan las faldas y no los pantalones.

Dijo, arreó la vaca para que entrase á la fragua y continuó su marcha, dejando boquiabiertos al maestro herrero y á su esposa.

Recobrados un tanto, murmuró el herrero:

—¿Has oído lo que dijo el ministro del rey?

—Sí; es un embustero—repuso la esposa.

—¡Un calumniador!—agregó el maestro, reanudando los interrumpidos martillazos, mientras que su consorte satisfecha con el real donativo, introducía la vaca en el corral.



NACIO PARA OBISPO

I

Once veces había sido expulsado del Seminario Conciliar de Guadalajara, Colina, muchacho travieso como ninguno, que era desde su temprana edad la pesada cruz de su madre, la señora viuda de Colina, quien se veía en su hijo único, y empeñábase con toda su alma en que hiciese carrera literaria, porque, sin que el cariño la cegara, en aquel niño de prodigiosa inventiva para las travesuras, había descubierto buen corazón y clarísimo talento.

Habíasele metido entre ceja y ceja que su hijo sería nada menos que Obispo, y decíalo á todo el mundo con honda convicción.

Muchas veces, debido á los reiterados

ruegos de la anciana, su hijo fué de nuevo admitido en la clase; pero hoy díjole resueltamente el Rector que no habría humano poder que torciera su voluntad; que Colina quedaba definitivamente borrado del número de los seminaristas.

—Nació para Obispo, señor, díjole la viuda llorando.

—Pues quédese la sede vacante, contestó impertérrito su señoría.

La última fechoría del estudiante había sido formar con una almohada y las sábanas de la cama un muñeco y arrojarlo al patio desde los corredores del segundo piso, precisamente cuando pasaba el Rector, quien al ver caer el bulto, no dudando que fuese un alumno del establecimiento, hasta le absolvió "sub conditione" al mirarle tendido á sus pies.

Tocaron á silencio y el Rector subió á toda prisa la escalera para buscar y castigar al culpable, á quien vió dirigirse corriendo á uno de los salones.

Entró y apagó las luces, pero su señoría tuvo tiempo de asirle de un brazo, y antes de que escapársele pudiera, sacó unas tijeras y cortóle un mechón de cabellos cerca de la oreja.

—Mañana arreglaremos cuentas, le dijo; por ahora, á recogerse.

El muchacho, comprendiendo que no

habia sido conocido, nada respondió, temeroso de que por la voz le reconocieran, y dirigióse de puntillas á su lecho.

Lo que hacia gravísima la falta, era la circunstancia de encontrarse los seminaristas practicando los ejercicios de San Ignacio, y aunque Colina no pertenecia á los internos, la madre, con mil sacrificios, consiguió la cuota para que su hijo aprovechara aquellos dias de santo retiro.

Cerca de la media noche, cuando comprendió el colegial que sus compañeros dormían, levantóse tijeras en mano, y á todos los alumnos cortóles un mechón de cabellos de cerca de la oreja izquierda.

A la mañana siguiente, cuando el celador, mientras los alumnos se vestían, rezaba con éstos las matutinas preces, entró el Rector y cogió del brazo al primer colegial que vió, fijándose en que le faltaba un mechón de cabellos.

No volvía aún de su sorpresa el alumno, cuando el superior fijóse en otro, y luego en otro; á todos les faltaba un mechón de cabellos.

Comprendió que había sido burlado y mordióse el labio inferior. Este no puede ser otro que Colina, se dijo; y en efecto, en pocos minutos se averiguó que era el autor de aquel desaguisado, pues además

de hallarse las tijeras debajo de la almohada del lecho del colegial, dos de los ejercitantes no estaban tan bien dormidos que no sintiesen al nocturno trasquilador y cuidadosamente observaran el lugar á donde se dirigió después de concluida su tarea. Por último, Colina confesó categóricamente, y como llovía ya sobre mojado, llenó la medida y el Rector expulsóle por la undécima vez.

La aflicción de la viuda fué inmensa y en vano agotó sus ruegos

—No quiero más á Colina en el Colegio, fueron las últimas palabras del Rector.

La perseverante viuda no desistió de su propósito y púsose á cavilar, decidida á hacer hasta milagros, para que su hijo volviese al Seminario.

Por verídicos informes averiguó que el señor Rector era íntimo amigo de un rico Canónigo de muchas campanillas y triunfadora influencia, y decidióse á hablarle.

Llorando refirióle sus penas y todas las diabluras de su hijo, que cayeron muy en gracia al señor Canónigo. No descubría en ellas un corazón perverso, sino un carácter audaz y una tendencia hija del conocimiento de la propia aptitud, á discurrir más que sus compañeros.

—Mándeme usted á su hijo, díjole á la viuda; le tendré en mi casa algunos días, y después resolveré á usted si juzgo conveniente que vuelva al Seminario. En tal caso hablaré al Rector.

II

Aseado, aunque pobremente vestido, hablando á gritos por los vivaces ojos y con granjeadora sonrisa, presentóse Colina ante su señoría el Canónigo. Vióle éste de pies á cabeza, y el muchacho se dejó mirar procurando producir la mejor impresión posible.

—Ya sé que eres un diablillo, díjole el Canónigo.

—Sí, señor, repuso el muchacho, aumentando la expresión de su sonrisa.

—Haces sufrir á tu madre.

—La quiero mucho.

—¡Vaya un modo de quererla dándole pesares!

El niño, por única contestación, bajó humildemente los ojos.

—¿Qué, no te gusta estudiar?

—Sí, señor, me gusta mucho. Quiero ser hombre de provecho para mantener á mamá; quiero ser bueno y quiero ser sabio, para servir á Dios y ser útil á todos.

El Canónigo miróle de hito en hito, como escudriñando aquella alma que se salía por los ojos, y algo bueno debió de ver en ella, pues la mirada de su señoría iluminóse con la luz del entusiasmo.

—Entra, niño, díjole acariciándole. Allí tienes tu cuarto. Desde hoy vas á vivir una temporada en casa.

Y Colina, saleroso y alegre, entró á su cuarto después de besar la mano de su señoría.

Poco después fué un sastre y tomóle medida para un vestido de paño de primera.

El ex-seminarista jamás había usado traje de tal clase y el día que lo estrenó sintióse otro; instintivamente se irguió y el semblante del chico, que era muy observado por el Canónigo, adquirió cierta noble gravedad.

—Usa, díjole su protector, este reloj de oro que aprecio mucho por ser un recuerdo de familia. Quiero que lo conserves.

El niño, llorando de gratitud, dió las gracias al señor Canónigo.

—Ahora, repuso éste, voy á mandar enganchar mi coche, para que á mi nombre lleves unos documentos al señor Secretario del Cabildo, y desempeñes algunas otras comisiones.

Colina se inclinó sumiso. El corazón le palpitaba de gozo. ¿Iba él en el coche de su señoría á desempeñar honrosas comisiones? Su protector le tenía ya por todo un hombre.

Complacidísimo quedó su señoría. El ex-colegial hacía á maravilla cuanto se le encomendaba.

III

Quince días después Colina volvía al Seminario, pues lo que no pudo la viuda con sus ruegos y lágrimas, púdolo el Canónigo á la primera insinuación.

Mas ¡cuánto había cambiado el chico! Iba al Seminario elegantemente vestido, y en el coche de su señoría. Serio, pero sin humos de soberbia, procuraba discretamente apartarse de los compañeros de sus travesuras.

Al ver la posición en que se hallaba y que había deseado y aun presentido, creyó indignas de él las chanzas, las burlas y las fechorías que antaño fueron su delicia. Y he allí al colegial completamente transformado y haciendo en el estudio extraordinarios progresos.

Al fin del año, con unánime aprobación fué designado para el acto público del estatuto. Lo mismo sucedió en los úl-

teriores años, y el once veces expulsado alumno llegó á ser prez y gloria del plantel de donde había sido vergonzosamente arrojado.

La conducta de Colina era intachable, por lo que, cuando manifestó su resolución de abrazar el sacerdocio, fué grande la alegría de sus maestros.

Apenas ordenado diósele empleo en la Secretaría del Arzobispado, y su aptitud y benevolencia granjeáronle la estimación de sus superiores.

Docto y virtuoso ascendió rápidamente, y por último, ocupó la silla episcopal de una de las más importantes diócesis de la República.

Cuando recordaba las peripecias de su carrera y de su vida de colegial, solía decir con los ojos humedecidos por las lágrimas:

La perseverancia de mi madre y la penetración de mi protector, me salvaron de los peligros del mundo. ¡Cuánto importa estudiar y comprender el carácter de los niños!



LA ORACION FILIAL

I.

Está el general Castañas hondamente preocupado. No son los negocios de Gobierno los que atraen con irresistible violencia sus pensamientos, como otras veces, en que graves y trascendentales cuidados le robaban las horas de la noche, de reparador descanso, necesario á las cotidianas fatigas. El Estado que gobierna hállase tranquilo y pacífico: parece haberse apagado para siempre el hervor de las políticas pasiones que le hicieron temible. A la tempestuosa juventud de aquella comarca ha sucedido la seria reflexión de la edad madura. Los pasados desaciertos son hoy motivo de arrepentimiento y provechosa lección de la experiencia. Es verdad que no faltan ve-

teranos de la guardia antigua, como ellos se llaman, que suspiran por las asonadas y motines que antaño fueron para ellos fuente de personales medros y de militares ascensos; ciudadanos que guardan aun en sus corazones el destructor germen de implacable odio contra la Iglesia Católica; pero contentos unos, resignados otros, todos los gobernados únense bajo la bienhechora egida del trabajo.

Con la edad y las decepciones, el general ha modificado su carácter. Fué de los famosos guerrilleros en las intestinas discordias y en tiempo de la Intervención francesa luchó con todas sus fuerzas contra las napoleónicas huestes. Formóse en la revolución, y naturalmente infundióle su espíritu y su ideal. Tuvo fama de cruel y sanguinario y referíanse algunos hechos que lo comprobaban. Sea de ello lo que fuere, en lo que no hay duda es en que Castañas fué exaltado demagogo de los muchos que persiguieron al Catolicismo.

Era el general de no escasa instrucción, bien educado y de fácil y algunas veces elocuente palabra; alto, bien formado y de varonil y simpático rostro y no le faltaron entusiastas admiradores.

Victorioso el partido liberal, desempeñó varios importantes puestos, y por úl-

timo, confiósele el Gobierno de un importante Estado de la República.

La esposa del general, á juzgar por la sólida instrucción religiosa de sus hijas, debió de ser muy piadosa y sincera creyente. Virginia, la hija mayor, era guapa de verdad: una encantadora rubia de quince años, en cuyos grandes azules ojos, sombreados por luengas pestañas, resplandecían con celestiales luces la castidad y la inocencia.

II.

—¿Por qué estás pensativo, papasito?, dijo Virginia entrando al despacho de su padre y endulzando la voz como si se esforzase en expresar de un sólo golpe toda la filial ternura que abrigaba su corazón.

El padre fijó los ojos en aquel ángel, á quien entrañablemente amaba, y guardó silencio.

Virginia acercóse á él, besóle cariñosa la ya marchita frente, y luego con los entreabiertos dedos de la diestra mano acarició los semi-canos rizos de la cabeza del general.

Después, sacando todavía más dulzura del fondo del pecho, murmuró, con inefable gracia:

—¿Te ha disgustado, papasito, que me prepare para mi primera comunión?

Dos lágrimas brotaron de los ojos del viejo soldado y repuso con voz entrecortada por la emoción:

—No, hijita, no; por el contrario, tengo mucho gusto en que hagas tu primera comunión.

Tronó otro beso, y otro, y otro en la frente del general, y la niña cantando salió alegre del despacho de su padre. Este siguióla con la vista, y al verla desaparecer, hundió la cabeza entre las manos y quedóse enfrascado en sus pensamientos.

¿Qué pasaba en el alma del antiguo guerrillero?

Ante su imaginación desfilaban los acontecimientos de su vida, que no habían naufragado en el revuelto mar de los recuerdos. El, sus compañeros, sus amigos, todos, habían sido juguete de las pasiones y el corazón lacerado aún, destilaba hiel. Luego surgía el hogar, plácido, sereno, henchido de luz y perfumado por la virtud, y entre sus ángeles estaba Virginia, cuya voz repercutía aun en lo más recóndito del alma del general.

Gustaba con deleitable fruición la exquisita suavidad del paternal cariño, cuando le interrumpió un ayudante anuncián-

dole la visita de Don Néstor. El gobernador no disimuló su desagrado. En aquel momento anhelaba estar solo; sentía el halago de la meditación que le invitaba á pensar hondo, muy hondo, y la inoportuna visita apartábale de aquel intelectual placer en el que mucho tiempo hacía ávido buscaba algo, no sabía qué, pero era algo en que presentía el descanso de sus fatigas, la solución de sus dudas y el arrepentimiento de sus faltas. La divina gracia desataba su misterioso raudal y calladamente henchía el alma de Castañas, que algo bueno y noble debió de tener siempre, pues le buscaba con solicitud y vertía en el angustiado corazón savia de cielo y anhelos de virtud.

—Díle que pase, contestó mohino al ayudante.

Instantes después presentóse Don Néstor en el despacho del gobernador.

Era un viejo de hundidos, chispeantes ojos, dura fisonomía y grave continente. Médico de gran clientela, había adquirido fama de sabio, especialmente entre los de su partido, que le respetaban mucho. Tiempo hacía que Don Néstor era gran maestre de la logia "Progreso."

El general era también masón, pues la mayor parte de los revolucionarios se afiliaron á la masonería, algunos por odio

sectario; otros, tontos de capirote, que cándidamente creían en la beneficencia de la secta; no pocos, impulsados por el ejemplo ó las instancias de los jefes de alta graduación, y el mayor número por el ansia de medro, porque para los ascensos y los puestos públicos eran, con mengua de la justicia, preferidos siempre los masones.

Caballero Rosa Cruz era Castañas en la logia "Progreso," y en honor de la verdad, nunca tuvo buen concepto de la masonería, así es que él también, pagando tributo á la humana miseria, se afilió á ella con el deliberado propósito de satisfacer sus ambiciones, y aunque desde que era gobernador no asistía á las "tenidas," estaba en buena armonía con los masones, con el fin de no perder partidarios.

Don Néstor iba á invitarle para que asistiese á una próxima interesante reunión, en la que, á instancias del "Gran Oriente" de México, se procuraría infundir entusiasmo á los "obreros" de todos los "talleres" y nuevo vigoroso impulso á los trabajos en pro de la realización de los ideales masónicos.

El general, que siempre fué cortés, recibió á su hermano masón con afabilidad, y ofreció, sin formal compromiso, asistir

á la "tenida," siempre que no se lo impidieran urgentes negocios de Estado.

III.

Está el altar mayor del templo parroquial inundado de luz y el sagrado recinto fragante con el perfume de las flores y del incienso. Selecta y devota concurrencia hincha la nave y cerca de las gradas del Presbiterio hállase Virginia, resplandeciente de belleza y de gracia, coronada de azahares y con traje de inmaculada blancura. Nada ve, nada oye: en dulce deliquio espera la hora bendita en que su Dios la visitará por vez primera. Su fe se acrecienta á cada momento y parécele ver al niño Jesús sonriendo afable en brazos de su Madre, quien se acerca á ella y coloca á su Hijo en los brazos de la amante niña.

¿Quién viene? ¿A quién viene? ¿Para qué viene? Pregúntase con el pensamiento, y la gratitud y el amor hacen latir con violencia el corazón.

Está segura, enteramente segura, de que Dios le concederá ese día cuanto le pida. ¿Qué le pedirá?

En ese momento oye un ahogado suspiro de su padre, que á la diestra se halla, de rodillas, inclinada la frente y los

brazos cruzados, y casi en el mismo instante suena la campanilla y el sacerdote con la Sagrada Hostia en la mano dice:

—"Domine non sum dignus"....

Suena dos veces más y el Ministro de Dios pronuncia otras dos veces las mismas palabras y dirígese con la Forma en la diestra hacia la venturosa niña que anhelante le espera.

Siguen algunos minutos de éxtasis para aquella alma pura: los labios callan, pero habla el corazón, y en su inefable idioma clama al oído del Amado:

—¡Dios mío, mi buen Dios, concédeme la conversión de mi padre!

A la puerta del templo espera el coche del general.

Cuando Virginia acaba de ofrecer la comunión, pónese en pie, los fieles abren paso, y marcha por en medio, acompañada de sus padres.

En no pocos semblantes dibújase el asombro y aun óyense algunos cuchicheos. Es la primera vez que ven al general Castañas en el templo. ¿Quién obró prodigio semejante? ¿Aquél ateo práctico de hinojos ante el Dios de las misericordias?

Al asombro sucedía el santo júbilo de las almas buenas por la ajena dicha. El

general oyó más de una voz que conmovida exclamaba:

—¡Bendito sea Dios!

El ayudante, que esperaba en la puerta del templo, apresuróse á abrir la portezuela del coche. El gobernador dió sucesivamente la mano á su esposa é hija para que subieran; después subió él, sin darse cuenta de que la apiñada multitud le observaba con admiración y de que el médico Néstor, ocultándose entre los concurrentes, clavaba en él los vivaces ojos y en sus labios pintábase una sonrisa entre amarga y amenazadora.

IV.

El zaguán de la casa del general y todo el trayecto hasta el comedor, están regados de flores, y al entrar la familia, una música de cuerda toca una melodiosa pieza.

El comedor está engalanado y multitud de ramilletes de flores artísticamente colocados en la mesa.

Es una fiesta de familia, una fiesta celestial, pues celébrase la incomparable dicha de Virginia, que recibió á su Dios, oculto bajo las sacramentales especies.

Está servido el desayuno, el general ocupa la cabecera y Virginia, antes de

sentarse, híncase frente á su padre y le pide la paternal bendición.

El gobernador, conmovido, alza la diestra mano, forma la cruz con el índice y el pulgar y bendice á su hija. Esta besa respetuosa la mano que le tiende el autor de sus días, y como si la alegría del corazón de Virginia se hubiese comunicado á todos, los semblantes se animan y la conversación es general y rebosante de sencillez y de ternura.

Concluído que hubo el desayuno, el general dijo á su hija:

—Este ha sido un gran día para la familia, y especialmente para tu mamá y para mí, y como indeleble recuerdo de tan memorable fecha, quiero que me pidas una merced, segura, bajo mi palabra de honor, de que te la concederé, si no es un imposible.

La niña eleva un momento los ojos al cielo, implorando ayuda, y luego, con dulcísima voz, contesta á su padre:

—Papá, lo que te pido es muy sencillo: que hagas lo que acabo de hacer. Tu dicha quiero y no la mía, y tu dicha en esta vida y en la otra, depende de que hagas una buena comunión.

Bajó el general los ojos, como avergonzado ante la virtud de su hija, y respondióle conmovido:

—Te he dado mi palabra de honor y la cumpliré. Verás satisfechos tus deseos.

V.

El señor Arzobispo acaba de entrar á su alcoba para entregarse al descanso que necesita, después de un día, como muchos, de pesadas labores, cuando el familiar le anuncia la visita del señor gobernador. Inmediatamente le ordena que encienda luz en la sala del trono é introduzca al general.

El gobernador y el Arzobispo no habían tenido serios disgustos. En el constante conflicto creado por las leyes, que si no disculpa explica la revolución, y que hoy no tienen á su favor ni siquiera la llamada razón de Estado, sino que son un peligro y una tiranía, la autoridad civil y la eclesiástica habían vivido en cortés amistad. La discreción de ambas evitaba cautelosamente cuanto turbar pudiera la armonía

La hora de la visita y la circunstancia de que el general iba solo, sin que, como siempre, le acompañase el ayudante, llamaron la atención del perspicaz Prelado, quien luego comprendió que el gobernador llevaba negocio grave y reservado.

Después del recíproco afectuoso salu-

do y de breves palabras cruzadas entre visitante y visitado, éste hizo una indicación al familiar para que se retirase.

Cinco minutos cuando más habrían transcurrido, cuando el Prelado cerró la puerta del salón.

Pasaba una y otra hora y el salón cerrado. El familiar, que esperaba en la pieza contigua, tuvo miedo y aun llegó á temer que su señor fuese víctima de alguna intriga masónica; pero no se atrevió á llamar. La mirada que le dirigió el señor Arzobispo había sido enérgicamente imperativa y resolvióse á esperar, rezando el rosario.

Después de la media noche, el antiguo guerrillero, solo, envuelto en negra capa y embozado hasta los ojos, salió del Palacio Arzobispal sin que nadie le viera.

Efectuóse en el gobernador un cambio tan radical, que hasta los menos perspicaces de sus subalternos lo notaron. Sus disposiciones gubernativas eran muy meditadas, y sobre todo, la más estricta justicia imperaba en ellas, sin aceptación de personas. El general, con escándalo de los jacobinos, iba á misa los domingos y fiestas de guardar, y decíase que una noche se había confesado con el señor Arzobispo; que salió del Palacio del Prelado después de media noche; que el re-

to de ella la pasó en oración y al siguiente día, de madrugada, recibió la santa comunión de manos del mismo señor Arzobispo.

¿Quién había contado todo esto? Se ignoraba, pero el rumor se extendió rápidamente. Los católicos, en su mayor parte creían en él, y los jacobinos lo discutían con acaloramiento, negándolo unos y dudándolo otros; mas un acontecimiento los persuadió de la verdad de cuanto en público se afirmaba. El señor gobernador fué invitado á la repartición de premios de un plantel católico. Presidió el solemne acto y al concluir, en una breve y conmovedora alocución, alentó á los alumnos á marchar por la senda del deber, y cosa nunca oída en los labios de un gobernador de estos tiempos, ensalzó á la Virgen Santísima de Guadalupe, como salvadora de la Religión y de la Patria.

Aquella alocución produjo en el colegio inmensa explosión de júbilo, y al siguiente día no se hablaba de otra cosa en toda la ciudad.

—Ya no hay que inquirir más, dijeron los sectarios, el Caballero Rosa Cruz nos ha traicionado, y rabiaban como energúmenos.

VI.

Lito era un tipo, no sé si degenerado ó estúpido, muy conocido en toda la ciudad, á quien veían unos con temor, con lástima otros y la mayoría con indiferencia. Ni su familia hacía caso de él ni él de su familia. Vivía de lo que le daban por barrer calles y patios, ó por hacer mandados de cualquier clase, pues fácilmente le sugestionaba el que en ello se empeñase. Tampoco sé si Lito era metaplasmo del diminutivo de Rómulo ó de algún otro nombre; todo el mundo llamábale Lito á secas y todo el mundo lo conocía. Frecuentaba las calles céntricas, motivo por el cual causó extrañeza que se le viera ya muy pocas veces en ellas, y sólo de paso. Algún curioso ó desocupado tomóse el trabajo de averiguar la causa de aquel cambio en las costumbres de Lito y supo que había hallado un generoso protector, el caritativo médico Don Néstor, en cuya casa vivia, sin que nada faltase á las aspiraciones que caber podían en la menguada cabeza de aquel infeliz. Alguien llegó á verle al través de las vidrieras del despacho del famoso médico, escuchando á éste con atención y aun con reverencia, y según contaban los sirvientes, cuando le hipnotiza-

ba, era tal el imperio que Don Néstor tenía sobre Lito, que éste era capaz de matar ó de matarse.

Una tarde, al obscurecer, salió Lito grave y pensativo de la casa del médico y detúvose en la esquina de una de las calles inmediatas al teatro. Allí permaneció inmóvil por más de una hora, parecía un poste, y como era muy conocido, á nadie ni á los gendarmes infundió desconfianza aquel mentecato.

Esa noche había una espléndida función dramática y especiales circunstancias obligaron al general Castañas á asistir á ella. Al pasar frente á Lito llamóle la atención su actitud, pero al reconocerle saludóle y continuó su camino. De repente, sin dar tiempo á parar el golpe, Lito alza el diestro brazo y rápidamente hunde hasta el mango un puñal en el pecho del gobernador; éste exhala un quejido, bamboléase, echa mano al verduguillo, que saca hasta la mitad, luego reflexiona, mira á Lito, envaina el arma en el bastón y dice con voz débil:

—¡Insensato! Yo te perdono.

Todo pasó rápidamente, y el ayudante, que iba tras del general no se dió cuenta de nada y sólo se fijó en que éste caía al suelo herido de muerte. Cuando le tuvo en sus brazos y buscó al asesino, vió-

le caer de bruces moribundo y parecióle que un bulto doblaba la esquina.

VII.

El antiguo guerrillero luchaba entre la vida y la muerte y la ciudad hallábase hondamente excitada por el crimen de Lito. Los ciudadanos, en su inmensa mayoría, estaban furiosos, pues el gobernador, especialmente en la última época de su gobierno, habíase granjeado las simpatías de sus gobernados.

Los periódicos, al narrar el acontecimiento, afirmaban que el asesino, realizado su criminal intento, se había suicidado, cayendo junto á su víctima herido por el mismo puñal que ésta. Alguien había visto á un embozado cerca del criminal y como en observación de éste, pero nadie podía asegurar que hubiese dado muerte á Lito, y hasta hoy no ha sido aclarado este punto.

En lo que sí estaban todos conformes, era en que Lito había sido sólo el instrumento, quizás inconsciente, del delito, pero que tras de aquel mentecato había un malvado, verdadero autor y director del crimen.

¿Quién era él? Nadie pudo averiguarlo. La prensa masónica fué la que con

mayor energía condenó el delito, clamando sin cesar por el condigno castigo del culpable. Excitaba á la justicia local á obrar con actividad y astucia, pero aquella oleada de indignación fué paulatinamente menguando, hasta extinguirse. En el proceso únicamente Lito apareció culpable, y muerto éste por su propia mano, la humana justicia nada tuvo ya que hacer.

Entretanto, la casa del gobernador vióse concurrida por lo más encumbrado de la sociedad, y los que no ocurrían personalmente á enterarse del estado del paciente, mandaban recado varias veces al día.

El general Castañas sobrevivió aun algunos días y aun se llegó á concebir esperanza de salvarle, pero desde que, por recomendación de respetables personas, Don Néstor se encargó de la curación, los síntomas de gravedad aumentaron y el gobernador murió, después de recibir con edificante piedad todos los auxilios de la Religión.

Antes de expirar, Virginia, con el corazón hecho pedazos por el dolor, acercóse á su padre, besóle la ya helada frente, y sollozando díjole al oído.

—Papasito, consuélate, ¿qué cosa tiene

Dios mejor que darte, que el cielo á donde vas?

—Sí, hija mía, responde el moribundo. Tú me abriste las puertas del Paraíso. ¡Bendita seas!

¡Oh! Si todas las hijas supieran pedir mercedes el día de su primera comunión, ¡cuántos padres pecadores se convertirían á su Dios!

[illegible]



DEUDAS POR SALDAR.

I.

Muy conocido fué en las provincias del Norte el marqués de Aguayo, uno de los más opulentos terratenientes en la época de la dominación española. Era fogoso y jovial y de hercúlea fuerza. Entre otras anécdotas referíase de él que en cierta ocasión sus aceradas garras cogieron por las astas y derribaron á un bravo cornúpeto que le embistió.

Casóse en Saltillo con una hermosísima joven, que si no era nativa de la Ibérica Península, seguramente descendía de españoles.

Frecuentemente visitaba el mineral de Mazapil, pues en su jurisdicción hallábase situada la finca rústica donde ordinariamente residía. Los mazapilenses son famosos jugadores de malilla, y el marqués,

que gustaba sobremanera de tal juego, buscábalos con solicitud, y con tanto frenesí se entregaban al juego de naipes, que hubo reunión de malilleros que duró tres días con sus noches.

Tiempo hacía que al señor marqués punzábale el emponzoñado aguijón de los celos, y tenía suficientes motivos para sospechar que la señora marquesa andaba á picos pardos con un joven coahuilense de alta alcurnia, audaz y calaverón; pero en vano habíase esforzado en adquirir concluyentes pruebas de la traición de la esposa. Con mi perpétua desconfianza, pensó, y con mis iracundos arrebatos no he de conseguir otra cosa que tener siempre en guardia á la marquesa, y cambió completamente de táctica. La aspereza trocóse en dulzura; la desconfianza en seguridad. Las constantes manifestaciones de cariño tranquilizaron á la esposa, que al principio creyó simulada la repentina mudanza de su marido.

Vivían, al parecer felices, en una de las haciendas del marqués, distante como una jornada, del rico mineral de Mazapil.

Entre los mozos del marqués, Pedro, por su edad y discreción, era el de mayor confianza, y varias veces se ausentaba del lugar sin que ninguno de sus camaradas supiese á dónde iba; pero habían obser-

vado que después de cada viaje hablaba á solas con el amo, encerrados ambos en el despacho de éste.

Una mañana, muy de madrugada, dijo el marqués á Pedro:

—Prepara, sin que nadie se entere de ello, mis mejores caballos, sal con ellos para Mazapil y vas apostándolos de trecho en trecho por el camino, calculando que la distancia que medie entre uno y otro sea la que pueda recorrer cada caballo, sin que disminuya toda la velocidad de su carrera. Antes despachas los peones que sean necesarios para que con las cabalgaduras ensilladas y enfrenadas esperen en el punto que les señales, mi regreso de Mazapil.

Pedro, acostumbrado á callar y obedecer, inclinó sumiso la cabeza y fuese á disponerlo todo.

El marqués de Aguayo, después de desayunarse, despidióse cariñoso de su esposa.

—Negocio urgente, le dijo, me obliga á ausentarme por ocho dias.

Minutos después el látigo del auriga tronaba sobre las erguidas cabezas del magnífico tiro de cambujas enganchadas al coche de camino que conducía al marqués á Mazapil.

II.

En la salita de una casa que da vista á la plaza principal de Mazapil, en las cabeceras y lados de una mesa, hállanse cuatro personas: el marqués de Aguayo ocupa una de las cabeceras. Garzarón, rico minero, la otra, y á los lados, frente por frente, Mendoza y Calahorra, opulentos hacendados. Todos, alegres y expansivos, juegan á la malilla. El marqués está más jovial que de costumbre y aumenta el buen humor y la locuacidad de todos las copas de aguardiente de Parras que escancian de vez en cuando.

Después de una hora de amistosa expansión, el marqués de Aguayo llévase repetidas veces la siniestra mano á la frente y con el pulgar y el anular apriétase las sienes. Cerca de la media noche, dice á sus amigos:

—Tengo jaqueca; quizás me ha hecho mal el aguardiente; pero creo que bastan, para reponerme, algunos momentos de reposo.

Entró á la alcoba contigua, cerró la vidriera que comunicaba con ella, é inmediatamente, por la ventana de la misma, que veía al arroyo, y no distaba mucha del suelo, salió al campo. Pedro le espe-

laba con un soberbio potro, listo ya, para emprender la marcha.

Por la extensa llanura, á carrera abierta, salvando matorrales y vallados, vuela en su ligero potro el marqués de Aguayo, sediento de venganza, y al llegar el noble bruto resoplando por la abierta nariz, al puesto designado por Pedro, el marqués hace alto, da la rienda al peón para que pasee al fatigado animal y espere allí el regreso del amo, remuda de caballo y continúa la interrumpida carrera. De ese modo llega á la hacienda en brevísimo tiempo, entra á la casa por la puerta falsa, dirígese puñal en mano á la sala, saca una llave que viene perfectamente á la cerradura, juega el pestillo, abre y encamínase sigiloso á la conyugal alcoba, que no tiene más de una vidriera sin llave. Avanza hacia el lecho y en unos cuantos segundos, con vigorosa acometida, hunde por varias veces el puñal en el pecho de la infiel y en el de su amante. Oyense, uno tras otro, dos lastimeros ayes. El marqués, concluído que hubo su obra de exterminio, enjúgase el copioso sudor que empapa su frente, lávase las ensangrentadas manos, sale al patio á respirar el aire, porque se ahoga, mas al oír la tosidura del viejo portero, que algo ha percibido y va á inquirirlo

que sucede, huye aceleradamente y emprende el regreso á Mazapil por el mismo camino que á mata caballo acababa de recorrer.

III.

Garzarón y Mendoza reían del codillo que acababan de dar á Calahorra, cuando se abre la puerta de la alcoba y sonriente preséntase el marqués de Aguayo.

—¿Qué tal, preguntan los malilleros casi á la vez, se ha recobrado usted?

—Estoy enteramente bien, responde el marqués. Ya me lo sabía yo, un rato de reposo me destierra siempre la jaqueca.

Los malilleros, distraídos con los lances del juego, no se dieron cuenta absolutamente del tiempo transcurrido desde la salida hasta la vuelta de su amigo, y creyeron que había dormido unos cuantos minutos.

El marqués volvió á tomar parte en el juego, que continuaron entusiasmados hasta el amanecer.

Al siguiente día, por un propio que llegó de la hacienda del marqués de Aguayo, súpose en el mineral el doble asesinato cometido en aquélla, y que una de las víctimas había sido la señora marquesa.

El señor de Aguayo fingió honda pena,

mandó enganchar su coche y dirigióse presuroso á la hacienda.

El Juez de Letras de Mazapil era astuto y perspicaz y había llegado hasta él el rumor de las clandestinas relaciones de la marquesa con el joven asesinado, motivo por el cual tan luego como supo el delictuoso hecho, creyó á pie juntillas que el marqués de Aguayo había sido el autor de aquel doble crimen. Transladóse sin pérdida de tiempo á la hacienda, dió fe de los cadáveres, dictó el auto cabeza de proceso y escrupulosa y circunstanciadamente examinó á cuantos supuso que podían saber algo de lo acontecido, pero para todos el suceso fué una gran sorpresa y ni siquiera se imaginaban quién fuese el delincuente. Sólo una declaración hubo en contra del marqués de Aguayo, la del viejo portero de la casa grande, que afirmó haber observado la noche del asesinato al marqués, abrir la puerta de la sala y dirigirse á la alcoba de la marquesa, oído el apagado ¡ay! de los moribundos, y poco después visto al marqués salir y alejarse á caballo y al galope.

Aquella declaración fué suficiente para que se dictara auto de formal prisión contra el presunto reo y el señor marqués

de Aguayo fué conducido preso á Mazapil.

IV.

La energía del Juez y el orgullo del preso agriaron los ánimos de ambos, é igual era el empeño de aquél en perder al procesado, como el de éste, en salvarse; pero la declaración del viejo portero era ineficaz para fundar fallo condenatorio. Por otra parte, el reo probó perfectamente la coartada: los señores Garzarón, Mendoza y Calahorra, honorabilísimos vecinos de Mazapil, habían declarado que el señor marqués de Aguayo, la noche en que se cometieron los asesinatos, la había pasado toda con ellos, jugando malilla, sin separarse sino por breve rato, que pasó en la pieza contigua.

La absolución del procesado se imponía, y sin embargo, el Juez, por convicción de la culpabilidad del reo y por humillar su indomable orgullo. anhelaba condenarle. El atrevimiento del marqués y la burla que hizo de la autoridad. llegó hasta el grado de referir al Juez, á solas con él y circunstanciadamente, los asesinatos que había cometido; pero al examinársele ante los testigos de asistencia

negaba todo y sonreía con irónica sonrisa.

El Juez, para obtener otro testigo en contra del culpable, le llamó á solas otra vez, pero antes ocultó debajo de una mesa cubierta con larga carpeta cuyos extremos tocaban al suelo, á un hombre listo y bien prevenido para que pudiera declarar después cuanto dijese el reo.

Al entrar el procesado al cuarto del Juez, éste le ofreció un asiento colocado en la cabecera de la mesa. El marqués sentóse, sin siquiera saludar.

—Su señoría, díjole el Juez, empeñóse obstinadamente en negar ante los testigos lo que no tuvo ningún escrúpulo en confesarme particularmente. Tal conducta desdice de la que observar debe quien blasona de preclara estirpe y de inmaculada honra.

—El señor Juez, respondió el marqués, quiere oír de nuevo el relato de hechos que el vocabulario forense llama asesinatos y son simplemente actos de rigurosa justicia. No tengo inconveniente en satisfacer los deseos de usted.

Mientras el marqués hablaba lentamente, dirigió en su derredor una escudriñadora mirada y extendió con precaución la pierna derecha para investigar si algo había debajo de la mesa, y seguro ya de

que se le había puesto una celada, empezó impertérrito la narración del crimen.

En el momento que juzgó oportuno alzó la orilla de la carpeta y las nervudas manos del marqués rápidamente, con hercúlea fuerza, estrecharon la garganta del espía, que en unos cuantos segundos murió extrangulado. Concluído que hubo, irguióse altivo y dijo al Juez:

—El señor Juez quería un testigo de mi confesión, pero los muertos no hablan.

Levantó la carpeta y mostró al espantado Juez el cadáver tendido debajo de la mesa.

V.

Otro nuevo proceso abrióse ese mismo día contra el marqués de Aguayo, proceso que en su oportunidad fué acumulado al anterior.

Los enemigos del marqués, los amigos y parientes del joven asesinado hicieron cuanto pudieron por perder al acusado, pero todo fué inútil. Los crímenes no estaban legalmente probados. El testigo singular nunca funda fallo condenatorio.

Los autos pasaron á otro Juez, menos enérgico, pues el anterior era testigo en el segundo proceso, circunstancia que le impedía sentenciar. Después de muchos

años se falló aquel juicio que dió mucho que hablar á los contemporáneos, y el marqués de Aguayo fué absuelto de los delitos que se le imputaban.

Desde el día de la absolución, aquel carácter alegre y jovial trocóse en melancólico y taciturno. El marqués comía mal y dormía peor y el gusano del remordimiento le corroía el corazón. Parecíale que un fantasma iba siempre tras él y le mostraba tres cadáveres. Creía oír una voz que murmuraba al oído del asesino: Lo que no castiga la humana justicia, reservado queda á la justicia de Dios. Marqués, tienes deudas por saldar.

Aquella pena honda y constante fuéle paulatinamente consumiendo, y el marqués murió poco tiempo después de sus crímenes.

Sobre su lecho de muerte erguíase agitado y con el pánico pintado en el semblante, y sus últimas palabras fueron: ¡Desventurado de mí; tengo deudas por saldar!



LA BOTICA DEL CIELO.

En un abrir y cerrar de ojos, echando bocanadas de aire, y con la espantosa impresión de las quemaduras que por todo un siglo sufrió en el purgatorio, llegó á las puertas del cielo el aprendiz de farmacéutico, Don Macario Balbuena y Montesinos. Antes de llamar detúvose un momento para contemplar extasiado el universo, lleno de brillantes astros. Tomó aliento, y luego, con bastante cortesía, llamó á la diamantina puerta del Paraíso. Entreabrióse ésta apenas, y se asomó un ángel, cuyos tornasolados resplandores ofuscaron la vista del boticario.

—¿Quién eres, preguntó el habitante del cielo, con una voz de nunca oída melodía?

—Soy, contestó el recién llegado, Macario Balbuena y Montesinos, farmacéutico mexicano, digo, por la práctica, pues

nunca tuve título. Cien años há que morí de tabardillo en la calle del Indio Triste. No fuí mal cristiano; pero la manteca de puerco trocada en maravillosos ungüentos, merced á bien estudiadas mixturas y al eficaz auxilio de medicinales hierbas, dejó á la botica de mi propiedad exorbitantes ganancias entre los proletarios, y Su Divina Majestad, el día de mi terrible juicio particular, no consideró de todo punto justificadas tales ganancias. Además, y esto es lo grave, cuando el médico recetaba alguna medicina, en la combinación de la cual entraban varios ingredientes, y en la botica faltaba alguno ó algunos, los suplía con otros, con evidente peligro de que el remedio no diese el resultado previsto. Y aunque por todo esto que juzgué poquita cosa, vínome gran temor antes de mi muerte y mandé distribuir entre los pobres del barrio la suma que mi confesor juzgó prudente, no me escapé de un siglo ¡espantoso siglo! de ser achicharrado con un fuego tal, que el del mundo, como alguna vez oí decir, no parece sino pintado. ¡Ay, ángel de Dios, cuán estúpidos somos los hombres, aun aquellos que de sabios blasonan! El purgatorio está repleto de tales sabios. Mas estoy charla que charla ¿y no me introduces al cielo?

—Interinamente, respondióle el ángel, cuido la puerta, pues el gran Apóstol San Pedro, fué, acompañado de la flor y nata de estas celestiales regiones, á conducir al solio de Dios, á un millonario de tu misma tierra.

Boquiabierto quedóse Macario, y después pronunció una ú tan prolongada, que por el modo de decirla y por la actitud del boticario, era indudablemente una censura.

—¿Por qué te asombras?

—Luego también aquí se adula á los millonarios, repuso Macario, alzando la siniestra mano y rascándose media cabeza con todos los dedos, y miró hacia el infinito espacio, con la intención quizás de alejarse de la puerta del cielo.

El ángel leyó en el corazón del boticario y díjole sonriendo:

—Pobres entran aquí todos los días á montones; pero ricos, ¡ay, cuán pocos! y millonarios mucho menos. He aquí la causa del celestial regocijo al recibir á un millonario mexicano que por su nunca agotada caridad ha merecido la eterna gloria.

Aquella razón hizo fuerza al señor Balbuena y Montesinos. Nada respondió, y en espera de San Pedro sentóse en un banco de oro macizo incrustado de bri-

llantes que cerca de la puerta de la celestial mansión se hallaba.

Apenas se había sentado, oyó ruído en una casa que le quedaba frente por frente. Parecióle que en ella había mostrador y multitud de frascos. Estiró el cuello cuanto pudo, vió, miró, contempló atónito nada menos que una botica en toda forma, y si no huyó á todo correr, fué porque la emoción impidióle moverse.

La botica que tuvo en el mundo fué, según él, la causa de achicharrarse por una centuria de años, y más hubiera sido, si los sufragios de sus deudos no acortan notablemente el tiempo, y naturalmente las boticas inspirábanle mortal aversión. ¡Y haber botica en el cielo! ¡Aquello no podía tolerarse!

—Buen ángel, dijo después que se hubo recobrado. Aquí hay botica y esto póneme extremadamente nervioso. No le digas nada á San Pedro. Me siento ligero, espiritual; volaré por el universo y estaré eternamente extasiado en la contemplación de las magníficas obras de Dios. Mas satisface antes mi curiosidad. Si aquí todo es amor y dicha, y aun la más leve sombra de sufrimiento está para siempre desterrada de esta ciudad de perfecta hermosura, ¿para qué, dime, necesitan botica?

—Es, contestóle el angel, siempre sonriente, para los enfermos del mundo, pues aquí, como has dicho muy bien, no hay enfermos. Es un lugar de perennes delicias.

¡Ves aquella columna de incienso que desde la tierra se eleva al cielo en espiral dorada por la luz? Son las oraciones que continuamente suben al trono de Dios. Si los reyes, allá en el mundo, jamás dejan sin proveer las peticiones de sus vasallos, cuando piden bien, en el cielo, palacio de la justicia eterna, infalible, son atendidas todas las plegarias de los que saben orar.

—Y ¿cuáles son los que saben?

—Los que piden con fe, humildad y confianza.

—¿Y si el peticionario es un gran pecador?

—Es oído si le conviene lo que pide, porque la oración no se funda en los humanos méritos, sino en los de Dios, que murió por todos, y que en su vida no fué solícito en pos de los justos, sino de los pecadores.

La humanidad, desde el pecado de origen está enferma de muerte, pero la redención dióle infalibles remedios para todas sus enfermedades. No necesita más que pedir, y el Divino Médico receta. Hay

más aún: Mira hacia el Oriente. ¿Ves ese inmenso torrente, superior al océano, que en gigantescos raudales cae sobre el mundo y le inunda por todas partes? Es la misericordia, que brota espontánea del seno de Dios y lleva á cuantos quieren, la salud y la alegría.

Soy el boticario del cielo, acompáñame mientras vuelve el gran San Pedro, y verás por tus propios ojos que aquí no hay triquiñuelas como en las boticas del mundo.

La palabra boticario cayóle como bomba al aprendiz de farmacéutico. Miró al ángel con desconfianza, y hasta parecióle menos bello. Tal es el poder de la imaginación, aun en las regiones de ultratumba. Con todo, Macario quiso conocer la botica del cielo y entró á ésta en compañía del ángel.

¡Válgate Dios, y cuántos angelitos trabajaban en aquel grandioso edificio! Macario calculó que era todo un coro, aunque no sabía del número de ángeles que se compone un coro.

El trajín era constante y los empleados, á pesar de que volaban, pues todos lucían alas de oro, apenas bastaban á despachar.

Todos los frascos tenían membretes. Macario fué leyéndolos: Humillaciones, dolores, pobreza, miseria, enfermedades,

remordimiento, etc., etc.,.... la mar de calamidades. En otros leíase: Esperanza, resignación, confianza, valor, paciencia, etc., etc.

—De estas medicinas, díjole el angel, se hace gran consumo.

Formados en interminable hilera estaban muchos celestiales espíritus. Eran ángeles de la guarda que esperaban el despacho de las peticiones de sus encomendados.

El boticario del cielo mostró al boticario del mundo algunas de las medicinas de las muchísimas que se iban á entregar á los ángeles de la guarda.

—Esta, le dijo, es para un caballero que antaño fué riquísimo y hoy está pobre. Los pocos bienes que aún le quedan están grabados con fuertes hipotecas. El Médico Divino receta miseria y resignación, para que desaparezcan los residuos del no bien domado orgullo; pero le envía la resignación, que purifica el alma y la eleva hacia Dios.

Una aristocrática dama, adoradora del mundo y de sus vanidades, hace tiempo que pide á Su Divina Majestad que le conceda sacarse la lotería. Y Dios ordena que le caiga el premio gordo, porque serán tales las desazones y pesares que su familia le dará por aquel dinero, que

arrepentida clamará misericordia, y la misericordia descenderá hasta ella.

Una joven mexicana, guapa según el mundo, y á quien hirió el amor con su mortífero dardo, pide por esposo á un empedernido calaverón sin pizca de seso y de voluntad depravada, sin siquiera imaginarse el disparate que pide, y la Divina Clemencia le niega la petición y le receta matrimonio, por despecho, con un viudo cargado de hijos; pero mándale abundante dósis de paciencia y de esperanza en la futura dicha que ya en la tierra no puede alcanzar.

Sobre aquel dichoso hogar donde la virtuosa madre educa cristianamente á sus hijos, y el honrado padre vela solícito por la ventura de todos, va á caer como rayo la destructora muerte y á herir al jefe de la familia, en la plenitud de la vida y de las esperanzas. Aquel otro padre que ha disipado su niñez, su juventud y su edad viril, y ya siente en el alma el frío de la vejez, sin volver á Dios el corazón, arrepentido, y hállase hoy en peligro de muerte, se le envía la salud Dios arranca al primero, del mundo, para que no le pierdan los terribles peligros que le rodean, le amenazan y casi le derriban, y al segundo le deja aún en medio de ellos para que haga los últimos

esfuerzos para vencerlos. En suma, á aquél, para que no se pervierta, le manda la muerte, y á éste, para que se convierta, consérvale la vida.

Pronto vendrá á hacernos compañía un niño de tierna edad, hermoso como el amor. Es el hijo único de una madre que no vive sino para él: alma, corazón, dicha, todo para aquel pedazo de sus entrañas. El dolor la volvería loca si no se le mandara altísima dósis de divina gracia. Mas la muerte de ese hijo mimado es su eterna vida y la de su madre. Si aquél viviera, el inmoderado amor maternal perdería á ambos.

Admirado escuchaba Macario la voz del ángel, que era melodía para el oído, luz para la inteligencia y amor para el corazón.

—¡Cuán bueno es Dios! clamó enternecido. Ahora comprendo bien que debemos someternos siempre resignados y aun alegres á su voluntad, sin murmurar jamás de su Providencia. Todo lo dispone con infinita sabiduría. Mas díme, por último, ángel de Dios, y disculpa mi curiosidad, ¿cuál de estas medicinas es la de mayor consumo?

La que es universal, la que se despacha ordinariamente sin petición, porque es hija mimada de la misericordia, y la efi-

cacia de la cual medicina está probada en la mayoría de los casos, es el remordimiento. Y ¡oh incomparable misterio de la divinidad! Se suministra al pecador precisamente cuando temerario y rebelde acaba de ofender á su dulce Salvador Es, sin duda, la más amarga de todas las medicina; pero con ella empieza la expiación de la culpa, que trae después la incomparable aurora de la gracia.

—La conozco bien, clamó Macario. A esa medicina debo el cielo.

En esos momentos oyéronse los acordes de una música tan suave y melodiosa que jamás oído humano ha percibido, San Pedro regresaba á su puesto y abría de par en par las puertas del cielo al feliz boticario, cuyo corazón, inundado en delicias, empezó á gustar de la dicha que jamás acaba.



APOSTOLES DEL HOGAR.

I.

Había sido Jacobo buen marido, cuanto serlo puede quien de verdad ama á su esposa; pero es averiguado hecho, que los maridos, aun los mejores, no evitan á sus mujeres todos los disgustos que evitarles pueden. Rufina sufría con la ausencia de su consorte, que acostumbraba pasar varias horas en el Casino, especialmente por la noche. Estos Casinos, decía la joven, son feroces enemigos del hogar. Los esposos trabajando todo el día para sostener avantes la tremenda lucha por la vida, y las horas de descanso y grata expansión con la familia, róbanselas esos malditos centros de diversión. La autoridad debía clausurarlos como perniciosos á las buenas costumbres, y

los Obispos excomulgar á los sostenedores de tales casas.

Jacobo reía de lo que él llamaba exageraciones de las mujeres, y aunque en temporadas procuraba no trasnochar, la fuerza de la costumbre ordinariamente triunfaba de sus buenos propósitos.

El esposo de Rufina era ingeniero de bastante instrucción y de bondadoso carácter, sin que su natural bondad menguara nunca su energía. Justo en sus decisiones, honrado en su profesión y de recto criterio; mas, por desgracia, no tenía ninguna religión. Creía en Dios y nada más; pero prácticamente era un ateo. No había bebido ni en el hogar ni en la escuela, la savia vivificadora de la fe.

Admiraba la virtud de Rufina, pero jamás la atribuyó á sobrenatural influencia. El también muchas veces por espontáneo impulso, practicó el bien; ¿por qué no había de suceder lo mismo á su esposa? No obstante, alguna vez, especialmente cuando su hija estuvo enferma de gravedad y aun desahuciada por los médicos más notables, parecióle vislumbrar algo del triunfador poder de la oración, que según Rufina, había salvado á su hija.

Pasada la vislumbre de la primera im-

presión, que apenas dejó huella, volvió á su habitual indiferencia.

Si Jacobo fuera sincero y piadoso cristiano, la esposa sería feliz cuanto se puede ser en este mundo de inacabables miserias; pero el ingeniero no se preocupaba nunca por aquel asunto, que para su esposa era el más interesante de todos. No cansaba á su marido con sermones que agriaran su carácter ó diesen motivo de disgusto: la oración y el buen ejemplo eran las únicas armas de Rufina.

II.

Una niña, gentil y bella, que apenas contaba cinco años, había sido el único fruto de aquel matrimonio. Los padres veíanse en su Lidia, y ésta, aunque peligrosamente mimada, era de buen natural y no abusaba demasiado del paternal cariño. La influencia que ejercía, especialmente sobre su padre, era tal, que más de una vez el ingeniero dejó graves ocupaciones de su profesión por complacer los deseos de su hija, que, ora le rogaba que le contase un cuento, ora que la llevara á pasear.

La madre ponía toda su alma y su corazón todo, en educar á su amada Lidia,

y era conmovedor espectáculo ver á la niña antes de recogerse, caer de hinojos ante la Imagen Inmaculada, elevar hacia ella sus grandes ojos negros en suplicante actitud, con las manos abiertas, juntas por las palmas y rectas sobre el pecho, y pronunciar con arrobadora vocecilla sus cotidianas plegarias, breves y hondamente tiernas.

La pecuniaria posición de la familia era más que desahogada, y la vida del hogar deslizábase tranquila; mas un día amaneció enfermo el ingeniero, y aunque la enfermedad parecía leve y pasajera, Rufina alarmóse mucho, pues creyó ver en el semblante de su amado esposo algo extraño, que la hizo temblar de pavor.

El médico examinó detenidamente al enfermo, pero nada dijo á la alarmada esposa ni ésta pudo adivinar algo al través de la inalterable seriedad del facultativo.

El enfermo, durante los primeros días de enfermedad, creyóse vigoroso para luchar contra ella; pero poco á poco fué decayendo su ánimo hasta consternarse cuando el diagnóstico médico anunció terrible neumonía.

Los esfuerzos de la ciencia habían fracasado hasta entonces, y cuando el ingeniero observó que el doctor hacía varias

visitas al día y que hubo junta de médicos, comprendió el estado de gravedad en que se hallaba y lloró como un niño.

¡Ay! No había disfrutado sino de los primeros besos de su adorada hija, aun gozaba con celestial embeleso de sus gracias de niña, pero el paternal egoísmo anhelaba verla crecer á su lado, desarrollarse y formarse hasta que un día, joven y hermosa, fuese la reina y el encanto del hogar. También Rufina, la amable compañera de su vida, su consuelo en los pesares, su aliento en el trabajo y la discreta reguladora de sus alegrías, se quedaría sola en el mundo, sin amparo, sin el esposo que la amaba tanto. La exaltada imaginación presentóle á Rufina cubierta con la triste toca de la viudez y á su inocente hija vestida de luto, dirigiendo á la Virgen la cotidiana oración, con los ojos henchidos de lágrimas. Ante ese cuadro aterrador heríale la garra de la desesperación.

Entretanto, en la pieza contigua, madre é hija oraban, llorando. Concluída su oración, aquélla, conmovida, dice á ésta:

—Hija mía, mi amada Lidia: tu padre se muere, me lo dice el corazón, le estoy viendo morir. A nosotras no nos queda ya otra cosa qué hacer que abrirle las

puertas del cielo, y tú vas á ser el apóstol á quien encomiende tamaña obra.

La niña, sin pestañear siquiera, escuchaba absorta á su madre, que circunstanciadamente explicábale cuanto debía hacer.

Rufina había dicho ya muchas veces á su esposo que arreglara los negocios de su conciencia, que llamara al señor Cura, sacerdote docto y virtuoso, que le absolvería en nombre de Dios y daríale la paz, y con ella tal vez hasta la salud; pero el ingeniero negóse en lo absoluto á condescender con su esposa.

—De nada me sirve todo eso, contestaba. Buen médico y buenas medicinas; he allí lo único que necesito.

Y la esposa con el corazón destrozado, elevaba en su dolor continua plegaria al Dios de las misericordias.

III.

Después de aquel arranque de desesperación, Jacobo se tranquilizó un poco y pudo dormir dos horas. Al despertar volvió á sentir las sombras de la tristeza que envolvían su alma.

Estaba hundido en sus pensamientos cuando oyó pasos en la alcoba, el ruído de ellos penetró hasta lo más recóndito

de su corazón. Conoció luego los pasos, eran de su hija Lidia, de aquel ángel por el cual le era amable la vida aun en medio de los más duros sufrimientos. Sintió luego que la niña con gran esfuerzo arrimaba una silla al lecho del enfermo, subió á él, se abrazó al cuello de Jacobo y púsose á llorar con silencioso llanto, interrumpido de vèz en cuando por sollozos.

—¿Por qué lloras, hija mía?—dijo el padre casi muerto por el dolor.

—Porque estás enfermo, papá, y si te mueres ya no te veremos más ni mamá ni yo; por eso lloro, papasito. Y un raudal de lágrimas brotó de los ojos de Lidia.

Jacobo no pudo hablar; la emoción ahogaba la voz en la garganta. Hizo un supremo esfuerzo para recobrarse, besó á su hija con infinito amor y díjole con extrema ternura:

—Si me muero, hija mía, nos veremos más allá del sepulcro.

—No, no, no puede ser, clama la niña, y por eso lloro tanto, porque tú, papasito, que no te quieres confesar, no irás al cielo, á donde iremos mamá y yo cuando nos muramos. Ya lo ves, en la otra vida no podemos estar juntos.

Abre el padre cuanto puede los ojos

espantados, mira á su hija, írguese nervioso y clama en grito de ansiedad suprema:

—Anda, corre, hija mía, díle á tu mamá que llame al señor Cura. Quiero confesarme y siento que mi vida se va.

No había Jacobo acabado de pronunciar las anteriores palabras, cuando Lidia, casi sin saber cómo, baja del lecho y corre á los brazos de su madre para comunicarle la feliz nueva.

Ese mismo día empezó Jacobo su confesión general; recibió los auxilios de la Religión y al mirar que la muerte se aproximaba, bendijo á su familia, despidióse de ella con lágrimas en los ojos pero con cristiana resignación en el alma, y su última palabra fué para su amada Lidia.

—Hasta el cielo, hija mía, le dijo, y expiró.



MALA CABEZA Y BUEN CORAZON

I.

Mala cabeza fué Vicente, y taimado galanteador de femeninas beldades, y ni el matrimonio curóle de arraigadas costumbres; pues al que una vez sojuzgaron las pasiones, no se librará de sus feroces garras sino por un milagro tan grande como la resurrección de un muerto. No hay para qué decir que Valentina, la virtuosa cónyuge del joven, sufrió penas del purgatorio, como decía ella, pero era buena sobre toda ponderación, y ni el desengaño ni los celos arrancar pudieron del corazón de la esposa un amor purísimo, nacido en los primeros días de la niñez, el cual creció fuerte y rebosante de poesía, y llegó á ser para ella segunda naturaleza.

El pícaro hijo de Adán corrigióse mu-

cho en la edad madura, pero de vez en cuando sacábanle de quicio los interiores ímpetus y volvía á las diabluras de antaño con escándalo de sus vecinos y amigos. En aquellos paréntesis de la ordinaria vida de Vicente, Valentina no hacia otra cosa que sufrir y rezar. ¡Cuántas veces la sorprendió la matutina luz sin haber cerrado los ojos en toda la noche, con el corazón empapado de amargura y contando las horas de soledad, que parecían eternas! Más al volver su esposo al abandonado hogar, la esposa olvidaba todos los pesares, y de las ruinas de su dicha surgía risueña la esperanza.

Dios no quiso que le viviera su única hija, arrebatada en la infancia del vergel del amor y de las ilusiones maternales, y el recuerdo de aquel ser querido aumentaba la angustia en los horribles días de abandono; pero santa de las que la Iglesia no canoniza, ni los hombres admiran cuanto deben, cumplió heróicamente con sus deberes. Cristiana de inquebrantable fe y de compasivo corazón, esperó contra toda esperanza, quiso á pesar de los gritos del amor propio, y aun solía decir que si su esposo no tuviese defectos no le amaría tanto. Frase que encierra insondable abismo de misericordia.

II.

Vicente parecía querer de verdad á su esposa, y digo parecía, porque con sólo corregirse la hubiera hecho feliz, y sin embargo, no se corregía. ¿Pueden más las desordenadas pasiones que el verdadero amor, ó puede éste vivir donde aquéllas frecuentemente triunfan? Sólo sé decir que el esposo no volvía á su hogar como muchos, mohino y airado, sino triste y contrito. Tenía buen corazón y dolíase mucho de la fatal caída. Después de ésta era más cariñoso con su consorte y afanábase por manifestarle su cariño y por compensarle de alguna manera los dolores que le había causado.

En una de esas tremendas caídas en que el rehacio pecador se entregó con frenesí á los excesos de la orgía, tuvo un ataque mortal y lleváronle á su casa en estado casi comatoso.

Indecible fué la angustia de Valentina al ver á su esposo herido de muerte; mas no se entregó á vanas declamaciones ni á estériles quejas. Mujer fuerte, lloró en lo íntimo de su alma, con llanto de infinita amargura, sin que las lágrimas asomaran á los ojos, y daba gracias á Dios porque Vicente aún vivía. Llenóle de atenciones, de cuidados y de mimos, pero

si el enfermo no bajó al sepulcro, quedóse á las puertas de él, atacado de incurable parálisis.

Desde entonces Valentina trocóse en la cariñosa enfermera de su esposo, y merced á los cuidados de aquélla y á los esfuerzos de la ciencia, el mal pudo, en parte, vencerse. El paciente dejó el lecho, pero andaba con suma dificultad, arrastrandos los pies, y sus miembros estaban tan entorpecidos, que muchas veces no podía llevar la cuchara, del plato á la boca. La esposa entonces dábale de comer como á un niño y le acariciaba con ternura. Ella le vestía, le desnudaba, oraba con él y esforzábase en tenerle divertido y contento. La parálisis había atacado también los órganos vocales y el enfermo sólo podía pronunciar palabras entrecortadas. La inteligencia estaba despejada, pero al querer emitir una idea expresaba otra muy distinta, y el semblante del paralítico palidecía de ira. Valentina le calmaba con una sola mirada.

El pobre enfermo tenía las necedades de un niño consentido, y la esposa, con admirable paciencia, le complacía en todo. Si antes no dormía esperando al esposo ausente, hoy se desvelaba cuidando al esposo enfermo, y de los labios de aquella heroína no salía ni un reproche.

ni una queja, ni un ¡ay! de dolor ó de cansancio.

Cuando en las largas noches de invierno la esposa, hecha pedazos por las fatigas del día, en vez de buscar el anhelado descanso, poníase á leer ó conversar para distraer á su esposo, éste frecuentemente con la cabeza inclinada y la barba unida al pecho, lloraba amargamente. Y si Valentina, con la más exquisita ternura le preguntaba la causa de su llanto, Vicente, después de contemplarla con hondo y apasionado mirar, sollozaba con tan lastimeros sollozos, que infundía compasión

III.

Veinte años duró aquella vida de continua abnegación para la esposa, abnegación que tan profundamente penetró en el alma de Vicente, que el cariño para su esposa llegó al más alto grado. Comprendió entonces el cielo que había tenido tan cerca y del cual le alejaron las fieras de las pasiones. Lamentaba su ceguedad, y hubiera querido, si la salud se lo permitiese, trocarse en apóstol para abrir los ojos á tantos que no conocen, ni comprenden, y muchas veces hasta desprecian los tesoros de felicidad que Dios ha puesto en sus manos.

Cuando la vehemencia de la emoción no arrancaba lágrimas á los ojos ni ayes al pecho, con medias palabras y expresivos ademanes decía que amaba á Valentina con la fuerza de todos los cariños. Llamábala amiga, madre, hija, esposa, y añadía, llorando tiernamente: todo, todo es para mí.

Así endulzó la angelical esposa la desgracia del hombre amado, desgracia que él mismo se buscó y trocó en perpétuo amor la misericordia. Cuando Vicente cerró para siempre los ojos del cuerpo para abrir los del alma, ante la luz que nunca muere, el último rayo de la mirada del agonizante fué para la que amó con la fuerza de todos los amores juntos.



JUSTICIA Y MISERICORDIA.

I.

No lejos de una cadena de montañas, ramal de la Sierramadre, en el Partido de Valparaíso, del Estado de Zacatecas, levantan los vetustos muros algunas casas y el templo que forman el casco de la hacienda que antaño fué del Conde X., quien heredó de sus antepasados, además del nobiliario título, vastas y productivas fincas rústicas. Era el señor Conde, de retraído carácter y algo excéntrico; pero ni el retraimiento, ni las excentricidades fueron obstáculo para que sintiese latir el corazón por Eusebia, joven ranchera, hija del caballerizo. El enamorado pensó que sería ridículo desatino que un vástago de ilustre prosapia se uniese en matrimonio con aquella muchacha, guapa de verdad, y tras de la cual corrían desalados

los jóvenes rancheros, requebrándola de amores; pero la belleza de la niña era espuela de su codicia, y aunque coqueteaba con sus galanteadores, á nadie entregó su corazón. ¿Qué vida iba á ser la suya con aquellos pobretes que trabajaban desde el primer albor de la aurora hasta el último del vespertino crepúsculo para comer tortillas y frijoles? No, Eusebia era codiciosa, ansiaba tener comodidades y riquezas y ser gran señora, como algunas que había conocido en la ciudad de Zacatecas, la única vez que estuvo en ella. Refería entusiasmada cuanto había visto y oído y cuanto le había fascinado, y sus amigas, la mayor parte de las cuales no conocían más tierra que los extensos laborios de la hacienda, escuchaban atentas las pintorescas narraciones de la joven, cuya imaginación era viva y fecunda.

El padre de Eusebia estaba encargado de las caballerizas de la casa grande, y cuidaba con esmero los soberbios caballos del Conde y de tarde en tarde iba la joven á ver á su padre.

No tardó aquélla en comprender que su peregrina hermosura había cautivado al amo, pues los negros ojos de éste clavábanse en la hija del caballerizo con pertinacia de enamorado, y la vanidad sopló en aquella cabecita hueca hasta en-

loquecerla, y la que se hubiera avergonzado de dar la mano de esposa á un hombre pobre, pero honrado y trabajador, se enorgullecía hoy de ser la manceba del Conde. Los padres de Eusebia no solo consentían en los criminales amores de su hija, sino que se ufanaban de ellos. ¡A tanto alcanza el corruptor prestigio de la riqueza!

II.

Eusebia ocupó la mejor finca de la hacienda; después de la casa grande. Eran satisfechos hasta sus menores caprichos, y la prosperidad y la abundancia amortiguaron los remordimientos. Sus antiguas amigas, que al principio mirábanla de reojo, acabaron por adularla como señora del amo, y no faltaron entre ellas, quienes envidiaran la suerte de su amiga. El Conde la visitaba con frecuencia, y aun era más breve que de costumbre su ausencia, cuando necesitaba ir á las estancias ó recorrer las labores.

El tiempo, el trato y el hábito, afirmaron la criminal amistad del Conde y de su concubina y cubrieron la fealdad del escándalo, que no impresionaba ya á las familias de la hacienda.

En una de las correrías del Conde por

sus dominios, llegó al obscurecer á una estancia, donde por orden suya se había reunido mucho ganado mayor para los herraderos. Llegó algo fatigado, apeóse de su brioso alazán, dió las riendas á su mozo de campo, y en la sala de la única finca de la estancia, tomó con apetito una taza de chocolate, y quedóse solo, pues ordinariamente gustábale la soledad. Soplaba viento frío y levantóse para emparejar la puerta, mas detúvose espantado, con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos, erizado el cabello y el rostro descompuesto y lívido por el pánico. Vió á Eusebia pasar por enfrente de la casa, en vertiginosa carrera, como arrastrada por gigantesca fuerza, con la desesperación pintada en el semblante, ardiendo en vivísimas llamas, y parecióle oír ruído de pesadas cadenas.

Cuando la visión desapareció y húbose recobrado un tanto, enjugóse con su pañuelo de seda el frío sudor que inundaba su frente, y pensó si lo que acababa de ver era realidad ó alucinación de la fantasía. Trémulo aún, ordenó al mozo de campo que montase en el brioso alazán, fuera á la hacienda á todo correr y le trajese noticias de Eusebia.

Entretanto, agitado y nervioso, no pudo ni recostarse en la cama que se le ha-

bía preparado; ora en pie, ora sentado ora dando vueltas en la pieza y con la vista clavada en el suelo, no apartaba su mente de la aterradora visión.

Cerca de la media noche regresó el emisario.

—¿Qué hay? preguntó el Conde con ansiedad.

—La señora del amo, respondió el mozo, ha muerto repentinamente hoy, al obscurecer.

III.

Allá, en lo más espeso del pinar de la sierra, donde la naturaleza ostenta el esplendor de su pristina hermosura, de rodillas, ante una cruz de madera que eleva los brazos junto á una cueva, hállase el Conde, abstraído en profunda oración. El cabello sin aliño, la faz descolorida y rugosa, la barba crecida y enmarañada y el humilde traje de jerga, averiado por el uso y la intemperie. El viento que murmura en las copas de los altos pinos y de los añejos robles, el arroyo que serpenteando baja de la montaña, y el gorjeo de las aves, son los únicos rumores, y no logran dominar el solemne silencio de la soledad.

Cuánto ha cambiado el Conde! En su

semblante pintase la austeridad, y la humilde actitud de hoy contrasta con la altivez de otros dias. En la hacienda hay un Administrador y el antiguo amo baja de la sierra los domingos y días de fiesta religiosa, muy de madrugada; oye el santo sacrificio de la misa, de vez en cuando recibe el pan de los ángeles, proveése de los necesarios alimentos y vuelve á la sierra, donde se consagra á continua oración y penitencia.

Así vivió muchos años y murió en olor de santidad. Esta tradición ha pasado de una á otra generación, y en la hacienda las madres refiérenla á sus hijas como ejemplo de la justicia y misericordia divina.

INDICE

Págs.

En terreno vedado. 5
El vals del diablo. 14
Cadenas de oro. 21
El amigo verdadero. 40
Medicina de patente. 49
La campana de mi pueblo. 61
La primera navaja del pueblo. . . 76
El fallo de San Antonio. 83
Tál para cuál. 90
Si Dios quiere. 101
Por la dicha ajena. 105
Muerto en vida. 113
Palabra de honor. 123
Un caso de posesión demoniaca. . 130
Regreso de la dicha. 139
"El Diablo Rojo". 150
¿Qué es una mina?. 168
Pacto tremendo. 172
Por el ideal. 177
El escondite de la desposada. . . . 183
La escuela de la desgracia. 190
La voz del muerto. 198

	Págs.
La rorra de Noche Buena.	208
El defensor providencial.	217
Favores de Dios.	224
Las dos venganzas.	231
La lucha por la vida.	241
El voto de Florencio.	250
El pecado de un hombre de bien. .	259
Los enviados de San Antonio. . .	272
En pago de unas sandalias.	279
Moldes de antaño y moldes de hogaño.	283
La fuerza de la costumbre.	307
La tentación del oro.	310
Me tiene sin cuidado.	322
Hasta el cielo.	326
La primera que gano.	335
El Juan bueno y el Juan malo. . .	341
La pasión dominante.	347
Mañana.	354
La casa de los espantos.	371
¡No más comedias!.	382
El reino de las reinas.	394
Nació para Obispo.	398
La oración filial.	406
Deudas por saldar.	424
La botica del cielo.	435
Apóstoles del hogar.	445
Mala cabeza y buen corazón. . . .	453
Justicia y misericordia.	459

